


**Siniestra y vengativa, la  
mano del Kremlin no perdona...**

# **ASI ASESINARON A TROTSKI.**

**Por el Gral. Leandro A.  
Sánchez Salazar**

**Ediciones **

**La Paz - Bolivia**

**2022**

ASÍ ASESINARON

A

TROTSKI

## ÍNDICE

Frontispicio 7

Introducción 9

### Primera parte

#### La lucha con la muerte

I  
¿Asalto o autosalto? 16

II  
Como funciona la G.P.U. 36

III  
Por fin, una pista 42

IV  
Un nuevo eslabón en la cadena 58

V  
El cadáver de Sheldon 68

VI  
¿Era Sheldon un agente de la G.P.U.? 81

## Segunda parte

### La muerte

VII	!!Han herido Trotskii	88
VIII	Así fue ...	99
IX	La versión de Jacson-Mornard	110
X	Testimonios acusadores	120
XI	Jacson-Mornard ha mentido	131
XII	¿Jacson, Mornard, Torkoff o ... ?	149
XIII	Agente de la G.P.U.	156

## Tercera parte

### Los gánsters de talin y sus cómplices

XIV		
	La detención de Álfaro Siqueiros	166
XV		
	Un criminal doctrinario. —los cómplices	180
XVI		
	La condena de Jacson. —una evasión frustrada	189

### Anexo

	Verdadera identidad del asesino de León Trotski	197
--	---	-----

***"Elegir la víctima, preparar minuciosamente el golpe, satisfacer una venganza implacable y luego irse a dormir... No existe nada más dulce en el mundo." (Stalin a Dzerjinski y a Kamenev, en una noche de verano de 1923).***

***"¿Usted se imagina que Stalin se preocupa de buscar una respuesta a sus argumentos? Pues no hay nada de eso. Está pensando en la manera de eliminarlo a usted sin exponerse a sufrir un castigo por ello." (Kamenev a Trotsky, en 1925).***

***"Pudo haberle exterminado a usted desde 1924 si no hubiera temido a las represalias, en forma de actos terroristas, por parte de la juventud. Por eso decidió Stalin empezar destruyendo a los cuadros de la oposición y propuso que se le matara a usted cuando estuviera bien seguro de poderlo hacer impunemente." (Zinoviev a Trotsky, en 1925).***

***"Si morimos repentinamente, sépase que es por obra de Stalin." (Zinoviev y Kamenev, en cartas depositadas después de su ruptura con Stalin, en 1925).***

## FRONTISPICIO

No cabe duda que serán muchos los escritores a través del mundo, verdaderos artífices del verbo, que con atrayente estilo, fluidez de lenguaje y consagrado prestigio universal, se ocuparán durante años y décadas —y quizá siglos— de relatar la tenebrosa tragedia que tuvo por proscenio a la florida Coyoacán, apendicular de la capital de mi país, y en la que fué figura central el caudillo ruso Leo Davidovich Bronstein —León Trotski—, villana y mortalmente herido al atardecer del veinte de agosto de mil novecientos cuarenta. Pero a ninguno, absolutamente a ninguno de cuantos escriban sobre ese drama que estremeció a la humanidad entera, puede caberle el privilegio de afirmar: narro lo que vi, lo que iba investigando cuidadosamente y paso a paso, es decir, al tiempo que se desarrollaban los sucesos de trágicos perfiles, desde el asalto al refugio-fortaleza del victimado líder ruso, en los albores del veinticuatro de mayo, hasta la captura del discutido pintor David Alfaro Siqueiros, que, con Frank Jaeson o Jaques Mornard Vandendresch —o el catalán Mercader o el ruso-rumano Salvador Torkokff o...— y el “judío francés”, desgraciadamente no capturado, forman la bestial trilogía ensombrecida por el crimen. Ningún autor que aborde el tema lo hará, por consiguiente, con el estrujamiento de nervios y la intensa vibración emocional del que, obligado como yo a ser también actor, puede revivir uno a uno y con toda fidelidad los episodios dramáticos, dolorosos y hasta chuscos a veces del llamado “caso Trotski”.

Quiso el destino que abriera un paréntesis en mi larga carrera de soldado para ocupar el puesto de Jefe del Servicio Secreto de la Policía de México. Manejé éste con positivo entusiasmo y hasta con pasión. Me interesaron —puedo decir que me fascinaron— las investigaciones policíacas. Advertí que poseía dotes detectivescas y no tardé, con la leal y brillante colaboración de mis agentes, en hacerme al clima y en cobrarle gran cariño al Servicio Secreto, al que le di cuanto pude: voluntad, dedicación, perseverancia y celo, con un promedio de quince horas diarias de intenso trabajo.

Y fué entonces cuando el destino quiso también que me tocara —no podría decir que en suerte— actuar como investigador en la postrer tragedia de don León, como con respeto y aprecio llamé siempre a Trotski.

Al terminar su mandato el Presidente Cárdenas, hube de cerrar el paréntesis a que antes hago mérito y volví a las filas del Ejército. La despedida de mis agentes fué, sin duda alguna, uno de los momentos más emotivos de mi vida y ello se explica: juntos habíamos cubierto importantes jornadas a costa de fatigas, de desvelos, de sinsabores y de peligros. Pero nos separamos con la satisfacción del deber cumplido.

Precisa aclarar que no soy escritor. Poseo el lenguaje sobrio que suele caracterizar a los hombres de armas y ello me haría temer que los lectores

encontraran tedioso el relato que contiene este libro si no fuera porque los hechos de que me ocupó son de por sí tan impresionantes y variados, que su simple narración mantiene el ánimo en constante expectación hasta el final. No se encontrará la más leve alteración de la verdad, pues ello neutralizaría el mérito auténtico de la obra, de la historia documentada del drama —en el que actué como testigo oficial—, base a mi juicio insustituible de todo cuanto se escriba sobre la sombría tragedia de la casa de Viena, en Coyoacán.

Y para concluir, he de reconocer que este trabajo reclamaba imperiosamente algunos comentarios o puntos de vista expuestos por voz autorizada, con suficiente aptitud para fijar situaciones y establecer responsabilidades deductivas. Y nadie tan indicado para ello con don Julián Gorkin, el viejo y destacado luchador demócrata-socialista, vigoroso exponente de la cultura hispana, que por causas que él mismo referirá actuó toda una larga década en la política ruso-comunista, razón por la cual sus apreciaciones descansan en el profundo conocimiento de los procedimientos de aquel régimen que, sin la menor duda, armó el brazo que asestó el golpe mortal sobre el cuerpo del infortunado Trotsky. Así, pues, don Julián Gorkin realza estas páginas en forma inapreciable y obliga mi agradecimiento.

**General LEANDRO A. SÁNCHEZ SALAZAR**



## INTRODUCCIÓN

Encontrábame ya en el vehículo que debía conducirme de Nueva York a México, en las primeras horas de la mañana del 25 de mayo de 1940, cuando leí el encabezado de un periódico con el anuncio del primer atentado contra la vida de León Trotski. El hecho me conmovió, pero apenas me produjo sorpresa. Había seguido el tenebroso drama ruso desde sus comienzos —casi puedo decir que asistí a sus inicios en Moscú mismo— y sabía que el viejo líder bolchevique estaba sentenciado a muerte. Eso lo sabía él mejor que nadie. Eliminada sangrientamente toda oposición en Rusia, ejecutados casi en su totalidad los jefes de la vieja guardia bolchevique, Stalin no podía consentir que siguiera con vida su más peligroso e implacable adversario. Lo único que no podía adivinarse era el momento en que lo mataría. Por lo visto ese momento había llegado.

“El chacal del Kremlin”, como había bautizado Trotski a Stalin después de su incalificable pacto con Hitler, estaba más que convencido de que la URSS tendría que enfrentarse, a no tardar mucho, con graves y peligrosas coyunturas. ¿Y en qué condiciones? Con el Estado Mayor político y el Estado Mayor militar decapitados, bajo la infame y calumniosa acusación de haber hecho lo que él se disponía a hacer un poco más tarde. Sus responsabilidades habían sido e iban a ser abrumadoras. Era necesario acallar para siempre la voz acusadora y resonante de Trotski. Aunque a miles de kilómetros de distancia, éste constituía una verdadera obsesión para él. Lo odiaba con un odio vesánico y mortal. Nunca había odiado a nadie tan totalitariamente. Los otros adversarios, guardados en Rusia, habían capitulado totalmente y luego habían consentido en acusarse y en ir a la muerte como a una suprema liberación; éste, el más fuerte, el más brillante, el verdadero jefe después de Lenin por derecho de capacidad y de méritos, no sólo se defendía tenazmente, sino que atacaba, acusaba. Mientras existiera, el triunfo del dictador totalitario no sería completo. No le dejaría concentrar su pensamiento, dictar sus órdenes, sentirse dueño absoluto, dormir tranquilo, fumar su pipa a gusto. Habíase creado un infierno a su medida y aquel terrible enemigo, aunque lejos, encargábase de atizar el fuego día y noche. Además, ¿no estaba escribiendo su biografía? ¿No lo pintaba al desnudo ante el mundo, zafio, brutal, marrullero, lleno de doblez, con sus terribles complejos, precisamente cuando iba a necesitar más que nunca todo su poder y todo su prestigio? ¡No debía terminar ese libro! ¡Había sonado la hora de su muerte! Dió la orden ... Ya hacía tiempo que la G. P. U. la aguardaba ... Trotski salió milagrosamente ileso del primer atentado, pero sólo podía tratarse de una corta tregua concedida por el destino. Hiciera lo que hiciera, sus días estaban contados. Iba a ser el suyo un terrible combate con la muerte. ¿Cómo y por dónde le vendría? Más que la muerte misma, obsesionábale esa terrible incógnita.

Encontré en la capital mexicana un ambiente de aguda tensión emotiva. Se estaba representando en ella el último acto de un gran drama universal: el de



*Julián Gorkin*

la revolución rusa devorándose a si misma, con el cuerpo a cuerpo entre Stalin y Trotski iniciado en Moscú a la muerte de Lenin. ¿Por qué enrevesamiento de las circunstancias históricas iba a servir México de escenario? Trotski había intitulado el último capítulo de su autobiografía, escrita en Prinkipo: "El planeta sin visado". Pero para él como para otros muchos náufragos de Europa, el planeta tenía un visado: México, el México del Presidente Lázaro Cárdenas. En un mundo desquiciado y a la deriva, en plena liquidación de sus valores morales y materiales, el general michoacano, de sólido perfil y sobria traza racial, tallado en la cantera de las revoluciones mexicanas, se nos aparecía a los europeos —y sobre todo a los descendientes de los colonizadores— como el padre y el guardián del derecho de asilo. No sólo quería Cárdenas proteger la vida de su huésped más ilustre —más eminente y universal—, sino salvar el honor de su hospitalario país y la independencia de sus instituciones contra la intromisión criminal de una policía extranjera. Por eso había puesto en movimiento a toda la policía mexicana en el esclarecimiento del atentado y hasta parecía dirigir y controlar personalmente y al día la investigación. Para asesinar a Trotski, Stalin tenía que arrollar al mismo tiempo a Cárdenas y violar la soberanía institucional y policíaca de México. De ahí la fiebre emotiva que se observaba en todos los ámbitos del país. Los periódicos publicaban páginas enteras en torno al atentado y a la investigación. Las conversaciones en los centros políticos, en las salas de espectáculos y en los cafés —atestados estos últimos de refugiados españoles—, giraban en torno al mismo. Todo lo demás —incluso la guerra— parecía pasar a segundo término. Mucho hacía el propio Trotski por mantener viva la expectación. Juzgando sin duda que las autoridades mexicanas no podían percatarse bien del fondo político del asunto, llenaba la prensa de escritos sobre la política stalinista rusa, sobre las actividades de los partidos comunistas —y muy especialmente del mexicano— y sobre el funcionamiento de la G. P. U. Se esforzaba por orientar a la opinión pública y por dirigir a la propia policía. No era hombre capaz de desaprovechar una ocasión semejante para propagar sus puntos de vista políticos y para arreciar en sus ataques contra sus enemigos mortales. Englobaba a éstos en el apelativo de "Los Gangsters de Stalin", bajo el cual debían recogerse en un libro los artículos de éste el más dramático período de su vida. Seguía yo todo esto con gran interés, pero como un simple espectador. No tenía entonces la menor intención de hacer un libro —ni en colaboración ni solo— en torno a estos momentos de la vida y la muerte de tan sugestiva figura histórica, una de las que mejor he tratado de penetrar y conocer.

Cuando empezaba a decrecer un poco el interés sobre el atentado, recibí diversas invitaciones de algunos de los colaboradores más inmediatos de Trotski para que lo visitara en su casa-fortaleza de Coyoacán. Me negué a ello. Me negué por razones políticas y no obstante el interés humano que me sugería el contacto directo con aquel hombre y en aquellos momentos. Conociendo el carácter de Trotski y sus puntos de vista respecto de la recién acabada guerra civil española, en la que yo había jugado un modesto pero bien definido papel, estaba persuadido de que la entrevista nos llevaría a una situación y una conclusión más que delicadas, quizá violentas. Yo no soy ni he

sido nunca trotskista, aun cuando otra cosa haya pretendido y pretenda una propaganda sin escrúpulo. Me situé al lado de Trotski —y no me arrepiento de ello— durante la lucha contra la burocratización del régimen soviético y de la Internacional Comunista, pero sin darle mi adhesión personal ni adscribirme a la fracción trotskista. Ya en 1929 decidí romper con el bolchevismo, al que le había dado diez años íntegros de mi vida, para volver al camino del socialismo democrático y libertario en el que persisto. Mantuve no obstante alguna correspondencia con Trotski a su llegada a Turquía, expulsado por Stalin de Rusia. Traduje al español sus libros de aquel tiempo. Más tarde publiqué incluso algún artículo suyo en el diario que me tocó dirigir en Barcelona durante el primer año de la guerra civil. Pero ya entonces nuestras relaciones eran frías y hasta tirantes y polémicas. Sin embargo, cuando se le comunicó la expulsión de Noruega, y antes de que México le abriera generosamente sus puertas, hice gestiones, junto con mi infortunado amigo y compañero Andrés Nin, para que se le permitiera residir en Cataluña bajo la protección vigilante de nuestro partido. Aun sin ser trotskistas —Nin lo había sido antes—, consideramos que constituía un deber elemental ofrecerle un refugio al viejo revolucionario perseguido. Se lo habíamos ofrecido a otros muchos exilados europeos. Afortunadamente para él y para nosotros, las autoridades catalanas no quisieron afrontar semejante responsabilidad. No cabe duda de que él hubiera sido asesinado tres o cuatro años antes, como lo fué Nin y como estuvimos a dos dedos de serlo otros compañeros y yo en el monstruoso proceso que nos montó la G. P. U. en plena guerra civil. ¡Paradójica situación la nuestra! Mientras Stalin nos hacía asesinar bajo la acusación de trotskistas —como si ello hubiera podido constituir materia de delito en España—, Trotski y sus adeptos mantenían una viva polémica con nosotros acusándonos de falta de clarividencia y de audacia en la dirección revolucionaria. Créanse con derecho a exigir de nosotros, un puñado de hombres sinceros, que cambiáramos el curso de los acontecimientos y la relación de fuerzas en España y en el Mundo. Así era de arbitrario y de absoluto en ciertos juicios el viejo Trotski, no obstante su portentoso talento. ¿Para qué verle en tales condiciones? La entrevista hubiera sido penosa y desagradable y nos hubiera llevado quizás a la ruptura de toda relación personal y humana, cosa que quería evitar en aquellos momentos.

Lo que estaba previsto llegó al fin: fué su asesinato, tres meses después del primer atentado. La G. P. U. había sido la más fuerte. Stalin triunfaba. Esta muerte y las infames condiciones que la rodearon, impulsáronme a salir de mi actitud de simple espectador. Junto con el conocido y honesto socialista francés Marceau Pivert, al que me unía una larga y estrecha camaradería, significué públicamente mi indignada protesta y acudí a velar el cadáver. Después me lancé abiertamente en el esclarecimiento de la verdad. Entré en inmediata y estrecha relación con el Juez encargado de instruir el proceso, con el Jefe del Servicio Secreto de la Policía de México, con los dos eminentes doctores encargados de estudiar la personalidad del asesino material ... No tengo por qué recatarme en decirlo: les presté mi colaboración benévola hasta donde pude. Nunca me ha atraído la función policíaca, pues he sido

con frecuencia víctima de ella: en esta circunstancia mi ayuda desinteresada constituía un deber. Me apasioné por la investigación. Resultaba, en efecto, de un alto y profundo interés. Y tratábase de una batalla digna contra el stalinismo y sus métodos tenebrosos. No hacía, en realidad, sino proseguir un combate iniciado al romper con el Komintern, en 1929, y que tantos sinsabores me había deparado ya. Y aun iba a dépararme otros muchos ...

Llegué así a reunir la documentación más completa y directa que existe, gracias sobre todo a la benevolencia del entonces Coronel y hoy General Leandro A. Sánchez Salazar, ex Jefe del Servicio Secreto de la Policía de México, al que como tal le cupo en suerte dirigir toda la investigación. Compónese dicha documentación de varios centenares de documentos y de folios oficiales, sin contar las fotografías originales y las colecciones de periódicos y los recortes en torno al asunto. Convine con el General la publicación de este libro tal como aparece: él es autor del relato directo de los hechos y yo el autor de los capítulos de comentarios y de conclusiones, así como de las notas explicativas. Juntos trabajamos intensamente, primero en una apartada hacienda del Estado de Durango más y más recientemente en la rica y bellísima zona de Tuxpam, Veracruz, obligados por sus altos cargos militares. Siempre con la conciencia de encontramos ante un hecho de indudable importancia histórica, llamado a cobrar cada día mayor interés —hasta gozar quizás los perfiles de la leyenda— y a suscitar vivísimas y quizá interminables controversias. Por eso precisamente hemos puesto particular empeño en que llegue al público internacional y a la posteridad tal como sucedió, tal como apareció a través de una investigación minuciosa y llena de escrupulosa objetividad.

Añadiré ahora que en torno a esta documentación ha llegado a producirse una situación por demás curiosa. Durante el juicio que condenó al asesino material de Trotski a la pena máxima prevista por la ley mexicana —veinte años de prisión—, su abogado defensor, notorio comunista y alquilón suyo, consignó repetidamente su extrañeza de que hubieran desaparecido del sumario las piezas fundamentales. No las necesitaban los jueces para condenar al instrumento ejecutor del asesinato, contra el que poseían las más completas evidencias. Por otra parte, la prensa de México ha publicado varias veces la noticia de la desaparición completa, “hasta el último vale”, del expediente relativo al asalto de la casa de Trotski y a su ulterior asesinato. Y se le ha venido achacando corrientemente a la G. P. U. No se ha defendido ésta porque ello hubiera equivalido a revelar su existencia en México y porque sabe muy bien a qué atenerse. Lo consigno aquí por primera vez: esa documentación obra en mi poder desde hace más de seis años. Sirve ella de respaldo a la última afirmación hecha por los autores en este libro. Y ha sido depositada con todas las garantías para que no caiga en manos criminales.

Me permito decir que su adquisición y su guarda han estado punto de costarme la vida. Después de los graves peligros como en España, donde logré salvarme casi de milagro —por dos veces se llegó a anunciar y hasta a

describir mi fusilamiento—, no han sido menores los que he corrido en México. El 21 de septiembre de 1940 debía tomar parte en un mitin de protesta por el asesinato de Trotski en el Palacio de las Bellas Artes de la capital mexicana. Ya a pocos metros de este suntuoso edificio, monumento en mármoles de la época porfiriana, corrieron algunos amigos a anunciarme que me estaban aguardando cuatro comunistas bien armados y con idea de asesinarme. Unos minutos más y hubiera caído acribillado a balazos. Durante el mes de noviembre del mismo año fuí víctima de diversas tentativas. Ocupaba yo entonces en Coyoacán, con varios amigos y compañeros, la misma casa del pintor Diego Rivera que ocupara Trotski desde su llegada a México y antes de su ruptura con el famoso muralista. Ya para entonces debía tener conocimiento la G. P. U. de que yo poseía esa valiosa documentación. Y puso todo su empeño en hacerla desaparecer y en que desapareciera yo al mismo tiempo del mundo de los vivos. Dos veces intentaron penetrar en mi casa siete agentes guepeuistas: una haciéndose pasar por policías mexicanos y otra por periodistas y fotógrafos. A poco vinieron a buscarme dos tipos en un automóvil “de parte de Albert Goldman”, abogado neoyorkino de Natalia Sedova, viuda de Trotski. Afortunadamente había convenido con él la manera de comunicarnos y no caí en la trampa. Pues se trataba, claro está, de dos agentes de la G. P. U. Otra vez, en una calle solitaria de Coyoacán, las mismas siete personas antes citadas trataron de cercarme y de meterme a la fuerza en un inmenso automóvil con el motor en marcha. Me salvaron de un rapto mi diligencia y mi sangre fría. Y en la noche del 30 de noviembre del mismo año, los mismos individuos intentaron entrar violentamente en mi casa por dos veces: una hacia las ocho de la noche y otra hacia las dos de la madrugada. Disponíamos mis amigos y yo de un regular arsenal de armas y nos aprestamos decididamente a la defensa. Años más tarde, con motivo de otro mitin, invadieron el local un centenar de comunistas, me abrieron la cabeza y me hubieran asesinado seguramente a no ser por el valor demostrado en la batalla por varios compañeros y amigos. Salió también con la cabeza rota mi compañero Enrique Adroher (Gironella). Los asaltantes se llevaron una buena docena de heridos y setenta y dos más quedaron detenidos. Puedo decir que las campañas y las amenazas contra mi persona —y contra las del escritor Víctor Serge y el profesor Marceau Pivert— sólo parecen haber cedido durante estos últimos meses. Diversas veces he debido ocultarme por consejo de la policía y por acuerdo de mis compañeros. Una vida así no está exenta de emociones. Claro está que todo esto no ha modificado en nada mi manera de sentir y de pensar ni mi propósito de proseguir la lucha contra la turbia política y los infames métodos de stalinismo. Quiero consignar aquí mi gratitud a los compañeros que en tales momentos unieron su suerte con la mía: Pivert, Gironella, Leandro Austrich ... Y una mujer mexicana, pequeña de cuerpo pero grande por sus espontáneos y valerosos sentimientos: Cristina Kahlo, cuñada de Diego Rivera y ex acompañante de los Trotski.

Este relato no se ha podido dar antes a las prensas por las circunstancias internacionales. Estábamos ya preparándolo cuando sobrevino la ruptura del pacto Hitler-Stalin y la invasión de Rusia por el ejército alemán. Stalin se

convirtió así, y no ciertamente por propia voluntad, en un aliado de los gobiernos democráticos y Rusia en uno de los principales factores en la lucha contra el militarismo nazi. Se me sugirió por conductos officiosos —y hasta oficiales— la inconveniencia de publicar el libro en tales circunstancias. El propio libro de Trotski sobre Stalin, editado ya hacia el mismo tiempo, no ha podido salir de las bodegas donde quedó oculto hasta un año después de esta precaria paz que vive el mundo. La verdad, como los productos de la tierra, tiene que esperar su turno y su sazón para poder germinar. ¡Pobrecita, sometida a los oportunismos y a las trampas de los estadistas y de sus diplomáticos! Parece que esa verdad sobre el asesinato de Trotski ya vuelve a ser oportuna y aprovechamos la circunstancia para darle suelta. Nos permitimos creer que este libro, absolutamente documentado y objetivo, constituye una demostración clara y desnuda del poder universal, de los métodos tenebrosos y de los peligros tremendos que representa la tristemente famosa G. P.U., rebautizada con el nombre de N.K.V.D. Con uno o con otro nombre contribuye a emponsoñar el aire que respiran los hombres.

Julián Gorkin

Mexico, D. F., 1º. de Julio de 1947.

## PRIMERA PARTE

### LA LUCHA CON LA MUERTE

#### I

#### ¿ASALTO O AUTOSALTO?

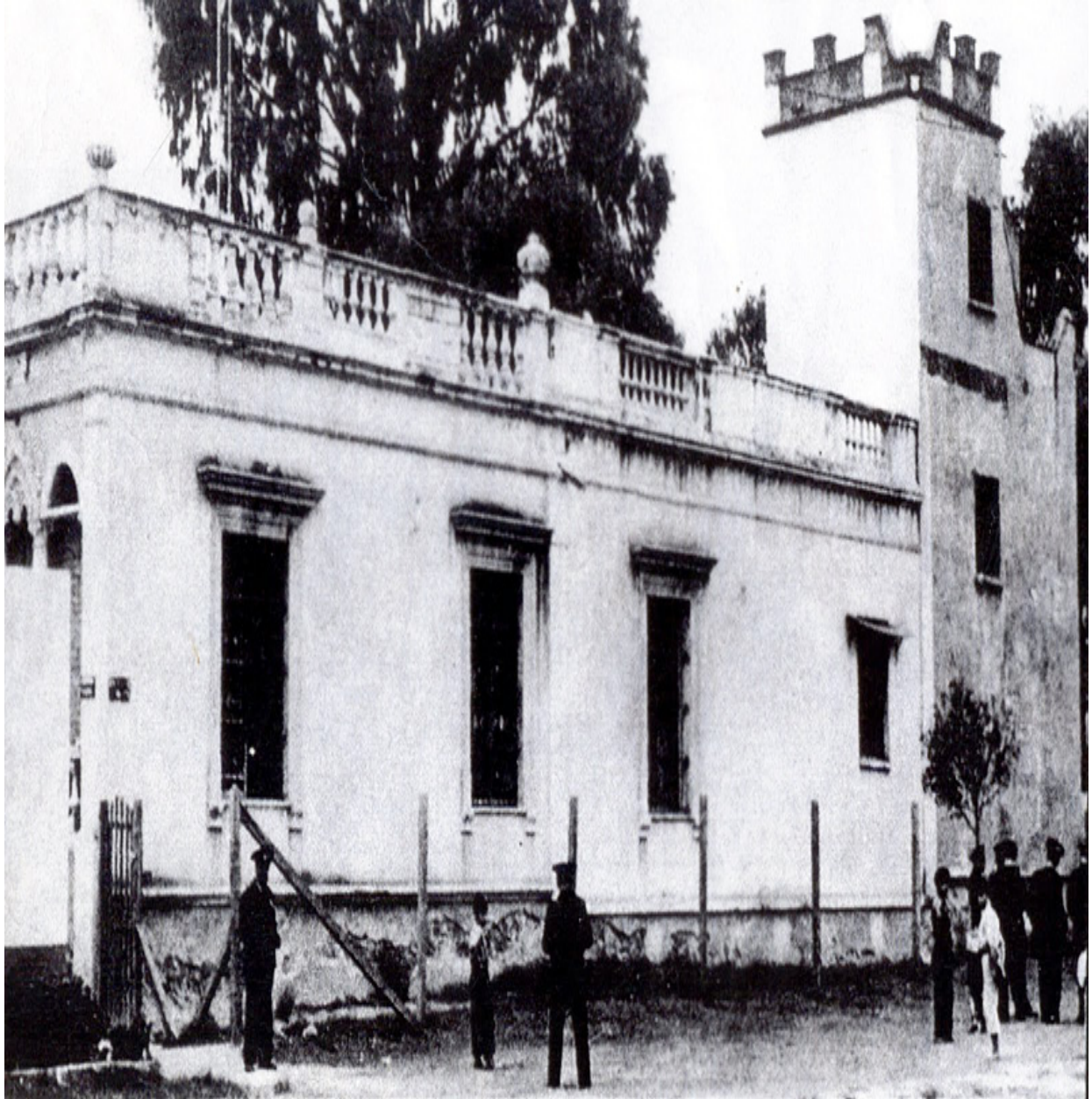
La noche del 23 de mayo de 1940 me retiré a mi casa hacia las once. Encontrábame en extremo fatigado tras de una dura jornada al frente del Servicio Secreto de la Jefatura de Policía. Amaba mi cargo y me entregaba a él en cuerpo y alma. Para mí no había horas fijas ni para comer ni para descansar. Las tareas y las responsabilidades de un funcionario de la policía son, por lo general, abrumadoras. Pesa sobre él nada menos que la seguridad de las personas y de los intereses sociales. Téngase en cuenta, por otra parte, que la ciudad de México contaba entonces con unos dos millones de habitantes. Yo tenía que, conocer a diario los numerosos informes de los agentes a mis órdenes, que discutir con ellos los planes y el encauzamiento de las averiguaciones, que intervenir personal y directamente en las investigaciones principales, que oír centenares de quejas y denuncias de diferente contenido, que estar pendiente en todo momento de los reportes telefónicos, que atender debidamente a los periodistas o reporteros de la "fuente" y, por último, que estampar mi firma en millares de órdenes de investigación provocada por la delincuencia en sus más variadas manifestaciones. Por fortuna para mí llevo una vida ordenada, soy abstemio absoluto, gozo de excelente salud y me considero un hombre vigoroso y dotado de cierta energía. En éste, como en cualquier otro puesto de confianza, estoy habituado a aplicar el concepto del deber y de la disciplina.

Después de hojear la prensa del día, de ingerir unos sorbos de sabroso té caliente y de fumarme un cigarrillo, me quedé dormido, profundamente dormido. Me despertó el tenaz repique del teléfono. Estaba familiarizado con las frecuentes llamadas de mis subalternos aun a altas horas de la noche. Casi mecánicamente me llevé el auricular al oído. Era el Jefe de la Guardia del Servicio Secreto.

—Mi Coronel: ha sido asaltada la casa de Trotski hace unos minutos ...

Aunque acostumbrado a las noticias más imprevistas y sensacionales, ésta me hizo dar un salto. Ordené, rápido:





*Casa de Trotsky - 1937- Primer atentado*

—Comunique a Estrada y a Galindo que se reúnan conmigo en Coyoacán, en la residencia de don León. Allá me encamino en seguida.

Me refería al Subjefe del Servicio Secreto y al Comandante de Agentes, respectivamente.

Eran aproximadamente las cuatro de la madrugada. Me vestí en un segundo, ciñéndome el revólver. A grandes zancadas descendí las escaleras de mis habitaciones y, abordando mi automóvil, volé de la Colonia de los Doctores, donde residía, al ya histórico y postrer refugio de León Trotski, en Coyoacán.

Conocía bien la residencia del famoso líder ruso, emplazada en las calles de Viena y Morelos. Háblele hecho múltiples visitas. Por encargo superior, su seguridad y salvaguardia constituían una de mis constantes preocupaciones. Había llovido fuerte la noche anterior y las calles estaban fangosas. Sobre todo la calle de Viena, sin asfaltar ni empedrar aún entonces. A ambos lados, humildes casitas de adobe o de tabique y solo alguna que otra casa residencial. Aun no despuntaba el alba, pero ya ladraban los perros y el canto de los gallos anunciaba el nuevo día. Diríase que el asalto perpetrado media hora antes había venido a interrumpir el reposo del pacífico y tranquilo Coyoacán. La casa de Trotski era la última entonces, a la izquierda.

Paré casi en seco, bajé a toda prisa y me dirigí a la caseta de los policías encargados de custodiar la residencia del famoso exilado ruso. Los encontré a todos sobresaltados e inermes.

—¿Pero qué ha pasado aquí? —interrogué un tanto irritado y sin casi contestar a su saludo militar.

Pusiéronse a hablar todos a la vez:

—Nos han asaltado, mi Coronel. Los asaltantes eran como veinte o más. Algunos venían disfrazados de policías y de militares. ¿Cómo íbamos a maliciar sus intenciones? Han disparado dentro de la casa como unos trescientos tiros.

—¿Saben si ha habido muertos y heridos?

—No sabemos nada, mi Coronel. ¡Nada!

Se me habían reunido mientras tanto los señores Estrada y Galindo y varios agentes del Servicio. No tardó en llegar también, avisado según mis órdenes, el General José Manuel Núñez, Jefe de la Policía y mi superior inmediato. Nos interrogamos todos, profundamente preocupados: "¿Habrán matado a Trotski? ¿Estará, quizá, agonizando? ¡Sería terrible!"

Nos acercamos a la puerta de la casa fortaleza. Tratábase de una finca veraniega de fines del siglo pasado, de construcción sencilla. Tenía la forma

de una T. Originalmente estaba circundada por una verja de hierro; Trotsky habíala rodeado de una verdadera muralla de concreto, con torreones aspillerados. Era ahora, en efecto, una verdadera fortaleza. La puerta era de una consistencia sorprendente, blindada, de color plomizo. Esta puerta, las altas y severas murallas y los torreones con ametralladoras dábanle a la casa un aspecto más bien de prisión que de hogar, más de fuerte militar que de simple y amable vivienda. ¡Qué de precauciones había tenido que tomar el viejo revolucionario y creador del Ejército Rojo para proteger su vida! Y sin embargo, quizá yacía muerto en estos momentos.

Hicimos sonar el timbre al mismo tiempo que golpeábamos el portón metálico. No tardaron en entreabrirlo un poco, lo suficiente para que nos identificáramos dando nuestros nombres y mostrando nuestras placas. Sólo entonces abrieron completamente y pudimos penetrar en el jardín. Este, aunque encerrado entre los muros, era lo único amable de aquella casa. Altos y frondosos árboles dábanle sombra por la parte de atrás. El pasto estaba bien cuidado y las plantas con flores alegraban el ambiente. Abundaban los cactus, plantas primitivas y salvajes a las que era muy aficionado Trotsky. Nos dió todo aquello la sensación de un trocito de paraíso dentro de un infierno.

—¿Qué es lo que ha sucedido, señores?

Dirigí esta pregunta a los secretarios y guardianes personales de León Trotsky. Eran todos jóvenes y vigorosos. Empuñaban todavía sus pistolas como para defenderse contra un enemigo invisible. Me llamó poderosamente la atención la tranquilidad de que daban pruebas. A pesar de sus armas y de cierta hosquedad en el gesto, manteníanse sorprendentemente serenos. Encerrábanse, por otra parte, en un no menos extraño hermetismo. A mis preguntas limitábanse a contestar con monosílabos: sí, no, sí, no ... Una cosa sacamos en limpio en seguida: Trotsky vivía. No había muertos ni heridos en la casa. Esto nos tranquilizó.

Esteban, el nieto de los Trotsky, llegado recientemente de París, jugaba tranquilamente en el jardín, al lado de una pequeña escalinata que daba acceso a su habitación, que comunicaba con la de sus abuelos. Contaba unos doce o trece años de edad y sus rasgos fisonómicos guardaban un gran parecido con los de Trotsky. Llevaba el pie izquierdo vendado.

—¿Qué le ha ocurrido? --pregunté.

—Ha sido el roce de una bala —respondió uno de los secretarios—. Afortunadamente, nada grave.

Esteban nos miró un momento y reanudó tranquilamente su juego.

Me hice llevar a presencia de León Trotsky, al que acompañaba su esposa, Natalia Sedova. El viejo líder bolchevique estaba en pijama y, sobre ésta,

llevaba una bata. Su esposa traía puesta también una bata de casa. Me acogieron con gran amabilidad. Era ésta proverbial en ellos, pero mantenían una serenidad incomprensible. Diríase que no había pasado nada, que todo se había limitado a una falsa alarma. Trotski sonreía, con sus vivos y claros ojos tras de las gafas de nácar —unos ojos siempre escrutadores y dominantes—, con su aire agudo y penetrante, con un fondo burlón, sarcástico, un tanto mefistofélico. Era de regular estatura, sano y más bien fornido. Su boca era grande, de labios finos, el inferior levemente pronunciado y sensual. Su cabello, su bigote y su barbita en punta eran grises, casi blancos ya. El cabello parecía un tanto alborotado, peinado hacia atrás, con los mechones cayéndole a los lados. Todo el mundo conoce su silueta, enmarcada como pocas en la historia moderna. Llamaban la atención sus rasgos todavía jóvenes, firmes, enérgicos, sin una sola arruga en su frente amplia, poderosa, talentuda. Sólo se observaban dos leves arrugas en las comisuras de los labios.

Natalia se mantenía a su lado impasible, con su aire recogido y modesto; su rostro, que debió ser muy bello, de rasgos delicados, denotaba una gran dulzura, enmarcado en sus cabellos rubio-grises, finos; el dolor, más aun que los años, habíanla envejecido prematuramente. Todos sus familiares y amigos habían perecido. Cuando recibieron la noticia de la extraña muerte de su último hijo, León Sedov, se encerraron los dos en una habitación durante varios días, sin querer recibir a nadie, sin ver el sol, los pájaros y las plantas, al margen del mundo y de la vida ordinaria. Trotski escribió entonces un artículo necrológico-político que se esforzaba por parecer fríamente analítico, pero del que se desprendía como un alarido desgarrador. El león había recibido su herida más profunda y dolorosa. Pero se había rehecho con aquella su energía sobrehumana, casi inhumana. La que había envejecido notablemente desde entonces, secos los ojos como si ya no le quedaran lágrimas, era Natalia. ¡Qué contraste entre los rasgos del uno y de la otra! Enérgicos, acerados, dominadores en él; dulces, serenos, como resignados en ella. Era, verdaderamente, impresionante ver a aquellos dos seres en semejantes momentos.

Pero ¿por qué se mantenían tan tranquilos los dos? ¿Cómo era ello posible tras el inmenso riesgo que acababan de correr? ¿Acaso la vida que habían llevado —una vida azarosa, inquieta, llena de sobresaltos y de peligros— los había deshumanizado hasta ese punto? ¿Ya nada podía impresionarles? ¿O acaso ... ? Una sospecha cruzó repentinamente por mi ánimo. Me quedé parado un momento, contemplándoles. ¿Se trataba, efectivamente, de un asalto o de un autosalto?

Trotski me invitó a acompañarle a su despacho. Todas las piezas de la casa aparecían modestísimamente amuebladas. Ninguna ostentación, ningún lujo. Orden y limpieza por todos lados, El gran revolucionario internacional amaba el orden en su casa y en su persona. Sólo abundaban los libros, las colecciones de periódicos y de revistas, los archivos. Todo ordenado y en su sitio. Sin duda el despacho de Trotski era la mejor pieza de la casa. Se entraba en él por el modesto comedor. Una mesa de grandes dimensiones y de vulgar

madera lisa. A un lado, el dictáfono. Trotski dictaba desde allí, sin que nadie viniera a molestarle, su enorme correspondencia con el universo entero y en cuatro o cinco idiomas, sus artículos políticos, sus libros ...

Cuando nos hubimos sentado, Trotski empezó con voz pausada y en un español bastante correcto:

—Estábamos Natalia y yo durmiendo en nuestra alcoba. Es la que se encuentra entre el cuarto de mi nieto y este despacho. De pronto despertamos al escuchar nutridas detonaciones. Mi primera impresión fué que se trataba de la explosión de cohetes o de fuegos artificiales con los que celebran en este país las festividades religiosas, pues precisamente estamos en Coyoacán en días de feria. Pero no tardé en advertir que eran estallidos de armas de fuego. Nos arrojamos violentamente de las camas. Natalia me empujó hacia el ángulo sureste de la habitación y me obligó a tenderme en el suelo; ella permaneció breves instantes de pie, como protegiendo mi cuerpo con el suyo, hasta que la obligué a tenderse a mi lado. Fué lo más acertado; eso nos salvó a los dos. Pudimos darnos cuenta de que disparaban hacia el interior de la habitación desde la puerta de la recámara de Esteban y desde la del despacho, así como por la ventana de nuestra propia alcoba y por la del baño. Era un mortífero fuego cruzado. Permanecimos tirados en el suelo hasta que cesó el fuego. Advertimos entonces que habían puesto una bomba incendiaria en la puerta que comunica con la habitación de mi nieto. Pensamos que quizá el niño había sido sacrificado ...

Observaba atentamente al viejo revolucionario mientras hablaba. Su voz era tranquila, reposada, pero enérgica y firme; no daba la menor muestra de emoción al hacer el relato de lo sucedido.

Prosiguió:

—Pude darme cuenta de que eran no menos de veinte los atacantes y de que venían armados con ametralladoras portátiles. Sin duda creyeron que nos habían matado. Cuando cesó el tiroteo, nos apresuramos mi esposa y yo a apagar el fuego de la puerta y del piso, encontrándonos con que habían puesto una bomba "thermos" con materias inflamables. Esta habíanla arrojado en mi recámara. Desde la de mi nieto arrojaron otra, pero cayó por la ventana al jardín y quemó una parte del pasto. No cabe duda alguna de qué, además de asesinarnos, los asaltantes tenían el plan bien preconcebido de quemar mi casa; otra cosa no tendría sentido.

—¿Con el fin de hacer desaparecer las huellas, don León? —pregunté yo por decir algo.

—Con ese fin y, sobre todo, con el de hacer desaparecer mis preciosos archivos. Ya en París quisieron hacerme lo mismo, fundiendo una puerta de acero por medio de aparatos eléctricos y destruyéndome setenta Y seis kilos



*Leon Trotsky y su exilio en México 9 de enero de 1937*

de papeles. Su interés en destruir mis archivos es, quizá, mayor aun ahora; todo el mundo sabe —y la G. P. U. antes que nadie— que estoy escribiendo una “Vida de Stalin” y que poseo una bien nutrida y valiosa documentación. Con ese fin traían varias bombas.

Yo escuchaba sin hacer comentario alguno. Pero pensaba en mi ánimo: “Tal número de asaltantes, tantas y tan modernas armas y hasta varias bombas y en realidad, ¿no ha pasado nada? ¡Qué extraño resulta todo esto!”

Trotsky siguió diciendo:

—Inmediatamente nos interesamos por Esteban, que vino hacia nosotros poco después de cesar el fuego. El niño había sido sorprendido, como todos nosotros, por la irrupción de los asaltantes; pero, de un modo inexplicable, no le había pasado nada, sin duda porque se arrojó también al suelo o se ocultó debajo de la cama en un movimiento instintivo.

“Se nos reunieron poco después mis colaboradores o guardias. Vimos entonces que habían forzado las puertas. ¿Cómo habían hecho para penetrar en la casa? Nos trasladamos inmediatamente al zaguán, notando entonces la desaparición de Robert Sheldon Harte, de Bob, como le llamábamos todos cariñosamente. Seguramente se lo llevaron consigo los asaltantes...”

Nos levantamos y salimos, pausadamente, hacia el jardín. El propio Trotsky, que apenas salía de aquella fortaleza de altas murallas —él que seguía con su cerebro la marcha del universo entero—, se ocupaba cariñosamente de cada planta, del verde pasto ... Más que la residencia de un revolucionario internacional parecía, a primera vista, el retiro de un pacífico burgués, de un rentista. Si no hubiera sido por todas aquellas precauciones ...

—¿Sospecha usted de alguna persona o de algún grupo como autores del atentado, don León?

—le pregunté.

—Sí; ¡cómo no! —exclamó rápido y en tono de convicción— Venga ...

Me puso el brazo derecho sobre el hombro y me condujo pausadamente hacia las conejeras, que con tanto celo cuidaba también personalmente. Uno de sus gustos consistía, en efecto, en darles de comer él mismo a los conejos. Se detuvo, lanzó una mirada circular como para convencerse de que estábamos solos y al oído, poniendo su mano derecha cerca de la boca, cual si quisiera hacer más discreta su confidencia, me dijo con voz queda y una convicción profunda:

—El autor del atentado es José Stalin por medio de su G.P.U.

Me quedé mirándolo con el consiguiente asombro. Confieso que esta revelación me desencantó completamente, pues yo esperaba el nombre de personas que pudieran estar al alcance de mi mano. Mi primera sospecha fué convirtiéndose así en convicción. Nuevamente me dije: "Se trata de un auto-asalto. No cabe duda".

Trotsky añadió, tras una pausa:

—Proceda usted contra los elementos stalinistas, deteniendo a los más destacados, y no tardará usted en descubrir a los criminales.

No le dije nada, pero cada vez estaba más convencido de que el viejo revolucionario pretendía desviar mi atención de la verdadera pista.

Le pedí permiso para empezar las investigaciones por mi propia cuenta. Procedí, en primer lugar, al examen de las habitaciones del matrimonio Trotsky y de su nieto. Conté hasta setenta y tres impactos en las puertas, en las ventanas y en las paredes, inclusive dos en la camita del ex Comisario soviético y uno en la de su esposa, con perforación de los colchones. Parecía casi imposible que, de haberse encontrado en la habitación, en el momento del asalto, hubieran podido salir con vida. ¿Era cierto, por otra parte, lo que me acababa de afirmar referente al fuego cruzado de los asaltantes? ¿Podía ser cierto? ¿No se habrían matado los propios asaltantes entre sí?

A pesar del hermetismo en que parecían haberse encerrado —sospeché que por orden del propio Trotsky—, quise volver a conversar con los secretarios y guardianes del interior de la casa. Se trataba de un primer interrogatorio; más tarde, si era necesario, procedería con ellos a un examen en toda regla. Robert Sheldon Harte, que había sido aquella noche el encargado de guardar la puerta, había desaparecido, en efecto. ¿Lo habían secuestrado o se había ido él, por propia voluntad, con los asaltantes? Trotsky y sus colaboradores parecían inclinarse por lo primero, aun cuando no tuvieran otro fundamento para ello que una simple presunción. Era éste un punto de primerísima importancia; debía dejar su averiguación, sin embargo, para más tarde. Los otros colaboradores del viejo revolucionario eran: Harold Robins, jefe de los guardianes interiores; Otto Schuessler, alemán, a la vez secretario y guardián; Walter Kerley, secretario de inglés y guardián también, lo mismo que Charles Cornell, y Jake Cooper, guardián solamente.

—Aparte de ustedes, ¿no había nadie más en la casa? —les pregunté.

—La servidumbre. Y además ...

—¿Además?

—El matrimonio Rosmer. Los compañeros Alfredo y Margarita Rosmer, de nacionalidad francesa.



—¿Qué hacían aquí?

Averigué que se trataba de unos amigos y compañeros de siempre de los Trotski; se habían conocido personalmente en París durante la otra guerra, antes de la expulsión de Francia del revolucionario ruso. El era también escritor, periodista y viejo revolucionario, partidario del trotskismo. Habían llegado hacía unos meses apenas de París, acompañando a Esteban, y no debían tardar en marcharse de nuevo.

—¿Cuáles eran las obligaciones de ustedes en la casa? —volví a preguntar.

Su primera obligación consistía, según ellos mismos, en guardar la vida de León Trotski aun a riesgo de la suya propia.

—¿Y cómo es que no han hecho nada para defenderlo contra los asaltantes?

Otto me dijo que se le había encasquillado el fusil ametralladora. Invocaban todos la sorpresa que les había producido el asalto y la desconcertante rapidez con que se había desarrollado todo. Por otra parte, los asaltantes eran numerosos y venían extraordinariamente bien armados y con una organización perfecta. Estuve tentado de detenerles a todos en el acto. Me contuve y decidí proceder con calma.

La servidumbre se componía de tres personas: Carmen Palma, cocinera; Belén Estrada, sirviente o recamarera, y Melquíades Benítez, mozo de servicio. Las dos mujeres, sobre todo, parecían presa del pánico. La cocinera, mucho más que la otra, temblaba y casi no se atrevía a mirarme a la cara. Consideré que eran las personas más vulnerables y decidí proceder a su arresto. Su interrogatorio me pondría quizá sobre la pista que buscaba, sobre todo teniendo como tenía la convicción de que se trataba de un autoasalto.

¿Se trataba tan solo de una convicción personal? Cambié unas rápidas impresiones con mis colaboradores más inmediatos.

—¿Qué opinan ustedes? —pregunté a los señores Estrada y Galindo.

—A nuestro juicio se trata de un autoasalto —me contestaron.

¿Ellos también lo creían así? Siempre he concedido una gran importancia a la opinión de mis colaboradores.

Las precauciones adoptadas por Trotski y sus guardianes habían convertido aquella casa —lo repetimos— en una fortaleza al parecer inexpugnable. El reglamento interior no podía ser más completo y perfecto. Veíase que el viejo revolucionario, sintiendo su vida constantemente amenazada y conociendo como nadie el poder y los hábiles métodos de sus enemigos, no había escatimado medida o precaución alguna que lo protegieran. La

puerta de entrada estaba asegurada por un doble pasador, uno de los cuales sólo permitía entreabrir la un poco. Una fuerte lámpara eléctrica iluminaba el espacio necesario para reconocer o identificar al visitante. Si era éste de absoluta confianza, el guardián de la puerta pronunciaba una contraseña al guardián situado en la torrecilla —torrecilla desde la que se dominaba a la vez la calle y el jardín y desde la que se podía disparar con la ametralladora que en ella había— y dicho guardián acaba de abrir la puerta por medio de un resorte eléctrico. Luego para que pudiera abrirse la puerta del todo, en cumplimiento estricto del reglamento, era necesario el concurso combinado de dos guardianes.

—¿Cómo han podido entrar en tales condiciones los asaltantes en la casa?  
—inquirí perplejo.

—No es posible precisarlo todavía —me respondió Otto—. Suponemos que Sheldon reconoció o tomó por amigo de la casa a uno de los asaltantes.

Guardé silencio y continué haciéndome cargo de las demás precauciones. Funcionaba también un perfecto sistema de alarma conectado con las diversas dependencias de la casa. Y sobre los muros que circundaban ésta había instalada una red de alambres eléctricos, de manera que era casi imposible saltar por ellos sin tocarlos. En cualquier caso debía producirse un repique de alarma, al mismo tiempo que se iluminaban unos pequeños focos colocados sobre un tablero situado en la caseta interior del vigilante. Este tablero no sólo denunciaba el peligro, sino el lugar exacto de donde éste provenía. Añadamos que todo este sistema interior se comunicaba, a su vez, con la caseta exterior de los policías encargados de guardar la casa. ¿Cómo dudar, en vista de todo esto, de la complicidad de algunos de los guardianes de Trotsky, o por lo menos de Robert Sheldon Harte, que era el que guardaba la puerta al producirse el asalto? Con todo esto la idea del autoasalto se afirmaba más y más en mí.

De la casa de Trotsky habían desaparecido dos automóviles, uno marca Ford y otro marca Dodge. Sin duda los asaltantes habían huido en ellos después del tiroteo.

—¿Quién guardaba las llaves de los coches? —pregunté.

Me dijeron que las llaves estaban siempre puestas en los automóviles, lo que constituía una precaución más en caso de peligro. Muy bien. Pero los asaltantes no tenían por qué saberlo. ¿Cómo, entonces, habían tenido la idea de huír en los coches? ¿Quién les había indicado lo de las llaves? ¿Acaso Sheldon?

Uno de los coches apareció no lejos de la casa, en la esquina de las calles de Viena y San Pedro. Era el Ford. Se trataba de un automóvil ya viejo. Uno de los colaboradores de Trotsky exclamó:

—Ese auto lo sacaron de casa, Uno de los dos que se llevaron.

El terreno estaba fangoso. El automóvil se había atascado en el barrizal. Sin embargo si no lo desatascaron y huyeron en él fué, seguramente, por nerviosismo, pues nosotros logramos sacarlo en seguida y sin dificultad alguna. Se veía que los asaltantes habían pretendido cruzar el río Churubusco, detrás de la casa de Trotski, hacia el norte; por lo menos los que iban en ese automóvil habían debido huir por ese lado. Di orden a distintos agentes para que se distribuyeran por la ciudad y lo investigaran todo. Debíamos seguir todas las pistas, sin despreciar un solo indicio. Tal era el punto, de vista del General Núñez, coincidente en absoluto con el mío.

En la orilla del río Churubusco encontré una escala marina de cables, con travesaños de madera y con un garfio en uno de los extremos. Sin duda la habían llevado como medida preventiva, por sí no lograban penetrar por la puerta. No lejos del automóvil encontramos asimismo una sierra eléctrica, de 110 a 125 voltios; una barreta de hierro, conocida con el pintoresco nombre de "Santo Niño", que suelen emplear los maleantes de México para abrir las puertas o bien para golpear a sus víctimas; dos fusiles máuser, de los arrebatados por los asaltantes a los policías encargados de guardar la casa de Trotski; numerosos casquillos, calibre 45, y un cargador de pistola "Thompson".

A poco recibí aviso de que en la calle de Mérida, a buena distancia del lugar del suceso, había aparecido un coche Dodge abandonado. Me trasladé allí inmediatamente. Era el otro automóvil desaparecido del garage de Trotski. En el interior había un pantalón de paño azul, una chamarra de la misma tela, dos fornituras de charol, una negra y otra color café; una canana de piel, color café, con cartuchos de pistola calibre 38 especial, y un mazzazo con funda de metal. Todos aquellos efectos podían ser preciosos para la investigación. Era, pues, cierto que los asaltantes habíanse presentado —por lo menos una parte de ellos— disfrazados de policías.

Regresé a la quinta de Trotski. Persistía cada vez más en mí la idea del autoasalto, pero no me era posible fundamentar todavía una hipótesis más o menos firme. ¡Había ocurrido todo con una rapidez tan sorprendente! Se trataba de un hecho en el que habían intervenido numerosas personas, una veintena al menos, lo que no dejaría de facilitar la investigación. No era posible que permaneciera en el misterio un suceso en el que estaban complicadas veinte personas como mínimo. No cabía duda: si no se trataba de un autoasalto, organizado por el propio Trotski y sus colaboradores para hacer recaer la responsabilidad sobre los stalinistas, sus enemigos, por fuerza tenía que tratarse de un golpe preparado por éstos. Trotski carecía de otros enemigos en el país, ya que, de acuerdo con el compromiso contraído con el Gobierno del General Cárdenas, no se había ocupado jamás de los asuntos políticos interiores. Desde su llegada a México, el único país del mundo que se había atrevido a ofrecerle asilo, los comunistas indígenas lo habían convertido en

blanco de sus enconadas campañas. No habían desperdiciado ninguna ocasión para atacarlo, para pedir su expulsión del país, tropezando siempre con la fría voluntad del Presidente de la República. Había que seguir al mismo tiempo una doble pista: la del posible autoasalto y la de los comunistas stalinistas. No ignoraba —y el propio Trotski me había ilustrado al respecto en distintas ocasiones— que la G. P. U. procura no comprometer jamás, en sus fechorías, a los militantes comunistas conocidos u ocupando cargos de responsabilidad. Suele actuar más o menos independientemente del Partido Comunista, utilizando de preferencia a elementos poco conocidos o desvinculados, aparentemente, del mismo. No obstante esto, hacía un rato apenas que el propio Trotski me había incitado a que detuviera a los militantes comunistas más destacados, entre los cuales debía descubrir, según él, a los autores del asalto. ¿Con qué fin me había dicho esto? Sabía perfectamente que yo no podía detener a nadie sin más ni más, sin pruebas o sin una fundada presunción de responsabilidad. Si se trataba de un autoasalto, mi tarea sería relativamente fácil. Pero de ser la G. P. U. la organizadora del atentado, iba a habérmelas con elementos sumamente listos y avezados en este género de hazañas. En este caso tenía ante mí una tarea difícil y de gran envergadura. Y dada la atención universal iba a personalidad de León Trotski, la atención universal iba a seguir paso a paso la investigación. Jamás, en el transcurso de mi actuación policíaca, me había enfrentado con un caso de tal magnitud.

Tenía prisa por empezar los interrogatorios en regla, con la esperanza de que éstos me colocaran sobre una pista segura. Los policías encargados de guardar la casa de Trotski me precisaron algunos detalles sobre la manera como se produjo el asalto. Poco después de las tres de la madrugada habían visto llegar hacia la caseta donde se encontraban a dos individuos con uniforme de policía y a otro con uniforme del Ejército Nacional, este último ostentando las insignias de teniente: Creyeron que debía tratarse de una visita de sobrevigilancia ordenada por la Jefatura de Policía. Los recién llegados los abordaron amablemente:

—¿Qué hubo, compañeros?

—Sin novedad —respondieron los interpelados.

En esto diéronse cuenta de que otros sujetos rondaban en torno de la caseta. Quisieron cerciorarse de lo que se trataba, pero los dos policías y el teniente sacaron rápidamente sus pistolas y les gritaron:

—¡Manos arriba, hijos de ... !

No les fué posible oponer resistencia y hubieron de dejarse desarmar. Los condujeron al interior de la caseta. Encontráronse allí con otros tres asaltantes: dos vestidos de policías y el tercero con uniforme militar. Este último, que usaba gabardina, lucía en la gorra la insignia de mayor del Ejército. Habían despertado a los guardianes que dormían en la caseta, después de

desarmarlos, y los obligaban a vestirse a toda prisa. Los maniataron a todos, colocándoles las manos hacia atrás. El que lucía las insignias de mayor les dijo entonces:

—¡Viva Almazán, muchachos! <sup>1</sup> ¡Cayó ya el General, Núñez! ¡Tenemos tomadas todas las garitas de policía!

Salieron de la caseta llevándose todas las armas que en ella había. Los guardas maniatados quedaron bajo la vigilancia de un individuo con ropa de paisano, que había llegado mientras tanto. Poco después oyeron varias descargas cerradas; comprendieron que disparaban con ametralladoras. Al cesar el tiroteo, que duró brevísimos minutos, el individuo de paisano encargado de vigilarlos desapareció. Vieron pasar entonces a los asaltantes, llevando con ellos a uno de los guardianes personales de Trotsky, que ellos conocían con el nombre de Bob.

Era de extraordinario interés precisar el siguiente detalle:

—¿Los asaltantes lo llevaban secuestrado o parecía ir él con ellos por propia voluntad?

El policía Abel González Ortiz, que lo vio más claramente, precisó:

—Bob no era maltratado por los otros individuos. Parecía ir entre ellos bastante tranquilamente y por propia voluntad.

—¿Quién sacó los carros? ¿Lo vieron?

—No podíamos distinguir. Sólo vimos que subían algunos de los asaltantes en ellos y que se alejaban a toda prisa.

—¿Cómo hicieron para entrar en la casa los asaltantes?

El mismo policía precisó:

—Yo comprendí al ver salir a Bob entre los asaltantes que había sido él quien les había abierto la puerta. Era el que estaba guardándola a esa hora. Además, sin un cómplice dentro, resultaba poco menos que imposible penetrar en la casa.

Le concedí cierta importancia a la declaración de Jesús Rodríguez Casas, Suboficial de la 17 Compañía de Policía y Jefe del Servicio de Guardia de la casa de León Trotsky. Cumplía esta misión desde hacía tres años y cuatro meses, es decir, desde la llegada del revolucionario ruso al país. El servicio se componía al principio de treinta y tres hombres. Como quiera que esto suscitó

---

*1. El General Juan Andreu Almazán se presentaba entonces como candidato a la Presidencia de la República frente al General Manuel Avila Camacho y pasaba por ser el candidato de la reacción. (J. G.)*

las continuas protestas de los comunistas, pretextando que la guarda del exilado ruso le costaba demasiado cara al país, se redujo a ocho hombres y finalmente se fijó en diez. Hacían dos turnos de veinticuatro horas. Aparte de las armas cortas, les fueron suministradas cinco armas largas, cinco fornituras y una dotación de doscientos cincuenta cartuchos. El Gobierno del General Cárdenas garantizaba así, hasta donde ello era posible, la siempre amenazada vida del ex jefe bolchevique ruso, al que le negaba la hospitalidad el universo entero. Trotski tenía gran confianza en Rodríguez Casas y le testimoniaba su amistad; rara vez salía sin hacerse acompañar por él y, lo sentaba, con cierta frecuencia, a su modesta mesa. Asimismo solía acompañar a Natalia Sedova y a Esteban, los cuales salían con mayor frecuencia. En el momento del asalto, el Suboficial se encontraba descansando en su casa. Al notificársele el asalto y el tiroteo, se vistió a toda prisa y acudió a la casa de Trotski. Al enterarse de los hechos tal como habían sucedido, espontáneamente y con absoluto aplomo exclamó:

—Esto ha sido un autoasalto.

Desde el primer momento juzgó sospechosísima la actitud de Sheldon. Asentó la siguiente reflexión:

—¿Por qué les abrió la puerta a los asaltantes cuando ésta no se abría ni siquiera a los policías de servicio? Sólo yo tenía entrada en la casa.

Había hecho conducir a la cocinera y a la recamarera de Trotski, arrestadas preventivamente, al Cuartel de la Montada, comúnmente conocido por "El Pocito", por encontrarse en las inmediaciones de un venero cercano a la Colegiata, a donde acuden fieles y peregrinos a persignarse cual si se tratara de una pila de agua bendita. "El Pocito" habíase hecho famoso y constituyó, hasta su supresión como cárcel preventiva, el terror de los delincuentes. Las dos detenidas sentíanse poco menos que aterradas. ¿A qué podía deberse?

No necesité hacer la menor presión para que declararan., Según ellas, Trotski celebraba frecuentes juntas con sus secretarios. La víspera del asalto parece que se celebró una de estas juntas, a la que asistieron todos los colaboradores de Trotski, así como el matrimonio francés que se encontraba en la casa de paso; fué absolutamente reservada y duró dos horas y media, desde las tres y media hasta las seis de la tarde. Otto Schuessler y Charles Cornell manifestaron después de la reunión, y muy particularmente después de la cena, una gran inquietud, un cierto nerviosismo: iban constantemente de sus habitaciones al despacho de Trotski, con el que conversaban discretamente. Naturalmente, hasta ellas no llegó una sola palabra de cuanto dijeron. La cocinera le llamó la atención a la recamarera sobre todo esto. Ambas se retiraron a dormir hacia las diez de la noche. Los primeros disparos las despertaron bruscamente. Se estaba levantando la cocinera cuando vió pasar a Otto en pijama, pistola en mano; sin pronunciar una sola palabra se pasó del lado de la cocina, permaneciendo allí sin disparar todo el tiempo que duró

el nutrido tiroteo. Si los asaltantes eran enemigos, ¿por qué no disparaba? Sólo una vez o dos se asomó hacia el jardín y hacia el comedor. Cuando la cocinera abandonó su dormitorio vió a todos los secretarios conversando con Trotski. en su habitación. Trotski salió poco después al comedor empuñando su pistola. Todos permanecían tranquilos menos Otto, que daba muestras de gran nerviosidad. Al verla, Trotski le preguntó a la cocinera:

—¿No le ha pasado nada a usted?

—Nada, señor.

Entonces la mandó a ver si le había ocurrido algo a la recamarera, lo que se apresuró a hacer. Juntas vieron después a la señora de Trotski. Llevaba ésta la nariz un poco chamuscada de pólvora. Al hacérselo observar, se limitó a limpiarse con la mano, sonriendo. Hacia las seis se encontraba la cocinera en el comedor cuando vió entrar a Charles Cornell, en compañía del Suboficial Rodríguez Casas. Decía éste dirigiéndose al colaborador de Trotski:

—Ya lo estás viendo, Charles; te dije que eso era muy peligroso.

Las dos sirvientas creían que se trataba de un autoasalto preparado por su propio amo y por sus secretarios. Si estas declaraciones eran ciertas, no cabía duda que era por demás fundada mi primera sospecha.

No podía esperar más. Hice detener y trasladar al "Pocito" a Charles Cornell y a Otto Schuessler. El primero, en su declaración, se limitó a precisar algunos detalles referentes a la noche del asalto. Estaba durmiendo cuando se produjo éste. Despertó al oír los disparos de ametralladora; creyó que éstos procedían de sus compañeros, que estaban repeliendo una agresión. En este momento oyó que gritaban en inglés:

—¡No intervengas tú en esto y no te pasará nada!

Buscó su pistola y no la encontró. Recordó que se la había prestado la noche anterior a Harold Robins, cosa que se hacía frecuentemente entre los guardianes de Trotski. Se acercó entonces a la puerta de su recámara. Harold, al verlo, le gritó:

—¡Baja la cabeza, Charles! ¡No te asomes!

A pesar de esta orden perentoria, miró hacia la pieza de guardia y distinguió a tres individuos, dos con trajes al parecer oscuros y uno con traje claro. Corrió en busca de su carabina, con intención de salir al patio de la casa. Como vestía un pijama claro, se puso a toda prisa ropa más oscura con el fin de no ofrecer fácil blanco al enemigo. Al ir a salir, Harold volvió a gritarle:

—¡No te asomes, Charles! ¡Baja la cabeza!

Esta nueva orden le salvó, sin duda alguna, la vida. Harold veía a los que disparaban con las ametralladoras. Permaneció en la puerta de la recámara con la carabina preparada. No creyó que los asaltantes fueran dueños de la casa. En esto vió correr a un individuo desconocido por el patio de la casa. Le disparó un tiro con su carabina, pero sin lograr hacerle blanco. Vió que Otto bajaba de su habitación hacia la pieza de Trotsky y oyó que Harold le gritaba:

—¡Ten cuidado, Otto! ¡Corres peligro!

Pasado el tiroteo, se reunieron con Harold en una de las piezas utilizadas por los guardias de servicio.

—¿Puedo ir a la habitación del Viejo? —le preguntó.

—Espera que apaguemos la luz eléctrica de la casa —le dijo Harold.

Hecho esto, corrieron hacia la puerta que da acceso a la oficina de Trotsky. La puerta estaba cerrada. Entonces se dirigió al patio. No había oído, ni antes ni después del tiroteo, el ruido de los motores de los automóviles. Sólo después averiguaron su desaparición, así como la de Sheldon.

Los agentes a mis órdenes habían averiguado mientras tanto que la sierra eléctrica encontrada no lejos de la casa de Trotsky había sido vendida en la casa Sucesores de Z. Clement, por la cantidad de trescientos pesos, a un individuo elegantemente vestido y que manejaba un automóvil grande, de color negro, con placas de Nueva York o Nueva Jersey, no podían precisarlo exactamente. El individuo en cuestión recomendó que le enviaran la factura a la calle de Londres, número 23, en Coyoacán. Verificada dicha dirección, resultó ser falsa. Había dado este domicilio para despistar. En todo caso este dato probaba que los preparativos del asalto, y quizá el asalto mismo, habíanse llevado a cabo con intervención de elementos extranjeros.

Hacían apenas cuarenta y ocho horas que había procedido a la detención de los dos secretarios de Trotsky, cuando recibí una urgente llamada telefónica del General Núñez. Desde "El Pocito", donde me encontraba, me apresuré a trasladarme a la Jefatura de Policía. Mi superior inmediato me dijo, en síntesis:

—Lo he llamado a usted para hacerle saber que Trotsky acaba de dirigirle una carta al señor Presidente de la República protestando por la detención de sus secretarios y de su servidumbre y alegando que se le deja sin atenciones ni medios de seguridad. Afirma que todos son absolutamente inocentes. El Primer Magistrado se siente molesto por este incidente y dispone que se presente usted ante Trotsky llevando a sus guardas aprehendidos y ofreciéndole excusas.



Declaro que esto me zahirió en lo más vivo. Repuse:

—Procedo desde luego a cumplir la orden presidencial, pero debo aclarar que no estoy obrando de manera arbitraria. Para el esclarecimiento de los hechos necesito recurrir a todos los medios a mi alcance. El caso se presenta por demás oscuro. Confieso que hasta ahora no he logrado dar con ninguna pista segura. Todo me ha parecido indicar, por otra parte, que se ha tratado de un autoasalto.

Al mismo tiempo recibí yo también una carta del propio Trotsky, que él mismo se encargó de hacer pública por medio de la prensa. En uno de los párrafos me decía: "El atentado no es un accidente inesperado que pueda atribuirse a Dies <sup>2</sup>, a Diego Rivera <sup>3</sup>, etc, El atentado no es el primero en su género; todas las medidas de defensa fueron tomadas por mí ante la perspectiva de un atentado inevitable por parte de la G. P. U. Hoy, cuando el atentado es un hecho consumado, se aprehende a mis amigos y defensores, se sospecha de mis amigos de ayer, pero no de los verdaderos enemigos, bien conocidos de todo el mundo". Y añadía: "Este intento coincide sorprendentemente con el intento de los asaltantes mismos, quienes gritaron: '¡Viva Almazán!', para provocar la impresión de que el asalto es un incidente de la política interior. Rivera, como se ve por la prensa, ha estado conectado con la campaña del General Almazán. La regla clásica de la G. P. U. es: matar a un enemigo y arrojar la responsabilidad sobre otro". Acusaba después a Vicente Lombardo Toledano y a los principales jefes del Partido Comunista Mexicano por las campañas realizadas contra él, y que tenían por fin encubrir políticamente el acto cometido por la G. P. U. Y añadía seguidamente: "Estoy absolutamente seguro de que la aprehensión de mis colaboradores y amigos se basa en hechos del mismo valor que los concernientes a Diego Rivera. Estoy seguro de que la investigación se orienta hacia un callejón sin salida. Cada nuevo día, cada nuevo hecho, cada nueva pista, sería desvanecer todas estas construcciones artificiales y desenmascarar a los verdaderos criminales, junto con sus inspiradores y protectores intelectuales". Y terminaba así su colérica carta: "Hasta la fecha me he impuesto un mutismo absoluto para no entorpecer la investigación. Pero en vista de su orientación, inesperadamente falsa, me reservo el derecho absoluto de apelar a la opinión pública mexicana e internacional en este asunto".

Lejos de ayudarme en mi tarea, la prensa, con sus crónicas sensacionalistas, sus rumores y sus deducciones, contribuía a entorpecerla. Yo comprendía perfectamente el afán informativo del público. Pero tenía que seguir la investigación por mi cuenta y sin abandonar ningún medio a mi alcance. Añádase a esto que el pintor Diego Rivera, al ver mezclado su nombre en las informaciones periodísticas, abandonó intempestiva y sensacionalmente el país para trasladarse a los Estados Unidos, donde empezó a hacer las más

---

2. Se refiere al famoso presidente del Comité Dies, encargado de investigar las actividades antiamericanas.

3. El pintor Diego Rivera era partidario de la candidatura de Almazán, había roto con Trotsky y se le creyó un momento implicado en el atentado.

extrañas declaraciones. Artista dotado de portentosa imaginación y de un enfermizo afán propagandístico, no quería desaprovechar la ocasión de atraer sobre él la atención pública. Según parece, y a pesar de haber roto con Trotski trece meses antes, temía ser víctima a su vez de un atentado, sin duda porque había gestionado la entrada del ex Comisario ruso en México. Con todo esto la opinión pública se desorientaba y mis dificultades eran cada vez mayores.

Hacia las cuatro de la tarde del mismo día y en mi propio automóvil conduje a Otto y a Charles a casa de Trotski. Me recibió éste con forzada amabilidad. Contenía a duras penas su coraje. Le temblaba la blanquecina barbita y se la acariciaba nerviosamente, gruñendo casi. Parecía resurgir en él el viejo Presidente del Consejo de Guerra de la U. R. S. S. Contra su costumbre, no me ofreció asiento.

—Le presento mis excusas por la detención de Charles y de Otto, don León —le dije en tono sereno y con el fin de calmar su mal contenida cólera—. Después del interrogatorio a que los he sometido, estoy convencido de su inculpabilidad. Puede usted reafirmar la confianza que en ellos tenía depositada.

Le dí cuenta de las declaraciones que me habían hecho sus sirvientas y que me indujeron, aparte de mis sospechas, a la detención de sus dos secretarios. Se mostró en extremo sorprendido.

—Celebremos juntas constantemente —precisó—. En la misma mesa, a la hora de comer, nos ocupamos de cuestiones políticas internacionales. Mi despacho, por otra parte, está siempre abierto a todos mis colaboradores. Pero por una circunstancia feliz, el 23 de mayo no celebramos ninguna junta, porque yo estuve ocupadísimo preparando un trabajo para los Estados Unidos, al que di comienzo a las siete y media de la mañana para no terminarlo hasta las once de la noche. Mi mecanógrafa rusa, señora Fanny Yanovitch, que por lo general sólo trabaja tres o cuatro horas diarias, en esta ocasión me acompañó durante todo ese tiempo. Esta señora trabaja en un cuarto contiguo, pero pasa a mi despacho a buscar los cilindros dictafónicos. Yo trabajo solo y recuerdo que a eso de las cinco de la tarde entró Sheldon a decirme que quería revisar los hilos del sistema de alarma. Yo, algo molesto, observé: "No es posible trabajar con estas interrupciones. Déjeme, por favor". Y Sheldon salió. Más tarde entró a verme Cooper. Estas fueron las únicas juntas que tuve ese día. Lo recuerdo perfectamente por las circunstancias que le he expuesto. No tuve ninguna otra junta.

—En este caso —le dije— desconfíe de la cocinera. ¿Por qué ha mentado en sus declaraciones? Lo mejor es que la despida usted, don León.

Al comienzo se mostró contrario a tal medida. Pero ya apaciguado, convino en que era lo mejor, en efecto.

Natalia Sedova no había podido contener su ira. No me había dirigido reproche alguno, pero al saludarla me lanzó una mirada furiosa, al mismo tiempo que besaba en el pelo a Otto y a Charles, mientras pronunciaba cariñosas y maternales palabras.

Cumplida mi misión me retiré. Trotski me acompañó hasta el zaguán con su amabilidad de siempre.

Se iba desvaneciendo en mí la idea del autoasalto. ¿Qué pista iba a seguir ahora? Los elementos comunistas y comunizantes echaban las campanas al vuelo en torno a la tesis del autoasalto y del viva al General Almazán de los asaltantes de la casa de Trotski. Se mostraban demasiado interesados en desviar la investigación y en hacer recaer toda la responsabilidad sobre la propia víctima: sobre León Trotski. No cabía duda: debía dirigir mi atención por ese lado. Iba a enfrentarme con la organización policíaca y terrorista mejor organizada y más terrible del mundo: la famosa G. P. U

## II

### COMO FUNCIONA LA G. P. U.

Siete días después del atentado de que fué víctima, León Trotski dirigió un largo documento al Procurador de la República, al Jefe de la Policía y al Secretario de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos Mexicanos. Tenía por fin dicho documento ayudar, en lo posible, a la investigación policíaca y orientar a la opinión pública. En realidad se trataba de la declaración oficial de Trotski en torno al asalto y, más explícitamente, en torno al funcionamiento de la siniestra G. P. U. rusa bajo la dictadura de Stalin. Por todo ello tiene su lugar natural y lógico aquí.

El documento en cuestión decía así:

“Durante el interrogatorio que me hizo el 24 de mayo el representante de la Procuraduría, entre otras muchas me fué formulada la pregunta de sobre quién recaen precisamente mis sospechas de ser el organizador del atentado. Yo contesté: sobre José Stalin. Y di explicaciones detalladas sobre los métodos de organización de la G. P. U. en los países extranjeros. Esta parte de mis declaraciones quedó excluida por completo del acta, debido seguramente a consideraciones en torno a la etiqueta internacional o quizá, a tecnicismos del proceso. Pero como las autoridades están interesadas ante todo en aclarar el delito, creo de mi deber completar aquí mis breves declaraciones del acta, en consideración a qué, en mi opinión, estas declaraciones tienen una importancia definitiva en la dirección general de la investigación criminal.

“Ante todo es necesario afirmar que el atentado puede solamente provenir del Kremlin. Tan sólo de Stalin, a través de la agencia extranjera de la G. P. U. Durante los últimos años, Stalin ha fusilado a cientos de verdaderos o supuestos amigos míos. De hecho ha exterminado a toda mi familia, excepto a mí, a mi esposa y a uno de mis nietos. En el extranjero, por medio de sus agentes, asesinó a uno de los directores de la G. P. U., a Ignacio Reiss, el cual se había declarado públicamente partidario mío. Este hecho ha quedado establecido por la policía francesa y por la justicia suiza. Los mismos agentes de la G. P. U. que mataron a Ignacio Reiss, seguían los pasos de mi hijo en París. En la noche del 7 de noviembre de 1936, los agentes de la G. P. U. hicieron irrupción en el Instituto Científico de París y robaron parte de mis archivos. Dos de mis ex secretarios, Erwin Volff y Rudolf Klement, fueron asesinados por agentes de la G. P. U.: el primero en España y el segundo en París. Todos los procesos teatrales de Moscú durante los años de 1936-37, tenían como finalidad lograr mi entrega a manos de la G. P. U. El resumen de todos estos crímenes podría ser aumentado considerablemente. Todos ellos tenían como finalidad lograr mi aniquilamiento físico. Detrás de todos estos



*G. P. U. - 1932*

hechos está Stalin. El arma que aparece en sus manos es la policía secreta soviética, ramificada en todo el extranjero y llamada G. P. U. Negar estos bien conocidos hechos o someterlos a la menor duda, tan sólo pueden hacerlo personas interesadas en cubrir los rastros de los crímenes cometidos.

“No quiero decir con esto que esté excluida la posibilidad de la participación en el atentado de los agentes de la Gestapo, la policía secreta de Hitler. En la actualidad la G. P. U. y la Gestapo representan hasta cierto punto vasos comunicantes; es posible y probable que en casos especiales estén a su disposición los mismos agentes para actos arriesgados. De las declaraciones públicas hechas por representantes responsables del gobierno alemán, se deduce que la Gestapo me considera un enemigo peligroso. La colaboración de las dos policías secretas en este atentado es completamente posible. En todo caso la parte directiva pertenece indudablemente a la G. P. U., ya que para Stalin mis actividades representan un interés incomparablemente mayor que para Hitler.

“La organización de la G. P. U. en el extranjero tiene muy bien establecida su tradición y sus reglas. Algunos colaboradores muy importantes de la G. P. U. (el General Krivitzky, Ignacio Reiss y otros) rompieron durante los últimos años con la G. P. U. y han hecho una serie de revelaciones de suma importancia. En estas revelaciones, tanto como en otras fuentes accesibles para mí, me baso para caracterizar algunos de los métodos de la G. P. U.

“Ante todo es indispensable establecer categóricamente que la actividad de la G. P. U. se entrecruza estrechamente con la actividad del Komintern, más bien con el aparato, con sus elementos dirigentes y sus partidarios de mayor confianza. Para su actividad la G. P. U. necesita una protección legal o semilegal y un ambiente de simpatías para el reclutamiento de sus agentes, y este ambiente y esta protección los encuentra en los llamados partidos comunistas.

“El esquema general de la organización extranjera de la G. P. U. es el siguiente: *en el Comité Central de cada sección del Komintern entra un director responsable de la G. P. U. en el país correspondiente.* Generalmente, de su actividad como representante de la G. P. U. está enterado tan sólo el secretario del partido o uno o dos de los miembros de más confianza. Los demás componentes del Comité Central tienen únicamente la posibilidad de adivinar la excepcional posición de dicho miembro. No poseo ningún dato especial referente al funcionario de dicha actividad en México. Pero no me cabe duda alguna que, en lo referente a los métodos de organización de la G. P. U., México no es una excepción.

“En calidad de miembro del Comité Central, el residente nacional de la G. P. U. tiene la posibilidad de acercarse, con plena legalidad, a todos los miembros del partido, estudiar sus caracteres, escogerlos para comisiones determinadas y poco a poco atraerles al trabajo de espionaje y terrorismo, apelando a su

sentimiento del deber para con el partido o por medio del soborno.

“Todo este mecanismo fué descubierto en Francia y en Suiza en conexión con el asesinato de Ignacio Reiss y la preparación de los actos terroristas en contra de mi difunto hijo y de otras personas. En lo referente a los Estados Unidos de América, Walter Krivitzky demostró que la hermana del secretario general del partido comunista norteamericano, Browder, estaba, por recomendación de su hermano, a disposición de la G. P. U. en calidad de agente secreto. Este ejemplo no representa una excepción, sino una regla.

“Todo hace pensar que los principales organizadores del atentado proceden del extranjero. Es posible que abandonaran México después de haber preparado su empresa y distribuido los papeles, en vísperas del atentado. Tal modo de proceder es habitual en la G. P. U., la cual, en su calidad de órgano del gobierno ruso, está extraordinariamente interesada en no dejar rastro alguno.

“Los emisarios extranjeros que se trasladan a un país determinado con una comisión bien definida, obran siempre por conducto del residente nacional de la G. P. U., el mencionado miembro del Comité Central del partido comunista, pues sin esto los emisarios extranjeros veríanse privados de la posibilidad de poder orientarse en las condiciones nacionales y de encontrar los ejecutores indispensables para llevar a cabo su misión. El emisario extranjero, junto con el residente nacional, y sus adeptos de más confianza, trabajan sobre la base del plan general de la empresa, estudian la lista de los posibles colaboradores y, paso a paso, los atraen al secreto de su proyecto. En este trabajo técnico, al residente nacional y a su estado mayor secreto pertenece el papel decisivo.

“No tengo ningún dato respecto del verdadero papel del sargento Casas y de los cinco policías bajo su mando, a cargo de quienes estaba la custodia exterior de la casa <sup>4</sup>. Tan sólo sé que se encuentran arrestados. No se puede tener la seguridad de que no fueran arrastrados a la conspiración; la G. P. U. tiene a su disposición medios de convencimiento, imposición y soborno como quizá ninguna otra institución en el mundo. A los policías pudieron haberles insinuado sistemáticamente que soy enemigo del pueblo mexicano, haberles prometido, bajo ciertas condiciones, una carrera; y, por fin, ofrecido un precio excepcionalmente elevado por sus servicios. Los agentes extranjeros no habrían podido encontrar el modo de acercarse a los policías mexicanos; fueron necesarios para eso agentes nacionales. A estos agentes nacionales de desmoralización, de soborno y preparación del acto terrorista hay que buscarlos en el Comité Central del Partido Comunista y alrededor de ese mismo Comité Central.

“La G. P. U. tiene un gran interés político en lo referente a la preparación de la opinión pública para la comisión del acto terrorista, sobre todo si se trata del asesinato de personas conocidas en amplios círculos de la opinión pública

---

*4. Fueron detenidos éstos cuando se creía en la hipótesis del autoasalto. Demostrada sú inocencia, se les puso en libertad.*

nacional e internacional. Esta parte del trabajo se impone siempre a la prensa comunista, a los oradores comunistas y a los llamados "amigos de la U. R. S. S.". Desde este punto de vista me parece que la investigación judicial no puede dejar de fijarse en la labor de los periódicos "El Popular" <sup>5</sup>, "La Voz de México" <sup>6</sup> y de algunos de los colaboradores de "El Nacional" <sup>7</sup>. No me refiero a la crítica política de mis convicciones, ya que una crítica semejante, aun la más severa, constituye el más elemental derecho democrático de cada cual. "La Voz de México" y "El Popular" no se han ocupado jamás de tal crítica. Su especialidad, como la de algunos oradores —particularmente del señor Lombardo Toledano—, durante los tres años y medio de mi estancia en México, ha consistido en la propagación de calumnias contra mí, increíbles por su grosería y su fantasía. Debo recordar que muchas veces me han acusado de mantener relaciones culpables con todos los círculos reaccionarios de México y de otros países. En uno de sus discursos públicos, el señor Toledano declaró que yo estaba preparando una huelga general en contra del Gobierno del General Cárdenas. En "El Machete" <sup>8</sup> y en "La Voz de México" me acusan, domingo tras domingo, de preparar una revolución junto con el General Cedillo <sup>9</sup> y muchos otros verdaderos o supuestos antirrevolucionarios. Me presentan en secretas entrevistas con cierto Dr. Atl <sup>10</sup>, en colaboración con los fascistas alemanes en México, etc. etc. Más recientemente, "Futuro" <sup>11</sup> y "El Popular", así como "La Voz de México", repiten sistemáticamente .que me encuentro en relaciones secretas con el diputado reaccionario de los Estados Unidos, Dies, y que le proporciono noticias dirigidas en contra de los intereses de México. Bien vistas, todas estas acusaciones carecen de sentido común, ya que me adjudican actos que no tan sólo son en su raíz contrarios a mis convicciones y a la obra de toda mi vida, sino a mis intereses más inmediatos, pues debería haber perdido la razón para cometer actos desleales contra el gobierno mexicano que me ha brindado tan magnánima hospitalidad.

"Recordaré que por medio de la prensa me he dirigido repetidas veces a mis acusadores con la proposición de llevar a cabo ante una comisión imparcial, integrada por el Gobierno o por el P. R. M. <sup>12</sup>, con el fin de examinar públicamente

---

5. *Organo de la C. T. M. (Confederación de Trabajadores Mexicanos), de la que aparece como líder indiscutible Vicente Lombardo Toledano, principalísimo instrumento de Moscú en Hispanoamérica.*

6. *Organo oficial del Partido Comunista de México.*

7. *Organo oficial del Gobierno de México, infestado de redactores y colaboradores comunistas. Tanto "El Popular" como "El Nacional" figuran entre los diarios de menor tiraje del país. "La Voz de México" se publica semanalmente. (J. G.)*

8. *Periódico de historial revolucionario, caído en manos de los comunistas y desaparecido ya.*

9. *Este general se sublevó contra el Gobierno del General Cárdenas y pereció en su rebeldía.*

10. *Tipo curioso y pintoresco, poeta y pintor, inquieto y hasta quizá un poco loco, cuyo nombre apenas suena ya.*

11. *Revista de la C. T. M., pero redactada por comunistas lo mismo que "El Popular".*

12. *Partido de la Revolución Mexicana, de carácter oficial, denominado actualmente Partido Revolucionario Institucional. (J. G.)*



las acusaciones presentadas en mi contra. Lombardo Toledano y los jefes del Partido Comunista se han guardado bien de aceptar mi proposición.

“No se puede dejar de preguntar: ¿Por qué el señor Lombardo Toledano y los jefes comunistas mexicanos se consideran obligados a difundir sistemáticamente calumnias contra mí, con el ostensible fin de envilecerme a los ojos de las autoridades y ante la opinión pública de México? Personalmente estos señores no pueden tener contra mí animosidad alguna, ya que nunca tuve con ellos ni relaciones ni conflictos personales. Ellos obran así, con tanto empeño y tanto descaro, tan sólo porque así se lo han ordenado. ¿Y quién puede haber hecho eso? Evidentemente, el amo del Kremlin: José Stalin.

“No quiero decir con esto que Lombardo Toledano y los jefes del Partido Comunista tomaron una parte directa e inmediata en la preparación del atentado en mi contra. La G. P. U. traza en este aspecto una severa división del trabajo. A los personajes más conocidos se les asigna la tarea de propagar sistemáticamente la calumnia. A los menos conocidos, pero más serios agentes, les es asignada la tarea de asesinar. Sin embargo, el señor Toledano no es un joven sin experiencia y que obra tan sólo al azar. Le son perfectamente conocidos los métodos de la G. P. U. y particularmente la persecución sistemática a la que yo, los miembros de mi familia y mis amigos hemos estado y estamos expuestos en todos los países del mundo. Para Toledano no es ningún secreto que la G. P. U. aspira a mi aniquilamiento físico. Por lo tanto, estoy en el perfecto derecho al decir que, al ocuparse sistemáticamente en la calumnia venenosa en contra mía, tomó parte en la preparación moral del acto terrorista. Por lo tanto, Toledano, en calidad de testigo, representaría un inmenso interés en la investigación judicial.

“No puede existir ya la menor duda de que los antiguos y los actuales jefes del Partido Comunista están enterados de quién es el representante nacional de la G. P. U. en México. También me permito hacer la suposición de que David Alfaro Siqueiros, que tomó parte en la guerra civil española en calidad de activo stalinista, no puede dejar de estar enterado de quiénes son los más prominentes y activos miembros de la G. P. U., españoles, mexicanos y de otras nacionalidades, que han estado llegando en diferentes ocasiones a México, especialmente vía París <sup>13</sup>. El interrogatorio del antiguo y del actual Secretario General del Partido Comunista, y también del señor Siqueiros, ayudaría mucho a hacer la luz en lo que respecta a la preparación del atentado y al descubrimiento del conjunto de los cómplices.

---

*13. Lanzando el nombre de David Alfaro Siqueiros, conocido después de su visita a España por el "Coronelazo", Trotski demostró una gran intuición. Como se verá más adelante, fué él, en efecto, el organizador material del asalto. (J. G.)*

### III

## POR FIN, UNA PISTA

Los días que siguieron al de la devolución a León Trotski de sus dos secretarios aprehendidos, fueron de verdadera inquietud, casi de angustia para mí. Nadie que no haya pasado por semejante trance puede saber lo que representa para un investigador policíaco el período que va entre la ejecución de un delito sensacional y el descubrimiento de una pista segura. A lo sensacional del atentado en sí venía a mezclarse, en este caso, la pasión política. Los elementos comunistas y comunizantes, según Trotski movidos por los invisibles hilos de la G. P. U., atronaban el espacio tratando de destruir las fuertes y legítimas sospechas que sobre ellos pesaban y de desviar la pista que pudiera conducir al descubrimiento de su intervención. A su vez el mismo Trotski, saliéndose decididamente de la discreción de los primeros días, llenaba la prensa de comunicados tratando de orientar a la opinión pública y de dirigir intelectualmente a la policía. Todo ello me parecía a mí harto comprensible y lógico. La tradicional polémica entre stalinistas y trotskistas se avivaba ahora en torno al atentado y a sus responsabilidades políticas y judiciales. No es ello menos cierto que tales campañas contribuían a desprestigiar y a poner en tela de juicio el celo y el acierto de la policía mexicana, cuya defensa me incumbía directa y personalmente. Los periodistas nacionales y extranjeros me acosaban a diario creyendo que yo les ocultaba la verdad sobre la marcha de la investigación. Ellos necesitaban servir al público lector, pendiente de tan sensacional suceso. Rodeaba a éste un gran interés político, tanto para México como para los demás países, y empezaban a acercarse a él determinados elementos diplomáticos. Indirectamente, este asunto parecía entrecruzarse con el de la marcha de la guerra. ¿Era posible que en el asalto hubieran intervenido agentes de la Gestapo? ¿O agentes mixtos de la Gestapo y de la G. P. U., teniendo en cuenta el pacto existente entonces entre Alemania y la U. R. S. S.? Y si esto era así, ¿no demostraría un entendimiento y una colaboración mucho más estrechos de lo que se creía entre Berlín y Moscú? En fin, todos esperaban de mí el esclarecimiento de los hechos, cosa que, por el momento al menos, me hallaba en la imposibilidad de cumplir. No exagero lo más mínimo si digo que apenas comí y dormí durante todos aquellos días.

Pero la casualidad, que constituye muchas veces la providencia de los investigadores policíacos, no debía tardar en servirme y favorecerme. Cierta día, por verdadero azar, entré en un bar situado entre las calles de Luis Moya y Arcos de Belén. Era hacia la una de la tarde. En torno a una mesa conversaban cinco obreros tranviarios. Uno de ellos hizo esta afirmación rotunda:

—Lo cierto es que la policía está echando tierra sobre el asalto a la casa de Trotski. Sus razones tendrá para ello, pero así es.

Agucé el oído. Bebían cerveza mezclada con tequila, mezcla bastante fuerte, y parecían ya un poco beodos. El que se expresaba así era un hombre bastante viejo y grueso. Usaba bigote entrecano y vestía un terno azul marino, grasoso; llevaba al costado una bolsa de lona con bandolera, como las que usan los cobradores de los tranvías. Prosiguió:

—La chismosa prensa dice que los “soplones”<sup>14</sup> no paran en sus pesquisas. ¡Embusteros! La otra noche corrí parranda con unos camaradas en la misma taberna. Cerca de nuestro grupo se encontraba el Juez Calificador de Tacubaya bien “mamao”<sup>15</sup>. Les contaba a sus amigos que él había prestado dos uniformes de gendarme empleados en el asalto. ¿Y todavía así quieren hacernos creer los policías que no agarran el hilo? ¡Qué se lo cuenten a Juan Diego!<sup>16</sup>.

Creí al principio que el viejo tranviario me había reconocido y que lo que acababa de decir era con intención de que yo lo oyera. Pero fiel a mi propósito de seguir todas las pistas, por absurdas que éstas parecieran, pedí mi coche por teléfono y regresé a mi despacho. Llamé al Comandante Galindo y le referí lo que acaba de oír.

—Trasládese usted en el acto a la Delegación de Tacubaya e invite a los Jueces Calificadores a venir a verme —le dije.

—Tengo un amigo que trabaja en el Departamento Central y que ocupa actualmente el cargo de Juez Calificador en Tacubaya —me dijo tras de reflexionar breves instantes—. Es un hombre, en efecto, un tanto aficionado a la parranda. Corro en su busca.

Así lo hizo. Su amigo no estaba ya en la Delegación y logró dar con él en su domicilio. Unas horas más tarde se encontraba en mi presencia. Lo hice pasar a mi despachito privado, al lado mismo del despacho oficial, con el fin de que nadie nos interrumpiera. Mi intuición me decía que era la persona a que se había referido el viejo tranviario. Empecé diciéndole:

—Usted ostenta un cargo público y tiene la obligación ineludible de ayudar lealmente al Gobierno. Es inútil que le diga el motivo de mi llamada a este despacho; usted lo sabe sobradamente y conoce la gravedad del hecho delictuoso en que ha incurrido. Lo exhorto a que me diga toda la verdad.

Se quedó un tanto asustado al oír mis palabras. Su actitud me confirmaba claramente que se sentía, en efecto culpable. Con el fin de tranquilizarlo y de obtener de él el mejor resultado posible, añadí:

---

14. Nombre despectivo dado por el pueblo a los policías.

15. Bien bebido

16. Nombre del indio al que se dice que se le apareció la Virgen de Guadalupe o Virgen Morena, considerada como Madre de América. (J. G.)

—Ya sé que tiene usted a su cargo una numerosa familia y que, ha obrado, seguramente, llevado de la amistad. Si me revela el nombre de la persona que requirió sus servicios le doy mi palabra —mi palabra de soldado y no de policía— de no seguirle perjuicio alguno. Con ello no cometerá ninguna traición, ya que sirve a la causa de la justicia y que el verdadero traidor es aquel que lo comprometió a usted.

No necesitó más para hablar.

—Me veo mezclado en este asunto muy a pesar mío, mi Coronel —empezó diciendo—. Verá usted lo sucedido ... El día 17 de mayo, como a las cuatro de la tarde, me encontraba de turno en la Onceava Delegación de Policía, en mi carácter de Juez Calificador, cuando se presentó un conocido, mío llamado Mateo Martínez ...

—Mateo Martínez? Dígame su nombre completo.

—Luis Mateo Martínez. Que se llama Luis lo he averiguado más tarde.

—Prosiga usted.

—Me rogó que le proporcionara tres uniformes de policía asegurándome que se trataba de penetrar no recuerdo si dijo en un centro o en casa de un general almanista. Sabían él y unos amigos suyos que allí había armas escondidas y querían, tras de comprobar el hecho, denunciarlo a la Procuraduría. En el primer momento la cosa me pareció por demás sencilla. No encontramos al Depositario de la Comandancia y Mateo Martínez hubo de volver dos veces. Por fin lo cité en mi domicilio para las diez de la mañana del día siguiente. Estuve reflexionando toda la noche en torno a la petición de Mateo. Llegué a la conclusión de que lo que se proponía hacer era ilegal y que constituiría una torpeza en mí proporcionarle los uniformes en cuestión. Opté por alejarme de casa, pretextando un asunto urgente, a la hora en que debía venir a verme Luis Mateo. Y no lo he vuelto a ver desde entonces.

—¿Quiere usted decir que no le prestó los uniformes?

—No, mi Coronel. Y ahora veo que fué lo más acertado. Sin duda se los procuraron en otra parte.

No traté de disimular la inmensa satisfacción que sentí ante las declaraciones de aquel hombre, al que me apresuré a manifestarle mi gratitud. ¡Por fin me encontraba ante una pista segura! El nombre de Luis Mateo Martínez podía ser la clave de todo.

—¿Conoce usted el domicilio de Mateo?

—Perfectamente.

Y me lo dió. Di orden de que lo arrestaran inmediatamente. De ello se encargó el sagaz agente José López Mejía, que fué uno de los que más se distinguieron en la investigación. Aquella misma tarde tenía a Mateo Martínez en mi presencia. Contaba unos veintiséis años de edad. Era maestro rural y militaba en el Partido Comunista Mexicano. Trataba de mantenerse sereno en mi presencia, pero apenas lo lograba. Veíale temeroso. No lo dudaba: es que tenía, en efecto, mucho que temer. A bocajarro, le pregunté:

—¿Para quién eran los uniformes que usted iba buscando? Será inútil que mienta o que me oculte nada.

Yo había creído qué, como comunista disciplinado, opondría una mayor resistencia. No fué así. Quizá creyó que sabía yo mucho más de lo que en realidad sabía. El caso es que me confesó en seguida que había buscado los uniformes por encargo de David Serrano Andonegui, ex Comandante comunista durante la guerra civil española.

—¿Con qué objeto? —le pregunté.

Turbándose un poco, respondió:

—Yo no sé exactamente ... Serrano Andonegui me dijo: "Hay un centro almazanista que tiene una buena cantidad de armas y queremos hacer un cateo. Procúrate esos uniformes". Y los busqué.

Comprendí que sabía mucho más de lo que decía y hasta sospeché que bien pudiera ser él uno de los asaltantes. Decidí dejar estos extremos para más tarde. Lo que más me interesaba por el momento era localizar al que parecía constituir por el momento el hilo del asunto: a David Serrano Andonegui. Estaba convencido de que éste sería un eslabón precioso en la pista que empezaba a recorrer.

Serrano Andonegui vivía en la calle Violeta, número 85. Me trasladé inmediatamente allí seguido por quince agentes. Eran como las nueve de la noche, una noche lluviosa y desagradable. Encontramos la puerta cerrada. A pesar de nuestra insistencia, los inquilinos se negaban rotundamente a franquearnos la entrada. Por las respuestas recibidas a través de la puerta cerrada, deduje que en aquella casa se encontraban varias personas de ambos sexos y de nacionalidad española. A la vera de la finca, de dos pisos, había un edificio en construcción. Hice que cuatro de mis más ágiles agentes treparan por los andamios de los albañiles. Y con la venia de sus moradores, otros agentes subieron por la casa contigua hasta el tejado. No tardaron estos agentes en abrirnos la puerta del número 85, a pesar de las airadas protestas de sus moradores. Me enteré al instante de que nos encontrábamos en una hospedería de refugiados hispanos, entre los que se contaban cinco o seis jovencitos sin la menor responsabilidad en el caso. Era atendida esta casa de huéspedes por una guapa y agresiva jamona, esposa de David Serrano. Trató

ésta de valerse de toda clase de subterfugios para impedir nuestra búsqueda. Con una gracia muy española, le gritó a uno de los huéspedes presentes:

—¡Eh, tú! Saca el mantón que tenéis que llevarle mañana a Cárdenas; él sabe muy bien de quién procede el obsequio.

Aquella brava y salerosa española trataba de arredrarnos haciéndonos creer que la unían relaciones de amistad con el señor Presidente de la República. De nada le valió su desparpajo. No tardamos en proceder a la captura de David Serrano Andonegui. Ocupamos en la casa, además, una abundante documentación.

Conduje al detenido a mi despacho. Era un hombre de treinta y dos años de edad, más bien delgado, de rostro ovalado y un tanto agudo, de cabello negro. Era un activo militante comunista. Había estado, en efecto, en la guerra civil española al servicio del stalinismo. Y le habían dado el grado de Comandante, lo que demostraba una gran confianza. Era ahora miembro del Comité Central del Partido Comunista Mexicano. Ya se comprenderá la importancia que para la investigación tenían todos estos datos. Ellos me conducían al comunismo stalinista, seguramente a la propia G. P. U. Sobre David Serrano Andonegui no tardé en hacer otra averiguación: era casado dos veces, una en México y otra en España. Este caso de bigamia ponía en mis manos, de ser necesaria, un arma importante contra él.

Mandé poner en orden la documentación hallada en casa de Serrano Andonegui. Procedí a un examen detenido de la misma. Di así con una carta que podía ser por demás interesante. El membrete del sobre pertenecía al Hotel Majestic y en él había escritos un nombre y una dirección: "Capitán Néstor, Avenida Guatemala, 54". El hallazgo me pareció de importancia. No tardamos en averiguar que en dicho domicilio había vivido, con otras personas, Néstor Sánchez Hernández, ex combatiente de la guerra de España con el grado de Capitán. No me cupo la menor duda, desde este momento, de que para el asalto a la casa de Trotski habían sido empleados, principalmente, audaces ex combatientes de la guerra civil española, detrás de los cuales se encontraba seguramente la G. P. U.

Néstor Sánchez había desaparecido de la Avenida Guatemala. Era absolutamente necesario dar con él. En la documentación recogida a Serrano Andonegui descubrimos otra dirección: Calle de la Corregidora, 101. Ordené a los agentes Pedro C. Balderas y Liborio R. Santos, dos de mis mejores colaboradores, que se trasladaran a dicho domicilio. Se trataba de una casa de vecindad. Era portero de ella Carlos Sánchez, tío de Néstor. Lo hice traer a mi presencia y procedí a un interrogatorio en debida forma. Era un oaxaqueño de unos cincuenta años de edad. Parecía un tanto impresionado en mi presencia. Le dije:

—Un compañero de su sobrino Néstor, ex combatiente como él en España, lo

busca para entregarle una correspondencia urgente. ¿Puede usted decirnos dónde vive?

No sabía o no quería darnos el domicilio. Sospeché que bien pudiera residir en su propia casa. Le pregunté:

—¿Entonces cómo es que guarda usted en su casa objetos de su pertenencia?

Ingenuo, a la vez que un tanto turbado, respondió:

—¿Objetos de su pertenencia? No, señor. Lo único que me dió a guardar fué un veliz no muy grande.

Yo exclamé, rápido:

—¡Pues a ese veliz me refiero! Dígame todo lo que sepa al respecto.

Me refirió entonces que el día 28 o 29 de mayo —es decir, unos días después del asalto—, como a las nueve y media de la mañana, se presentó Néstor en su casa llevando una maleta sobre cuya tapa aparecía una etiqueta azul con una X blanca. Le pidió permiso para dejarla en su casa. La depositó en su propia habitación, cerrándola con llave y procurando ocultarla detrás de un canasto. Le recomendó su sobrino que la guardara bien y se marchó. Dos o tres días más tarde se presentó de nuevo en su casa preguntando si había llegado correspondencia para él. Al contestarle que no, Néstor le volvió la espalda, abrió el misterioso depósito y sacó de él algo que se apresuró a ocultar debajo de la americana. Se marchó tras de cerrarlo de nuevo. Cuando volvió unos días más tarde, el tío le entregó una carta que se había recibido para él de parte de su padre. La leyó y después le dijo:

—Tenga mucho cuidado con este encarguito, tío. Si viene alguien a preguntar por mí, diga terminantemente que no vivo aquí ni vengo nunca a verlo. ¿Entendido?

Después de esta visita no había vuelto a ver a su sobrino.

—¿Y no sabe usted dónde vive?

—No, señor. Le aseguro que no.

—Pues ese veliz —le dije entonces— es precisamente el que andan buscando los amigos de su sobrino. Si no nos lo entrega usted, puede comprometerse y comprometer seriamente a Néstor.

Se mostró de acuerdo en entregarlo. Mandé a los agentes Balderas y Santos en su compañía a buscar la maleta cuyo contenido me intrigaba profundamente. No tardé en tenerla en mi despacho. Abierta, se me apareció claro el misterio.

Había en ella un uniforme de paño para Oficial de la policía de a pie, con insignias de la Séptima Compañía; una gorra también de paño, dos fornituras, una pistola marca Star para uso de la Policía del Distrito Federal, con dos cargadores. No cabía duda: el uniforme era uno de los utilizados la noche del asalto. La pistola era una de las que les habían quitado a los agentes de la policía de servicio en la casa de León Trotski. Eran, dos pruebas por demás preciosas.

Pero ahora era menester apoderarse de la persona de Néstor Sánchez, clave del asunto. Esa misma noche, y con la consiguiente discreción, aposté a dos agentes frente al domicilio del tío de Néstor. Eran relevados éstos periódicamente. Estaba seguro de qué, más tarde o más temprano, iría Néstor a ver si tenía correspondencia o a buscar su comprometedor depósito. En efecto, dos días después caía en nuestro poder y era conducido al "Pocito".

Me trasladé allí inmediatamente. No quería diferir un solo instante el interrogatorio. Con gran sorpresa mía, Néstor se dirigió a mí diciéndome:

—Yo lo conozco a usted, mi Coronel. Lo conocí hace tiempo.

—¿Dónde?

—En mi ciudad natal, en Oaxaca. Serví a sus órdenes cuando tenía usted mando militar allí.

Era cierto. Así, pues, éramos viejos conocidos. Pensé sacar el mejor partido posible de esta circunstancia. Néstor tenía ahora veintitrés años de edad. Era un muchachote de cara inteligente, prieto, de frente despejada y ojos negros y rasgados. Era estudiante de Derecho.

Néstor Sánchez no me dijo de buenas a primeras todo lo que sabía. Sin embargo, sus declaraciones acabaron constituyendo, como se verá, una revelación casi completa del asunto.

Néstor negó que perteneciera al Partido Comunista ni que hubiera tenido jamás el menor nexo con esta organización política.

—¿Por qué intervino usted, pues, en el atentado contra Trotski?

—Por amistad con el pintor David Alfaro Siqueiros, mi Coronel.

—Con que David Alfaro Siqueiros ¿eh? ¿También intervino el famoso "Coronelazo"?

—Fué el organizador y el director material del asalto.

Néstor Y David se habían conocido en París durante la guerra civil española.



Cierto día, a fines de abril del año en curso, Siqueiros lo invitó a participar en "un asunto de trascendental importancia", sin manifestarle en qué consistía dicho asunto.

—No presumió usted en seguida de qué se trataba? ¿Cómo es posible?

—Verá usted, mi Coronel ... Yo me dejé llevar por mi tradición revolucionaria y mi espíritu aventurero, amante del peligro y de las emociones. En cuanto David me dijo que se trataba de un asunto de trascendencia, acepté sin mayores averiguaciones. Mantuve después varias pláticas con el propio Siqueiros; es cierto que a través de ellas no tardé en darme cuenta de que estaba en juego la vida de León Trotski. Siempre me habían asegurado que era éste un peligroso contrarrevolucionario, enemigo de la revolución rusa y de la propia revolución mexicana. Siqueiros me afirmó, además, que había trazado todo un plan y que en el momento preciso intervendrían en su desarrollo suficientes elementos para asegurar el éxito. Juzgué que los preparativos que se hacían eran demasiado aparatosos y así se lo dije a David. En efecto, se confeccionaban bombas y se adquirían en cierta cantidad ametralladoras y pistolas.. Corría el dinero en abundancia. Siqueiros me aseguraba: "Necesitaremos todo este armamento para que la cosa salga como debe salir. No queremos fracasar".

Mientras me hablaba no podía por menos de pensar que Trotski tenía razón al decir que la G. P. U. preparaba bien las cosas, dividiendo el trabajo según las personas: unos habían realizado una viva campaña en la prensa comunista, tratando de hacer creer que era un contrarrevolucionario y un enemigo declarado de Rusia y de México, mientras que otros, conocidos por su espíritu de aventura, bien probado durante la guerra civil española, preparaban los detalles materiales del atentado. La investigación empezaba a confirmar la tesis dada a conocer por Trotski. Este había lanzado, en su declaración, el nombre de Alfaro Siqueiros y resultaba ser éste el organizador y el director material del atentado. Pero ¿quién había asumido la dirección intelectual?

—¿No conoció usted a elementos extranjeros como dirigentes del asalto? ¿o al menos como sus planeadores intelectuales?

—Yo no los conocí, pero presumo que los organizadores y dirigentes efectivos fueron extranjeros venidos exprofeso a México con ese fin. Lo prueba el hecho de que Siqueiros tuviera que consultar siempre con elementos extraños y misteriosos los preparativos de cierta importancia. En realidad lo utilizaron a él por ser mexicano para el reclutamiento de la gente y para la preparación material del atentado. Sólo fué el instrumento.

Me reveló también que habían utilizado, con Alfaro Siqueiros, a otro pintor gran amigo suyo: Antonio Pujol. Trató éste de obligar a Néstor a adquirir los uniformes. Pero se negó a ello, ya que Siqueiros le había asegurado que su papel iba a ser secundario.

Relató luego, con todo detalle, la ejecución del atentado:

—El 23 de mayo me citó Siqueiros en la esquina de las calles de Chile y Cuba. Eran las diez de la noche. Nos trasladamos a una casa de la calle de Cuba, cuyo número no recuerdo. Hacia las doce se presentaron en la casa unos desconocidos para mí; traían maletas y portafolios, de los que empezaron a sacar uniformes y armas. Eran éstas exactamente: una ametralladora, cuatro pistolas, dos bombas "thermos". Traían también cuerdas y guantes de goma. Por orden de Siqueiros, jefe de grupo, procedimos a probarnos los uniformes. El destinado a mí me sentaba muy bien. Pujol se puso el uniforme de Teniente del Ejército. Los otros se pusieron uniformes de policías. Nos reíamos y nos gastábamos bromas todos como si se hubiera tratado de una fiesta. Salió Siqueiros sin que nos hubiera comunicado todavía el plan. Ignoro si Pujol lo conocía; yo, no. Hacia las dos regresó Siqueiros vistiendo un uniforme de mayor del Ejército; no nos dijo dónde se lo había puesto ni nosotros se lo preguntamos. Llevaba un abrigo militar, anteojos y bigotes postizos. Lo recibimos en medio de grandes risas. Dando media vuelta nos preguntó: "¿Qué tal me veo?" Le respondimos a coro que muy bien. Salimos a la calle, uniformados y muy bien armados. Yo llevaba una pistola Star, calibre cuarenta y cinco, con dos cargadores para tiro de ráfaga. Pujol era portador de la ametralladora. Los otros individuos se habían distribuido las pistolas. A la puerta nos aguardaba un automóvil, color gris. Subimos en él y emprendimos la marcha hacia Coyoacán. Durante el trayecto Siqueiros nos dió las debidas instrucciones. Nuestro grupo debía apoderarse de la caseta de los policías, pero procurando no hacer fuego contra éstos. Se trataba, ante todo, de no provocar la alarma antes de penetrar en la casa de Trotski. Nos dió a cada uno un sobre conteniendo doscientos cincuenta pesos en billetes. A la altura de los Viveros de Coyoacán nos aguardaban dos sujetos. Reconocí a uno de ellos: era Juan Zúñiga Camacho. Siqueiros conversó durante breves momentos con él. Nos metimos después por una calle paralela a la de Viena. Bajamos del coche. Siqueiros consultó su reloj y ordenó que emprendiéramos la marcha hacia la caseta de los policías. Simultáneamente con nosotros avanzaron otros sujetos, disfrazados también de policías, sin duda pertenecientes a otros grupos. Fué nuestro grupo, encabezado por Alfaro Siqueiros, el que sorprendió a los policías encargados de guardar la casa de Trotski. No opusieron resistencia alguna, sin duda porque nos habían visto llegar uniformados. Alguien les lanzó un "¡Viva Almazán!"; creo que fué el propio Siqueiros. Llegaron otros dos vigilantes conducidos por elementos de otro grupo. Convenientemente desarmados, quedaron todos bajo mi custodia y la de uno de mis compañeros, al que llamaban "El Provinciano". Teníamos orden de no permitir que se movieran. Irrumpieron en esto otros elementos, la mayoría vestidos de paisano. Por el acento comprendí que algunos de ellos eran extranjeros. Se acercaron todos a la puerta de la casa de Trotski. Esta se abrió en seguida.

—¿Quién la abrió?

—Ahora lo sé: Sheldon. Durante el trayecto desde la calle de Chile a Coyoacán,

Siqueiros nos afirmó que todo saldría bien, pues uno de los pistoleros de Trotsky se había vendido. Supe luego que se trataba de Sheldon. Yo le había expuesto mis dudas a Siqueiros: "¿Y si ese tipo nos traiciona y nos reciben a tiros?", le había preguntado. Y Siqueiros me había respondido, sonriendo: "No hay ningún cuidado".

Reanudó así el interrumpido relato:

—Inmediatamente empezaron a funcionar las ametralladoras. Desde la caseta de los policías donde me encontraba, oí un nutrido tiroteo. Fué cuestión de brevísimos minutos. De pronto salieron dos coches de la casa de Trotsky. De uno de ellos bajó un extranjero y con acento francés, nos ordenó que subiéramos en él mi compañero y yo. Así lo hicimos. En el coche se encontraba ya Sheldon, presa de gran nerviosismo. El otro coche se embarrancó a corta distancia de la casa de Trotsky. Uno de sus ocupantes, de acento cubano, se pasó a nuestro coche. Emprendimos una carrera precipitada por calles desconocidas para mí, hasta salir a la Calzada de Coyoacán, enfilando entonces en dirección hacia el centro de la ciudad. El extranjero de acento francés apremiaba constantemente al chofer; creo recordar que era Sheldon quien conducía. Por cierto que le hablaba en español y el chofer le rogó que le hablara en inglés. Yo tenía la impresión de estar participando en una aventura cinematográfica. El extranjero de acento francés nos ordenó de repente que nos despojáramos de los uniformes; yo me negué rotundamente a ello por no quedarme en paños menores. Corría el auto a gran velocidad por la Avenida de los Insurgentes. A la altura de una plaza cuyo nombre no conozco, el "francés" nos ordenó que bajáramos uno a uno. El siguió adelante con Sheldon y con los otros. Supongo que este auto fué el encontrado más tarde en la Colonia Roma. Yo tomé un coche de alquiler y me hice conducir a mi casa. Debían ser poco más de las cuatro y media.

—¿De dónde procedía la pistola que encontré en su veliz? —le pregunté.

—Era de uno de los policías encargados de guardar la casa de Trotsky. Alguien me hizo tomarla de la caseta. La pistola Star que yo llevaba se quedó en el carro que conducía Sheldon.

—¿Cuántos eran, en total, los asaltantes?

—Unos veinte, mi Coronel. La acción fué conducida por Alfaro Siqueiros y por el extranjero a que me he venido refiriendo. Me parecía un judío francés.

Me interesaba mucho precisar lo más posible el papel jugado por Robert Sheldon Harte.

Néstor precisó a este respecto:

—Tengo la firme convicción de que el elemento vendido a que se refirió

Siqueiros era Sheldon. El asalto se perpetró precisamente el día y a la hora en que Sheldon estaba de guardia en la puerta de la casa de Trotski. Fué él quien abrió ésta con una facilidad incomprensible. Había sido sobornado, sin duda, por el judío francés. Es evidente que se conocían ya desde antes del asalto. Se fueron juntos en el coche sustraído de la casa de Trotski y que creo recordar manejaba el propio Sheldon, sin duda porque estaba habituado ya a su manejo. Lo manejó, al menos, desde que salió de la casa de Trotski hasta que bajé yo de él.

—¿Recuerda usted las señas personales de Sheldon?

—Yo no lo conocía antes; claro está; pero lo recuerdo perfectamente de aquella noche. Era un hombre joven, visiblemente de nacionalidad norteamericana, más bien alto; vestía esa noche un pantalón claro y una chamarra. En todo caso me pareció que existía cierta confianza entre él y el judío francés.

—¿Y no sabe usted cómo se llamaba éste?

—Oí una o dos veces que lo llamaban con el nombre de Felipe. Nada más sé a su respecto.

La declaración de Néstor Sánchez arrojaba luz extraordinaria sobre el asunto. Conocía ya dos de los principales organizadores y directores materiales del asalto: los pintores David Alfaro Siqueiros y Antonio Pujol. ¿Dónde se ocultaban? Seguramente no iba a ser empresa fácil echarles la mano encima.

¿Podría dudar aún, a pesar de las denegaciones de Trotski y de sus secretarios, de la complicidad directa de Robert Sheldon Harte? Y otra interrogante: ¿había logrado abandonar México o lo tenían oculto en algún punto del país? Su captura revestía una importancia decisiva. Puesto que, según Néstor Sánchez, Sheldon y el llamado Felipe parecían conocerse bien, si lograba detener a Sheldon no me sería difícil quizá saber quién era el judío francés, verdadero director intelectual del atentado y sin duda el agente directo y prominente de la terrible G. P. U. Hice girar telegramas ultraurgentes solicitando la localización de Sheldon y enviando su filiación a los puertos de Veracruz, Tampico, Puerto México, Progreso, Frontera, Manzanillo, Mazatlán y Guaymas, así como a las plazas fronterizas de Ciudad Juárez, Piedras Negras, Laredo, Matamoros y Nogales. Recomendaba a las policías de dichos lugares que impidieran a, toda costa la salida del país del citado Sheldon. Hice establecer al mismo tiempo un severo control de diversas líneas telefónicas, empezando por la del propio Trotski.

En el cuarto de Sheldon, en casa de Trotski, se había encontrado una llave correspondiente a la habitación 37 del Hotel Europa, una maleta de viaje con un timbre de Moscú y un cartón de cerveza. De la investigación practicada en dicho hotel resultó que Sheldon había pasado allí la noche del 21 de mayo en compañía de una prostituta, que no tardó en ser localizada e identificada. Nos

declaró ésta que Sheldon estaba esa noche un tanto ebrio y que era portador de una regular cantidad de dinero. No le había hecho ninguna confidencia. Supimos, además por uno de los secretarios de Trotsky, que Sheldon poseía una regular cantidad de cheques de diez y de veinte dólares, de la American Express Travelers, que cambiaba con cierta frecuencia en una casa bancaria. ¿De dónde recibía este dinero? ¿Acaso de su familia? ¿O era el pago de su complicidad?

Resultaba de nuestras averiguaciones que Sheldon había llegado a México el 7 de abril último, en avión, debidamente recomendado por los amigos de Trotsky en Nueva York y aceptado por éste en calidad de guardaespaldas. Hacía, por consiguiente, siete semanas apenas que ocupaba esta función. León Trotsky cambiaba de vez en cuando sus secretarios, militantes todos de la IV internacional, con el fin de que se formaran políticamente a su lado y garantizaran, al mismo tiempo, su seguridad personal. Quizá este procedimiento era políticamente hábil, pero no dejaba de tener sus peligros, pues podía permitirle a la G. P. U., ducha en los métodos de corrupción y contando con poderosísimos medios materiales y de coacción moral, introducir a algún agente suyo en la propia fortaleza de Trotsky. ¿Quizá había sido éste el caso de Sheldon?

Por el señor George Shaw, Cónsul de los Estados Unidos en México, supimos que el señor Jesse Harte Sheldon, padre del desaparecido, había llegado a la capital mexicana a bordo de un avión de la Pan-American Airways. A petición suya, pues temía por su vida, había puesto un agente a su disposición encargado de acompañarle noche y día. Esto me permitió, al mismo tiempo, establecer una fácil vigilancia sobre sus actos. Tuvo varias conferencias telefónicas, una de ellas con Mr. Hoover, Jefe de la Oficina Federal de Investigaciones de los Estados Unidos, al que le unía, según parece, una buena amistad. También a solicitud suya mantuvo una larga conferencia con León Trotsky. A su salida declaró que no había sacado de ella ningún nuevo dato respecto de la suerte de su hijo. Trotsky declaró, por su parte, que ambos habían coincidido en que el atentado había sido planeado y dirigido por agentes extranjeros de la G. P. U. Eso ya lo había establecido la policía bastante claramente. Según creencia de Mr. Hoover, el director intelectual del asalto había sido un tal Mink, llegado de Filadelfia a México varios días antes de producirse el mismo. Según parece, este Mink era uno de los principales agentes de la G. P. U., por la que había llenado importantes misiones en España, en el Japón, en los Estados Unidos y en varios otros países.

La declaración de Mr. Jesse H. Sheldon no carecía de interés respecto al eventual papel jugado por su hijo. Alfonso Díaz Barriga, Subjefe de la Policía Federal Judicial, le había formulado varias preguntas especiales a través de un intérprete de la Embajada Americana. Sheldon no le había dicho nunca a su familia que estaba al servicio de León Trotsky, sino que trabajaba con un señor apellidado Williams, del que se separó porque había tratado de sacarle dinero, viéndose entonces en la necesidad de trasladarse a una casa

de huéspedes, donde pagaba su alojamiento dándole clases de inglés a la hija de la propietaria y desempeñando otros servicios personales. Nunca le había dado, ninguna dirección propia, sino que le había indicado que le escribiera a la Agencia de Encargos de la Compañía Wells Fargo. Y esta importante declaración, que entresaco literalmente del informe firmado por el Subjefe de la Policía Federal Judicial que le interrogó: "... ni mucho menos le dijo su hijo que estuviera al servicio de Trotski, por el que supone no tenía simpatías, ya que se imagina que era simpatizador de Stalin, dato que se comprueba por el hallazgo hecho de un retrato de este personaje en el cuarto del secuestrado en Nueva York, retrato que fué encontrado por los hermanos de éste". Luego el padre de Sheldon, con sus declaraciones, contribuía grandemente a justificar nuestras sospechas sobre el verdadero papel jugado por su hijo.

Después de su declaración, Néstor Sánchez había prometido llamarme en caso de que recordara algún nuevo detalle sobre los hechos. Y en efecto, cierto día recibí, un aviso suyo diciendo que quería hablar nuevamente conmigo. Acudí apresuradamente al "Pocito".

—Le he llamado a usted, mi Coronel —empezó diciendo—, porque he recordado cosas que pueden serle de extraordinaria importancia para el esclarecimiento del asunto. Unos veinte días antes del asalto acompañé a Juan Zúñiga Camacho, conocido entre nosotros con el nombre de "Pedro", a la calle de Viena, con el fin de informarnos si se le ofrecía algo a un muchacho de oficio minero, alto y de complexión robusta, el cual no conocía la ciudad ni sabía tan sólo escribir. Siqueiros me había dicho que en dicha casa conocería a otras personas por el estilo y que él había hecho venir de fuera en previsión del asalto. El minero me dijo que era vecino de Hostotipaquillo, punto del Estado de Jalisco, cerca de los límites del de Nayarit. En su conversación se refirió a un mineral llamado Cinco Minas. Fui a su casa unas cuatro o cinco veces. Una de ellas me encontré con un tal Mariano Herrera en un restaurant cercano. Me presentó a él Mateo, amigo mío y detenido ya por usted. Resultó que una hermana de Herrera había sido amiga mía. Está casada con un italiano ex combatiente de la guerra civil española y viven, según creo, en República de Chile, 38. Deduje de todo ello que Herrera trabajaba también al servicio de Siqueiros. Vivía, por encargo de éste, en la calle Londres, 108. Fuí a esta casa tres veces. En una de ellas me encontré allí al judío francés, el llamado Felipe, el cual me dijo: "Voy a darte un número de teléfono por si necesitas comunicarte alguna vez directamente conmigo. Pero te prohíbo terminantemente que lo apuntes en ninguna parte; debes retenerlo en la memoria". Así lo hice.

—¿Recuerda todavía ese teléfono?

—Perfectamente.

—Pues démelo en seguida.

Me lo dió. ¿Me conduciría él al lugar donde se ocultaba el agente de la G. P. U. que había dirigido el atentado contra Trotsky? Me trasladé sin perder minuto a la Central de Teléfonos. El personal abandonaba en aquellos momentos las oficinas. Retuve a una de las señoritas con el ruego de que buscara en el fichero de direcciones la perteneciente al número facilitado por Néstor. Así lo hizo. Y me quedé mudo de sorpresa. Descubrí de repente que había tenido al famoso "judío francés" a dos pasos de mí, al alcance de la mano, y no lo había detenido. Ganas me dieron de golpearme a mí mismo.

La noche del día en qué, por orden del Presidente Cárdenas, devolví sus dos secretarios a León Trotsky, hablé con una rusa que vivía no lejos de su residencia. Me aseguró dicha señora que en una casa de las Acacias, donde ella misma vivía, venía observando por las noches, desde hacía alrededor de un mes, movimiento inusitado. Decidí investigar lo que pudiera haber en torno a dicha casa. Empecé por interrogar a Trotsky respecto a su compatriota.

—¡Ah, sí! —me dijo—. La conozco. Pero se trata de una mujer histérica y hasta un poco loca.

No obstante esta opinión, y dispuesto como estaba a seguir todas las pistas, hice establecer una vigilancia de la casa al mando del Comandante Galindo, con una docena de agentes convenientemente disimulados al amparo de los arbustos y la sombra de espesos árboles que rodeaban la manzana residencial de las Acacias. Tomadas estas medidas, recuerdo que me trasladé con mi ayudante señor Quezada y un grupo de agentes hacia la fría y rara mansión ocupada por el pintor Diego Rivera, situada en San Angel. Tenía motivos en aquel entonces para sospechar que el célebre muralista pudiera estar mezclado en el asalto del 24 de mayo. La amplia galería de trabajo de Rivera engalanaba sus muros con diversos cuadros de su creación. Sobre un caballete aparecía inconclusa una pintura de su esposa Frida Kahlo en traje de china poblana, usado comúnmente por ella. No había pisado nunca la residencia del famoso pintor y me sorprendió sobremanera ver las extrañas figuras que la adornaban: panzudos monigotes de talla gigantesca, estructurados en carrizo y con vestiduras de papel de china, de los más vivos y variados colores, con máscaras de cartón y rictus grotescos; grandes figuras iguales a los llamados "Judas", que en México se queman, en medio de gran griterío y del estallido de petardos, el Sábado de Gloria de cada año. Lo más sorprendente era ver diseminados estos "Judas" en los ángulos de las habitaciones, sobre las camas, debajo de éstas, pendientes del techo... Parecía una casa de pesadilla. La diligencia de registro practicada en ella no dió el menor resultado, pues no se encontró el menor indicio que acusara al famoso pintor. Infructuosa fué también la visita que, en busca del mismo, hice a la casa de Frida Kahlo en Coyoacán, casa adornada por cierto de tan extravagante manera como la de su esposo.

Regresé a las Acacias. No había sucedido nada de interés. Los vigilantes seguían en su sitio. Supe que, frente a la casa sospechosa, vivía un cojo

de nacionalidad española, deportista en alguna otra época, el cual pasaba el tiempo observando cuanto ocurría en torno suyo. Utilizaba para ello una antejo marino. Acompañado por Galindo me acerqué a la residencia del cojo, y en el mismo momento en que oprimía el timbre de la reja, advertimos que se paraba ante la casa de enfrente un lujoso automóvil de color oscuro y de él descendía un hombre de regular estatura. Levantó los cristales del coche y lo cerró con llave; después, con la mayor calma, se dirigió hacia la verja, abrió la puerta, atravesó el estrecho jardincillo y penetró en la casa. Hice que Galindo tomara el número de la placa con ayuda de su linterna sorda: era un automóvil de registro americano. Aposté a dos de mis hombres y ordené al Comandante Galindo que permaneciera con ellos.

Volví a oprimir el botón eléctrico de la casa del cojo. Era hacia la media noche. Bien abrigada, salió a abrir una viejecita. Expuesto mi deseo, me dijo:

—Mi hijo está arriba, acostado. Pero suba usted, señor.

Así lo hice, seguido de mi leal Jefe de Ayudantes y de algún otro agente. Me encontré en una pieza diminuta. Salió a poco un hombre ventrudo, de pelo gris, de unos cuarenta y cinco años de edad. Estaba en camiseta y calzoncillos y dejaba ver el muñón de la pierna cortada.

—Me interesa saber cuanto sepa sobre la gente que vive ahí enfrente —le requerí.

—Los he observado bien —me dijo con acento de sinceridad—. Es gente que hace vida nocturna. Entiendo que hay algunos mexicanos y otros extranjeros. Entre estos últimos los hay que deben ser cubanos. Pero no creo que tengan nada que ver con el atentado contra Trotski. Debe ser gente parrandera, a la que le gusta divertirse por la noche y dormir durante el día. A veces me dan la impresión de turistas y otras de gentes maleantes. A lo mejor es gente buena.

Obtuve la dirección del dueño de la casa. Lo visité. Se trataba de un amigo personal del General Núñez, el cual le había extendido una credencial de Comandante Honorario. Me dijo que le habían alquilado la casa hacía poco más de un mes, presentando fiador, y que le pagaban con puntualidad. Tampoco creyó que los inquilinos tuvieran ligas con el atentado. Le dijeron que tenían un negocio.

Cuando interrogué a Galindo sobre el hombre del automóvil, me informó:

—Se marchó inmediatamente después, en su propio carro. Ya usted mismo vió que no inspiraba sospechas.

Y no se hizo ningún otro comentario sobre el particular. Resultaba ahora que el número del teléfono facilitado por Néstor Sánchez (4) correspondía



exactamente a la casa de las Acacias. El famoso "judío francés", protegido bajo el sencillo nombre de Felipe —parece, en efecto, que los agentes importantes de la G. P. U. usan los nombres más sencillos (Pedro, Leopoldo, Felipe) y que sus propios colaboradores no suelen conocer su verdadera identidad—, era sin duda alguna el hombre del automóvil norteamericano.

Me trasladé a toda prisa a dicha casa. Estaba abandonada y hube de forzar la puerta. Encontré allí, entre otras cosas, ropa interior adquirida en París en el Boulevard Saint Michel. Sin duda había llegado de Moscú, vía París, con la orden estricta de preparar el asesinato de Trotski. ¿Era judío francés? Según parece, entre los agentes importantes de la G. P. U. abundan los judíos — rusos, polacos, lituanos, búlgaros, húngaros— y pocos deben ser, sobre todo entre los encargados de llenar misiones en el extranjero, los que no hablan francés. ¿Era George Mink, como sospechaba el Jefe de la Policía Federal de los Estados Unidos? ¿O Haikis, ex embajador de la U. R. S. S. en México y más tarde en España durante la segunda fase de la guerra civil? Son muchos los que se inclinan por este último nombre. Ciertamente no sabemos nada. Sólo que fué él el verdadero organizador del atentado del 24 mayo y tres meses más tarde, sin duda alguna, el del asesinato de León Trotski. Debí abandonar su casa de las Acacias, a corta distancia de la casa de Trotski, y probablemente el país al vernos rondar en torno a la primera. Debía encontrarse ya en los Estados Unidos, formando parte del Estado Mayor de la G. P. U. para todo el Continente Americano. No me perdonaré nunca no haberlo detenido. Debo decir, en descargo mío, que el reciente disgusto manifestado por el Presidente Cárdenas por la detención de dos de los secretarios de Trotski, me había desmoralizado un poco. Y el propio Trotski, tan agudo por lo general, no le había concedido la menor importancia a la denuncia de su compatriota.

## IV

### UN NUEVO ESLABÓN EN LA CADENA

A raíz del atentado contra León Trotski, cada mañana hacía una visita al "Pocito" con el fin de no perder el contacto con los detenidos. Estas visitas, en medio del aburrimiento y de la atmósfera de depresión moral que los rodea, ejercen generalmente una influencia sobre ellos. Sobre todo por la mañana y después de las noches de silencio, de soledad y de meditación carcelarios. El preso se alegra, naturalmente, de estas visitas que vienen a romper su obligada y monótona soledad, que lo ponen en contacto con la vida y le permite recibir el aire de la calle y, aun cuando sólo sea por briznas, tener alguna información sobre lo que tanto le obsesiona: la marcha de la investigación en torno a su delito. Siempre nos recibe el preso con una curiosidad expectante. Y casi siempre nos compra esas briznas de información con alguna revelación nueva o algún complemento de declaración. Su conciencia ha trabajado durante la noche y necesita aliviarse un poco más cada mañana. Se establece una cierta familiaridad con él, sobre todo si se le sabe tratar humanamente, que le suele mover a hablar, a sincerarse en voz alta. Provoca, en una palabra, una cierta necesidad de confesión. He hecho esta experiencia repetidas veces y siempre me ha dado excelentes resultados.

Una mañana penetré inopinadamente en la celda de Luis Mateo Martínez, el mismo que había solicitado los uniformes del Juez de Tacubaya y qué, detenido, me había dado el nombre del prominente comunista David Serrano Andonegui. De tal modo se había precipitado desde ese momento la marcha de la investigación, que apenas había podido volver a ocuparme de él. Estaba seguro de que sabía mucho más de lo que me había dicho en su declaración. Pero se obstinaba en no hablar, sin duda por no comprometerse ni comprometer a sus amigos. Yo sabía que amaba apasionadamente a su mujer. Y le dije con firmeza:

—Mira, Mateo: si te obstinas en no decirme todo lo que sabes respecto al asalto en el que tomaste parte directa, me veré obligado a detener a tu mujer.

Reaccionó rápido, herido en lo vivo:

—¿A mi mujer? ¡Ella no sabe nada!

—Debe saber mucho y estoy seguro de que confesará lo que tú te obstinas en callar.

—Le suplico, mi Coronel, que no le haga nada a mi mujer. Es completamente inocente. Yo no puedo decir más de lo que he dicho.

—Te doy dos horas para reflexionar. Si dentro de este tiempo no lo confiesas todo, tú solo serás responsable de lo que le ocurra a tu esposa.

Simulando irritación y enfado, abandoné la celda, dejando con Mateo al agente López Mejía para que, con el tacto y la inteligencia que siempre le reconocí, tratara de disuadirlo de sus negativas. No tenía yo la menor intención de tomar semejante providencia contra su mujer, pero Mateo lo creyó sin duda. Después de interrogar a otros detenidos y cuando ya me retiraba hacia mi despacho, fuera del "Pocito", al abordar mi coche, fui alcanzado por López Mejía, el cual me dijo:

—¡Jefe, jefe: Mateo se está vaciando! ¡Se ha cortado las venas y se muere, se muere!

Corrí, rápido, hacia la celda del detenido. A la puerta se hallaban dos agentes. Abrí y me encontré con un espectáculo en verdad inesperado y por demás sorprendente. Sobre el catre estaba Mateo como una res desollada, en medio de un gran charco de sangre. ¿Qué había pasado? Me precipité sobre él. Estaba boca arriba, con las piernas encogidas, la cabeza hacia atrás, colgante, la boca abierta y la mirada cadavérica, muy pálido. De sus brazos, uno de ellos colgando fuera del catre, manaba abundante sangre. Se había cortado los antebrazos. Sobre una silla, a la cabecera de su catre, encontré una hoja Gillette, ya enmohecida y con poco filo. ¿La llevaba él encima o la había encontrado en la celda? Lo creí muerto o a punto de expirar. Apliqué el oído a su pecho al mismo tiempo que colocaba una mano sobre su corazón. Respiraba. Lo moví un poco, le pasé el brazo por debajo del cuello y lo incorporé levemente, al mismo tiempo que le decía:

—¿Qué ha ocurrido, Mateo? ¿Qué ha hecho usted? ¿Qué significa esto?  
Con voz débil, me respondió:

—Déjeme morir. No necesito la vida. Ponla en libertad a mi mujer.

—Tranquilícese. Su señora no está detenida ni pienso detenerla.

Saqué un pañuelo y le até el brazo que parecía sangrar más. Le pedí su pañuelo a un agente e hice lo propio con el otro brazo. Salí a hablar por teléfono a la Cruz Verde y requerí inmediatamente la presencia de uno de los médicos de guardia. No tardó éste en presentarse. Tras un rápido examen indicó la urgencia de proceder a una transfusión de sangre. No encontrándose ningún donador oficial, se contrató a una persona de un establecimiento privado. Se le inyectó al herido medio litro de sangre así como calcio. Se siguieron después todas las indicaciones del facultativo. Ocho días más tarde Luis Mateo Martínez se encontraba ya restablecido.

Este desgraciado incidente no trascendió a la opinión. Pero algunos de los detenidos por el asunto Trotski le escribieron al Presidente Cárdenas diciendo

que se les atormentaba en el "Pocito". El Presidente dió orden al General Núñez, que éste se apresuró a trasladarme a mí, de que fueran llevados los presos al Palacio Nacional en automóviles. Así se hizo. El General Cárdenas los hizo pasar inmediatamente a su despacho oficial; yo permanecí fuera para evitar toda sospecha de coacción. Le dijeron al Presidente, con toda honradez, que no habían sufrido ningún tormento y que recibían una alimentación suficiente. Aprovecharon todos la ocasión, como ocurre en estos casos, para hacer protestas de inocencia. Sucedió todo esto unos días después de haberse cortado Mateo las venas.

Liquidado el lamentable incidente, se trataba ahora de dar con el paradero de los principales directores y organizadores materiales del asalto. Poseía, por el momento, tres nombres de importancia: los de David Alfaro Siqueiros, Antonio Pujol y Juan Zúñiga Camacho, conocido también por, Pedro N. ¿Dónde se ocultaban? Alfaro Siqueiros, al empezar a aparecer su nombre en la prensa, habíale dirigido una carta al General Núñez protestando de que no se le hubiera llamado a declarar sobre el asunto y ofreciéndose a hacerlo. Terminaba así su habilidosa carta: "En caso afirmativo, le ruego que me lo haga conocer por escrito a mi domicilio habitual, Tampico 21, departamento 15, de esta ciudad. Este procedimiento legal, al que creo tener absoluto derecho, evitaría que se me hiciera una vez más víctima de cualquier atropello o arbitrariedad de parte de funcionarios inferiores". Pretendía, sin duda alguna, alejar de sí las sospechas. Sin embargo, tuvo buen cuidado de no presentarse a la policía. Lejos de eso, había desaparecido con sus otros cómplices.

Hice girar a todas las autoridades civiles y militares de la República una circular con las señas personales de los tres perseguidos, además de las de Jesús Alfaro Siqueiros, hermano de David y al que yo suponía también complicado. Como se trata de tres personajes importantes en esta historia — excluyendo a Jesús—, reproduciré su descripción tal como quedaba apuntada en la circular:

"David Alfaro Siqueiros: Pelo crespo negro, ojos verdes, cejas espesas, nariz larga semiaguileña, boca regular, tez blanca, como de 46 años de edad, complexión robusta, cascorvo, locuaz, usa sombrero de anchas alas y traje azul o café, de tela esponjada con dibujos toscos".

"Antonio Pujol: Pelo erizado, ..ojos color café, nariz chata, boca grande, labios gruesos, tipo indígena mongoloide, como de 28 años de edad, descuidado en el vestir, usa generalmente traje café e indistintamente sombrero y es de estatura más bien alta que baja".

"Juan Zúñiga Camacho o Pedro N.: Pelo erizado, ojos castaños oscuros con carnosidades, nariz chata, boca regular, labios un poco gruesos, cara redonda, maxilares angulosos, tez morena, tipo indígena, como de 28 años de edad, no tiene señas particulares visibles. Generalmente usa chamarra café oscura y pantalón negro".

Recomendaba a dichas autoridades que procedieran, por todos los medios a su alcance, a su busca y captura.

Cierta noche, siguiendo los datos proporcionados por Néstor Sánchez, me trasladé con varios agentes, entre ellos Melchor Cárdenas, Funes y Medina, a la calle República de Chile, en busca de Antonio Pujol y de Mariano Herrera Vázquez, nombre este último que conocía también por Néstor. Se trataba de una casa de vecindad bastante grande, de dos pisos y con un gran número de viviendas. Destaqué un grupo de agentes en la planta baja, donde vivían los padres y abuelos de Herrera. Mandé a otros a la cantina que por allí tenía el padre de Pujol, español, para que lo trajeran a mi presencia. Ocupé yo, con el Jefe de Ayudantes señor Quezada y dos agentes más, las escaleras del primer piso. Entré por una de las puertas que dan al sur. Me encontré con dos piezas oscuras, sórdidas. En la segunda pieza, amueblada con dos camas, dos viejos roperos de madera, una máquina de coser y una maleta también de madera, se encontraban la madre de Pujol —era una mujer de tipo indígena, muy gruesa—, una hija suya como de veinte años y dos pequeñuelos, hermanitos de Pujol.

—¿Dónde está su hijo Antonio? —pregunté.

—Hace ya varios días que no sabemos nada de él, señor —me respondió la, madre.

Sobre uno de los armarios había un veliz. Lo abrí. Había en él varias prendas de señora elegante: ropa de seda, sombreros, objetos de tocador ... ¿Cómo podían encontrarse aquellas prendas en una habitación tan sórdida y miserable? La madre de Pujol se apresuró a explicarme que pertenecían a una norteamericana amiga de su hijo.

—¿Y dónde está ahora esa norteamericana?

—No lo sabemos, señor.

Pensé que tanto Pujol como su amiga la norteamericana podían muy bien encontrarse ya en los Estados Unidos. Esta mujer debía estar complicada de alguna manera con el asalto a la casa de Trotski. Por lo visto habían huido sin cuidarse de recoger el veliz.

En el baúl de madera encontré dos bolsas de lona repletas de monedas de un peso.

Llegó en esto el padre de Pujol.

—Usted debe saber dónde se encuentra su hijo Antonio. Dígamelo, señor Pujol, será mejor para todos.

—Pues no sé que decir, señor —respondió—. Dijo que se iba a cumplir un encargo de pintura.

—¿Y no sabe ni sospecha a dónde? ¡Qué raro me parece eso!

Recogí algunos documentos de interés y, entre ellos, una fotografía de Antonio Pujol. Poco teníamos que hacer ya allí. Daba la excursión por poco menos que fracasada. Ya descendía la escalera, con el consiguiente descontento, cuando los agentes apostados en la planta baja condujeron hacia mí a un hombre joven, de tez morena, calzando botas de minero y vistiendo un pantalón de montar, de color plomizo, y una camisola de la misma tela.

—¿Quién es usted? —le pregunté—. Dígame su nombre.

Dando pruebas de gran vacilación, me dió un nombre cualquiera. Comprendí en seguida que no era el suyo. Lo hice llevar al "Pocito" y no tardé en trasladarme también allí con el fin de proceder a interrogarlo. Hubo que vencer su resistencia. Acabó confesando su verdadera identidad: era Mariano Herrera Vázquez. Se trataba de una detención importantísima. Al hablarme de él, Néstor Sánchez me había dicho que uno de los mineros traídos por Alfaro Siqueiros de Nayarit lo había acusado de haber robado cierta cantidad de dinero. En caso de necesidad podía explotar este hecho contra él. Luego tenía en mi poder otro importante eslabón de la cadena.

Herrera había nacido en la ciudad de México y contaba entonces veintiséis años de edad. Era de oficio electricista. Había pertenecido al Partido Comunista, según declaró, de 1934 a 1938. Era soltero, si bien desde hacía ya varios años vivía con Ana López ..., Ana López? Un tendero de comestibles, instalado a unas cuadras de la casa de Trotsky, había oído conversar a dos mujeres, una llamada Julia y otra Ana, que habían vivido durante algún tiempo frente a su tienda, de una manera muy sospechosa. Habían tenido interés en intimar con los policías encargados de guardar la casa de Trotsky. Una de ellas — Julia— había copulado con el policía Rodolfo Pregono. La noche del asalto habían abandonado la casa precipitadamente, medio desnudas, asustadas, llevándose Ana la cobija que le había prestado el Cabo, el cual habíase presentado a reclamársela al día siguiente. Pero ya había desaparecido. Se trataba de Ana López Chávez, amante de Herrera, y Julia Barradas Hernández, primera esposa del bígamo David Serrano Andonegui.

Herrera me hizo una declaración bastante completa. Me dijo que Ana y Julia se encontraban al servicio de David Alfaro Siqueiros en la preparación de cierto asunto ... Encontrándose sin trabajo, le rogó a su amante que hablara con el pintor a ver si podía proporcionárselo. Hacia el cinco de mayo Ana le había presentado a un extranjero, que suponía era francés, manifestándole éste que estaba dispuesto a darle ocupación y a pagarle cinco pesos diarios. Debía realizar su trabajo en Coyoacán, residencia del General Almazán, de un hermano del General Cedillo y de León Trotsky. Herrera aceptó. El extranjero

le dio orden de presentarse cada día, a las diez de la mañana, en la esquina de la calle de Tampico y de la Avenida Chapultepec. A los cuatro días se presentó a él David Alfaro Siqueiros. Este le prometió darle diez pesos diarios en lugar de los cinco que le había prometido el extranjero. Le hizo subir en su automóvil y lo condujo a Coyoacán, a la calle de Londres. Vivía allí Luis Mateo Martínez, con el que se quedó. Encontrábase en aquella casa desde hacía tres días, sin recibir instrucciones precisas, cuando se presentó Juan Zúñiga Camacho o Pedro N., el cual se limitó a abonarle sus salarios. Cierta día les ordenó que se trasladaran a la calle de Viena, donde encontraron a Néstor Sánchez, a un tal Narciso y a otro individuo cuyo nombre ignoraba. Podía visitar a su amante Ana López y a su amiga Julia Barradas, las cuales ocupaban una casita en la calle de Abasolo número 85, cerca de la casa de Trotsky.

Un día se presentó allí Mateo ordenándole que se presentara a las diez de la mañana en la esquina de Tampico y Chapultepec. Acudía allí Alfaro Siqueiros, pagándole sus honorarios y diciéndole que todavía no había nada. Hacia el día 17 Siqueiros lo citó en el mismo lugar a las cinco de la tarde. Acudió puntualmente el pintor y poco después se presentaron en un automóvil Angélica Arenal, su esposa, y Antonio Pujol. Subieron todos en el automóvil y volvieron al centro de la ciudad, donde adquirieron un catre de campaña y algunos objetos de pintura. Después salieron hacia el pueblo de Santa Rosa, ubicado entre la Villa Alvaro Obregón y el Desierto de los Leones. Llegaron la esposa de Siqueiros y Herrera a una casa desierta, no lejos de la carretera nueva. Bajaron los objetos comprados. La esposa de Siqueiros regresó a la ciudad en el mismo vehículo que los había llevado, previniéndole que permaneciera allí hasta nueva orden.

En la extraña casa, encontró a Luis Arenal, hermano de la esposa de Alfaro Siqueiros, a Narciso N. y a otro individuo cuyo nombre ignoraba. Sólo oyó que lo llamaban "El Enfermo". Permanecieron allí unos siete días completamente inactivos. El 22 se presentó Siqueiros a llevarles dinero. Narciso y "El Enfermo" le pidieron permiso para ir al día siguiente a la ciudad a comprarse calzado. Así lo hicieron. A su regreso, Herrera decidió trasladarse a México. Se embriagó y no pudo volver a la casa a la hora que se le ordenó. Sólo encontró allí a "El Enfermo", el cual le dijo que la noche anterior se había presentado Antonio Pujol a buscarlos para realizar el trabajo objeto de su empleo. Sólo había podido llevarse a Luis Arenal y a Narciso N. Por lo visto, esta circunstancia evitó a Herrera el tomar parte directa en el asalto.

El día 25 volvió Luis Arenal a llevarse a "El Enfermo". Le entregó a Herrera cincuenta pesos y le dijo que podía irse a pasear. Fué en busca de Ana López y de Julia Baladas a Coyoacán, encontrándose con la puerta cerrada. Corrió entonces a casa de los padres de Ana, calle de la Libertad, 134. Se enteró allí del asalto a la casa de Trotsky, del cual se había librado por una casualidad. Ana y Julia, que se habían dedicado a espiar la casa de Trotsky y a conquistar a los policías, habían recibido orden, por intermedio de Zúñiga Camacho, de

abandonar la casa de Coyoacán en cuanto oyeran tiros. Y así lo habían hecho.

Tales fueron las primeras revelaciones que logré obtener de Mariano Herrera Vázquez. Podían ser de gran importancia.

Luego Ana López y Julia Barradas habían ocupado las viviendas 11 y 13 de la casa de vecindad de la calle de Abasolo, 85, a pocos pasos de la residencia de Trotski. Ambas habían desaparecido al producirse el asalto. Me presenté allí inmediatamente con el fin efectuar un registro. Las dos viviendas estaban cerradas con candados. Procedimos a abrir, en primer lugar, la casa de Julia. Al hacerlo trascendió hasta nosotros un fuerte hedor que nos hizo sospechar que bien pudiera encontrarse allí un cadáver abandonado. Inmediatamente pensamos en Sheldon. Hicimos la luz. No había ningún cadáver. Sobre una mesa encontramos una olla de barro, con comida descompuesta, que era lo que despedía tan fuerte hedor.

Registramos los muebles. Entre otros papeles encontramos un croquis, bastante mal trazado, de la casa de Trotski, credenciales demostrativas de que Julia pertenecía al Partido Comunista, varios comunicados del mismo ... En una de las hojas de un cuaderno escolar había escrito a lápiz algo referente a que no había que matar a Trotski, sino simplemente apoderarse de sus archivos, y que Trotski era un obstáculo para el desenvolvimiento de la doctrina comunista. Aquello había sido escrito, sin duda, por la propia Julia Barradas. ¿Era, quizá, lo que le habían asegurado a ella misma sus jefes? Probablemente. En todo caso, esta nota parecía bastante reveladora. La autora habíala escrito, sin duda, para convencerse a sí misma de que estaba cumpliendo una misión, para tranquilizar su conciencia, y luego, en la fuga precipitada, la había olvidado. Pero ¿y su contenido? ¿Podía creer sinceramente que no se trataba de asesinar a Trotski, sino simplemente de arrebatarle sus archivos? Lo que sí debía creer sinceramente, como lo creían los militantes comunistas fanatizados en general, era la última parte: que León Trotski constituía un serio obstáculo para el desarrollo del comunismo stalinista.

Encontramos también un papel que decía: "Estuve a buscarte y no te encontré. Volveré a las cuatro. Pedro". Nos apoderamos, en fin, de varias fotografías, entre las que se encontraban una de Mariano Herrera Vázquez y otra de la hijita de Julia, llamada Sovietina. Constituía este extraño nombre una prueba más del fanatismo soviético-comunista de sus padres.

Pasamos a la vivienda de Ana López. Sobre la cama había algunos bultos de ropa, como si hubieran estado haciendo preparativos para un cambio. Los papeles que encontramos nos demostraron que Ana era también un miembro activo del Partido Comunista. Lo mismo que Julia. Nos apoderamos también de varias fotografías.

Estaba bien claro el papel llenado por las dos mujeres: observar las entradas



y salidas en la casa de Trotski, los relevos de los agentes apostados al lado de la puerta y sobre todo, la amistad y el posible soborno de los mismos. Julia no había vacilado, incluso, en convertirse en amante de uno de ellos. Según las declaraciones de los propios agentes, so pretexto de que se iban a vivir pronto a la capital, habían propuesto la organización de un baile precisamente la noche en que tenía que efectuarse el asalto, seguramente con el fin de alejar al mayor número posible de ellos de la vigilancia de la casa. Todo había sido preparado metódicamente, conforme a la técnica guepeuista.

Pero ahora había que proceder al arresto de las dos mujeres. Su localización era por demás difícil, pues su pista se perdía completamente desde la noche del asalto en que abandonaron presurosas su vivienda de Coyoacán. Di orden al agente Pedro Castañeda de que se dedicara exclusivamente a este asunto sin otra base que las fotografías de Julia y de su hijita Sovietina. El agente se dió a la ingrata tarea de ir inquiriendo de casa en casa por todos los sectores de Coyoacán y sus colonias adyacentes. Era como encontrar una aguja en un pajar. Esta labor duró varios días y, mientras tanto, la prensa capitalina demandaba de mí informes nuevos sobre la marcha de la investigación a través de los reporteros policíacos. Y es que el público les apremiaba a ellos, pues, ávido de noticias sobre el sensacional suceso, exigía un reportaje diario. Créase que el Servicio Secreto no se ocupaba ya del asunto o que había adoptado la táctica del silencio para poder allanar el camino hasta la meta final.

Cierta mañana llegué a mi oficina presa de gran contrariedad: uno de los principales diarios de México publicaba ese día el infundio de que iba a ser relevado de la dirección inquisitiva, la que iba a serle encomendada a un conocido detective. ¿Tratábase de un recurso para obligarme a dar material informativo y a satisfacer así a la opinión? La misma falsa noticia agregaba que mi relevo se debía a que parecía haber perdido el hilo de la investigación y a que me encontraba desorientado e inactivo. Sentíame profundamente lastimado en mi amor propio, del que tan cargados solemos andar los militares. Felizmente, ya en aquel momento poseíamos, una pista: habíamos dado con Sovietina, mandada por Julia, pocos días antes del asalto, a casa de sus abuelos. Estos, al igual que Herrera, nos decían:

—Deben estar ocultas en Coyoacán, en Churubusco, en Zacahuisco ...

Había iniciado ya en mi despacho las labores del día, cuando recibí una llamada telefónica de Castañeda.

—¡Por fin hemos triunfado, mi Coronel! —me dijo casi a gritos—. Ya tengo en mi poder a Julia. Di con ella en Churubusco. Sólo pude echarle mano a ella. La tengo en mi auto. Le hablo a usted desde el Hospicio de Niños. Espero sus órdenes en la parada de trenes del mismo nombre.

—¡Bravo, Castañeda! —repuse feliz—. No se mueva, que ahí voy. Espéreme.

Salí presuroso, seguido por mi ayudante señor Quezada. A la puerta de mi oficina nos topamos con el reportero del matutino que había publicado la noticia que tanto me afectó.

—¡Hola, mi Coronel! —me saludó.

Y cuando hube respondido a este saludo:

—¿Qué noticias tiene sobre lo de Trotski? —preguntó.

—Pues ninguna —repliqué—. Usted está más enterado que yo de mi relevo de la investigación. ¿Por qué no acude usted a mi sustituto? El le dará buenos informes.

Volé por la escalera de la Jefatura sin aguardar el ascensor. ¡Cuántas veces lo había hecho así! Tomamos mi coche y, minutos después, tenía en mi poder otro eslabón de la cadena...

Julia Barradas era una mujer no mal parecida, de ojos y cabellos negros. Mostraba cierto desparpajo. Al registrar su bolso trató de disimular, entre sus papeles, un décimo de la Lotería Nacional. Le fue recogido en seguida. En el reverso había anotada una dirección. Envié a Castañeda a verificarla. Se trataba del nuevo domicilio de Ana López. Esta era detenida unas cuantas horas después de que lo fuera su compañera Julia Barradas.

No tardé en darme cuenta de que no sería empresa fácil hacerlas declarar. Me dieron mucho más trabajo que los hombres, Setenta y dos horas pasamos interrogándolas. Julia se mostraba altanera, casi desafiante. Se me ocurrió una estratagema para que declarara. Le dije que su marido, David Serrano Andonegui, casado al mismo tiempo con otra mujer, era quien la había vendido.

Eso no es verdad, no puede ser verdad —exclamó escéptica.

—¿Qué no? Estoy dispuesto a demostrárselo. Ya verá.

La hice ocultar detrás de una puerta y di orden de que me trajeran a Serrano Andonegui. Ignorante éste de que Julia estuviera escuchando, a preguntas mías empezó a expresarse lo peor posible de ella. Colérica, irrumpió entonces Julia en la pieza en que nos encontrábamos y se mostró dispuesta a decir toda la verdad. Los celos consiguieron lo que no habían podido conseguir la perseverancia y el cansancio.

Para hacer declarar a Ana López me valí de otra estratagema. Le aseguré que era inútil negar, pues ya su compañera Julia lo había confesado todo. Le repetí algunos de los puntos de su declaración. Le anuncié, además, que iba a efectuar un viaje de unos veinte días y que durante este tiempo su situación sería por demás incómoda. Se decidió entonces a hablar.

Había acabado por desenmarañar toda o casi toda la madeja sobre el atentado. Conocía ya, realmente, todos los detalles sobre el mismo y sabía los nombres de los principales actores, así como el papel desempeñado por cada uno de ellos. ¿Pero qué había sido de Robert Sheldon Harte? ¿Dónde se encontraban David Alfaro Siqueiros, Antonio Pujol y Manuel Zúñiga Camacho? Mi labor estaba lejos de haber terminado.

## V

**EL CADÁVER DE SHELDON**

**E**n sus declaraciones, el detenido Mariano Herrera Vázquez se había referido a la granja ubicada en Santa Rosa, en la carretera del Desierto de los Leones, a donde lo había llevado en su automóvil Angélica Arenal, la esposa de David Alfaro Siqueiros. La inspección de este lugar podía ser de suma importancia. Decidí, pues, efectuarla sin perder tiempo.

Las cuatro de la tarde debían ser cuando emprendimos la marcha hacia el Desierto de los Leones en varios automóviles. Me acompañaban, entre otros, los destacados agentes Cárdenas, Funes, Sánchez Mondragón y Medina.

Paramos en el kilómetro 22. Tuvimos que escalar una empinada cuesta a manera de rampa resbaladiza. Oscurecía ya cuando llegamos a la casa abandonada. Amenazaba lluvia. Estaba enclavada la casa en el lugar conocido por "Rancho de Tlaninilalpa", a unos quinientos metros de la carretera. Se trataba, en realidad, de un jacal de adobe, con techo de tejamanil, de dos aguas. Las paredes eran blancas. Los tupidos árboles que había en la parte de atrás de la casa contribuían a envolvernos en una semioscuridad. De día, el aspecto de la quinta era por demás risueño, ofreciendo como regalo para los ojos un bellissimo paisaje; de noche la estancia allí debía ser pavorosa.

Penetramos en la casa. Las habitaciones superiores, tres en total, tenían piso de duela. La primera, que hacía las veces de vestíbulo, tenía dos ventanas, una a cada lado. Había en medio una mesa de pino, sin pintar, con algunos periódicos encima, una lata de chiles en vinagre y a los lados, tres sillas de pino. Examiné las fechas de los periódicos: coincidían con las inmediatas al asalto de la casa de Trotsky. Supuse que algunos de los asaltantes habían acudido a ocultarse allí y como sucede siempre con los criminales, sintieron curiosidad natural por leer en los periódicos la información en torno a su delito. La siguiente pieza, que hacía las veces de alcoba, tenía una cama de tijera, extrañamente cortada, quizá con una navaja o un cuchillo, por la parte de la cabecera. El suelo aparecía regado con cal en polvo, como si hubieran pretendido borrar huellas. En un rincón había un trapeados de jerga. Esta habitación tenía tres ventanas. La última pieza también tenía tres y daba hacia el poblado de Santa Rosa. Había en el centro un caballete de pintor, sobre el cual descansaba un bastidor de manta, preparado sin duda para una pintura; al lado mismo encontramos dos pinceles y dos botes de pintura, abiertos. En uno de los extremos había una colchoneta, cortada también en parte. Regados por el suelo encontramos varios casquillos de rifle, calibre 22. El suelo de madera estaba casi lleno de colillas de cigarrillos americanos y había también una caja vacía de Lucky. Esto me pareció, claro está, muy

IN MEMORY  
OF  
ROBERT SHELDON HARTÉ  
1915 — 1940,  
MURDERED BY STALIN.

significativo. La gente pobre y por lo general, los mexicanos no fuman esos cigarrillos, considerados en México como de lujo; sólo algún norteamericano o personas adineradas habían podido fumarlos. Y qué norteamericanos o qué gente de gustos refinados habían podido habitar semejante casa? Lo dejamos todo como estaba. Si lo juzgábamos necesario, más tarde recogeríamos todo aquello.

Descendimos por una pequeña ladera resbaladiza con el fin de examinar las dependencias inferiores de la casa. Había en primer lugar una pieza sucia, una especie de pajar con la tierra del suelo floja. Venía después la cocina, con la tierra también un tanto suelta. Había allí cuatro piedras, colocadas en un cuadrángulo, que habían debido servir a antiguos moradores. Todo daba la impresión de que estaban haciendo preparativos para poner un piso, pues se veían materiales de construcción sobre el terreno. Y esto era todo. ¿Habríamos hecho un viaje infructuoso?

Ya estábamos dispuestos a marcharnos, cuando el agente Emilio Sánchez Mondragón —murió éste un poco más tarde a consecuencia de una fístula— me hizo observar de pronto que en el suelo de la cocina había una parte de tierra más floja, lo que parecía denotar que habían hecho una excavación bastante reciente. Buscamos algunos útiles con que remover la tierra y no encontramos ninguno en toda la casa. Salí fuera de ésta y miré hacia la cañada del pueblo. No muy lejos distinguí ir a un campesino que araba la tierra con su yunta de bueyes. Le grité que hiciera el favor de venir con un azadón. Así lo hizo. A ruegos míos, empezó a cavar en un perímetro de unos cuarenta centímetros. La tierra se cavaba con gran facilidad, prueba evidente de qué, como habíamos sospechado, había sido removida no hacía mucho. Como a unos treinta centímetros de profundidad la tierra empezó a salir mezclada con cal. Se nos echó en esto lo noche encima; la oscuridad era absoluta en aquella fea cocina. Tuvimos que hacer uso de nuestras linternas sordas. El labriego siguió cavando. Lo veíamos sudar, pero no se detenía a descansar un solo instante ni nosotros pensábamos recomendarle que lo hiciera. Tal era nuestra ansiedad. Los golpes del azadón resonaban en toda la casa. Nuestra emoción subía de punto a medida que se profundizaba más en la tierra. Como a unos treinta centímetros más empezó a trascender un fuerte hedor. Nos miramos anhelantes.

—¡Un cadáver!— exclamamos.

Hicimos acelerar la excavación. Nos dominaba la impaciencia. Apareció algo que parecía un abdomen humano. El campesino interrumpió su faena, nos miró profundamente impresionado. Todos estábamos un poco pálidos, sin apartar los ojos de aquella visión.

—No cabe duda alguna —dije—: se trata de un cadáver. No prosiga, buen hombre; es preciso recabar la presencia de la autoridad judicial para que dé fe de la total exhumación.

Dejé allí al campesino y a una parte de los agentes y haciéndome acompañar por los otros, emprendí viaje, a todo motor, hacia San Angel. Me puse inmediatamente en contacto con el Juez Instructor y con el Agente del Ministerio Público. Mientras reunían su personal seguí en mi automóvil hasta Tacubaya, con el fin de obtener la ayuda de un grupo de bomberos, con sus correspondientes herramientas, para facilitar la completa exhumación del cadáver encontrado. Me puse después en comunicación telefónica con la Jefatura, disponiendo el envío del personal de identificación y ordenando al Comandante Galindo que lo condujera con algunos de sus agentes. Regresé a San Angel hacia la media noche. Por teléfono, puse al corriente desde allí al General Núñez del importante hallazgo. Me comunicó el Jefe de Policía algunas instrucciones propias del caso; y salimos hacia Santa Rosa.

Llovía copiosamente. Envueltos en la noche oscura, se nos ofrecía a lo lejos el panorama feérico y sembrado de luces de la capital mexicana. El espeso arbolado fué aumentando aún más la oscuridad de la noche. Llegamos al pie de la cuesta que conducía a la quinta del crimen y abandonamos los automóviles en la carretera. Iniciamos, en caravana, la penosa ascensión. Resbalábamos en el barro y caíamos todos constantemente. La lluvia nos azotaba el rostro y se escurría por nuestros impermeables. Por fin llegamos, jadeantes y cubiertos de barro, a la casa del cadáver.

Nos calamos las caretas de gas y penetramos en la cocina. Seguían allí el campesino y los agentes que habíamos dejado. Entraron en acción los bomberos con sus zapapicos. Seguíamos sus cuidadosos golpes con una ansiedad cada vez mayor. ¿Qué secreto iban a revelarnos? Se fué precisando el contorno del cadáver. Los bomberos cuidaban de no estropearlo con sus herramientas. Cuando la excavación llegaba a los rodillas creímos que eran los pies. Se trataba de un hombre de gran talla. Envuelto en cal, daba la extraña impresión de un gigante. Diríase que medía cerca de dos metros.

—Tengan cuidado, sobre todo, con la cabeza —les ordenaba yo repetidamente a los bomberos.

Por fin apareció el cadáver totalmente. El principal elemento de identificación era el cabello. Hice que le cortaran un mechón, Salí con él y procedí a lavarlo en una charca. Le enfoqué la lámpara. Era de color rojizo.

—Por las señas que nos han dado, se trata de Sheldon- les dije a los presentes.

Entré de nuevo en la cocina. Pensaba que la acción de la cal quizá había contribuido a cambiar el color del cabello. Procedí a un examen detenido del cadáver. Su descomposición era intensa. Resultaba sorprendente, sin embargo, que se hubiera conservado intacto, quizá por efecto de la cal viva. Había adquirido un impresionante color bronceo. Los rojizos cabellos, a la luz viva y semiazulada de las linternas, parecían desprender matices de metal en fusión. Estaba con la cabeza en rotación hacia el lado derecho, con el

brazo sobre el epigastrio y con una de las piernas medio encogida. Sin duda lo habían arrojado descuidada y violentamente en la fosa y habían empezado a cubrirlo de cal y luego de tierra tal como había caído. En todo caso la cal había blanqueado aun más la cara y las manos. La caja del cuerpo hallábase protegida por un sweater de lana, de color azul marino, abotonado. Debajo de éste llevaba una camiseta de punto. Llevaba asimismo un calzón de punto, como la camiseta. Hice cortar un pedazo de esta última y me lo guardé. ¿Lo habían despojado de la ropa exterior, para hacer más difícil la identificación, o lo habían asesinado cuando estaba durmiendo? No podía pronunciarme antes de hacer lavar el cadáver y examinar detenidamente las heridas. Hice que improvisaran unas parihuelas y tendieran el cadáver sobre ellas. Aparecía así blancuzco, como envuelto en un extraño sudario.

Antes de marcharme procedí a un nuevo y detenido examen de la casa. Llegué a la conclusión de que el crimen había sido cometido en la planta alta, que servía de dormitorio. Me fijé ahora en que le sangre había goteado por entre las duelas, razón por la cual habían cubierto éstas con cal en polvo. En el socavón de la planta baja descubrí sangre coagulada; había goteado de arriba. La forma como había sido cometido el crimen empezaba a aparecérseme bastante clara.

Había mandado algunos agentes a realizar una búsqueda por los alrededores de la casa. A pesar de la noche oscura, descubrieron no lejos huellas de hogueras. Removidas las cenizas, aparecieron en una trozos del sweater azul marino, pedazos de un pantalón, botones de pantalón y de camisa ... Entre otras cenizas había trozos de lona y colchoneta. Eran los que habían sido cortados del catre y la colchoneta. Sin duda habían querido hacer desaparecer las manchas de sangre. Esto demostraba que el crimen había sido cometido mientras la víctima dormía en su catre.

Bajé la cuesta acompañado por un agente, abordé mi automóvil y a toda marcha me dirigí hacia Coyoacán. Eran las cuatro de la madrugada del 25 de junio. Hacía exactamente un mes y un día que se había perpetrado el asalto a la casa de Trotski, precisamente hacia esta misma hora.

Seguía lloviendo. La calle de Viena aparecía encharcada. Paré ante la puerta blindada de la casa de Trotski. Oprimí insistentemente el timbre. Inmediatamente se encendieron las luces del torreón aspillero, donde se encontraba un guardián con la ametralladora dispuesta, y del zaguán. Un foco de gran potencia, sobre la puerta, casi me cegaba. Entreabrió Otto Schuessler la puerta, revólver en mano. Al reconocerme dió orden al operador del torreón, por medio de unas señales, para que abriera la puerta del todo oprimiendo el resorte eléctrico. La puerta se abrió totalmente.

Buenos días, Otto —le dije mientras penetraba—. Necesito comunicarme inmediatamente con don León. Hemos encontrado el cadáver de Sheldon. ¿El cadáver de Sheldon? —exclamó— ¿Cómo? ¿Dónde? Pase, pase usted y



cuéntenos ...

Y empezó a llamar:

—¡Harold! ¡Harold! ¡Ven aquí!

Llegó Harold corriendo. Su rostro, lo mismo que el de Otto, demostraba gran consternación.

—Esperen ustedes —dije—. Quiero estar seguro de que se trata de Sheldon. ¿Tienen ustedes ropa interior perteneciente a él? Necesito una camiseta o un calzón.

Sí, sí; en seguida los traigo.

Corrió Otto y volvió a poco con las prendas pedidas.

—Tome usted. Pertenecían a Bob.

Las comparé con el pedazo que había cortado de la camiseta del cadáver. La tela era parecida. Les mostré a Otto y Harold el mechón de cabello.

—Es de Bob —exclamaron a una—. De Bob; no cabe duda.

Harold fué a la habitación de los Trotski. Volvió diciendo que el ex Comisario ruso dormía profundamente y que no lo había querido despertar. Recordé que el viejo revolucionario tomaba soporíferos para dormir. Quizá se encontraba bajo los efectos de uno. Pensé también que quizá se había despertado, pero que había sido tal la impresión que le produjo la noticia que prefería excusarse.

—Acompañeme uno de ustedes para identificar el cadáver —dije.

Decidió acompañarme Otto. Tomamos el automóvil y nos dirigimos a toda marcha hacia Santa Rosa. Llegamos al pie de la cuesta entre dos luces. El terreno mojado hacía extraordinariamente difícil el ascenso. El cadáver estaba en las angarillas donde lo dejé, fuera ya de la quinta; lo rodeaban todos los presentes, algunos con el pañuelo sobre la boca y nariz a causa del hedor. Había cesado de llover. Otto contempló el cadáver visiblemente emocionado. Había reconocido en seguida a su antiguo compañero.

Se organizó una macabra caravana, presidida por el cadáver; iban detrás el Juzgado, los agentes, algunos diligentes periodistas, entre ellos el infatigable, talentoso y astuto "güero Téllez", el "Comandante Téllez", como solíamos llamarle cariñosamente ... No recuerdo otra procesión igual, tan emocionante, tan dramática. Llegamos a San Angel ya de día claro. Se colocó el cadáver en uno de los patios. Avisado, llegó el General Núñez. Dispuso que fuera llevado el cadáver. Hice reforzar el cuerpo de agentes. Había corrido el rumor por el

poblado y empezaban a agolparse los curiosos. Terminada su acta, retiróse el Juez.

Se produjo de repente un movimiento de expectación entre todos los presentes.

—¡Trotski! ¡Trotski!

Era, en efecto, León Trotski! Acababan de dar las diez de la mañana. El viejo exilado ruso se acercó al cadáver. Estaba deprimido, apenado, triste. Contempló un buen momento a su ex secretario; sus ojos se habían llenado de lágrimas. Aquel hombre que había dirigido una gran revolución, que al frente del Ejército por él creado había tenido que dirigir cruentas batallas, que había visto desaparecer uno tras otro a sus familiares y amigos y qué, en fin, había permanecido casi indiferente minutos después de un atentado que estuvo a punto de costarles la vida a él, a su esposa y a su nieto, lloraba ahora en silencio. En silencio, pues de su boca no salió una sola palabra. Lo ahogaba la emoción.

El cadáver de Sheldon parecía una estatua derribada. A pesar del lavado conservaba adherida la mezcla de cal y barro rojizo, brillante bajo el agua. Producía su vista una impresión por demás extraña. Ofrecía la plácida actitud del que duerme; en su rostro, todavía con restos de cal, no había el menor rictus de angustia, de miedo o ira. Los ojos cerrados, la boca en reposo, los miembros sin contracciones evidenciaban que le habían dado muerte mientras dormía. Muerte alevosa si las hay. Presentaba dos heridas de bala en la cabeza, las dos por el lado derecho, lo que probaba que estaba durmiendo sobre el lado izquierdo cuando le dispararon a bocajarro. Una, de las balas no presentaba orificio de salida.

Cuando el viejo Trotski logró dominar su emoción, pidió que lo condujeran a su casa. Decidió acompañarlo el General Núñez.

En la autopsia practicada a Sheldon se le recogió la bala que no había encontrado orificio de salida. Se le amputaron ambos pulgares y los dedos índice y anular de la mano izquierda para la plena identificación comparando sus huellas con las de sus documentos migratorios. Se le quitó así mismo una parte del carrillo a efecto de que el Laboratorio de Criminalística de la Jefatura de Policía, estudiara el crecimiento de la barba y determinara la fecha del homicidio.

Hice que se mandara un cablegrama al padre de Robert Sheldon Harte, el cual había solicitado asimismo por cable que se le comunicara urgentemente si el cadáver encontrado era el de su hijo. Decidí continuar, sin perder un solo momento, las averiguaciones en torno a la comisión del crimen. ¿Había sido Sheldon un cómplice de los asaltantes o simplemente una víctima? Si había sido un cómplice, un agente de la terrible G. P. U., ¿por qué lo habían asesinado? ¿Y quién o quiénes lo habían asesinado y habían enterrado el

cadáver? Eran extremos importantísimos que había que dilucidar a toda costa. Quise empezar las averiguaciones en torno al alquiler de la quinta del crimen. En Santa Rosa fué localizado el indígena Cruz Hernández, que había ocupado poco antes el jacal en compañía de su esposa y una hijita. Pertenece al mismo al ingeniero Daniel R. Benítez, el cual había encargado a Juan Lira, vecino del lugar, que se lo cuidara. Lira se lo había cedido a Cruz, gratuitamente, para que lo habitara. El día del santo de Cruz, el 3 de mayo exactamente, encontrábase bebiendo en una pulquería de Santa Rosa cuando se presentó a él un señor de complexión robusta, moreno, elegantemente vestido y le preguntó si eras él quien ocupaba la casita del rancho de Tlaninilalpa. Al responderle que sí, el desconocido le dijo en tono imperioso:

—Pues tendrá que dejarla inmediatamente; la acabo de rentar yo. Ya le darán instrucciones el ingeniero Benítez y el señor Lira.

Con el desconocido, se encaminó entonces hacia la vivienda. Durante el trayecto le rogó que le permitiera seguir viviendo en la parte baja, o sea en la cocina. El desconocido, de pésimo talante, se negó en absoluto. En vista de ello, Cruz recogió sus cosas y se fué con su pequeña familia al pueblo. A los pocos días notó que la casa estaba deshabitada. Pero poco después, en otra visita que hizo, observó que había allí varias personas, una de ellas de aspecto "gringo". El sujeto que ya conocía le gritó con enfado:

—¡Ya le dije que la casa está rentada! ¡Nada más tengo que agregar! ¡Váyase y no vuelva por aquí!

Y no volvió más.

Al día siguiente del descubrimiento del cadáver de Sheldon, se presentaron espontáneamente en la Jefatura de Policía el ingeniero Ruiz Benítez y Juan Lira. El primero explicó que a principios del mes de mayo, al llegar una noche a su casa, se encontró un automóvil Packard a la puerta., Miró la placa: era de Nueva York. Saltó en esto un individuo elegantemente vestido del interior del auto y le dijo:

—Vengo a verlo para que me alquile una casita que tiene usted en Santa Rosa. ¿No es de su propiedad?

Contestó afirmativamente, añadiendo que la casa no se encontraba en condiciones de ser habitada. Entonces el desconocido le dijo que era, pintor y que la Secretaría de Educación Pública, interesada en su obra, le había encomendado que le enseñara su técnica a un grupo de muchachos. Se trataba de pintar bellos frescos con una mezcla de celulosa para que nunca se borraran. Como le llamara la atención respecto del empleo de la celulosa, base de la fabricación de explosivos, el desconocido le dijo:

—No tenga cuidado, que la mezcla de la celulosa es inofensiva. Yo le garantizo

que nada le pasará a la casa. Además, yo me encargo de mandar poner los vidrios y el techo de tejamanil. Alquílemela por tres meses tan sólo.

Arreglaron el alquiler en cuarenta y cinco pesos. El desconocido prometió llevarle el contrato a los pocos días, pero no lo había vuelto a ver más.

Luego la quinta había sido alquilada unos veinticuatro días antes del asalto a la casa de Trotski. Sin duda para ocultar parte de los asaltantes antes y después del mismo. El alquiler había corrido a cargo de una persona que debía saber de pintura. ¿Alfaro Siqueiros? ¿Antonio Pujol? ¿Luis Arenal? Uno de los tres sin duda.

El día 2 de julio, a petición del defensor de los comunistas Serrano Andonegui y Mateo Martínez, se efectuó una importante diligencia judicial en el Juzgado de Primera Instancia de Coyoacán, en presencia del Juez, abogado Carrancá Trujillo, del Agente del Ministerio Público, licenciado Moreno Tapia, y de numerosos periodistas. Acudieron a esta diligencia León Trotski, Natalia Sedova y varios de sus secretarios. Veíanse asesorados por su abogado Antonio Franco Rigalt. El interrogatorio duró unas tres horas. Las respuestas de Trotski a las preguntas del abogado comunista tuvieron un interés evidente. Muchas no hacían más que aclarar o precisar extremos conocidos ya por la policía. Antes de pasar a lo referente a Robert Sheldon Harte, creo conveniente recoger, a título informativo, algunas de las declaraciones del viejo exilado ruso.

Dijo, en primer lugar, que la casa que habitaba había sido adquirida en propiedad a primeros de mayo por un costo de nueve mil ochocientos pesos, y añadió, irónico:

—No soy ni por mi pasado ni por naturaleza propietario de fincas. Nunca lo he sido, pero durante mi estancia en Noruega, donde sufrí un grave asalto, los que lo llevaron a cabo quisieron comprar en tres o cuatro ocasiones la casa por mí ocupada. Así les hubiera sido más fácil preparar el atentado. También en México ocurrió algo parecido con la casa que ocupé. Cosa que al saber mis amigos de Nueva York, me pidieron que les avisara en qué cifraba mi mayor seguridad, y como la propiedad de la casa era cosa de importancia, porque ya estaba metiendo en ello las manos la G.P.U., así lo dije y ellos me enviaron un cheque de dos mil cien dólares para su adquisición.

¿Desde qué fecha temía que se produjera el atentado contra su persona? Su respuesta:

—No es preciso que yo lo esperara desde el mes de enero: lo esperaba desde hace ya dos años. Pero desde enero o diciembre anterior lo esperaba con más intensidad, en la perspectiva más próxima, en la fecha más exacta. En los últimos meses tuvimos mis guardianes y yo varias juntas para redoblar la vigilancia porque la campaña de la prensa comunista contra mí también fué redoblada. Yo denuncié la invasión de Polonia y de Finlandia por Rusia,

así como la alianza de Moscú con Hitler y mis declaraciones fueron publicadas en todos los periódicos del mundo muchos meses antes. Estas declaraciones produjeron estupefacción. El último Congreso del Partido Comunista Mexicano se celebró bajo el signo de la lucha contra León Trotski y el trotskismo. Su grito fué ya: "¡Muerte a Trotski!"

Pero lo más interesante de la declaración fué lo referente a Robert Sheldon Harte. A la pregunta del abogado comunista de si creía que Sheldon le había sido fiel hasta el último momento de su vida, Trotski respondió:

—¡Sheldon Harte ... !Yo estoy absolutamente seguro de que Robert Sheldon Harte permaneció fiel a sus ideas y por lo tanto, a mí mismo hasta el fin y que fué muerto a causa de esta lealtad. Si fuera posible dar aquí las declaraciones amplias de esta versión, lo más importante sería rectificar al gunos yerros en que han incurrido los investigadores, que aunque hombres muy inteligentes y de energía, han seguido al respecto una hipótesis falsa. Es la impresión que tengo del error en que están a este respecto el señor General J. Manuel Núñez y el señor Coronel Leandro Sánchez Salazar. Un error muy humano, pero de todas formas un error.

Confieso que esta declaración de Trotski, aparecida en toda la prensa capitalina, me picó en lo vivo. Ya se comprenderá que yo no podía tener ningún interés particular en la culpabilidad o inculpabilidad de Sheldon. Mi papel era simplemente el del investigador que trata, por todos los medios a su alcance, de esclarecer la verdad. Todo parecía demostrar que Sheldon había sido un instrumento de la G. P. U., en contra de Trotski y que sin su complicidad el atentado del 24 de mayo hubiera sido muy difícil de realizar. Debía completar ahora mis investigaciones.

El día 4 sometí a un nuevo interrogatorio a Mariano Herrera Vázquez. Era él quien me había permitido descubrir la casa de Santa Rosa y el cadáver de Sheldon. Quería obligarle a decirme todo lo que supiera. Y he aquí el resumen de sus nuevas declaraciones:

El día 24 de mayo, a eso de las veinte horas, se habían presentado en la granja de Santa Rosa Luis Arenal, cuñado de Alfaro Siqueiros, y un norteamericano. Era éste de gran talla, pelirrojo, crespo y hablaba muy mal español. Luis Arenal le dijo a Herrera:

—Aquí te traigo a un nuevo compañero.

No le dijo su nombre ni Herrera se lo preguntó. Luis Arenal había añadido:

—Cada día subirá una muchacha de Santa Rosa a hacer el aseo. Le dices entonces al americano que se salga al campo mientras tanto.

Al día siguiente se presentó, en efecto, la menor con el fin de proceder al

aseo. Debían ser las diez de la mañana. Herrera le comunicó al americano lo que le había dicho la víspera Luis Arenal. Y el americano había salido a pasear al campo.

—¿Solo?

—Completamente solo.

Este dato era de extraordinaria importancia. Si lo que afirmaba Herrera era cierto, ello probaba que el americano podía entrar y salir en la casa a su arbitrio, libremente. Si lo hubieran raptado, ¿quién le hubiera impedido escapar?

Herrera se fué mientras tanto a casa de un tal Ricardo, cuyo apellido ignora, vecino de Santa Rosa, con el fin de pasar un rato. Hacía en casa de este Ricardo algunas de sus comidas. Volvió a la granja con él hacia las doce y media. El americano estaba ya de vuelta de su paseo. Entonces se sentaron los tres a beber tequila. Viendo el americano que Ricardo calzaba unos huaraches, sacó cinco pesos y se los dió rogándole que le comprara otros iguales, pues sus zapatos le lastimaban para caminar por los alrededores de la casa. Ricardo tomó el dinero y prometió comprárselos.

En esto llegaron a la casa los hermanos Luis y Leopoldo Arenal. Habían dejado abajo el mismo automóvil en que habían conducido al americano. Al ver allí a Ricardo se disgustaron grandemente. Llamaron aparte a Herrera y Leopoldo Arenal le preguntó:

—¿Y ese individuo qué hace aquí?

Herrera le dijo:

—Es un amigo; me dan las comidas en su casa. Salimos a dar un paseo y volvimos a tomarnos un trago de tequila.

—Bueno; pues que se vaya en seguida. Aquí no debe entrar nadie que no autoricemos nosotros.

Ricardo, al ver la cara adusta de los recién llegados, se apresuró a marcharse. Los hermanos Arenal y el americano se pusieron a hablar entonces en inglés.

—¿Hablaban en tono cordial?

—Sí, señor. Yo no los comprendía, pero se veía que eran amigos o conocidos.

Por fin Luis Arenal le dió a Herrera cincuenta pesos, correspondientes a los cinco días que se le adeudaban, más veinte pesos atrasados, ordenándole que se retirara y que se compareciera por allí hasta nueva orden. Así lo hizo

Herrera. El americano se quedó solo en la granja con los hermanos Arenal.

—¿Usted cree que fueron ellos los que lo asesinaron?

—Ellos debieron ser, pues nadie más se quedó allí con él.

El día 25, Herrera había sido conducido a presenciar el cadáver encontrado en la granja de Santa Rosa. Lo había reconocido inmediatamente: pertenecía al americano que le había llevado Luis Arenal.

—¿Y usted no supo nunca antes cómo se llamaba?

—No, señor. Como tenía que llamarle de alguna manera, un día le pregunté su nombre. Me dijo que lo llamara Timo, Timoteo. Al preguntarle por qué, añadió que ese nombre le gustaba mucho. Recuerdo que me hizo reír la forma como lo dijo: “¡Ah, ser mocho bonito nombre Timoteo, ser mocho mexicano!” Que Timo era Robert Sheldon Harte lo he sabido después, al ser descubierto el cadáver.

¿Me había dicho toda la verdad? ¿No había participado él mismo en el asesinato de Sheldon? Para esclarecer este punto quise aterrorizarlo ... Un estudio de su psicología me llevó a la convicción de que el medio que me proponía emplear con él sería infalible o poco menos.

Una noche lo saqué del “Pocito” y lo llevé a la granja de Santa Rosa. Era pasada la media noche y nos envolvía una oscuridad absoluta. Durante el trayecto había mantenido un continente severo y apenas le había dirigido la palabra. El se mostraba inquieto y altamente impresionado.

Llegamos a la quinta del crimen. Había allí un agente de toda mi confianza que iba a hacerse pasar por uno de los presos complicados en el asalto a la casa de Trotsky y además, cuatro policías de la Montada a las órdenes de un oficial.

—Mira, Herrera —le dije—: te he traído aquí para que confieses tu participación en el asesinato de Sheldon. o me dices la verdad o te hago fusilar aquí mismo.  
—¡Yo le he dicho toda la verdad, mi Coronel! ¡Gracias a mí ha descubierto usted esta pista! ¡No puedo decirle nada más!

Decidí llevar adelante el simulacro de fusilamiento del agente preparado para el caso. En tono iracundo le dije:

—¡Ese tomó parte en el asalto a la casa de Trotsky y se niega también a decirme toda la verdad! ¡Los voy a fusilar a los dos!

Y dirigiéndome al falso preso:

—Te doy la última oportunidad para que lo confieses todo. ¡La última! Dime los nombres de los que contigo intervinieron en el asalto. ¡Pero pronto!

El falso preso adoptó una actitud resuelta:

—¡No diré más de lo que he dicho! No conozco los nombres que me pide y aun cuando los conociera, no se los diría.

—¿No? ¡Allá tú! Adelante, muchachos.

Arrimaron al agente a la pared. Los cuatro policías de la Montada se prepararon y a una orden de su oficial, dispararon sus pistolas sin bala. El agente se desplomó en el suelo. Me acerqué yo mismo a él y le disparé el tiro de gracia.

—¡Ahora a ti, Herrera! ¡Te doy cinco minutos para que me digas toda la verdad! Tú participaste en el asesinato de Sheldon. ¿Quiénes fueron tus cómplices?

Temblando de miedo, me dijo:

—¡Le juro que le he dicho todo lo que sé, mi Coronel! ¡Todo, se lo juro! ¡No le puedo decir más porque no sé más! —Te doy cinco minutos ...

—¡Tengo madre y abuelita, mi Coronel! ¡Yo no sé más de lo que le he dicho! ¡Se lo juro!

Era evidente que decía la verdad. Quedé completamente convencido de ello. Herrera era inocente. Lo habían utilizado como un instrumento secundario. Esto tenía que redundar en beneficio suyo. Ya se comprenderá, por otra parte, que ni por un momento pensé hacer con él el simulacro de fusilamiento que había hecho con el agente preparado al efecto.

En todo caso, toda la investigación llevaba honradamente a la conclusión de que Sheldon era cómplice de los asaltantes. Lo mataron porque les estorbaba. De caer en manos de la policía, hubiera podido descubrirlo todo. Un cadáver no habla. Sin duda precipitó su homicidio el que los hermanos Arenal encontraran al campesino Ricardo, una persona extraña, en su compañía. El General Núñez compartía plenamente esta opinión. Honradamente, no podíamos tener otra.



## VI

### ¿ERA SHELDON UN AGENTE DE LA G. P. U.?

La investigación realizada en torno al asalto del 24 de mayo mereció los públicos elogios de León Trotski. Dijo textualmente: "En ningún otro país del mundo, ni en Francia, ni en Suiza, ni en España, ha sido descubierto ninguno de los crímenes de la G. P. U. con tanta amplitud como se está descubriendo ante nosotros el asalto del 24 de mayo en México". Pero en lo tocante al papel jugado por Robert Sheldon Harte, el mismo Trotski siguió dirigiendo severas críticas a la policía mexicana. Según él, ésta fué víctima de la tesis puesta en circulación por la G. P. U. Y el mismo punto de vista han seguido sosteniendo después su viuda, sus ex secretarios y la casi totalidad de los trotskistas.

A nuestro juicio, el esclarecimiento de este punto —hasta donde ello resulta posible— presenta un gran interés histórico-informativo. En primer lugar, como prueba de imparcialidad absoluta por parte de los investigadores, tanto respecto de la "tesis" stalinista como de la "tesis" trotskista. En segundo lugar, como demostración de los métodos puestos en práctica por la G. P. U. En todo caso, lo único que cuento para nosotros es la verdad escueta.

En su declaración del 2 de julio ante el Juzgado de `Primera Instancia de Coyoacán, León Trotski dijo:

—Sheldon me fué enviado por mis amigos de los Estados Unidos, como mis otros secretarios. Se me presentó con sus credenciales, pero no lo conocía antes. Cuándo me mandan a alguno, mis amigos me escriben y me proporcionan sus características para que yo conteste si lo acepto o no. Yo lo acepté, sin estar seguro si contesté que lo aceptaba desde luego.

Y a la pregunta de si era de todos sus secretarios el de más confianza, respondió:

—No; probablemente me merecía la misma confianza que los otros; pero como era nuevo, pues sólo vivió en mi casa siete semanas y durante este tiempo yo estuve muy ocupado con mi trabajo, lo traté menos que a los otros; pero mi esposa, que sí lo trató bastante, tuvo muy buen concepto de él. Yo tengo mucha confianza en la psicología de mi mujer, que me acompaña desde hace treinta y ocho años.

Luego Trotski no conocía a Sheldon antes de que le fuera recomendado por los jefes trotskistas de Nueva York y después de su llegada apenas le trató. Fiaba en la intuición psicológica de su esposa. No es posible dudar de la

intuición psicológica de Natalia Sedova. Vivía dedicada casi exclusivamente a su esposo, sentía por él un inmenso amor de compañera, avivado por el peligro que corría constantemente su vida, y además, entre los dos esposos existía una absoluta compenetración ideológica y política. Puede decirse que su vida y su lucha eran una sola vida y una sola lucha. Seguramente protegía a Trotsky mucho más atenta y vigilantemente que se protegía a sí misma: la noche del atentado, por ejemplo, no pensó sino en proteger el cuerpo de Trotsky con el suyo. Sin embargo, todas las intuiciones psicológicas del mundo no bastan a descubrir al agente del enemigo cuando éste se presenta como un compañero y un amigo. De otra manera, no habría espías ni agentes provocadores en el mundo o no los habría en tan gran número. Todas las policías cuentan con ellos en cierta abundancia, sobre todo en un período como el actual. Pero nadie ha igualado jamás a la Gestapo y a la G. P. U. en el arte diabólico de preparar a los suyos, de introducirlos en el lugar que les conviene y para la misión específica determinada por sus necesidades. Es posible, incluso, que en este arte la G. P. U. superara a la Gestapo. Sus agentes no son tan sólo mercenarios corrompidos por el dinero o seducidos por el espíritu de aventura, sino fanáticos siempre dispuestos a sacrificar su libertad y su vida por lo que creen su más alto y absoluto deber. Además de que saben que del cumplimiento de ese "deber" depende su propia existencia. En este sentido, son espías siempre espiados, terroristas sobre los que pesa eternamente la amenaza del terror. En Moscú y en Leningrado existen, desde hace largo tiempo, escuelas o colegios de preparación de militantes extranjeros o con destino al extranjero, llamados a ser, en caso general, agentes activos o colaboradores de la G. P. U. Esas escuelas las conocía perfectamente Trotsky, puesto que en realidad contribuyó a crearlas.

Aun cuando tengamos que adelantarnos brevemente al curso de este relato, diremos en seguida que León Trotsky tenía que ser víctima, tres meses después del primer atentado, de uno de los agentes de la G. P. U. introducido en su casa: el llamado do Jacques Mornard. También éste se presentaba como militante trotskista. Había seducido a una militante trotskista sincera, con la que venía manteniendo relaciones amorosas desde que la conoció en París. Por su intermedio entró en relaciones con los militantes trotskistas franceses a los que, según afirmaciones del propio Trotsky a uno de sus secretarios, entregó dinero para sus publicaciones. No sólo se introdujo en casa del exilado ruso gracias a su amante, sino avalado personalmente por dos viejos, inteligentes y experimentados militantes franceses: Alfredo y Margarita Rosmer. Se trata de dos honestas conciencias socialistas, de dos seres irreprochables. Preparado por Natalia, Trotsky tomó el té con Mornard y con Rosmer ... Fué incluso Mornard, después del primer atentado, quien condujo en su automóvil a Veracruz a los Rosmer. El futuro asesino discutió cordialmente con la que tenía que ser su víctima y hasta le llevó a corregir un artículo sobre un tema trotskista. Falló ahí la intuición psicológica de todos. ¿Por qué admitir en el caso de Mornard lo que se sigue negando en el caso de Sheldon?

En un artículo firmado en Coyoacán el 8 de junio, Trotski admite lo siguiente: "Sin embargo, y a pesar de todas las precauciones, no es posible tener como absolutamente excluida la posibilidad de que en el número de los miembros de la guardia pudiera penetrar un agente de la G. P. U." Y más adelante añade: "Por supuesto, desde el principio me he dicho a mí mismo y les he dicho a mis amigos que seré el último en creer en la participación de Sheldon en el asalto. Sin embargo, si contra todas todas mis suposiciones esa participación se confirmara, el hecho no cambiaría nada esencial al carácter general del asalto". Y en otro artículo fechado el 25 de junio, se lee lo siguiente: "En realidad, la penetración de un agente de Stalin en mi casa pudo haber indicado solamente que la G. P. U. había logrado engañar a mis amigos de Nueva York, quienes me recomendaron a Sheldon". En todos estos extractos, el tono es inseguro, dubitativo. Implícitamente se admite que Sheldon podía ser un agente de la G. P. U. Y en el mismo artículo concluye: "Todos los enterados saben que la G. P. U. inunda con sus agentes todas las organizaciones obreras y las instituciones de Estado en todo el mundo". Así lo demuestran múltiples testimonios y experiencias. De ello, todos los políticos y todas las policías saben algo.

Sabido es que la G. P. U. no vacila en los medios —en ninguno, por monstruoso que sea— cuando se propone una cosa. Nada más fácil para ella que introducirse en las organizaciones políticas adversarias o benévolas, incluso en los hogares particulares. El afán proselitista en los medios políticos avanzados supera en mucho a la desconfianza. Aparte de que no es posible crear organizaciones políticas, que deben distinguirse por su generosidad y su solidaridad humanas, con la ponzoña de la desconfianza. Trotski, en quien dominaba la pasión política por sobre toda otra, tenía particularmente desarrollado ese afán proselitista. Fué pronunciándose en él a medida que se intensificó su lucha contra el stalinismo. Su casa estaba abierta a cualquier eventual adepto que manifestaba deseos de verle o discutir con él. Sobre todo si ese eventual adepto provenía de las filas del comunismo oficial. Bastaba con que lo presentara o recomendara un militante trotskista conocido. Ahora bien, los militantes trotskistas llevaban su afán proselitista a los mismos o parecidos extremos que su jefe. En las organizaciones trotskistas y por su conducto, en la casa fortaleza de Trotski, podían introducirse, con relativa facilidad, cuantos Sheldon y cuantos Mornard pudiera necesitar la G. P. U.

Parace que damos con esto por absolutamente sentado que Robert Sheldon Harte era un agente de la G. P. U. No creemos que nadie pueda afirmarlo absolutamente, como no sea la propia G. P. U. No es posible negar, sin embargo, que todas las presunciones de la investigación policíaca llevan a esa conclusión. Según Trotski y los trotskistas, los investigadores se dejaron influenciar por la "tesis" puesta en circulación por la G. P. U. El examen imparcial de los documentos desautoriza tal suposición. Néstor Sánchez hizo declaraciones completas que permitieron descubrir la trama del asalto así como a sus organizadores y ejecutores. Todo lo por él dicho resultó cierto. ¿Por qué hubiera mentido exclusivamente en lo referente a Sheldon? Camino

de Coyoacán, Siqueiros le afirmó que uno de los secretarios de Trotsky "se había vendido". Comprendió poco después cuál era. La puerta de la casa de Trotsky, herméticamente cerrada a todos y sobre todo durante la noche, se abrió sin ninguna dificultad. Según los policías que la guardaban, ello sólo era posible contando con un cómplice dentro. Los trotskistas afirman que para que Sheldon abriera la puerta debió, tomar por conocido o por amigo de confianza a uno de los asaltantes. Néstor declaró que el famoso "judío francés", jefe intelectual del atentado, parecía "amigo" o "conocido de confianza" de Sheldon. Su ropa interior indicaba que había llegado de París o había pasado por París en viaje a México por Nueva York. Este último detalle lo indicaba la placa de su automóvil. También Sheldon había llegado de Nueva York siete semanas antes. Los policías vieron salir a Sheldon después del tiroteo sin que sufriera violencia por parte de los asaltantes. No especificaron claramente en sus declaraciones si lo vieron salir a pie o en uno de los automóviles de Trotsky. Néstor declaró que el propio Sheldon conducía uno de los dos coches, el mismo en que iban el "judío francés", Siqueiros y Pujol y al que subió él. Parece esto lo más probable. Sheldon estaba habituado a manejar los automóviles de Trotsky. Sólo él podía saber que las llaves de los automóviles estaban puestas constantemente. En su declaración del 2 de julio, León Trotsky declaró: "Las llaves de los coches están colocadas en los mismos carruajes para que en caso de peligro, no se tenga que perder tiempo en buscarlas y el que está de servicio, durante la noche, sabe que están puestas".

Están después las declaraciones de Mariano Herrera Vázquez. También demostraron ser ciertas. Gracias a ellas se pudo encontrar la casa de Santa Rosa y el cadáver de Sheldon. Según Herrera, Sheldon podía pasearse solo y con toda libertad por los alrededores de la casa que les servía de refugio. Si lo hubieran tenido secuestrado, ¿le hubieran consentido semejante libertad? ¿Y no la hubiera aprovechado para escapar y revelarlo todo?

Pero está el asesinato ... Trotsky afirmó en una declaración pública el mismo día en que se descubrió: "El cadáver de Bob Sheldon Harte es un mentís trágico a todas las calumnias y denuncias falsas hechas contra él". Lamentamos tener que disentir de esta afirmación. No es la primera vez que la G. P. U. se deshace de un instrumento suyo después de haberlo utilizado convenientemente. Trotsky sabía como nadie que esto es bastante frecuente en las prácticas de esta siniestra organización terrorista. Stalin no vaciló en deshacerse de todos los grandes militantes bolcheviques rusos. Hizo ejecutar así mismo a gran número de militantes alemanes, polacos, húngaros ... Ni tan solo vaciló en suprimir a Yagoda, el jefe de la G. P. U., que preparó el primer gran proceso de Moscú. Ni a los diplomáticos y a los principales agentes de la G. P. U. enviados a España durante la guerra civil. ¿Iba a vacilar en la supresión de un Sheldon? Es evidente que éste sabía demasiado. Probablemente conocía las ramificaciones existentes entre los agentes de la G. P. U. de los Estados Unidos y de México. Podía identificar al "judío francés". Quizá sabía incluso que Jacques Mornard no era un militante trotskista, sino

el agente de confianza de la G. P. U. destinado a cometer el asesinato en el caso de que fallara el primer atentado ... ¿Qué hacer con él? Era muy difícil hacerlo salir del territorio nacional, pues se le buscaba activamente, se poseían retratos suyos y se habían comunicado sus serias personales a todos los puntos fronterizos, a todos los puertos, a las estaciones ... Si caía en manos de la policía, cosa que tenía que ocurrir un poco más pronto o un poco más tarde, se le podía obligar a hablar. Los muertos no hablan. Y lo asesinaron sin defensa, sin lucha, mientras dormía confiado al lado de los que tenían orden de suprimirlo. Según todas las apariencias, la ejecución corrió a cargo de Luis y Leopoldo Arenal, cuñados de David Alfaro Siqueiros<sup>17</sup>. Herrera declaró que fué el primero de los hermanos quien le llevó a la casa de Santa Rosa. Y era o parecía ser "su amigo".

Tenemos, además, la declaración del padre de Sheldon. Creía que su hijo era un simpatizante de Stalin. Todos en su casa lo creían. Se encontró en su habitación un retrato de este personaje. Los trotskistas niegan la existencia de esta declaración. Poseemos el documento que la contiene: lleva el número de folio 337. Lo firma el Subjefe de la Policía Judicial Federal, Alfonso Díaz Barriga. Fecha del documento: el 29 de mayo de 1940. Fue recogida dicha declaración en la Embajada Americana, a través de un intérprete. Al tener noticia de la misma, parece que Trotski telografió al señor Jesse Harte Sheldon pidiéndole confirmación. Y este señor entonces la negó. Se trata de una familia acomodada, distinguida, gozando de excelentes relaciones. ¿Reflexionó sobre el baldón que iba a manchar para siempre el nombre de su hijo si se demostraba qué había servido de instrumento de una organización tan nefanda como la G. P. U. y para la comisión de un hecho de repercusiones universales? Es posible. Hay que admitir también la posibilidad de que su declaración fuera producto de un equívoco. En todo caso el documento con la declaración existe.

Hay, además, una declaración de la señora Fanny Yanovitch, secretaria rusa de León Trotski, de indiscutible valor. El 23 de mayo Trotski y ella estuvieron trabajando en un texto comunista para los Estados Unidos desde las siete y media de la mañana hasta las once de la noche. A partir de las seis de la tarde observó que Sheldon daba muestras de nerviosismo. Nunca lo había visto así. Diversas veces le preguntó cuándo iba a terminar su trabajo, pues era él quien debía llevarla en uno de los automóviles a su casa. Tan machaconamente se lo preguntó que, a pesar de su carácter dulce, ella se enfadó. Le habló una vez de los hilos de alarma: no debía acercarse a la ventana y rozarlos. La señora Yanovitch le pidió prestada su estilográfica para las correcciones; cuando le anunció que se la devolvería a la mañana siguiente, Sheldon exclamó:

---

*17. Este "Capitán" Néstor Sánchez, que después de intervenir en el asalto a la casa de Trotski entregó en realidad a sus compañeros de fechoría y hasta estuvo a punto de entregar a su jefe guepeuista, fué condecorado por la rusificada Embajada de Polonia en México, a fines de septiembre de 1946, por su "heroico comportamiento durante la guerra española", en realidad por su colaboración con la G. P. U. ¿Ignoraba ésta, cuando le impuso la condecoración, las delaciones del "heroico Capitán"? (J. G.)*

—Me la tienes que devolver hoy mismo, no mañana.

Al conducirla a su casa, después de las once de la noche y bajo un gran aguacero, vieron venir por la calle de Viena otro automóvil con sus potentes faros encendidos. La señora Yanovitch, que iba al lado de Sheldon, creyó que podía ser el otro automóvil de Trotsky conducido por uno de los secretarios que había salido con su esposa, llegada de Nueva York. Sheldon estuvo Categórico:

—Ese no es nuestro coche.

No lo era, en efecto. Dicho coche dió media vuelta y los siguió algún trecho, siempre con los faros encendidos e impidiendo ver a los que iban en su interior. Durante el trayecto, Sheldon le hizo un gran número de preguntas sobre la "Vida de Stalin" que estaba dictando Trotsky. No podía enterarse de su texto porque estaba redactado en ruso. Es evidente que este libro constituía una de las grandes preocupaciones de Stalin y de su G. P. U. A la mañana siguiente, perpetrado ya el asalto, la señora Yanovitch recordó todos estos detalles y le comunicó sus sospechas a Trotsky. Este le oprimió levemente el brazo y le dijo:

—Se trata de simples coincidencias.

Fanny Yanovitch sustenta el firme convencimiento de que Sheldon, al que tuvo ocasión de tratar a diario desde su llegada de Nueva York, era un instrumento de la G. P. U. Se trata, claro está, de una intuición psicológica retrospectiva, formada por recuerdos a los que de momento no les conoce dió gran importancia, pero que constituyeron más tarde toda una revelación.

Y ahora es preciso que nos formulemos una pregunta: ¿por qué se han obstinado Trotsky y los trotskistas en negar lo que parece tan evidente? Lo primero que hay que pensar es que eran y son sinceros en su apreciación sobre Sheldon. El párrafo final del artículo de Trotsky, fechado el 25 de junio, dice así: "Bob no es la primera persona cercana a mí que cae entre las manos de los asesinos mercenarios de Stalin. Dejo a un lado a los miembros de mi familia, dos hijas y los hijos conducidos a la muerte por la G. P. U. No hablo de partidarios míos expuestos al exterminio físico en la U. R. S. S. y en otros países. Limitándome sólo a mis secretarios en varios países, resulta que han sido conducidos al suicidio por la persecución, fusilados o asesinados por los agentes de la G. P. U. siete personas: M. Glasman, G. Butow, Y. Blumkin, N. Sermuts, I. Pornansky, R. Klement, E. Wolf. En esta lista, Robert (Bob) Sheldon Harte ocupa el octavo lugar, pero temo que no será el último". Trotsky vivía bajo el terror guepeuista desde hacía varios años, en realidad desde que, muerto Lenin, emprendió su cuerpo a cuerpo con Stalin. Lo venía encontrando a su paso por doquier. Estaba prevenido contra sus fechorías cada día, cada minuto. Y conocía sus artes diabólicas como nadie. Todo esto crea un estado de ánimo especial, una psicología justificadamente persecutoria. Aun

cuando no se cerraba a la eventual complicidad de Sheldon, ante su cadáver quería creer con todas sus fuerzas qué, lo mismo que sus otros secretarios asesinados, éste también "murió por las ideas que profesaba" y que "sobre su memoria no hay ninguna mancha". De otra manera resulta difícil admitir que el propio Trotski hiciera poner una pequeña lápida a la memoria de Robert Sheldon Harte en el zaguán de su casa. Esa lápida existe todavía y mira a la modesta y sencilla piedra labrada que, con el nombre de Trotski encima, se levanta en medio del jardín.

¿Se mezcló con este sentimiento un cierto cálculo político? El descubrimiento de un espía del enemigo produce siempre una cierta desmoralización entre los partidarios. Además, si se reconocía que Sheldón era un agente de la G. P. U. había que plantear el problema de las responsabilidades de los jefes trotskistas norteamericanos que se lo enviaron a Trotski. Nos limitamos a apuntar esta posibilidad. Haga cada cual las deducciones que crea conveniente.

## SEGUNDA PARTE

### LA MUERTE

#### VII

### !!HAN HERIDO TROTSKI!!

León Trotski creía, como yo mismo, que su salvación del primer atentado parecía cosa de milagro. Nos imaginábamos que los primeros sorprendidos de que no hubieran perecido él, su esposa y hasta su nieto —todo lo que quedaba de la familia—, debían ser los propios asaltantes. Un asalto tan bien preparado, con tan formidables medios materiales, con tal derroche de dinero, con una técnica tan perfecta, ¿sólo había servido para conmover a la opinión universal y para poner aún más en guardia a la víctima elegida y a los que nos habíamos impuesto la difícil tarea de proteger su vida? Para los agresores equivalía esto a una batalla perdida.

Habíale oído decir a Trotski después del 24 de mayo:

—La suerte me ha concedido un plazo. Será de corta duración. Había pronunciado estas palabras en tono grave y tranquilo, mirándome con sus agudos ojos azules tras las gafas de carey y con una cierta expresión de desafío en el rostro. Hubiérase dicho que hacía un comentario sin gran trascendencia, aun cuando era indudable que ponía en él toda su vida. En efecto, estaba persuadido de que no tardaría en producirse un nuevo atentado contra su persona. Su gran adversario, Stalin, había debido dar una orden imperativa, implacable; era evidente que los agentes de la G. P. U., especialmente designados al efecto, tendrían que cumplirla a toda costa. Seguramente les iba en ello su propia vida. Matar o morir: tal era, sin duda, el terrible dilema ante el que se hallaban colocados. ¿Pero quiénes eran esos agentes? ¿Se encontraban ya en México? ¿Manténían alguna relación con los anteriores asaltantes no detenidos aún por la policía? ¿Y cuál era su nuevo plan? Todo esto constituía un misterio impenetrable para la policía y para el propio Trotski.

Por las necesidades de la investigación y de la vigilancia, yo había tenido que permanecer en contacto con él durante los tres meses que siguieron al primer atentado. Trotski era un hombre de una energía, un valor y una sangre fría a toda prueba. Una larga vida revolucionaria, los acontecimientos históricos en los que había llenado un papel de primerísima figura y la enconada





persecución de que venía siendo objeto, habían hecho de él un tipo humano de unas cualidades rarísimas. Todavía recordaba con admirativa sorpresa la tranquila serenidad con que me había recibido media hora después del atentado. Hubiérase dicho que no había sido él quien había pasado por tan grave y peligroso trance. Soy militar, he intervenido directamente en las luchas muchas veces cruentas de que ha sido teatro mi país después de la primera década del siglo y durante años, he vivido en medio de los hombres templados por el peligro de muerte. Estaba hecho, por consiguiente, para comprender el temple de un Trotski. Me admiraba, sin embargo, ante su tranquilidad y su firmeza frente al peligro que no cesaba de rondar en torno suyo. Un militar conoce poco más o menos a su enemigo, las armas que emplea, el lugar aproximado en que le amenaza la muerte, la forma en que puede morir, corre hacia el peligro, impulsado por el sentimiento del deber, con toda conciencia, cumpliendo una misión y hasta un oficio. Trotski se sentía permanentemente amenazado, pero sin saber por dónde podía venir exactamente la muerte. El misterio de este terrible acoso, de este peligro sin forma exacta y definida, exigen para soportarlo un valor especial. Ese valor lo poseía el ex Comisario de Guerra ruso. Se debatía contra la invisible maraña que iba tejiéndose en torno suyo. Estaba dispuesto a defenderse, a defender su vida y sus ideas políticas. Una y otras se confundían. Puede decirse que vivía exclusivamente para esas ideas. Desde los grises muros de concreto que le servían de refugio a la vez que de prisión, desafiaba al inmenso poder acumulado por Stalin y su terrible organización policíaca: la G. P. U. Viendo las grandes precauciones materiales que adoptaba después de la madrugada del 24 de mayo, me decía yo: "A pesar de todo, está condenado". Pero contemplando su salud física, la gran energía que brillaba en sus ojos, la firmeza de sus rasgos, la fuerza de su personalidad toda y la fe en sí mismo que demostraba, añadía: "Este hombre no se dejará suprimir fácilmente". Independientemente de sus ideas políticas, que yo estaba muy lejos de compartir —nunca me ha atraído el comunismo bajo ninguna de sus ramas—, me parecía que aquel hombre no debía morir.

El día 20 de agosto de 1940, como a las seis y cuarto de la tarde, llegó a mí, sin embargo, la terrible noticia:

—¡Trotski ha sido herido de muerte!

Me conmovió profundamente, pero sin producirme sorpresa. Me conmovió como hombre y como Jefe del Servicio Secreto. La G. P. U. había sido más fuerte que él, con toda su energía y todas sus precauciones, y más fuerte que la policía mexicana, que había tenido que asumir la tarea de protegerlo. Yase comprenderá que mi primer pensamiento fué que se trataba de un nuevo atentado de la G. P. U. ¿Era grave la herida? ¿Lograría salvarse? ¿A cargo de quién había corrido esta vez el atentado? Todo esto tenía que dilucidarlo ahora.

La noticia había sido comunicada a la Jefatura de Policía en ausencia mía...

Galindo, el primer Comandante de Agentes del Servicio Secreto, se precipitó hacia Coyoacán. Se produjo al mismo tiempo, y como en un abrir y cerrar de ojos, un movimiento general: motociclistas del servicio de patrullas, camiones cargados de gendarmes, agentes de la policía secreta, ambulancias de la Cruz Verde; sembrando las calles y avenidas con el dramático ulular de sus sirenas, se dirigieron a toda prisa hacia el histórico poblado <sup>18</sup>, tan tranquilo y pacífico como, de costumbre. El General José Manuel Núñez, Jefe de la Policía, había sido avisado uno de los primeros. Cuando Galindo llegó, el General Núñez se hacía cargo ya del autor del atentado, el cual presentaba varias heridas y contusiones producidas por los secretarios de Trotski. Estos lo habían entregado a los policías de servicio ante la puerta de la casa. Dichos guardianes lo habían visto entrar poco más de media hora antes; como pasaba por ser un amigo personal del exilado ruso, ni por un momento pensaron cerrarle el paso. Lo mismo había ocurrido con los secretarios de Trotski, de cuya confianza parecía gozar. Poco después oyeron sonar los timbres de alarma. No sabiendo exactamente lo que sucedía, pero temiendo que pudiera tratarse de la iniciación de un nuevo asalto, habían preparado sus armas y tomado las debidas posiciones. No tardaron en enterarse, con la natural sorpresa, de que Trotski había sido mortalmente herido y de que el victimario era el "amigo" que había franqueado la puerta poco antes. Lo recibieron después cubierto de heridas y convertido en un asesino.

Todo había funcionado con sorprendente rapidez. Ramón Cruz, uno de los empleados de camillas de la Cruz Verde, hizo la misma tarde el breve relato siguiente:

—Recibimos la llamada directamente de las oficinas de policía de Coyoacán. Eran las seis de la tarde exactamente. Al llegar a la casa del ex Comisario ruso, no tropezamos con dificultades para entrar, pero sí para salir, pues varios individuos de pelo rubio, que hablaban en inglés, se oponían a que sacáramos al lesionado, temerosos, según manifestaron, de que sufriera una nueva agresión. Uno de ellos dijo: "El señor Trotski no sale de aquí hasta que llegue el Jefe de la Policía".

"Pude ver perfectamente cómo la esposa del herido cubría el cuerpo de su esposo con un manto blanco. La señora sollozaba y sostenía la cabeza del desterrado con ambas manos, las cuales tenía tintas en sangre. El señor Trotski no hablaba y ni siquiera lanzaba quejas. Creímos que estaba muerto, pero pronto nos dimos cuenta de que aun respiraba.

"Pude percatarme de que los 'rubios' rodeaban al otro lesionado, al que recogió

---

*18. Los hermanos Arenal desaparecieron de México inmediatamente después del asesinato de Sheldon. Fué señalada la presencia de Luis en Nueva York, donde visitó a la escritora Anita Brenner. Debió refugiarse después en la U. R. S. S. Parece que al saber que había huido a los Estados Unidos, su esposa corrió en su busca con sus hijitos. Llegaron a Los Angeles. El Consulado Soviético se enteró de su llegada y, temerosos de que hablara, los recogió y los hizo embarcar para Rusia, donde han permanecido durante algunos años. Se encuentran nuevamente en México, con residencia en Cuernavaca. (J. G.)*

otra de las ambulancias, mientras nosotros salíamos con Trotsky, protegidos por gran número de policías que hicieron valla y bajo la dirección personal de un jefe, que me pareció ser el General Núñez. Sólo empleamos media hora en nuestro servicio”.

Tras una ligera cura en su propia casa, Trotsky fué trasladado a toda prisa al Puesto Central de Socorros de la Sexta Delegación. Al mismo lugar fué trasladado, momentos después, el autor del atentado. Cinco afamados doctores, bajo la dirección personal de Gustavo Baz, Rector de la Universidad Autónoma de México, se dieron inmediatamente, en la sala de operaciones, a la difícil y dolorosa tarea de la trepanación del cráneo del viejo revolucionario, alrededor de una herida de siete centímetros de profundidad, por la que se escurrían la sangre y los sesos. Trotsky resistió la operación con una fortaleza extraordinaria. El primer boletín médico expedido aquel día, inmediatamente después de practicada la operación, decía así:

“Parte que rinden los cirujanos de la Cruz Verde sobre el estado que guarda el señor León Trotsky:

“A las veintiuna horas, previo estudio radiológico, se le practicó una craneotomía como de veinticinco centímetros cuadrados, en la región parietal derecha, encontrándose las siguientes lesiones: fractura expuesta y con minuta de la bóveda craneana a nivel de la porción parietal derecha, con hundimiento y proyección de esquirlas dentro de la cavidad, con herida de las meninges y destrucción de la masa encefálica, con hernia de la misma. El pronóstico es muy grave, aun cuando el resultado de la operación fué satisfactorio”.

Como reguero de pólvora había corrido la noticia por la ciudad. Siempre me ha producido gran sorpresa constatar cómo se extienden las noticias sensacionales entre una población de cerca de dos millones de habitantes. Se apodera dominante, en unos minutos, en una hora, de la mente popular; todos la comentan en voz alta; se conozcan o no, todas las personas se la comunican familiarmente y las conciencias quedan unidas en una sola conciencia inmensa y sensacional. Y el suceso que domina así a una gran ciudad, no tarda en extenderse y en dominar al universo entero. Por todos lados no se oía más que esta frase:

—¡Han herido a Trotsky! ¡Por fin lo han logrado!

En los semblantes se advertía la mayor consternación. Y es que resultaba ésta, en efecto, una de las noticias más sensacionales del siglo, reflejo de la universalidad de la víctima y del drama que venía rodeando su nombre. Antes de llegar Trotsky a la Cruz Verde, ya se había congregado una muchedumbre a las puertas. Fué ésta engrosando sin cesar durante las horas siguientes. Abundaban los periodistas, nacionales y extranjeros, y los fotógrafos. Protestaban airadamente porque no se les dejaba pasar a la sala de cirugía y porque, durante las primeras horas, no se les proporcionaban informes

exactos. Sin embargo, uno de los más sagaces periodistas, el "Güero Téllez", había logrado conquistar a uno de los camilleros y colarse con su indumentaria e incluso con sus insignias: fué así el único periodista que logró las primeras informaciones. Eran obligadas todas las precauciones. ¿Quién nos garantizaba que no había personas interesadas en atentar de nuevo contra la vida de Trotsky o de su victimario? Ambos contaban con enemigos fanatizados y capaces de cualquier acto de violencia.

Mientras se aguardaba un desenlace en la Central de Socorros, la policía mexicana en su casi totalidad hablase puesto en movimiento. Se hizo, en primer lugar, una investigación en la casa de Trotsky. Este había sido herido en su despacho, en aquel despacho que tan conocido me era, mientras corregía un artículo que le había llevado su victimario. Encontrábase en él los dos solos. Lo había herido asestándole un terrible golpe en la cabeza con un zapapico de alpinista, cuyo mango aparecía cortado sin duda para poderlo ocultar mejor y facilitar su, manejo. Estaba el zapapito atado a una cuerda con la que el asesino había sujetado el arma mortífera al impermeable que llevaba al brazo. El golpe había sido asestado con la parte ancha del zapapico. Resultaba sorprendente cómo siendo el asesino un hombre joven y fuerte, y habiéndole dado el golpe con todas sus fuerzas sobre el cráneo, no había matado instantáneamente a Trotsky. El despacho del viejo revolucionario presentaba huellas de la lucha que había seguido al atentado; habíase desarrollado ésta entre el criminal y los secretarios de Trotsky. La silla del líder bolchevique aparecía derribada bajo la mesa de trabajo. También se encontraba volcado, al lado de la silla, el cesto de los papeles. Caída al lado de un librero, a la izquierda y junto a la ventana cerrada, aparecía la consola del dictáfono. Sobre el librero, montado en un bloque de madera, se veía el timbre de alarma; Trotsky no había podido usarlo puesto que su esposa y sus secretarios habían corrido en su auxilio al oír el alarido que dió al recibir el golpe mortal. Desparramados por el suelo encontrábase periódicos en diversas lenguas. En fin, entre los periódicos y la silla derribada velase un charco de sangre. Pertenece ésta al victimario, producida por los golpes que con los mangos de sus pistolas le dieron los secretarios de Trotsky. Era impresionante el desorden que reinaba en aquella pieza, siempre limpia y en orden. Un hombre como Trotsky tenía que caer allí, en su gabinete de trabajo, inclinado sobre su mesa cubierta de papeles, de libros, de archivos....

En el comedor, contiguo al despacho, la mesa estaba puesta para la cena. En el ángulo de la derecha, cerca de la puerta de la cocina, sobre el tapete de yute aparecía otra mancha de sangre. Pertenece ésta a Trotsky. Había venido a caer allí y allí había permanecido, herido de muerte, mientras llegaban el médico y la ambulancia. Y allí había sentido que ahora sí, que ahora lo habían logrado ... En el comedor habíase encontrado el impermeable color kaki que llevaba el asesino al brazo. De él había extraído la piqueta fatal. En el bolsillo derecho de este, impermeable, cosida en el forro, apareció una funda color café, bordada con hilos de plata, y dentro de la funda un puñal de treinta y cinco centímetros de largo por tres de ancho, con puño de metal

e incrustaciones labradas. En uno de los lados de la habitación apareció el sombrero del asesino, de color gris con cinta negra. Cerca de él se encontraron unos papeles escritos en francés con salpicaduras de sangre. Era el artículo que le había llevado a corregir a Trotski el victimario. Y aquella sangre era la del famoso revolucionario internacional.

Al asesino se le encontró, además, una pistola marca Star, calibre 45, matrícula P-195.264, con ocho cartuchos útiles y uno en la recámara, es decir, lista para hacer fuego en cualquier momento. Esta abundancia de armas denotaba que el asesino tenía el propósito de matar a Trotski a toda costa. ¿Por qué no había utilizado la pistola de preferencia al zapapico? Sin duda para evitar el ruido de la detonación. Comprendíase bien a las claras que su intención había sido la de huír después de asestado el golpe y aprovechando la facilidad de que gozaba para entrar y salir de la casa. Había otro detalle que demostraba esto: al llegar a la casa de Trotski en su automóvil marca Buick, y contrariamente a lo hecho en sus visitas anteriores, le había dado media vuelta y lo había dejado con vista hacia la carretera de Coyoacán. De no haber podido utilizar el zapapico para la comisión del crimen, sin duda se proponía utilizar el puñal y en último extremo, la pistola, que llevaba entre el pantalón y la camisa. Mientras lo conducían de la casa del crimen a la Cruz Verde, el asesino habíale hecho entrega al jefe de la ambulancia de una carta escrita en francés. Se echaba de ver en seguida que había sido escrita en una máquina francesa y con teclado francés. Estaba firmada con el simple nombre abreviado de Jac. Llevaba la fecha del día de la comisión del atentado. Y particularidad curiosa: tanto la firma como la fecha aparecían escritas a lápiz y a mano. ¿Por qué no había escrito, por lo menos la fecha, a máquina como el texto de la carta? Examinando atentamente dicho texto se llegaba bastante fácilmente a la conclusión de que la carta había sido escrita con anterioridad a la fecha que llevaba a lápiz. Era éste un documento precioso. Lo analizaríamos con toda atención más tarde.

¿Cuál era el verdadero nombre del asesino? Según él, había venido a México con un falso pasaporte canadiense a nombre de Frank Jacson, el que "le había proporcionado en París un miembro de la IV Internacional cuyo nombre no recordaba"; pero su nombre exacto era Jacques Mornard Vandendresch, nacido en Teherán y de padres belgas. Decía ser, pues, de nacionalidad belga. Desde el primer momento sospeché que todo era falso. En la Oficina de Migración teníamos que obtener los siguientes datos: Jacson, que ahora decía llamarse Mornard, había entrado en el país en octubre de 1939 en calidad de turista, por seis meses; pasados éstos, había solicitado una prórroga por cinco meses, la que le había sido concedida tras comprobar que disponía de medios de existencia. Decíase exportador de aceites y de otras materias primas, lo que justificaba algunos desplazamientos. Tenía que dejar la investigación de todo esto para más tarde también.

Como tres horas después de cometido el atentado, se presentó en la casa, de Trotski Silvia Ageloff, conocida militante trotskista, nacida en los Estados

Unidos, de padres rusos. Era, desde hacia tiempo, la amante del asesino. Fué detenida y trasladada también a la Cruz Verde. Representaba unos treinta años de edad y era rubia, de piel muy blanca, de estatura regular y ojos pequeños. Usaba anteojos de cristal claro con arillo de oro; se veía, a juzgar por las gruesas gafas, que era bastante miope. Vestía un traje de sport, de piqué blanco, y un abrigo color café, con pieles un tanto usadas. Era nerviosa, un tanto dramática y plañidera; sollozaba constantemente, aseguraba que Jacson la había hecho servir de instrumento para introducirse en casa de Trotski y asesinarlo y pedía a gritos que lo mataran. ¿Era sincera? ¿O era, por el contrario, cómplice de Jacson-Mornard? También debía dejar el esclarecimiento de este punto para más tarde.

El asesino y su amante habían ocupado el cuarto 113 del Hotel Montejo. Se trasladó a él Galindo y encontró una regular correspondencia en francés, inglés y ruso. Dada a traducir, no tenía que revelar gran cosa. Para mí era ésta una demostración más de que el asesino había premeditado su crimen y había procurado destruir antes todo lo que pudiera resultar comprometedor.

Mientras dirigía las primeras investigaciones, me separaba apenas de la cabecera de Trotski. Asistí a su larga y dolorosa agonía. Dejó de existir a las diecinueve horas y veinticinco minutos del día 21 de agosto de 1940. Portentosa resistencia la de aquel hombre: estuvo luchando con la muerte durante veinticinco horas y treinta y cinco minutos exactamente. Me tocó a mí dar el anuncio de la infausta noticia a los periodistas y a la muchedumbre estacionados permanentemente ante la Cruz Verde, al mundo entero curioso y anhelante:

—Señores, Trotski ha muerto.

Y consultando mi reloj pulsera, dí la hora exacta. El centenar de reporteros mexicanos y de corresponsales de diferentes países que allí había, corrieron hacia la entrada del edificio de la Cruz Verde, disputándose atropelladamente la media docena de teléfonos instalados allí. Tan grande fué el forcejeo, que inutilizaron dos de los aparatos. Cumplida su misión informativa, se encaminaron, con una legión de fotógrafos, hacia el interior del local, disputándose la entrada en la sala mortuoria. El principal actor de un gran drama histórico, de uno de los dramas universales del siglo, cuyo desenlace había durado once años —desde la expulsión de Trotski de la U.R.S.S.—, yacía allí, en una modestísima cama de casa de socorro, con su leal compañera sollozando enloquecida, rodeado por los médicos que bravamente habían luchado sin descanso con la muerte. E ironía del destino: con la ingrata

vecindad, en una habitación próxima, de su asesino material <sup>19</sup>.

*19. Coyoacán fué la capital del Marquesado del Valle de Oaxaca, título discernido por Carlos V a Hernán Cortés. Allí estuvo el Cuartel General desde donde el Conquistador dirigió la toma de Tenochtitlán. En su testamento, Cortés expresó su voluntad de ser devuelto a la Nueva España y enterrado en el convento de franciscanos de Coyoacán. Y en Coyoacán construyó su palacio colonial. Llena hoy las veces de Municipio y de Juzgado. Está situado en el her-*

En las primeras horas de la tarde siguiente se le practicó autopsia al cadáver. El tórax de Trotsky medía noventa y seis centímetros y el abdomen noventa y dos. Cortado el cuero cabelludo en dos secciones y aserrado el cráneo, fué extraído y depositado el cerebro, de proporciones extraordinarias, sobre una mesita esmaltada de blanco. Al ser examinado se vió que en el interior de la lesión había hemorragia subdural líquida, que el orificio de la lesión era de dos centímetros, con una profundidad de siete centímetros, atravesando toda la masa encefálica, con pérdida de substancia cerebral. La contusión aparecía en la segunda circunvolución parietal, arriba del pliegue curvo de la cisura Rolland, a cuatro centímetros del pliegue interno hemisférico y a diez centímetros del polo frontal derecho. Seccionado éste con el bisturí, apareció que hubo un gran derrame y que la dirección que siguió el arma punzante fué de arriba abajo, de delante hacia atrás y de derecha a izquierda. Según esto, el agresor no había atacado a su víctima por la espalda, como se creyó en los primeros momentos, sino por delante. Quizá por esto había reaccionado Trotsky instantáneamente y su asesino no había podido asestarle un segundo golpe. Dentro de la lesión había coágulos de sangre. El arma había interesado la substancia grisblanca y penetrado hasta el tercer ventrículo lateral derecho, con inundación sanguínea líquida y coagulada.

El hemisferio izquierdo pesó setecientos ochenta gramos y el derecho, el lesionado, setecientos setenta, o sea un total de mil quinientos cincuenta gramos. La diferencia de diez gramos entre uno y otro podía provenir de la pérdida de la substancia provocada por la lesión. El peso exacto del cerebro de Trotsky podía calcularse, por consiguiente, en un kilo quinientos sesenta gramos. El cerebelo y bulbo raquídeo estaban exangües, debido sin duda a la aguda anemia provocada por la hemorragia. El cerebro, lo mismo que el corazón del viejo líder, fueron conservados. Un corazón muy grande, como el cerebro.

Expuesto el cadáver en el salón principal de la funeraria Alcázar, en el centro de la capital mexicana, todo el pueblo desfiló ante él. El sentimiento de pésame era general. Pero muerto, parecía que iba a proseguir el drama de su vida. Albert Goldman, el abogado de los trotskistas norteamericanos llegado en avión de Nueva York, anunció el propósito de trasladar el cadáver a los Estados Unidos. Entre tanto, se hizo un simulacro de inhumación en México. Asistió a los funerales una imponente muchedumbre. Se pronunciaron discursos vengativos en el cementerio. Después permaneció el cadáver cinco días más en el Alcázar. Washington negaba el permiso para que fuera trasladado a los Estados Unidos. Quizá era lo más acertado: no debían dar lugar los restos del gran revolucionario ruso a manifestaciones políticas en pro o en contra. Por fin fué incinerado el cadáver.

---

*moso Zócalo y frente a la Iglesia construida también por los colonizadores. En conversaciones con el inteligente y dignísimo Juez de Coyoacán, licenciado Raúl Carrancá Trujillo, he ocupado el mismo sillón que ocupara Trotsky antes de su asesinato. Tenía éste ya entonces el presentimiento de su próxima muerte. Ha contribuido a universalizar aún más el histórico nombre de Coyoacán el hecho de que sirviera de escenario al sensacional drama de Trotsky. (J. G.)*



No tardó en cantarse, por todas las poblaciones del país, el "Gran Corrido de León Trotski". Los corridos constituyen los cantos populares mexicanos por excelencia y, según parece, guardan una gran similitud con ciertos cantos populares rusos. Sus autores permanecen, generalmente, en el anónimo. Sin embargo, la mente popular se apodera de ellos y les da vida. El líder bolchevique ruso, muerto trágicamente en México, no podía dejar de tener su corrido. Lo recogemos como nota ingenua y popular:

***"Murió Trotski asesinado  
de la noche a la mañana  
porque habían premeditado  
venganza tarde o temprana.  
Pensó en México, este suelo  
hospitalario y grandioso,  
para vivir muy dichoso  
bajo el techo de este cielo.***

***Por fin lo venció el destino  
en su propia residencia,  
donde el cobarde asesino  
le arrancó ahí su existencia.***

***Un zapapico alpinista  
este asesino llevó,  
y al estar solo con Trotski  
a mansalva lo atacó.***

***Fué un día martes por la tarde  
esta tragedia fatal,  
que ha conmovido al país  
y a todo la capital.***

No era el pueblo ruso, su pueblo, quien podía dedicarle a León Trotski sentidos cantos; el destino había querido que fuera el pueblo mexicano. ¡Trágico destino el de la vida y la muerte de este nuevo judío errante! <sup>20</sup>.

*20. Toda la prensa de México condenó el vil atentado y se condolió del fallecimiento de Trotski. La C. T. M., por boca de Lombardo Toledano, condenó también el atentado y con una hipocresía refinada, quiso dar a entender que éste había sido preparado por agentes provocadores interesados en perjudicar el buen nombre de México. Lombardo había calumniado odiosamente a Trotski, había exigido repetidas veces su expulsión de México y como señaló el propio Trotski en sus artículos y en sus declaraciones, contribuyó como pocos a la preparación del clima político y moral para la ejecución del primer atentado. No podía ignorar de dónde venían y dónde estaban los verdaderos "agentes provocadores". En tales condiciones, ¿quién podía creer en la sinceridad de su nota del 21 de agosto? Nadie. Antonio Pujol, el organizador material con Siqueiros del asalto del 24 de mayo, envió una carta al periódico "Excelsior", con destino a la policía, que decía textualmente: "Declaraciones C. T. M. últimas crimen Trotski equivalen táctica gangsters Chicago: condenan crimen y mandan coronas y pésame víctimas. Lombardo, stalinista. Espero garantías vida mía peligro y preséntome Jus-*

Para mí empezaba ahora una nueva e ingrata tarea: tratar de descubrir todo lo que había detrás del asesinato y del asesino material. Tenía a éste bien guardado y vigilado. ¿Qué sorpresas me reservaba la investigación?

---

*ticia". En medio de todo, el discípulo y cómplice demostró mucho más valor y mucha más dignidad que el maestro o pretendido tal. (J. G.)*

## VIII

### ASÍ FUE ...

Este relato de Natalia Sedova, tan sencillo y tan conmovedor, tiene su lugar aquí. Equivale a la declaración y al homenaje de la compañera, de la esposa. Nos ha autorizado amablemente a reproducirlo. Cae bajo su exclusiva responsabilidad. Dice así:

El martes 20 de agosto de 1940, a las siete de la mañana, Leo Davidovich me dijo:

¿Sabes? Me siento muy bien esta mañana, como no me había sentido desde hace mucho tiempo. Anoche tomé doble dosis de soporífero. He notado que me produce buen efecto.

Sí; recuerdo que ya lo notamos en Noruega, cuando sentías decaer tus fuerzas más a menudo aun que ahora. Pero no es el soporífero lo que te sienta bien. Un sueño profundo constituye un descanso completo.

—Es cierto.

Al abrir por la mañana o al cerrar por la noche los postigos blindados de nuestro dormitorio, construidos por nuestros amigos después del asalto a la casa el veinticuatro de mayo, Leo Davidovich decía de vez en cuando:

—Ahora no nos harán daño los Siqueiros.

Y al despertar solía decir para sí mismo y para mí:

—Aquella noche no nos mataron y aún no estás contenta. Yo trataba de defenderme como podía. Una vez, después de este saludo, añadió pensativo:

—Sí, Natacha: nos han concedido un plazo.

En 1928, cuando nos desterraron a Alma Ata, donde nos esperaba una incertidumbre completa, rumbo al destierro charlamos una vez toda la noche en el departamento del vagón. No podíamos conciliar el sueño. Nuestra vida en Moscú durante las últimas semanas, y sobre todo durante los últimos días, había sido tan agitada y nuestra fatiga era tal, que la excitación nerviosa no podía desaparecer aún. Recuerdo que Leo Davidovich me dijo:

—¿Es mejor morir en una cama del Kremlin que la deportación? No estoy de acuerdo.



Aquella mañana estaba lejos de todos aquellos pensamientos ... Su buen estado físico le daba la esperanza de trabajar durante todo el día "como es debido".

Al terminar rápidamente su fricción habitual y después de vestirse prestamente, salió con vivacidad al patio para dar de comer a sus conejos. Cuando se sentía mal, el alimentarlos le incomodaba; pero rehusaba abandonar esta tarea, pues le inspiraban lástima sus animalillos. Hacerlo como él quería y como tenía por costumbre —es decir, bien—, era difícil. Además, estaba siempre en guardia: era menester economizar sus fuerzas para el trabajo intelectual. El cuidado de los animales, la limpieza de sus cajas, etc., le ofrecían por un lado descanso y distracción; pero, por otra parte, le fatigaban físicamente y esto se reflejaba en su capacidad global de trabajo. Todo lo que hacía, lo hacía con animación. No sabía hacer nada a medias: desconocía la languidez y la desgana. Por eso nada le fatigaba tanto como las conversaciones banales o semibanales. ¡Con qué ánimo recogía cactus para plantarlos en nuestro jardín! <sup>21</sup>. Se daba a ello por entero. Y se enardecía: empezaba a trabajar el primero y terminaba el último; ninguno de los jóvenes que le acompañaba en sus excursiones era capaz de igualarlo. Desistían más pronto y se iban rezagando el uno tras el otro. Pero él era infatigable. Muy a menudo, al mirarle, me maravillaba este milagro. ¿De dónde sacaba esa energía y esa fuerza física? Ni el sol, insoportablemente ardiente, ni las montañas ni las bajadas cargando cactus pesados como el hierro, producían efecto sobre él. Y le hipnotizaba el resultado de su trabajo. Encontraba descanso en el cambio. En el trabajo hallaba una compensación de los golpes que le perseguían cruelmente. Y cuanto más fuerte era el golpe, más apasionadamente se olvidaba en el trabajo.

Por causas de fuerza mayor, las excursiones en busca de cactus se hacían más y más raras. De vez en cuando, fatigado y hastiado de la monotonía de su vida, Leo Davidovich decía:

—¿No crees que podríamos salir todo un día esta semana?

—Es decir, para ir a "trabajos forzados" —decía yo bromeando— ¿Por qué no?

—Sería mejor lo más temprano posible. ¿Por qué no salir a las seis de la mañana?

—¿Por qué no? ¿Pero no te cansarás demasiado?

---

21. La prensa rusa, totalitarizada por Stalin, tenía que limitarse a publicar un comunicado de siete líneas sobre el asesinato de Trotski. Se cargaba éste en la cuenta de "un trotskista desilusionado". Tenía que ser, como se verá, la tesis de la G. P. U. y de su instrumento. Como si en siete líneas pudiera anularse una de las figuras más interesantes de la rica historia rusa y disimularse uno de los crímenes más monstruosos del stalinismo! ¡Y como si la conciencia universal y, la historia humana pudieran someterse al comunicado amañado del un dictador! En la Rusia de mañana se publicarán centenares de libros sobre esa gran víctima de Stalin. (J. G.)

—No; eso me reanima. Y, además, te prometo guardar la medida.

Leo Davidovich acostumbraba alimentar sus conejos y sus gallinas, a los que gustaba observar, generalmente entre las siete y quince o las siete y veinte minutos y las nueve de la mañana. De vez en cuando interrumpía esta tarea para dictar una u otra disposición, una u otra idea que se le había ocurrido. Aquel día estuvo trabajando en el patio sin interrupción. Después del desayuno me afirmó una vez más que se sentía perfectamente bien, que quería empezar a dictar un artículo sobre la instrucción militar en los Estados Unidos. Y en efecto, empezó a dictar.

A la una de la tarde nos visitó Rigalt, nuestro abogado en el asunto del asalto del veinticuatro de mayo. Después de esta visita, Leo Davidovich vino a decirme, no sin sentirlo, que debía posponer el artículo comenzado para volver al trabajo relacionado con el proceso del asalto. Resolvió con el abogado que era necesario contestar a "El Popular" en vista de qué, en un banquete, habían acusado a Leo Davidovich de difamación.

—Tomaré la ofensiva y les acusaré de cínicos calumniadores —dijo en tono de desafío.

—¡Qué lástima que no puedas escribir sobre la movilización!

—¿Qué hacer? Tendré que dejarlo para dentro de dos o tres días. Ya he dicho que me pongan sobre el escritorio todos los materiales que hay. Después de comer les echaré un vistazo.

Y repitió una vez más:

—Me encuentro muy bien.

Después de la breve siesta, le vi sentado tras el escritorio, cubierto de materiales sobre "El Popular". Su estado físico seguía siendo bueno y me sentí más contenta. En los últimos tiempos, Leo Davidovich se quejaba de una debilidad general que le dominaba de vez en cuando. Sabía que era algo pasajero, pero entonces pensaba "en ellos" más de lo acostumbrado. Aquel día nos pareció como el comienzo de una temporada mejor de su estado físico. Su aspecto también era bueno. Para no molestarle, de vez en cuando entreabría yo la puerta de su despacho y le observaba en su posición acostumbrada, inclinado sobre su escritorio, con la pluma en la mano. "Un episodio más y estos anales habrán terminado", pensé. Así hablaba el antiguo cronista Pimen en el drama Boris Godunof, de Puchkin, registrando los crímenes del Zar Boris. La manera de vivir de Leo Davidovich se aproximaba a la de un prisionero o un anacoreta, con la diferencia de qué, en su soledad, no sólo registraba los acontecimientos, sino que mantenía también una lucha irreconciliable contra sus enemigos ideológicos.

Durante este breve día, hasta las cinco, de la tarde, Leo Davidovich imprimió en el dictáfono varios trozos del contenido de su futuro artículo sobre la movilización militar en los Estados Unidos y aproximadamente cincuenta pequeñas páginas desmintiendo a "El Popular", es decir, las perfidias de Stalin. Todo ese día gozó de su completo equilibrio mental y físico.

A las cinco, como de costumbre, tomamos el té. A las cinco veinte, o quizá a las cinco treinta, me asomé al balcón y vi que Leo Davidovich estaba en el patio, cerca de la jaula abierta de los conejos. Les estaba dando de comer. Allí mismo se encontraba también un individuo al que no reconocí inmediatamente hasta que se quitó el sombrero y vino hacia el balcón. Era Jacson. "Ya ha venido otra vez" —pensé—. "¿Por qué ha empezado a venir con tanta frecuencia?" —me pregunté a mí misma.

—Tengo una sed espantosa y quisiera tomar un vaso de agua— dijo él saludándome.

—¿Quizá quiere usted tomar una taza de té?

—No, no; he comido tarde y siento la comida aquí (señalándose la garganta); me está estrangulando.

El color de su cara era verde-gris y toda su apariencia muy nerviosa.

—¿Por qué lleva usted sombrero e impermeable? (el impermeable lo llevaba en el brazo izquierdo, pegado al cuerpo). Hay mucho sol.

—Pero usted sabe que es pasajero y que puede llover.

Yo quise contestarle: "Hoy no lloverá". El se jactaba de no llevar sombrero ni abrigo ni aun en el peor tiempo. Pero me sentí molesta y no le dije nada.

—¿Y cómo está Silvia?

No me entendió. Sin duda lo había confundido con mi pregunta sobre el impermeable y el sombrero. Estaba completamente ocupado con sus propios pensamientos. Sumamente nervioso, como si despertara de un sueño profundo, contestó:

—Silvia ... Silvia ...

Y recobrándose, añadió negligentemente:

—Está siempre bien.

Luego se dirigió al encuentro de Leo Davidovich, hacia las jaulas. Andando le pregunté:

—¿Está listo su artículo?

—Sí; está ya terminado.

—¿Pasado a máquina?

Con la misma mano en que llevaba el impermeable —en el que, como se supo después, estaban cosidos el zapapico y el puñal— hizo un movimiento embarazoso y, manteniéndola pegada al cuerpo, me enseñó algunas hojas escritas a máquina.

—Está bien que no sea manuscrito, pues a Leo Davidovich no le gustan los manuscritos desordenados.

Hacía dos días que se había presentado, también con Impermeable y sombrero. Yo no lo vi, pues desgraciadamente no estaba en casa. Pero Leo Davidovich me dijo que había venido Jacson y que le había sorprendido un poco con su conducta. Leo Davidovich lo mencionaba como si no quisiera pararse en ello. Pero al mismo tiempo, notando ciertas circunstancias nuevas, no pudo por menos que comunicarme su impresión.

—Trajo el proyecto de su artículo, más bien un borrador ... algo muy confuso. Le di algunos consejos. Vamos a ver.

Y añadió:

—Ayer no parecía francés. Se sentó de repente sobre mi escritorio y estuvo todo el rato sin quitarse el sombrero.

—Es extraño —dije yo sin asombro—. El nunca usa sombrero.

—Pero esta vez lo llevaba— contestó Leo Davidovich sin detenerse, pues hablaba mientras andaba.

Yo me puse en guardia. Me pareció que esta vez Leo Davidovich había visto en Jacson algo sobre lo que no se apresuraba a llegar a una conclusión. Esta conversación tuvo lugar la víspera del crimen.

Con el sombrero en la cabeza ... con el impermeable al brazo ... se sentó sobre el escritorio . . . ¿No era esto un ensayo? Lo hizo para encontrarse después más seguro y exacto en su estrategia.

¿Quién podía adivinar entonces ésto? ¿Quién podía creer que el veinte de agosto, un día como cualquier otro, sería fatal? Nada anunciaba su fatalidad. El sol brillaba claramente desde por la mañana, como siempre aquí. Las flores se abrían, la yerba resplandecía como un barniz. Todos nosotros, cada cual a su manera, nos preocupábamos por hacer el trabajo más ligero a Leo



Davidovich. Varias veces durante ese día subió los escalones de ese mismo balcón, entró en el mismo despacho y se sentó sobre esa misma silla, ante su escritorio ... ¡Era eso tan, común! Pero ahora, por lo mismo, ¡tan terrible y tan trágico! Ninguno de nosotros, ni él mismo, preveíamos la próxima catástrofe. Y en esa ausencia de intuición se ocultaba un abismo ...

Por el contrario, todo ese día fué uno de los más armoniosos. Cuando Leo Davidovich salió al jardín, a las doce, y yo lo vi bajo el ardiente sol, con la cabeza descubierta, me apresuré a llevarle su gorra blanca para defender su cabeza de la rudeza del sol impío. ¡Defenderle del sol cuando ya estaba bajo la amenaza de una muerte terrible! No sentíamos que ya estaba condenado; el impulso de la desesperación no mordía aún nuestro corazón.

Me acuerdo que cuando nuestros amigos estaban construyendo el sistema de señales en la casa, dirigí una vez la atención de Leo Davidovich hacía la necesidad de poner una guardia cerca de su ventana. En aquel momento me pareció indispensable, pero él dijo que en este caso sería necesario extender el sistema de defensa y aumentar el número de guardias hasta llegar a diez, lo cual no estaba en proporción con los medios y con el material humano de que disponía nuestra organización. Una guardia cerca de la ventana no podía salvarle en un momento dado; sin embargo, me preocupó mucho la ausencia de la misma en este sitio. Leo Davidovich estaba muy impresionado con el regalo que le enviaron nuestros amigos, consistente en un chaleco blindado o especie de cota de malla. Viéndolo, dije que sería conveniente tener algo también para la cabeza. Leo Davidovich insistía en que cada compañero que ocupase el puesto responsable en un momento dado, llevase ese chaleco blindado. Después del fracaso que sufrieron nuestros enemigos en el ataque del veinticuatro de mayo, sabíamos muy bien que Stalin no se detendría ahí y nos preparábamos en consecuencia. También sabíamos que la G. P. U. emplearía otro método de asalto. No excluíamos un ataque por una persona sobornada por la G. P. U. Pero ni la cota de malla ni el casco hubieran podido protegerlo. Era imposible emplear diariamente estos medios de protección. Era imposible convertir su propia vida en autodefensa. Habría perdido en este caso todo su valor.

Cuando me acerqué con Jacson a Leo Davidovich, éste me dijo en ruso:

—¿Sabes? Espera que venga Silvia, pues se van mañana. Quiso indicarme así que sería conveniente invitarlos, si no a cenar, a tomar el té.

—No sabía que se va usted mañana y que espera aquí a Silvia.

—Sí, sí; se me olvidó decírselo.

—¡Qué lástima no haberlo sabido! Hubiera podido enviar algo a Nueva York.

—Puedo venir mañana por la mañana.

—¡Oh, no! Muchas gracias. Sería un molestia para usted y para mí.

Volviéndome hacia Leo Davidovich le expliqué en ruso que había ofrecido té a Jacson, pero que éste lo había rehusado quejándose de malestar y de una sed espantosa y que me había pedido un vaso de agua. Leo Davidovich lo miró de una manera interrogante y le dijo con un ligero acento de reproche: —Está usted malo otra vez y tiene muy mal aspecto. Eso no está bien.

Hubo un silencio. Leo Davidovich no quería dejar sus conejos, no parecía dispuesto a escuchar el artículo. Pero, dominándose, dijo:

—Entonces, ¿quiere usted leerme su artículo?

Cerró las puertas de las jaulas sin apresurarse y se quitó los guantes de trabajo. Cuidaba sus dedos, que se herían muy fácilmente, lo cual le irritaba mucho porque le impedía escribir. Mantenía su pluma, como sus dedos, siempre en orden. Sacudió su blusa azul y se dirigió lenta y silenciosamente, conmigo y con Jacson, hacia la casa. Los acompañé hasta la puerta del estudio de Leo Davidovich. La puerta se cerró y yo entré en la habitación contigua.

Habían transcurrido apenas tres o cuatro minutos, cuando oí un grito terrible y estremecedor, no dándome cuenta de quién era. Me arrojé hacia él... Entre el comedor y el balcón, sobre el quicio de la puerta, apoyado en el bastidor, estaba de pie Leo Davidovich, con la cara ensangrentada, destacándose claramente el azul de sus ojos sin las gafas y los brazos caídos.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Lo abracé, pero él no me contestó inmediatamente. Tuve tiempo de pensar si habría caído algo del techo, que estaba en reparación. ¿Pero por qué aparecía de repente allí? El me dijo lentamente, sin alteración, amargura o despecho:

—Jacson.

Leo Davidovich lo dijo como si hubiera querido decir: "Se cumplió". Adelantamos algunos pasos y, con mi ayuda, se reposó sobre la estera.

—Natacha, te amo.

Lo dijo tan inesperadamente, tan significativamente, casi tan severo, que yo, sin fuerzas por un temblor interior, me incliné hacia él.

—¡Oh, oh! No hay que dejar entrar a nadie en tu casa sin ser cateado.

Y cautelosamente, poniendo un almohadón bajo su cabeza rota, coloqué hielo en la herida y, con un algodón, restañé la sangre de su rostro.

—Hay que alejar a Seva de todo esto —dijo con dificultad, indistintamente. Pero me pareció que él no se daba cuenta de esta dificultad.

—¿Sabes? Allí —y señaló con los ojos la puerta del estudio—. Sentí ... comprendí lo que quería hacer ... Me quiso todavía una vez ... pero yo lo impedí.

Dijo esto en voz baja, calmada, entrecortada.

“Pero yo lo impedí”. Estas palabras revelaban una cierta satisfacción. En el mismo momento, Leo Davidovich empezó a hablar con Joe en inglés. Este se hallaba arrodillado, como yo, en el lado opuesto. Yo me esforzaba por comprender sus palabras, pero no lo logré. En este momento vi que Charles, pálido, entraba en el despacho de Leo Davidovich con un revólver en la mano.

—¿Qué hacer con ese? —le pregunté a Leo Davidovich—. Lo van a matar.

—No, no debe matársele; es preciso obligarle a hablar —me respondió Leo Davidovich pronunciando siempre las palabras despacio y con dificultad.

De repente oímos un alarido lastimoso. Miré a Leo Davidovich interrogante. Con un movimiento de los ojos, apenas perceptible, indicó la puerta de su despacho y dijo con despego:

—Es él ... ¿No ha llegado el médico?

—Va a venir en seguida. Charlie ha ido a buscarlo con el coche.

Llegó el médico, vió la herida y dijo conmovido que no era de peligro. Leo Davidovich lo aceptó tranquilamente, casi con indiferencia, como si no se pudiera esperar de un médico otra opinión en tales circunstancias. Pero, dirigiéndose a Joe en inglés y señalando su corazón, dijo:

—Siento aquí ... que esto es el fin. Esta vez lo han logrado.

A mí me quiso ahorrar esto.

La ambulancia, en el bullicio de la ciudad, en medio de su frivolidad, las apreturas de la gente, la intensa iluminación nocturna, iba maniobrando y adelantando con el ininterrumpido sonido de la sirena y el silbato de los policías en motocicleta. Y nosotros llevábamos a nuestro herido con un dolor profundo, insoportablemente agudo en el corazón y con una alarma siempre creciente. Conservaba su lucidez. Su mano izquierda se extendía a lo largo del cuerpo, paralizada; ya lo había dicho el Dr. Dutrem cuando lo examinó en el comedor de la casa. La derecha, sin encontrar lugar para ella, la movía constantemente, en círculos, encontrándose con la mía y como si estuviera buscando posición. Hablaba con más dificultad. Yo le pregunté, inclinándome

muy cerca, cómo se sentía.

—Ahora mejor —me contestó:

Ahora mejor ... Me inspiró una aguda esperanza. El ruido ensordecedor, los silbatos de los motociclistas, el ulular de la ambulancia continuaban, pero mi corazón latió con la esperanza. "Ahora mejor".

Atravesamos la puerta. El coche se paró. Nos rodeaba la gente. "Entre ella pueden estar los enemigos, como siempre en estos casos —pensé yo—. ¿Dónde están los amigos? Es preciso que ellos rodeen la camilla".

Héle ahí en la cama. Silenciosamente, los médicos examinaron la herida. Siguiendo sus instrucciones, la enfermera procedió a cortarle el pelo. Yo estaba de pie, a la cabecera. Sonriendo ligeramente, me dijo:

—También ha venido el peluquero.

Trataba de alejar de mí los pesares.

El mismo día habíamos hablado de la necesidad de llamar al peluquero para que le cortara el cabello, pero no se hizo. Ahora lo recordaba.

Leo Davidovich invitó a Joe, que estaba también allí, cerca de mí, a apuntar en una libreta su despedida de la vida, como supe después:

—Estoy seguro del triunfo de la IV Internacional. ¡Adelante!

A mi pregunta sobre lo que había dicho, Joe me contestó:

—Me pidió que apuntara algo sobre estadística francesa.

Me sorprendió el por qué hablaba entonces de estadística francesa. ¡Qué extraño! Pero tal vez se sentía mejor.

Yo continué de pie a la cabecera, sosteniendo el hielo sobre la herida y escuchando. Empezaron a desnudarle y, para no molestarle, cortaron con una tijera su blusa de trabajo. La enfermera y el doctor intercambiaron una mirada de simpatía por aquella blusa obrera y después le cortaron el chaleco, luego la camisa. Le quitaron el reloj de la muñeca, la ropa restante, sin cortarla. En este momento me dijo:

—No quiero que me desnuden ellos; quiero que lo hagas tú.

Lo dijo muy distintamente, pero muy afligido. Estas fueron sus últimas palabras dirigidas a mí.

Al terminar me incliné y apoyé mis labios en los suyos. Me contestaba. Aún. Y aún me contestaba. Y aún. Así fué nuestra despedida. Pero no lo sabíamos. El herido perdió el conocimiento. La operación no le volvió en sí. Sin apartar mis ojos, seguí velándolo toda la noche y esperando el despertar. Sus ojos estaban cerrados, pero la respiración, a veces difícil, a veces tranquila, inspiraba esperanza. Así pasó también el día siguiente. Hacia el mediodía, según previsión de los médicos, se produjo una mejoría. Pero al caer la tarde, hubo un cambio repentino en la respiración del paciente: se aceleraba más y más, dándome una inquietud mortal. Los médicos y el personal del hospital rodearon la cama del herido, visiblemente conmovidos. Perdiendo el dominio sobre mí misma, pregunté qué era lo que eso significaba. Sólo uno de los médicos, cauteloso, me contestó que pasaría. Los otros callaron. Comprendí lo falso que era este consuelo y lo desesperado de la situación. Lo incorporaron. La cabeza se inclinó sobre el hombro y cayeron los brazos, como en "El descenso de la Cruz", del Tiziano, el vendaje en lugar de la corona de espinas.

Los rasgos de su rostro mantenían toda su pureza y todo su orgullo. Parecía como si fuera a incorporarse bruscamente y decidir él mismo de su suerte. Pero era demasiado grande la profundidad de la herida del cerebro. El despertar, tan apasionadamente esperado, no se produjo. No volvieron a oírse sus palabras. Ya no está en el mundo.

Llegará la venganza contra los asesinos. Durante toda su bella vida heroica, Leo Davidovich creyó en la liberación del futuro humano. Su fe no se debilitó durante los últimos años, sino que por el contrario, se fortaleció y se vigorizó. La humanidad futura, liberada de la miseria, suprimirá toda clase de violencias, El me enseñó a creer en eso.

## IX

### LA VERSIÓN DE JACSON-MORNARD

Frank Jacson o Jacques Mornard Vandendresch —le llamaremos, para facilitar el relato, con el nombre compuesto de Jacson-Mornard— empezó a constituir un verdadero problema para mí desde el momento mismo de su detención, pero sobre todo después del deceso de León Trotski. El Dr. Rubén Leñero, Jefe de la Cruz Verde, no quería tenerle allí, negándose a asumir responsabilidades si algo le ocurría. Servíanle al asesino los alimentos de la calle y temía que lo envenenaran.. Podían atentar contra su vida los trotskistas, llevados de un natural afán de venganza, o los stalinistas, deseosos de suprimir a quien, un día u otro, podía decir la acusadora verdad. Lo acaecido a Robert Sheldon Harte tenía, por fuerza, que ponerme en guardia.

Por su parte el licenciado Raúl, Carrancá Trujillo, Juez de Primera Instancia de Coyoacán, a cuya disposición quedaba el detenido, encontraba que la cárcel de su demarcación no ofrecía bastantes seguridades, lo cual era cierto. No podíamos trasladarlo inmediatamente a la Penitenciaría, pues entre la gran cantidad de criminales que allí había podían fácilmente contratar a uno o a varios para que le dieran muerte. No estaba excluido, por otra parte, el peligro de que recurriera al suicidio. Según sus propias declaraciones, de las que nos ocuparemos más adelante, había sido esa su intención de salir con vida del atentado. Con ese fin decía llevar el revólver que se le encontró. Ya se comprenderá que su vida era preciosa para tratar de esclarecer todo lo referente al asesinato, que conmovía al mundo entero.

Por fin, una tarde decidí sacarlo de la Cruz Verde en una ambulancia y trasladarlo a una de las celdas blindadas de la Jefatura de Policía, en la Sexta Delegación. Le puse permanentemente un centinela de vista. Allí mismo debía ser interrogado por el Juez de Coyoacán y examinado por dos ilustres doctores designados al efecto.

Antes de sacarle de la Cruz Verde, y como una de las primeras providencias, quise que se celebrara un careo con dos de los incoados en el proceso por el asalto del 24 de mayo: Néstor Sánchez y el español José Alvarez López. Los trotskistas apuntaban que bien podía ser Jacson-Mornard el "amigo" o "conocido de confianza" que se había hecho abrir la puerta de la casa de Trotski por Robert Sheldon Harte. ¿Sería él, en efecto, el famoso "judío francés"? Hice quitar los vendajes que envolvían la cabeza de Jacson-Mornard. Obligué a éste a pronunciar algunas frases. Los dos asaltantes del 24 de mayo no lo reconocieron. No lo habían visto nunca. JacsonMornard no había tomado parte personal en el anterior atentado. El "judío francés" era más grueso, representaba mayor edad y no usaba lentes como éste. Pensé que si Jacson-



*Frank Jacson o Jacques Mornard Vandendresch*

Mornard era el agente de la G. P. U. que, habiendo logrado introducirse en la casa de Trotski, estaba destinado a darle muerte en el caso de que fallara el primer atentado, no iban a comprometerle antes de tiempo. Debía constituír, por el contrario, una preciosa reserva.

Tuve el consiguiente interés en estudiar a Jacson-Mornard durante todos aquellos días. Tenía que librar con él rudos combates psicológicos y para eso debía procurar conocerlo bien antes. Representaba la edad que decía tener: unos treinta y seis años. Era más bien alto, delgado sin llegar a flaco, de una palidez bastante intensa. Colegí que esta palidez no debía ser corriente en él, sino una consecuencia natural del proceso psicológico y del estado nervioso en que había vivido durante los últimos tiempos y en que estaba viviendo todavía. Es evidente que el encargo de matar a Trotski, engañando a éste y a todo el mundo en torno suyo, sólo podía confiársele a una naturaleza fuerte y compleja. A pesar de ello, esta naturaleza debía sufrir un gran tormento interior. ¿Había sido elegido Jacson-Mornard por sus condiciones personales para cometer su horrendo crimen? ¿Había sido preparado y educado con ese fin? ¿Se trataba de un fanático del stalinismo, de un elemento corrompido por el dinero o de un hombre aterrorizado al que se había colocado en la alternativa de matar o morir? Quizá era una mezcla de todo a la vez. Hasta donde fuera posible, debía tratar de averiguarlo. Su retrato físico y moral debía ayudarme. Era barbicerrado, pero tenía la coquetería de ir siempre afeitado como un actor. Me daba a cada momento esta impresión de actor, de un actor consumado. Era bastante nervioso, pero con un cauteloso control de sí mismo. No cedía fácilmente, ni aun en los momentos de gran tensión nerviosa. Poseía una inteligencia ágil y hasta donde lo pude apreciar, una cultura bastante amplia. Era muy aficionado a la lectura. Parecía tratarse, en efecto, de un intelectual. Le gustaba comer bien y creí adivinar en él un temperamento lascivo. Seguramente que un hombre así se había hecho más propenso a la corrupción, si es que corrupción había en él. Era bastante violento, a veces cínico y hasta majadero. Con frecuencia se mostraba sarcástico. Pero cuando se le trataba con energía, se volvía sumiso y humilde. Pasaba de una actitud a otra con un perfecto dominio de sí mismo. Resultaba reservón y escurridizo en los interrogatorios. Cuando se le recordaba su crimen, parecía perder por un momento ese control de sí mismo como si reviviera la trágica escena y llevara en la conciencia el alarido lanzado por Trotski al recibir el golpe mortal. ¿Era sincero entonces? ¿Le fallaban sus dotes de actor? En todo caso parecía caer después en largos períodos de postración. Fumaba con exceso, ávidamente: puede decirse que encendía un cigarrillo con otro. En conjunto daba la impresión de un aventurero, de un hombre que no tenía ya nada que perder en la vida.

Debo empezar por transcribir ahora aquí las partes principales de la carta que llevaba encima; reproduciremos a continuación las principales partes también de la declaración que me rindió el mismo día de la comisión del crimen. No podía dudarse de que había preparado o le habían preparado dicha carta en previsión de que no lograra salir con vida de la empresa —es



decir, en previsión de que fuera muerto por los secretarios de Trotski después del atentado, como estuvo a punto de suceder— y en cualquier caso, como una coartada legal y moral. He aquí los extractos de la carta en cuestión: “Señores:

“Al escribir esta carta no me propongo otro objeto, en el caso de que me ocurriera un accidente, que explicar a la opinión pública los motivos que me inducen a ejecutar el acto de justicia que me propongo.

“Pertenezco a una antigua familia belga. En París, donde hice mis estudios de periodismo, trabé conocimiento con jóvenes de mi edad que militaban en diversas organizaciones izquierdistas y que poco a poco me conquistaron a sus ideas. Estaba contento de haber escogido el periodismo como medio de vida, pues éste me permitía luchar más eficazmente contra el actual sistema de injusticia social. Fué entonces cuando empecé a frecuentar a los trotskistas, quienes me convencieron de la justicia de su ideología y de todo corazón ingresé en su organización. Desde entonces aporté a la causa revolucionaria toda mi energía y toda mi fe. Fuí un devoto adepto de León Trotski y hubiera dado hasta mi última gota de sangre por las necesidades de la causa. Me puse a estudiar cuanto se había escrito sobre los diferentes movimientos revolucionarios a fin de instruirme y desarrollarme mejor y de esta manera ser más útil a la causa.

“En esta época trabé conocimiento con un miembro del Comité de la IV Internacional, el cual, después de varias conversaciones, me propuso un viaje a México con el fin de conocer a León Trotski. Como es natural, este viaje me entusiasmó, pues era como la realización de un sueño y acepté de todo corazón. Este camarada me facilitó todos los medios: gastos de viaje, papeles, etc. No hay que olvidar que con mis propios documentos me hubiera sido imposible marcharme a causa de la movilización.

“Antes de irme, y a través de las múltiples conversaciones que tuve con el camarada en cuestión, me hizo comprender que esperaban de mí algo más que de un simple militante del partido, pero nada me precisó. Yo hice el viaje primero a los Estados Unidos y luego a México.

“Recién llegado aquí me dijeron que debía estar algo alejado de la casa de Coyoacán para no llamar la atención sobre mí y sólo unos meses después empezaba a frecuentar dicha casa más a menudo, por indicación de León Trotski, quien empezó a darme poco a poco algunas precisiones sobre lo que esperaban de mí.

“Para mí constituyó un gran desencanto, pues en vez de encontrarme cara a cara con un jefe político que dirigía la lucha para la liberación de la clase obrera, me encontré ante un hombre que no deseaba más que satisfacer sus necesidades y sus deseos de venganza y de odio y el cual no se servía de la lucha obrera más que como un medio de ocultar sus propias mezquindades

y sus bajos cálculos.

“Después de varias conversaciones me fué, al fin, explicado lo que esperaban de mí. Fué entonces cuando germinó en mí la más profunda desilusión y el mayor desprecio hacia este hombre en el que tenía confianza y en quien, ante todo, había creído.

“Me fué propuesto ir a Rusia con el fin de organizar allí una serie de atentados contra diferentes personas y en primer lugar, contra Stalin. Esto era contrario a todos los principios de una lucha que hasta entonces había considerado franca y leal y desvaneció todos mis principios. No obstante no dejé traslucir nada, pues quise saber hasta dónde llegaría la bajeza y el odio de este hombre.

“Empecé a preguntar, entre otras cosas, los medios que debía emplear para entrar en Rusia. Me fué contestado que no tenía por qué inquietarme, pues como todos los medios son buenos para llegar a un resultado, él esperaba y contaba no solamente con el apoyo de una gran nación, sino con el apoyo de cierto comité parlamentario extranjero.

“Esto fué para mí como la gota de agua que hace desbordar el vaso demasiado lleno, y desde este momento no subsistió ya ninguna duda en mi ánimo de que Trotski no tenía otro objetivo en su vida, que el de servirse de sus partidarios para satisfacer sus fines personales mezquinos. Sobre todo quedé afligido por los estrechos lazos que tenía con ciertos dirigentes de los países capitalistas y llegué a la conclusión de que quizá los stalinistas no andaban tan alejados de la verdad cuando acusaban a Trotski de preocuparse tanto de la clase trabajadora como de un calcetín sucio. Después de mis conversaciones con él quedé extrañado de ver con qué desprecio hablaba de la revolución mexicana y de todo lo mexicano. Naturalmente, todas sus simpatías son a favor de Almazán, pero aparte de él y de algunos de sus partidarios, lo echa todo en el mismo saco, criticando la política de Cárdenas y a la policía mexicana, que dice está completamente corrompida. Y no digo nada de cuanto dice sobre Lombardo Toledano y Avila Camacho, los cuales espera serán asesinados muy pronto para dejarle el campo libre a Almazán (y tal como le conozco, estoy seguro de que está al corriente de algún complot en este sentido, ya que de otra manera no hablaría así, pues le gusta mucho dársele de profeta. Será prudente no fiarse).

“Pero esto no tiene nada de extraño cuando se piensa que siente el mismo odio hacia los miembros de, su partido que no están absolutamente de acuerdo con él. Es por esto qué, hablando de la minoría del partido, siempre insinúa la posibilidad de una lucha de otro orden político y cuando dice que los minoritarios quieren atacarlo uno de estos días, esto quiere decir que va a comenzar contra ellos una guerra encarnizada.

“Un día, hablando de la fortaleza que ha llegado a ser su casa, decía: ‘No es solamente para defenderme contra los stalinistas, sino también contra la

minoría'. Lo que quiere decir que desea la expulsión de varios miembros del partido.

"Precisamente a propósito de esta casa, que como él dice muy bien ha convertido en una fortaleza, yo me preguntaba muy a menudo de dónde le ha venido el dinero para tales trabajos, pues en realidad el partido es muy pobre y en muchos países no tienen ni aun la posibilidad de publicar un periódico, medio indispensable para la lucha. ¿De dónde sale este dinero? Podría quizá contestarnos esta pregunta el cónsul de una gran nación extranjera que le hace muy frecuentes visitas.

"En fin, para demostrar bien el poco interés que tiene por todo lo que no es su propia persona, añadiré que estando yo prometido a una joven a la que amo con toda mi alma, porque es buena y leal, cuando le dije que no podía ir a Rusia porque quería casarme antes y no iría más que con mi mujer, se puso nervioso y me dijo que tenía que terminar con ella, pues no debía casarme con una persona 'que secundaba a la chusma minoritaria'. Si es probable que después de mi acto no querrá saber nada más de mí, no obstante es también a causa de ella que decidí sacrificarme totalmente quitando de en medio a un jefe del movimiento obrero que no hace más que perjudicarlo y estoy seguro de que más tarde no sólo el partido, sino la historia entera, sabrán darme la razón cuando vean desaparecer al encarnizado enemigo de la clase obrera.

"En el caso de que me ocurra una desgracia, pido la publicación de esta carta. Jac. 20-8-1940".

La extensa declaración de Jacson-Mornard, prestada en la Sala de Observación de la Cruz Verde, horas después de la comisión del crimen, venía a ser una ampliación y un complemento de la carta anterior. Resultaba interesante no sólo desde el punto de vista "biográfico" del asesino, sino porque las precisiones que se veía obligado a aportar tenían que ser preciosas para la investigación. Constaba dicha declaración de dieciséis largos folios. Me tendré que limitara hacer un resumen de sus partes esenciales. Aconsejo al lector que procure retenerlas para los efectos de capítulos ulteriores.

Según el declarante, nació el 17 de febrero de 1904 en Teherán, Persia, donde su padre, de nombre Roberto Mornard y perteneciente a la carrera diplomática, representaba entonces a Bélgica en calidad de Ministro Plenipotenciario. Abandonó Teherán a la edad de dos años para, trasladarse a Bruselas. A los diez, y con motivo de la invasión de Bélgica por las tropas alemanas, durante la primera Guerra Mundial, se trasladó a París con su madre, Enriqueta Vandendresch, como refugiado de guerra. Reanudó allí sus estudios primarios, comenzados en Bruselas. De regreso a la capital belga en 1918, ingresó en el Colegio de Jesuitas de San Ignacio de Loyola, donde se graduó de bachiller. Entonces lo obligó su padre a ingresar en el Ejército. Poco tiempo después quedó matriculado en la Escuela Real de Dixmude, en la que permaneció dos años. En 1924 solicitó y obtuvo la disponibilidad voluntaria

para ir a estudiar durante tres años a la Escuela Politécnica de París. Ingresó después en la Escuela de Periodismo de la Sorbona. A partir de 1930, trabajó en el diario parisién "Ce Soir" sin percibir sueldo alguno. No pudo terminar su carrera periodística hasta 1939, Durante todo el tiempo de sus estudios vivió en París gracias a la ayuda pecuniaria de su madre. Su padre, al morir en 1926, dejó una fortuna de tres o cuatro millones de francos. Jacson-Mornard tiene un hermano mayor que él, llamado Roberto; pertenece al Servicio Diplomático. Ignora dónde se encuentran tanto su madre como su hermano en el momento de prestar su declaración. Añadiré como dato personal que dijo haber contraído matrimonio en 1934, en Bruselas, con Enriqueta van Prouschdt, de la que se separó a los tres meses, no obteniendo el divorcio hasta 1939.

Conoció a Silvia Ageloff en París, en junio o julio de 1937. Descubrió que tenía una regular preparación política. Mantuvieron conversaciones sobre marxismo, trotskismo, leninismo ... Silvia, trotskista, recibía frecuentes visitas de elementos de esta tendencia. Por su intermedio los conoció y trató Jacson-Mornard y "asimiló sus ideas". Silvia, convertida mientras tanto en su amante, abandonó París con una promesa de casamiento "cuando fuera oportuno". JacsonMornard continuó tratando a los militantes trotskistas franceses, por cuyo intermedio conoció a un miembro destacado del Comité de la IV Internacional, cuyo nombre desconoce por no habérselo preguntado nunca. Este elemento le propuso cierto día la realización de un viaje a México para unirse con León Trotski, el cual "necesitaba gente como él". Aceptó encantado. Mantenían sus conversaciones completamente solos. Por su calidad de militar en reserva, no podía abandonar Europa a causa de la movilización; el miembro de la IV Internacional le propuso entonces que cambiara de nombre y le proporcionó un pasaporte canadiense, con el nombre de Frank Jacson y con la fotografía que él previamente le había entregado. Le hizo entrega asimismo de doscientos dólares para los gastos de viaje. Antes de abandonar Europa fué a despedirse de su madre, que le dió cinco mil dólares.

Por recomendación del miembro de la IV Internacional permaneció un mes en Nueva York y solicitó un visado de turista para México. Según el mismo miembro, Trotski ya venía noticias de su llegada; sin embargo, debía esperar una oportunidad para hablar con él, sin forzarla ni buscarla. Silvia, un tanto delicada de salud, vino a reunirse con él a México. Conoció personalmente a Trotski tres meses antes por mediación del militante francés de toda su confianza Alfredo Rosmer. Lo que sigue debemos reproducirlo íntegramente:

"Ahora diré los motivos que tuve para cometer el crimen. León Trotski me desilusionó completamente como líder político después de haber abusado de mi creencia y de mi fe en su persona, en su beneficio personal, como ha abusado de la clase obrera. Destruyó mi personalidad moral y, por consiguiente, mi vida. Yo era un hombre tranquilo en Francia, dedicado al trabajo; tenía una carrera militar más o menos segura, pues era teniente de reservas, y renuncié un mes antes de ascender al grado inmediato. Yo debí haber

muerto sirviendo a mi patria; pero Trotsky me colocó en el dilema de seguir la vida ilegal, que me marcó en una entrevista, o regresar a mi patria a morir, como un desertor y un cobarde, frente a un pelotón de soldados y no combatiendo en defensa de ella. Por él acepté venir a México con nombre falso y pasaporte falso. Me sentí en sus manos estrujado como un papel. Tuve algunas conversaciones con él, durante las cuales me hizo saber sus proyectos y la manera cómo pensaba ejecutarlos. Su finalidad era organizar el estado de cosas en Rusia y su plan desmoralizar a los soldados, sabotear las fábricas de guerra y si había oportunidad, atacar directamente a la Organización Directora de la Unión Soviética. Esto fué, en síntesis, lo que me dijo. En cuanto al material humano que debería ayudarlo en la realización de aquella labor, me manifestó que había enviado de diversos lugares a un grupo de personas a Shangai, unos en avión —por el China Clippery— otros en barcos, las cuales personas, reunidas allí y aleccionadas e instruidas por otros individuos que están al corriente de todos los detalles y secretos, debían atravesar el Manchukuo y penetrar en la Unión Soviética, para ponerse en contacto con sus partidarios”.

Después de algunas digresiones sobre las luchas entre las fracciones trotskistas en los Estados Unidos y sobre su amor por Silvia Ageloff, Jacson-Mornard explicaba la manera como cometió el crimen:

“Siete u ocho días antes del atentado me vino la idea de matarlo. No tenía plan definido. Quería lograrlo y suicidarme después. Para ejecutar mi propósito pensaba emplear el piolet que traje de Francia, porque sé manejarlo muy bien y me había dado cuenta, de ello en mis ascensiones a las montañas nevadas, donde con un par de golpes lograba arrancar grandes bloques de hielo. La pistola y el puñal los quería para quitarme la vida en Tres Marías o en el Parque Nacional o en cualquier otro lugar si lograba salir de la casa. Por eso cosí el puñal, en previsión de tal posibilidad y por si salía rápidamente. Después de aquellas conversaciones sentí un odio inmenso hacia Trotsky, pues comprendí que yo era uno de tantos a los que había hecho desgraciados en su provecho, pues a sus propios elementos, con suma habilidad, los obligaba a chocar para alcanzar algún beneficio. Por eso decidí matarlo y no sólo suicidarme dejándole a él la vida. El día del crimen llegué a la casa como a las dieciocho horas y media. Me abrió la puerta Harold. En la azotea, al llegar yo, encontrábase algunos de los secretarios, que me dijeron algo que no oí bien. A Harold le pregunté si había llegado Silvia, pues quería visitar al Viejo uno de aquellos días; me dijo que no. Yo repuse: “Vendrá tal vez más tarde”. Encontré a Trotsky dándoles de comer a los conejos. Me explicó que la hierba mojada o seca les hinchaba la panza a los animales y me explicó el por qué, pero yo no lo recuerdo. No conozco nada de conejos. Me preguntó si llevaba un artículo que había ofrecido escribirle tratando teóricamente la cuestión de las disensiones trotskistas en los Estados Unidos y me invitó a pasar al despacho, cosa que yo daba por descontada. Al entrar en el despacho, llevando Trotsky el artículo escrito por mí, tomó asiento en su habitual junto al escritorio. Yo me coloqué a su izquierda, dándome él la espalda. Iba confiado. Mi impermeable,

en cuyo bolsillo izquierdo llevaba el puñal y en el derecho el piolet, lo puse sobre un mueble, que no podría clasificar, pues no lo recuerdo: sólo sé que estaba situado junto al muro oriente del despacho, a espaldas de Trotski. Al entregarse éste a la lectura del artículo, saqué el piolet del impermeable y cerrando los ojos, seguidamente le asesté el golpe en el cráneo. Sólo una vez le pegué y al hacerlo lanzó un grito lastimero, estruendoso, al mismo tiempo que se arrojó sobre mí y fuertemente me mordió la mano izquierda, según podrá verse por estas tres dentelladas. Luego se retiró a pasos lentos de aquel sitio. Al oír el grito, llegaron hasta mí, que casi no sabía lo que pasaba ni me mantenía consciente ni pretendía escapar, Harold en primer término, que empezó a golpearme con la pistola, y después Hansen y Charles. Si llegó algún otro al despacho, yo no lo vi. Más tarde llegó la policía y me condujo a este sitio”.

Después de esta declaración sobre los motivos que le llevaron a cometer el crimen y sobre la manera como lo cometió, quise hacerle precisar algunos detalles.

—¿Cuándo escribió usted la carta que se le encontró encima al ser trasladado de casa de Trotski a la Cruz Verde? —le pregunté.

—La escribí la víspera del atentado, en el Bosque de Chapultepec.

—¿En el Bosque de Chapultepec? ¡Pues si está escrita a máquina!

—Compré la máquina de escribir en el Nacional Monte de Piedad por ciento cuarenta o ciento cincuenta pesos. Se la dí a guardar, desde el sábado anterior a la fecha del crimen, a un tal Bartolo Pérez o París, no lo sé con exactitud. Después, escrita la carta, el martes le regalé la máquina a Bartolo, al que creía fundamentalmente que no volvería a ver. No tenía ningún interés en conservarla. No llevé esa máquina nunca al hotel porque ¿qué explicación iba a darle a Silvia?

—¿Quién es ese Bartolo Pérez o París? ¿Dónde y cómo lo conoció usted?

—Lo conocí en el Kit-Kat-Club, un bar ubicado en la esquina de Independencia y Dolores. Se trata de uno de esos individuos que se encuentran en todas las grandes capitales, dispuestos a hacer cualquier clase de operaciones con tal de ganar algún dinero. Lo invité a beber y conversamos. Le pregunté si podía proporcionarme una pistola, de cualquier marca, modelo o calibre, y me dijo que sí. El martes, después de comer con Silvia, me dirigí hacia la cantina antes citada. En la esquina encontré a Bartolo, que llevaba el arma y la máquina de escribir. Nos alejamos hacia la Plaza de San Juan. Saqué un fajo de billetes y se lo di. Los contó y dijo que estaba bien. Le regalé, además, la máquina pensando que no sobreviviría al crimen. Quería la pistola y el puñal para privarme de la vida después de matar a Trotski con el zapapico.

—¿Y el puñal dónde lo adquirió?

—En la Lagunilla, en una calle larga donde venden toda clase de objetos. Lo compré cuando todavía no pensaba cometer el crimen y para adornar la casa.

Antes de terminar este primer interrogatorio, quise hacerle la siguiente pregunta:

—¿Conocía usted a Robert Sheldon Harte o Bob, como le llamaban corrientemente?

—Lo conocí en el Hospital Francés, al que iba yo casi todos los días a ver a Alfredo Rosmer, que estaba enfermo. Salíamos de ver a éste su esposa, Natalia Sedova y yo. Aguardaba uno de los automóviles de Trotski a la puerta. Bajó de él un joven y dirigiéndose la señora Rosmer a él y a mí, dijo:

“No se conocen ustedes? Pues éste es Bob y éste es Jacques”. El me dijo que era de Nueva York y nos separamos. Fué la típica ocasión que tuve de conversar, con Sheldon, cuyo apellido he sabido después.

—Otra pregunta, Mornard: ¿por qué hizo usted un viaje a Nueva York inmediatamente después del atentado contra Trotski en el mes de mayo?

—Mi viaje a Nueva York tuvo por único objeto ver a Silvia, pues no podía vivir sin verla.

**X****TESTIMONIOS ACUSADORES**

Cinco días con sus cinco noches estuve dedicado a los primeros interrogatorios y a la investigación preliminar en torno al asesinato de León Trotski. Puedo decir que durante este tiempo me entregué apenas al descanso. Sentía sobre mí, a través de mi país y del mundo entero, millones de ojos que iban siguiendo mi labor, que esperaban de mí el esclarecimiento de la verdad. Bien a las claras patentizaban el interés suscitado universalmente los periodistas nacionales y extranjeros que, en crecido número, no cesaban de acosarme, en solicitud de nuevos informes, y los representantes diplomáticos que seguían la marcha de la investigación. ¿Cómo podía pensar en dormir en tales circunstancias? Al cabo de los cinco días pudimos hacer entrega al Procurador de Justicia del expediente policíaco, representando ciento cuarenta y cuatro hojas a máquina de gran tamaño. Figuraban en éstas, principalmente, los interrogatorios. Teníamos al criminal en nuestro poder desde el primer momento, pero se trataba de averiguar ahora lo que pudiera haber en torno y detrás de él. Lo primero que había que tratar de saber, era si había dicho la verdad o había mentido, como sospechábamos, en su carta y en su primera declaración. Tenía la impresión de que a la verdad completa no llegaríamos, quizá, a saberla nunca. Pero debíamos, por lo menos, acercarnos lo más posible a ella.

Para no hacer pesado este relato, tendré que resumir cuanto me sea posible las diversas declaraciones. Tomaré de ellas, tratando de evitar repeticiones, todo aquello que juzgue esencial para el esclarecimiento de los hechos.

Una de las primeras declaraciones —y de las más importantes— fué la de Jake Cooper, uno de los secretarios de Trotski. El día 12 de junio había acompañado a Jacson-Mornard al aeropuerto civil. Si, como podía suponerse, éste había ido a Nueva York a recibir las últimas instrucciones de la G. P. U. para asesinar al exilado ruso, resultaba una verdadera ironía que lo hubiera conducido a tomar el avión uno de sus colaboradores. Antes de eso comieron juntos. Durante la comida, y luego en el trayecto hasta el aeródromo, Cooper le hizo varias preguntas a Jacson-Mornard. Le dijo éste que no se había puesto en contacto con los medios trotskistas mexicanos, pero que había militado activamente en la sección francesa de la IV Internacional. Aseguró que conocía a sus principales militantes y que había conocido muy bien a Rodolfo Klement, ex secretario de Trotski asesinado por la G. P. U. en París —su tronco sin cabeza apareció flotando en las aguas del Marne, sin duda para que fuera más difícil la identificación—, así como a León Sedof, el hijo de los Trotski muerto misteriosamente en una clínica parisién. ¿No podía colegirse después que había intervenido ya en ambos asesinatos? Todo era



posible. Quizá había hecho sus pruebas en París antes de venir a realizar su hazaña mayor en México. Jacson-Mornard lamentó a continuación la muerte de Robert Sheidon Harte e hizo un comentario sobre lo cerca que había estado el Viejo de la muerte. Y añadió textualmente:

—Espero que la policía detendrá pronto a los asaltantes y que la clase obrera del mundo entero le hará pagar a Stalin todos sus crímenes.

A su regreso de Nueva York, Jacson-Mornard demostró un gran interés por la lucha que sostenían la mayoría y la minoría trotskistas en los Estados Unidos. Dijo que había conocido allí a varios camaradas de las dos tendencias y que estaba de acuerdo con los mayoritarios, a pesar de que Silvia Ageloff pertenecía a la minoría. Pretendía captarse así las simpatías de Trotsky y de sus colaboradores inmediatos, que apoyaban a la mayoría.

Jacson-Mornard era un hombre sumamente nervioso. Siempre parecía tener prisa. Cuando iba a la casa de Trotsky, casi no se detenía ni tan solo a saludarles. El sábado anterior al asesinato, llegó en su automóvil, le dió vuelta y chocó con el Dodge que estaba estacionado a la puerta. Para justificar su nerviosismo, le dijo:

—¿Sabes? No me siento nada bien. Estoy enfermo desde mi primera juventud.

—¿Era Jacson persona de confianza en la casa? —le pregunté a Cooper,

—Era amigo de la casa. Le traía regalos a Natalia Sedova. —En el momento del atentado, ¿estaba Trotsky armado o en situación de defenderse?

—Yo no me encontraba allí. Pero sé qué, por regla general, Trotsky tenía la costumbre de cargar un revólver Colt 38 o un pequeño 25 automático.

—Y Silvia Ageloff ¿era una persona de confianza de los Trotsky?

—Era una amiga, pero no de confianza.

—¿Creé usted que el crimen cometido por Jacson fué premeditado y con alevosía y ventaja?

—Absolutamente. Ha sido premeditado durante quince años. Yo creo sin lugar a dudas que Jacson es un miembro de la G. P. U. Su propia declaración lo demuestra.

La declaración de otro de los secretarios de Trotsky, Harold Robins, contenía preciosos detalles sobre el dramático momento que siguió al atentado. Fué él, secundado por Cornell y por Hansen, quien golpeó a Jacson-Mornard con su pistola. Hansen entró en el despacho repitiendo lo que acababa de decirle Trotsky, mortalmente herido en el comedor:

—No lo maten. Amárrenlo y oblíguenlo a hablar. Robins, en tono amenazador, replicó:

—No lo voy a matar. Voy a triturarle los huesos y a clarearle el cuerpo a balazos si no dice inmediatamente quién lo ha mandado.

Jacson-Mornard no respondió nada. Robins prosiguió:

—¡Te ha mandado la G. P. U.! ¡No lo niegues!

—¡No, no ha sido la G. P. U.; han sido ellos, ellos! —dijo entonces el asesino.

—¿Quiénes son ellos? ¡Pronto!

—¡Es un hombre! ¡Yo no lo conozco, pero me ha obligado a hacerlo!

—¿Cómo te ha obligado?

—¡Es que tienen algo sobre mí! ¡Tienen encarcelada a mi madre!

Dijo esto último después de una pausa, como si hubiera estado pensando la respuesta. Robins no creía en tal encarcelamiento, sino que esto era simplemente un ardid para ocultar la verdad. Como repitiera, amenazador, las preguntas, Jacson-Mornard precisó que el individuo que lo había mandado se apellidaba París, después aclaró que se llamaba Bartolo y que lo había conocido en París y lo había visto hacía tres semanas en México, en el Kit-Kat-Club, en las calles de Independencia y Dolores.

Hansen empezó entonces a golpearlo con los puños hasta que se abrió una mano. Jacson-Mornard, al sentir los golpes, empezó a suplicarle repetidamente:

—¡Mátenme! ¡Mátenme de una vez! ¡No merezco vivir! ¡Mátenme! ¡No he obrado por mandato de la G. P. U.! ¡Pero mátenme!

En su primera declaración, Jacson-Mornard se había referido a ese Bartolo Pérez o París, al que decía haber conocido en el Kit-Kat-Club, el mismo que, según él, le había vendido la pistola que se le encontró y al que le había regalado la máquina que le sirvió para escribir la carta ... ¿Quién era Bartolo? ¿Lo había conocido en París, como afirmó ante los secretarios de Trotski, o en México, como me declaró a mí? ¿Existía realmente o era una invención suya? ¿No se encontraba detrás de ese nombre el jefe de la G. P. U., del que era instrumento inmediato? ¿O era simplemente el nombre que se le ocurrió en el momento de mayor peligro? ¿Y lo referente a su madre? ¿Ignoraba qué había sido de ella, como dijo en su declaración, o la tenían efectivamente encarcelada y se habían servido de una terrible amenaza para obligarlo a cometer el crimen? Constituía todo esto un verdadero laberinto...

Charles Olney Cornell confirmó en todas sus partes la declaración de Robins. Añadió que Jacson-Mornard había dicho también, mientras lo golpeaban, que aquel mismo día debía acudir a una cita con el misterioso Bartolo Pérez o París, en Kit-Kat-Club. ¿Era otra invención suya o le aguardaba, en efecto, después del asesinato para ocultarlo o para preparar la huida? ¿No había sido ésta la intención del asesino —huir—, para lo cual había dejado su automóvil preparado a la puerta y se había servido, además, del zapapico en lugar de servirse del revólver? Si Jacson-Mornard había cometido el crimen bajo la instigación y el control inmediatos de la G. P. U., probablemente se había mantenido en contacto con sus agentes hasta el último momento y, de haber logrado salir con vida de la casa de Trotsky, estos agentes tenían interés en hacerlo desaparecer sin dejar rastro. Con ese fin había hecho desaparecer, sin duda, todos sus papeles personales y hasta su pasaporte. Uno de esos agentes ¿no podía ser el llamado Bartolo? ¿Cómo saber su verdadero nombre y dónde dar con él? Los agentes extranjeros de la G. P. U. sabían cubrir hábilmente su retirada.

—¿No concibió nunca sospechas sobre Jacson? —le pregunté a Cornell.

—Nunca. En cierta ocasión le oí decir a Trotsky que Jacson era un partidario suyo y que en París había dado mucho dinero para el Partido. Los hechos evidencian ahora que es, un reconocido stalinista y que fué la G. P. U. la que tramó el crimen.

Otto Schuessler, que gozaba de asueto el día del crimen, se encontró a Silvia Ageloff y a Jacson-Mornard como a la una de la tarde frente al Palacio de Bellas Artes. Le dijeron ambos que pensaban salir al día siguiente para los Estados Unidos y que esa misma tarde, hacia las cuatro y media o las cinco, tenían intención de ir a Coyoacán a despedirse del Viejo. Lo invitaron a cenar en un restaurant céntrico, en compañía de su novia, y quedaron en encontrarse a las siete y media. Silvia permanecía tranquila y hasta sonriente; Jacson daba muestras, por el contrario, de una gran inquietud. Denotaba una palidez muy marcada y apenas decía una palabra, él que solía ser un tanto parlanchín de costumbre. Estuvo sumamente seco y frío, excusándose de tenerlos que dejar inmediatamente, pues debía asistir a una cita. Silvia comentó:

—Está un poco delicado de salud, sin duda a causa de la altura y del régimen alimenticio que lleva. Por eso nos conviene marcharnos.

Le pareció a Otto que Silvia era sincera.

A las siete y media en punto acudieron Otto y su novia al lugar convenido. Como un cuarto de hora más tarde llegó Silvia; mostrábase un poco nerviosa. Al ver que no había llegado Jacson exclamó:

—Es extraño. Yo no sé lo que le pasa; su actitud es bastante extraña. Cuando se retrasa telefona siempre al hotel. Me dijo que vendría a recogerme a las

cuatro y media para ir a despedirnos de los Trotski y ni ha venido ni me ha llamado. Yo esperaba encontrarlo aquí.

Silvia llamó varias veces al Hotel Montejo; cada vez mostrábase más nerviosa no sabiendo qué había podido sucederle a Jacson. Estuvieron buscándolo en diversos lugares. Hacia las ocho y diez minutos, Otto propuso que se telefonara a casa de Trotski. Silvia dijo:

—Es imposible que Jacson esté allí; nunca va sin que yo le acompañe.

No obstante lo cual, Otto llamó. Y con la consiguiente sorpresa, oyó que le decían:

—¡Ven inmediatamente! ¡Jacson ha atentado contra el Viejo!

Tomaron un taxi y se dirigieron a Coyoacán. Durante el trayecto Otto le comunicó a Silvia lo que acaban de decirle por teléfono. Silvia se echó a llorar y exclamó:

—¡Si ha pasado algo, debe ser muy grave!

Al llegar a la casa y enterarse de los detalles del atentado, Silvia lloró desconsoladamente y pidió que la acompañaran a la Jefatura de Policía. Quedó detenida y la condujeron a la Cruz Verde. Otto tenía la creencia de que Silvia Ageloff era inocente.

¿Lo era, realmente? Tanto Natalia Sedova como los colaboradores de Trotski parecían sustentar esta creencia. Confieso que yo me resistía a admitirla. Cómo era posible que hubiera vivido tanto tiempo como amante de Jacson-Mornard sin ser su cómplice o por lo menos, sin sospechar su criminal propósito? Silvia era una mujercita menuda, delgada, de nariz más bien pronunciada y boca grande, de pelo rubio y lacio, muy miope. Demostraba gran excitación y era un tanto melodramática y plañidera. Su aspecto general resultaba poco simpático. Se ponía a sollozar cada vez que le mencionábamos el nombre de Trotski, pronunciaba toda clase de denuestos contra Jacson-Mornard y pedía a gritos que lo mataran. Si de veras era inocente, se explicaba su gran drama interior, su inmensa amargura.

Su declaración sobre la forma como conoció a Jacson-Mornard coincidía con la de éste. Fué en París, en julio de 1938. Se lo presentó una amiga suya norteamericana, Ruby Weil, que había hecho el viaje con ella <sup>22</sup>. No tardaron en convertirse en novios. En agosto Jacson la invitó a acompañarlo a Bruselas.

---

*22. Yo ocupé durante cerca de un año la primera casa que ocuparon los Trotski a su llegada a México. Pertenecía a la esposa del veleidoso pintor Diego Rivera. Tenía esta casa un hermoso parque con árboles, flores y cactus en gran número. Los cactus habían sido plantados en su integridad por Trotski, que se cuidaba de regarlos constantemente, así como las flores. Me hice cargo con gusto de esta tarea. Contrariamente a las calumnias stalinistas, fué ésta mi única herencia del gran exilado ruso, muerto ya cuando la asumí. (J. G.)*

No obstante asegurar que su madre vivía en esta ciudad, no se la presentó. Al regreso de ambos a París, en septiembre, se hicieron amantes.

Pertenecía ella al trotskismo norteamericano desde hacía tiempo. Jacson le aseguró que no tenía ninguna idea política; cuando la oyó hablar de las teorías marxistas y del trotskismo, pareció interesarse mucho. De regreso a Nueva York, en febrero de 1939, mantuvieron una abundante correspondencia hasta el mes de septiembre, en que inopinadamente se presentó él en la inmensa urbe norteamericana. Le explicó que llevaba un pasaporte falso porque únicamente así podía conseguir que fuera visado. Vivieron durante un mes juntos en Nueva York. Al cabo de este tiempo, Jacson-Mornard, le dijo que tenía que trasladarse a México, donde lo esperaba su patrón, Peter Lubeck, quien debía pagarle cincuenta dólares semanales por su trabajo. Le aseguró que este Lubeck era un importante agente de compras británico. Tenía ella la impresión de que su amante trabajaba, no obstante que a su llegada a Nueva York le había dado a guardar la suma de tres mil dólares, que decía haber recibido de su madre.

Siguió Silvia a Jacson a la capital mexicana en el mes de enero de 1940. Le dijo Jacson que las oficinas de su patrón se encontraban en el Edificio Ermita, número 820; le proporcionó incluso su número de teléfono. Cuando algún tiempo después tuvo necesidad de llamarlo resultó que este teléfono no correspondía a la oficina en cuestión. Le encargó entonces a su hermana Gilda, que se encontraba en México, que fuera a buscarlo al Edificio Ermita; Gilda averiguó que en dicho edificio no existía la oficina número 820. Silvia cayó en sospechas de que Jacson debía trabajar para el Servicio de Inteligencia del Gobierno Británico. Le comunicó sus temores a Margarita Rosmer, la que se apresuró a tranquilizarla prometiéndole hacer investigaciones sobre el verdadero trabajo de Jacson.

A fines de marzo, en vísperas de regresar a Nueva York, fué con Jacson a despedirse de los Trotski. Fué ésta la primera vez que el futuro asesino penetró como amigo en la casa. Antes de abandonar México se hizo prometer por Jacson que no visitaría solo a Trotski, pues teniendo un pasaporte falso temía que de rechazo le atrajera alguna complicación. Jacson-Mornard se lo prometió, pero algún tiempo después recibió una carta suya en Nueva York diciéndole que se había visto obligado a quebrantar su promesa a causa de que había tenido que acompañar a Alfredo Rosmer, enfermo, a ver al médico.

—¿Adónde le dirigía usted la correspondencia a Jacson?

—Al Wells Fargo & Co. Yo misma recibía la mía allí cuando me encontraba en México. Por cierto que en una ocasión me escribió mi hermana desde Nueva York informándome que se encontraban en la capital mexicana dos

importantes agentes stalinistas llamados B. Helman y Stachel <sup>23</sup> Jacson, que aparentaba no estar leyendo la carta ni interesarse por su contenido, preguntó inmediatamente quiénes eran esos agentes. Yo me apresuré a comunicarle dichos nombres a Harold Robins.

—¿Cuál es su opinión personal sobre el atentado contra León Trotski?

—¿Cuál puede ser? Tengo hoy la convicción de que he servido de instrumento para que Jacson se acercara a Trotski y consumara el atentado. No me es posible aportar pruebas sobre ello, pero tal es mi convicción. No cabe duda que Jacson es un stalinista y que detrás de él hay otros stalinistas a los que no conozco. El individuo más interesado en suprimir a Trotski era Stalin. ¡Y yo he servido de instrumento!

De esta declaración saqué dos conclusiones inmediatas. Jacson-Mornard le había dicho a Silvia que tenía sus oficinas en el Edificio Ermita. Habíase descubierto que en este mismo edificio había tenido sus oficinas también David Alfaro Siqueiros, jefe material del atentado del 24 de mayo. No podía tratarse de una simple coincidencia. Indudablemente Siqueiros y Jacson se conocían y trabajaban juntos. ¿Bajo la dirección de Helman y Stachel, los dos importantes agentes stalinistas llegados de Estados Unidos a México? ¿Era alguno de los dos el famoso "judío francés"? En todo caso todo parecía evidenciar que la G. P. U. había convertido la oficina del Edificio Ermita en su centro de operaciones. Por otra parte, Robert Sheldon Harte recibía su correspondencia en el mismo lugar que Jacson-Mornard: en la Wells Fargo & Co. ¿Se trataba asimismo de una coincidencia? ¡Demasiadas coincidencias!

En la declaración que Silvia Ageloff prestó poco después ante el Juez de Investigaciones Previas de la Procuraduría, añadió algunos datos de cierto interés. Ignoraba cómo obtenía el dinero Jacson-Mornard, pero es lo cierto que lo tenía en cierta abundancia y que no se privaba de nada. No podía asegurar que tales fondos provinieran de la G. P. U., pero ahora tenía la absoluta convicción de que así era. Sólo un agente de la G. P. U. podía preparar y cometer el crimen como lo había hecho su ex amante.

—¿Fue Jacson quien le pidió a usted que viniera a México? —le preguntó el Juez a Silvia.

---

23. En su libro "Esta es mi Historia", Luis Budenz, conspicuo comunista durante largos años y ex director del "Daily Worker", órgano central del Partido Comunista de los Estados Unidos —Budenz ha vuelto al catolicismo militante, de donde salió—, revela que una "Mis Y", ex secretaria suya y convencida stalinista, fué obligada a estrechar sus relaciones con la militante trotskista Silvia Ageloff, a la que acompañó a París con el exclusivo objeto de ponerla en contacto con Jacson, destinado por la G. P. U. a introducirse cerca de Trotski y asesinarlo. "Mis Y" no podía ser otra que Ruby Weil. Budenz, que sabe mucho más de lo que ha dicho, pretende salvar a su ex secretaria y afirma incluso que ésta no se enteró hasta más tarde del papel que la habían hecho llenar. De las "revelaciones" de Budenz —para nosotros no lo han sido— nos ocuparemos más adelante. (J. G.)

—Así es —respondió ésta—. Me dijo que tenía necesidad de venir a trabajar a México y que yo debía acompañarlo o seguirlo poco después. Ahora comprendo cuál era su verdadero trabajo y por qué tenía empeño en que viniera con él a México. Por mi intermedio, quería entrar en relaciones con Trotsky para asesinarlo.

—Cuando vivía con él en Nueva York, ¿vió en su poder el zapapico con el cual ha cometido el crimen?

—En Nueva York no lo tenía; yo, al menos, no lo vi nunca. Lo vi por primera vez en México. Me dijo que era un gran aficionado al alpinismo y que había utilizado ese zapapico en sus ascensiones al Pico de Orinaba y al Popo, en México. Nunca le vi ninguna arma, ni aun el día del crimen.

—¿Y Jacson no le habló nunca de sus proyectos criminales? ¿No llegó usted a sospechar nada?

—Nada. Me aseguraba, por el contrario, que era un gran admirador y un amigo de Trotsky. El día del crimen, en la comida, apenas probó bocado. Veíalo muy preocupado y nervioso. Antes de terminar la comida quiso marcharse pretextando que tenía que arreglar unos asuntos urgentes en el Consulado Americano y en un Banco. Me dejó en el Hotel Montejo, prometiendo volver a buscarme hacia las cinco para ir a despedimos de los Trotsky. Fué él solo a cometer el crimen.

Se imponía un careo entre los dos amantes. Según Jacson-Mornard, una de las razones de su desesperada desilusión contra Trotsky había consistido en la pretensión de éste de separarlo de Silvia, lo único que le quedaba en el mundo; según la creencia de Silvia, su ex amante habíase servido de para entrar en contacto con Trotsky y asesinarlo. Estaba también lo referente al zapapico. Jacson-Mornard pretendía haberlo traído de Europa; Silvia no se lo había visto ni en París ni en Nueva York. Luego lo había adquirido o se le había proporcionado en México para la comisión del crimen. El careo podía contribuir a esclarecer éstos y otros muchos e importantes extremos.

Se efectuó este careo hacia la media noche. Hice que se retirara el hermano de Silvia, llegado de Nueva York para cuidarla, y le anuncié a ella la visita de una persona de su amistad, sin decirle de quién se trataba. Quería ver la impresión que les producía a ambos la sorpresa de encontrarse frente a frente. A Jacson-Mornard le dije que iba a pasarlo a la Sala de Curaciones para que le examinaran el ojo lesionado, el izquierdo. Llevaba sobre él un grueso algodón y una venda. Dos agentes lo tomaron por las axilas en vista de su estado físico general. Al abrir la puerta de la habitación ocupada por Silvia, ésta encontrábase tendida en su lecho víctima de una crisis nerviosa. Diríase que adivinaba lo que iba a suceder. Hice entrar al asesino mientras Silvia, sollozando, se cubría el rostro con las manos. Jacson, al verla en semejante estado pretendió desprenderse de los agentes que lo conducían y

empezó a gritar:

—¿Para qué me han traído aquí? ¿Qué ha hecho usted, Coronel? ¿Qué ha hecho? ¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme! Yo le dije:

—Si ama usted a Silvia como pretende, acérquese a ella, hablele, consuélala.

Silvia levantó la cabeza y, mirando a su ex amante, gritó:

¡Llévense a ese asesino! ¡Mátenlo! Ha matado a Trotski! ¡Mátenlo, mátenlo!

Por muy doloroso y dramático que fuera el careo, yo quería llevarlo hasta el fin. Dirigiéndome a Silvia, le dije:

Jacson afirma que es usted la justificación de toda su vida y que por usted, que era víctima de las intrigas de Trotski, lo ha matado.

—¡Eso es mentira! —gritó Silvia—. ¡Es un hipócrita! ¡Un asesino!

—No debe usted decir eso, pues sin duda ignora los antecedentes del caso —repliqué—. Jacson dice que se sintió desilusionado de Trotski después de haber sido uno de sus fanáticos admiradores y que con sus intrigas pretendía desbaratar la felicidad de ustedes.

—¿Pero qué estupideces dice ese hombre? —respondió ella indignada—. ¡Pues si no conocía personalmente a Trotski! Lo conoció gracias a mí. Trotski creía de buena fe que era un admirador de sus doctrinas, un neófito.

Y mirándolo desafiante:

—¡Di que no es cierto! ¡No mientas, traidor! ¡Di la verdad aún cuando tengas que perderte!

Jacson-Mornard daba muestras de gran desesperación. Vuelto hacia mí, no cesaba de repetir:

—¡Pero, Coronel! ¡Pero, Coronel! ¿Qué ha hecho? Silvia, incorporándose, abrumaba a su ex amante:

—¡No has dicho más que embustes! ¡Tú eres un agente de la G. P. U.! ¡Te comisionaron hace tiempo para asesinar a Trotski por orden de Stalin! ¡Averiguaste que mi hermana había sido colaboradora de Trotski y que yo era amiga de su esposa! ¡Por eso me enamoraste en París y me has estado engañando! ¡Tu único objeto era matarlo haciéndome servir a mí de instrumento!

Yo proseguí:



—Jacson me ha dicho también que Trotski quería mandarlo a Rusia por Shangai para cumplir una misión secreta. Quería pagarle el viaje en el "China Clipper".

—¡Todo es mentira! ¡Todo mentira!

—Ha afirmado también que adquirió en Suiza el piolet con que dió muerte a Trotski.

—¡Tampoco eso es cierto! Yo he andado con él por varias partes del mundo y por muchas ciudades. Conozco todos sus objetos y he arreglado todos sus equipajes. ¡Que no siga mintiendo! ¡El piolet lo compró aquí, en México, para matar a Trotski!

—El dice que ya lo tenía en Nueva York.

—¡Es una impostura!  
Dirigiéndome a Jacson-Mornard, le pregunté:

—¿Qué dice usted a eso?

El asesino no contestó. Sentíase abrumado, No se atrevía a mirar a su ex amante y su único interés consistía en salir cuanto antes de aquel lugar.

Dirigiéndome de nuevo a Silvia, proseguí:

—Jacson ha declarado también que recibió cinco mil dólares de su madre, en Bruselas, para venir a América y que le entregó tres mil a usted.

Ella convino en que era cierto que había recibido esos tres mil dólares de Jacson para que se los guardara. Pero dirigiéndose nuevamente a él, le dijo:

—Tú me has engañado a mí como tratas de engañar a todo el mundo. Ese dinero no procedía de tu familia; procedía de la G. P. U. y eran por la muerte de Trotski, porque a ti, canalla, te han pagado para que lo asesinaras.

—Ya oye usted lo que dice su amante —dije dirigiéndome nuevamente a Jacson-Mornard—. Ella es el principal testigo de cargo contra usted. ¿Qué tiene que contestar?

—¡Nada! ¡Nada! ¡Por favor, Coronel, sáqueme de aquí!

—¿Qué piensa usted de su amante? —le pregunté entonces a Silvia.

Volvió ella a pronunciar un torrente de injurias, a repetir las acusaciones lanzadas anteriormente.

—Pero Jacson dice pertenecer a la IV Internacional —indicué.

—¡Es mentira! ¡A los de la IV Internacional ni los conocía! ¡No conocía a nadie! Fingía ser un devoto de las ideas de Trotski, pero esto entraba en su plan de traidor.

—Por último, dígame: tras el tiempo bastante largo que fueron ustedes amantes, ¿qué criterio se ha formado de Jacson? ¿Cree usted que es sincero el amor que dice profesarle?

—¡No! ¡Este hombre es un traidor al amor, a la amistad y a todo! Ahora comprendo que he sido un instrumento inconsciente de un malvado.

Y trató de escupir al rostro de su ex amante. Mientras lo sacábamos de allí, Silvia no cesaba de gritarle:

—¡Eres un canalla! ¡Canalla! ¡Canalla!

Había sucedido algo por demás curioso: Jacson-Mornard había asegurado que su idioma nativo era el francés y que conocía bastante bien el inglés, pero no así el español. Siempre se había negado a usar esta lengua. Sus dotes de actor fracasaron en esta ocasión. Y pude descubrir que conocía perfectamente el español.

**XI****JACSON-MORNARD HA MENTIDO**

**D**urante la noche del 23 al 24 de agosto, sin casi darle punto de reposo, sometí a Jacson-Mornard a un nuevo interrogatorio. Resultaba evidente para mí que toda su declaración anterior constituía una sarta de mentiras. Era necesario hacerlo caer en contradicciones consigo mismo. A tal fin respondía, principalmente, el nuevo interrogatorio.

Adoptando un continente grave y severo, amenazador por momentos, le dije:

—Mire, Jacson: es ésta la última oportunidad que le brindo para qué, en su propio beneficio, me diga toda la verdad. El asesinato de Trotski ha producido una sensación tal en el universo entero que viene ocupando las primeras páginas de todos los periódicos y relegando a segundo término las propias informaciones de la guerra. La atención mundial está fija en las autoridades de México en espera de que éstas hagan toda la luz en el suceso. Por un amor propio muy justificado y en nombre de la justicia y el prestigio de. Nuestro país, estamos dispuestos a recurrir a los medios que sean menester para desentrañar la verdad. Esa verdad la tiene exclusivamente usted y estamos dispuestos a arrancársela a cualquier precio, a toda costa, pues de otra manera el nombre de México quedará mal parado ante la opinión del mundo entero. Hasta este momento le hemos tratado a usted con toda clase de consideraciones, usando de la ponderación y de la persuasión; sería muy penoso para nosotros tener que cambiar ahora de táctica.

El asesino me escuchaba atentamente, sin apartar su ojo derecho de mis labios. Sabía que se acercaba para él un penoso combate y parecía concentrar su atención y preparar su voluntad para hacerle frente.

Yo proseguí:

—Ha estado usted argumentado cosas absurdas. Lo que usted ha declarado hasta ahora es inaceptable y no cabe en el cerebro de ninguna persona dotada de razón y ni tan solo en el cerebro de un niño. No podemos aceptar ni lo aceptará la opinión pública que usted, por el hecho de haberse decepcionado de un líder que ningún daño personal le ha hecho, haya tomado la determinación de matarlo a sangre fría. Además, ha incurrido usted en graves falsedades. Ha dicho usted que Trotski destruyó su vida porque le ha hecho venir de Francia con un nombre falso, mientras que en la carta que se le recogió afirma como razón de su delito la desilusión que le produjo el conocimiento personal de Trotski. Hay en esto una evidente contradicción. Nadie en la historia del mundo ha dado un paso semejante por una razón como ésa. Se mata por



*Jacson-Mornard en el interrogatorio*

otras muchas razones, pero no por la que usted invoca. Su argumento es deleznable y lo rechaza el simple sentido común. Le doy la última oportunidad para que me diga usted la verdad. ¿Qué cerebro fué el que armó su brazo? ¿Quiénes fueron los cómplices de su crimen? ¿Quiénes lo mandaron a usted aquí y quiénes, lo auxiliaron? ¿Quiénes, en fin, le proporcionaron a usted los medios económicos para que cometiera el crimen?

Bien claro veía que mis palabras no habían logrado asustarlo. Con serena decisión, replicó:

—He entendido perfectamente su exposición. Anda usted buscando una verdad que no estoy en condiciones de darle, pues no la conozco. Sé que me va a llevar a un terreno sumamente ingrato y que tendré que soportar todas las consecuencias. Mi acto ha adquirido una proporción tan grande, tan enorme, que nunca pensé en ello. Soportaré las consecuencias y aun cuando me cortaran la piel a pedacitos, no podría hacer otra cosa.

—Repita usted el motivo que tuvo para cometer el crimen. Repitió la tesis ya conocida. Según él, los motivos habían sido absolutamente de orden moral, pues Trotski lo había colocado en un callejón sin salida. Dijo textualmente:

—Este hombre me hizo venir a México con un pasaporte falso porque quería hacer de mí un terrorista a su servicio. De una manera equívoca, engañosa, me hizo venir y me ha colocado en la alternativa de seguir la ruta que él quería trazarme o volver a mi patria a morir ante un pelotón de soldados. Mi vida fué destruida a pedazos desde el momento que acepté venir a México. Me he dado cuenta de ello cuando ya era demasiado tarde.

—¿Usted cree que la conciencia del mundo aplaude su acto?

—¡Naturalmente que no! ¡Quiero que comprenda mi ofuscación y coraje al verme estrujado como un papel!

—Pero usted tuvo ánimos para pasear.

—Nada de eso. Durante toda una semana parecía que no existía; tenía una idea fija en la cabeza, una idea obsesionante que me impedía hasta saludar a Silvia. Estaba enfermo. Ella me decía: "No estoy hablando con un hombre, sino con un muro".

—Temeroso de que lo fueran a aprehender, salió usted del país poco después del primer asalto.

—No.

—Y en Nueva York se comunicó usted con los elementos de la G. P. U. para que lo instruyeran en la preparación de este nuevo atentado.

—Pero señor, pero señor, yo fui a Nueva York porque tenía verdadera necesidad de ver a Silvia. No podía vivir sin verla.

—Después de tener largas conferencias por espacio de dos o tres semanas, regresó usted a México y se comunicó con los elementos de la G. P. U. de aquí. Y no dió la cara para nada a la familia Trotski; les dijo después que no había ido a verles porque se encontraba enfermo.

—Verdaderamente estuve enfermo. Tenía disentería.

—¿Qué médico lo atendió?

—Generalmente no tengo necesidad de médicos. Padezco una enfermedad del hígado desde los seis años y sé cómo debo cuidarme. Además, cada médico me da un tratamiento diferente.

—Sus razones no son convincentes. No se conduce usted conforme a la verdad.

Le dije esto en tono colérico. Tuvo el valor de hacer un llamamiento a mi bondad.

—¿Cuánto pagó usted por la pistola? —le pregunté.

—Ciento sesenta o ciento setenta pesos. No recuerdo bien. Además le di a Bartolo Pérez o París mi máquina de escribir.

—¿Qué modelo?

—Remington.

—¿Por cuánto la compró usted?

—No recuerdo si por ciento cuarenta o ciento cincuenta pesos.

—¿Cómo supo usted que ese Bartolo Pérez vendía armas?

—Yo no sabía que vendía armas; es uno de esos tipos que se encuentran inconfundiblemente en París, en Constantinopla, en todo el mundo. Yo no puedo afirmar que Bartolo Pérez o París sea su verdadero nombre.

—¿Y dónde compró el puñal?

—En la Lagunilla.

—¿Podría llevarme al lugar donde se lo vendieron?

—Aproximadamente, sí.

—¿En qué fecha lo compró?

—Exactamente no lo sé.

—¿Cuándo salió usted para Nueva York?

—En los primeros días de junio aproximadamente.

—Cuando la G. P. U. se dió cuenta de que había fallado el golpe de Siqueiros lo llamó a usted a Nueva York para planear el nuevo golpe.

Le pareció lógico que yo llegara a esta conclusión, pero negó que fuera cierta.

—¿Cuándo fijó usted la fecha para matar a Trotsky?

—Yo no fijé fecha.

—¿Cuándo le vino la idea de matarlo?

—Después que él me confió sus planes y cómo pensaba ejecutarlos.

—¿Cuándo fué eso?

—Unos catorce o quince días antes.

Repitió todo lo dicho anteriormente sobre el viaje que Trotsky quería que hiciera a Rusia atravesando el Manchukuo. Precisó:

—Debía entrar en contacto con sus partidarios en la Unión Soviética con el fin de organizar actos de desmoralización de los soldados y una serie de sabotajes a las fábricas de guerra y si se presentaba la oportunidad, el ataque a la Organización Directora. Me habló en líneas generales. Jamás me dió detalles exactos. Salí de la conversación como si me hubiera tirado la casa encima.

—¿Y eso fué lo que le hizo pensar en el asesinato?

—La idea no me vino entonces. Estuve una semana pensando la situación y entonces es cuando me vino la idea del crimen.

—¿En qué momento exactamente?

—Siete u ocho días antes.

Hacia un momento que había asegurado que catorce o quince días antes.

Ahora se reducían a siete u ocho días.

—Diga ahora cómo planeó el crimen.

—Nunca tuve plan definido. Mi idea era terminar con él y después suicidarme.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque no tuve tiempo.

—¿Cómo no?

—Yo pensaba que del golpe que le diera caería muerto. —¿Cómo calculó darle el golpe?

—En la cabeza o no sé dónde. Cerré los ojos.

—Al planear el asesinato, ¿por qué determinó usar el zapapico y no la pistola? Porque lo sé usar muy bien.

—¿Abrigó usted la probabilidad de salir de la casa?

—Posiblemente podía salir de la casa o no podía salir. Si hubiera podido hacerlo, hubiera ido a suicidarme donde ya dije.

—No quiso usted usar la pistola por no hacer ruido y tener la posibilidad de escaparse.

—Vea por qué. Por eso no quería emplear la pistola, por no hacer ruido. No tenía ninguna intención de escapar.

—¿No temió que lo mataran los secretarios?

—Esto es lo que deseaba. Cuarenta cincuenta mil veces les pedí que me mataran.

En la declaración de ahora dijo que Bartolo Pérez o París le acompañó al Bosque de Chapultepec a escribir la carta. ¿Luego el tal Bartolo no se había limitado a guardarle la máquina de escribir y luego a recibirla como regalo al hacerle entrega de la pistola? Quise precisar este punto y le pregunté:

—¿Se despidieron usted y Bartolo?

—Sí: cuando terminé de escribir la carta, él se fué y le di la máquina para que se la guardara.

¿Cómo podía haber escrito semejante carta en presencia de un sujeto al que acaba de conocer y que iba a limitarse a proporcionarle una pistola?



¿No indicaba la presente declaración que el tal Bartolo estaba al corriente de todo? Debía ser el agente de la G. P. U. que había preparado con él todos los detalles del atentado. ¿Pero cuál era su verdadera identidad? ¿Y dónde estaba ahora? Sobre esto no había manera de sacarle una palabra a Jacson-Mornard. Era su secreto.

—¿Cuándo compró la máquina de escribir?

—Después que Silvia se fué a Nueva York.

—¿Entonces Silvia no conoce la máquina?

—No.

—Mire, Jacques: Bartolo puede caer en manos de la justicia y lo cogemos a usted en contradicciones.

—¿Qué quiere usted que yo le confiese?

—La carta no la escribió usted, sino que se la escribieron. —¿A mí?

—¿Por qué no lo confiesa? ¿Quién le hizo la carta?

—Yo, señor; yo hice esa carta.

Cayó después en contradicciones respecto del impermeable. Aseguró que se lo había comprado exclusivamente para guarecerse de la lluvia. Pero el hecho de guardar en él el zapapico y de haber cosido el puñal demostraba que lo había comprado para cometer el asesinato. Como se recordará, sólo había utilizado este impermeable dos veces, la última el día del crimen. Cayó también en contradicción respecto de la conversación mantenida con Natalia Sedova momentos antes del asesinato. Ante algunas preguntas escabrosas, empezó una serie de respuestas vagas: "No recuerdo". "No lo sé". "No tengo respuesta". Yo me vi obligado a comentar:

—Está usted muy olvidadizo. ¿Por eso ha olvidado a los de la G. P. U.? Seguidamente le pregunté:

—¿Cuánto tiempo hacía que no iba a casa de Trotski? —Estuve allí el sábado.

—¿Y a qué fué el sábado si ya tenía pensado matar a Trotski?

—¡No me acuerdo, no me acuerdo! Creo que fui a ver a Otto o a otro de los muchachos.

Me repitió seguidamente todos los detalles del asesinato. Confesó que le había llevado a Trotski el artículo sobre la lucha entre la mayoría y la minoría

en los Estados Unidos para distraerlo y para que no abrigara desconfianza. Le pregunté:

—¿No pensó usted que Trotski era un anciano indefenso y que usted obraba con toda cobardía?

—Yo no pensaba en nada —me respondió.

—Inmediatamente después de asestarle el golpe, ¿qué hizo él?

—Dió un salto como si se hubiera vuelto loco y gritó también como un loco. Un grito que recordaré toda la vida.

He procurado resumir lo más posible este interrogatorio que consta en total de veintidós largas páginas a máquina. A pesar de mis amenazas, en términos generales mantuvo la tesis de su carta y de su primera declaración. Su cerebro trabajaba con gran agilidad. No cabía duda alguna que había preparado y madurado su defensa. Lo obligué a caer, sin embargo, en algunas contradicciones, aparte de los múltiples "no sé" y "no recuerdo", recurso fácil de todos los delincuentes cuando se sienten en un callejón sin salida. La principal contradicción, la referente a sus relaciones con León Trotski; Declaró primero que lo había mandado de París a México un miembro prominente de la IV Internacional para que se pusiera en contacto con el ex-jefe bolchevique ruso. Acusaba ahora a éste de haberlo obligado a venir con un pasaporte falso y de haber destruido su vida. Resultaba de todo punto inconcebible que Trotski hubiera pretendido separarlo de Silvia, cuando la verdadera trotskista, gracias a la cual lo había conocido personalmente, era ella. Otra contradicción era la ya señalada anteriormente sobre el papel jugado por el fantasmagórico y misterioso Bartolo Pérez o París. Se trataba de un nombre demasiado corriente y vulgar, uno de esos nombres que suelen elegir los que tienen interés en ocultar el suyo. El mismo Jacson-Mornard admitía espontáneamente que este nombre podía muy bien ser falso. Sabía perfectamente qué, de existir, resultaría más que difícil descubrir a la persona que se ocultaba bajo ese nombre. Tenía en todo caso la evidencia de que el tal Bartolo había llenado un papel mucho más importante del que pretendía el asesino. Otro recurso por demás extraño y elocuente era el de la máquina de escribir. Nadie había visto esta máquina. Resultaba inverosímil que la hubiera adquirido con la sola intención de escribir la carta que se le encontró encima. ¿Por qué no la había llevado a la habitación de su hotel? El pretexto de que no sabía qué explicación darle a Silvia resultaba infantil. ¿Podía extrañarle a ésta que un periodista y hombre de negocios, disponiendo de medios económicos, adquiriera una máquina de escribir? A juzgar por el texto de la carta se trataba de una máquina con teclado francés. No fué adquirida en el Nacional Monte de Piedad cómo pretendía el asesino. ¿Y cómo admitir que se la hubiera hecho llevar y traer a Bartolo, según Jacson-Mornard un desconocido poco antes, y luego que se la hubiera regalado? La conclusión era fácil: esa máquina de escribir no había existido ni existía en México. Todo indicaba que

la carta había sido escrita en Nueva York durante el viaje que hizo Jacson-Mornard allí unos días después del asalto del 24 de mayo. Probablemente le hizo hacer el viaje el "judío francés", que había dirigido dicho asalto y que había tenido que abandonar México al ver que la policía rondaba por las cercanías de su casa de las Acacias, en Coyoacán. Jacson-Mornard constituía la última reserva y debieron decidirse a utilizarla. Esto era lo lógico y natural; la tesis que trataba de sostener el asesino resultaba, por el contrario, de todo punto inverosímil, fuera de lógica y de sentido común.

Por orden del Juez de Instrucción, el 30 de agosto, hacia el mediodía, fué trasladado Jacson-Mornard en una ambulancia a la casa del extinto León Trotski con el fin de proceder a la reconstrucción del crimen. Era ésta una diligencia obligada. Rodeaban al asesino cuatro agentes al mando del Comandante Galino. Encontrábase en la casa asimismo varios policías uniformados; unos y otros tenían por objeto principal proteger la vida del victimario de las legítimas iras de los ex secretarios de Trotski. Previamente se había procedido al desarme completo de éstos y de los periodistas y fotógrafos. El único que opuso alguna resistencia a dejarse desarmar fué Robins. Se recogieron en la casa once pistolas automáticas, una "Thompson" y una carabina también automática, que quedaron encerradas en una habitación bajo la guardia de un policía.

A la entrada, en el zaguán, una losa de mármol: "In memora of Robert Sheldon Harte —1915-1940—, Murdered by Stalin".

La casa había sufrido nuevas y recientes transformaciones, que la hacían todavía más inexpugnable. Las ventanas tenían rejas reforzadas, las puertas estaban blindadas y abundaban las aspilleras por todas partes. La G. P. U. debía sonreír, triunfante, de todas estas precauciones.

Se empezó por hacer un minucioso examen de los libros en que constaban las visitas recibidas, el día, la semana, el mes, el año, la hora exacta de entrada y salida, la inicial de la persona que estaba de guardia. Había una sola anotación a nombre de Silvia Ageloff Maslow, el 19 de marzo, a las 20 horas y 35 minutos. Jacson-Mornard había hecho doce visitas a la casa, la primera el 28 de mayo y la última el 20 de agosto, a las cuatro horas y veintiún minutos exactamente. Había una el 12 de junio, de 10.30 a 10.40 de la mañana. Fué el día en que salió para Nueva York y en que Cooper comió con él y le acompañó al aeropuerto civil. La siguiente visita fué el 29 de julio. Hacía tres semanas casi que había regresado de la gran urbe americana, sin duda con instrucciones precisas. La mayoría de las veces había permanecido algunos minutos tan solo en la casa. La visita más larga fué la del 29 de julio: entró a las 2.40 y salió a las 3.50. Es decir, permaneció en esta ocasión en la casa una hora y diez minutos. La visita que le seguía en orden de extensión correspondía al 8 de agosto, doce días antes del crimen: entró a las 5.55 y salió a las 6.40. Permaneció en la casa tres cuartos de hora justos. En total, durante las once visitas —sin contar la del día del

crimen—, permaneció en la casa cuatro horas y veintisiete minutos. A nadie puede ocultársele la extraordinaria importancia de estos datos. ¿Cómo era posible que en tan corto tiempo pudiera Trotski confiarle a Jacson-Mornard una misión tan delicada y al mismo tiempo tan complicada como era la de trasladarse a Rusia por Shangai y por el Manchukuo con el fin de organizar tareas tan vastas como eran la desmoralización del Ejército, el sabotaje de las industrias de guerra y el terrorismo contra los jefes de la U. R. S. S.? Independientemente de lo inconcebible del encargo, materialmente parecía esto imposible. Pudo establecerse, además, que solamente durante dos o tres de las visitas tuvo Jacson-Mornard la oportunidad de ver a Trotski. Y aun éstas se debieron a las siguientes circunstancias: Jacson visitaba al francés Alfredo Rosmer, que le recibía al comienzo en la puerta de la calle, sin invitarle a entrar. Partió entonces de Natalia Sedova el que le hiciera pasar para que no permanecieran en la calle. Una de las veces que Jacson visitó a Rosmer, éste se lo presentó casualmente a Trotski. El asesino ignoraba, seguramente —y quizá lo ignoraba la propia G. P. U.—, este escrupuloso registro de las visitas en casa del exilado ruso. No es ello menos cierto que dicho registro contribuía aún más a echar por tierra la tesis sostenida por el victimario.

El Juez de Instrucción procedió a romper los cinco sellos que cerraban la puerta del despacho donde se cometió el atentado. Todo permanecía igual que quedó después del drama. Sobre la mesa había unos anteojos de Trotski, que usaba seguramente para ver de lejos. Hacia la derecha había otros de Carey, con el cristal izquierdo saltado. Eran los que usaba cuando recibió el golpe fatal. Habían quedado rotos. Sobre una silla, al lado de un diván, estaba el libro que leía Trotski: "Hitler m'a dit..." universalmente conocido. Se encontraron también en el despacho las dos pistolas de la víctima, con seis cartuchos útiles cada una.

El licenciado Raúl Carrancá Trujillo dió orden de que introdujeran en el despacho al asesino. Entró éste encorvado, con la cabeza caída sobre el pecho, arrastrando los pies. Vestía un traje gris y llevaba un casquete de vendas en la cabeza, por el que escapaba un mechón hirsuto. Se quejaba continuamente, exagerando hábilmente su estado de debilidad. Su aspecto era sencillamente lamentable. Al ver a Hansen, que lo miraba fijamente y con una expresión de odio sereno, se puso a temblar y se desplomó sobre una silla. Cuando se dió cuenta que pisaba sobre sangre seca, se vió sacudido por una convulsión nerviosa y hundió la cabeza entre sus brazos, puestos sobre la mesa de trabajo de Trotski.

Cuando llegó el momento de la reconstrucción del crimen, el Comandante Galindo ocupó el mismo lugar que ocupara la víctima. El asesino, puesto de pie a su lado, hacia la izquierda y junto a la ventana del jardín, musitó:

—Cuando cometí mi acto, leía mi artículo. Ya había dejado la primera hoja y al comenzar la segunda di un paso hacia atrás, me volví y cogí de mi impermeable, que había colocado en la mesa de atrás, el piolet, que empuñé

rápidamente e inmediatamente le descargué un golpe en la cabeza, así...

Y accionando con un rollo de periódico a guisa de arma, simuló que asestaba el golpe sobre la cabeza del Comandante Galindo.

Añadió con voz apagada:

—Llegó alguien, que me supongo fué Robins; yo no veía nada ni tuve impulsos para dar un paso. Me golpearon y caí al suelo sin conocimiento. Esto es todo.

Así se dió por terminada la diligencia.

El mismo día, por la tarde, y previa autorización del Juez Instructor, Jacson-Mornard fué sometido a un doble contrainterrogatorio: uno a cargo del Agente Especial del Ministerio Público, licenciado Francisco Cabeza de Vaca, y otro a cargo de Albert Goldman, abogado de Natalia Sedova y de la organización trotskista. El más importante fué el segundo, a pesar de que el abogado norteamericano se vió constreñido a tratar solamente aquello que se refería a la preparación y la comisión del crimen.

—¿Qué asunto tenía usted que tratar el día 20 de este mes en el Consulado Americano?

—le preguntó el Agente del Ministerio Público.

—Ninguno —respondió el asesino.

—¿Por qué le dijo tal cosa a Silvia?

—Le mentí para que ella no supiera la verdad. Quería entrevistar a Bartolo para que me diera la pistola y suicidarme.

—¿Usted conocía a Stachel y a Bittleman?

—Ni de oídas.

—¿Sabía que eran agentes stalinistas prominentes?

—No lo sabía.

—Cuando estuvo usted en París, ¿comprendía el español?

—Lo poco que sé lo he aprendido aquí.

—Días antes del crimen, el 17 de agosto, usted fué a ver a Trotski para enseñarle el borrador de un artículo, ¿no es así?

—Efectivamente. Y él hizo algunas correcciones. Estuvimos en su oficina los dos solos.

—Dígame la verdad: ¿por qué no lo mató entonces? ¿No estaba el despacho con el mismo mobiliario y en la misma forma que el día 20?

—Efectivamente, todo estaba idéntico: la escena, la misma, pero yo no llevaba arma ese día.

—El día del crimen ocurrió completamente lo mismo que cuando su visita el sábado anterior. Igual pretexto del artículo que debía leer Trotski, la misma escena. Trotski se sentó en su despacho a leer el artículo y usted a su lado, a la izquierda y completamente solos. ¿No es así? ¿Lo ocurrido la primera vez fué tan solo un ensayo?

—Estoy de acuerdo en que la segunda vez fué casi una repetición de la anterior, pero no por esto voy a confesar que hubo premeditación en los actos que realicé el veinte del actual.

La anterior respuesta indica que el asesino empezaba a preparar con cautela su defensa. Sin embargo, no podía hacerse ilusiones: toda su actitud, todas sus declaraciones anteriores —convenientemente firmadas— y sobre ,todo, su carta probaban la premeditación y la alevosía.

Resumiré ahora lo más posible el largo e interesantísimo contrainterrogatorio a que sometió al homicida el abogado trotskista norteamericano Albert Goldman.

Al preguntarle qué había hecho de su pasaporte y demás documentos personales, respondió:

—Ya he declarado que cuando me dirigía a casa de Trotski, la tarde del día 20, en el trayecto quemé todos mis papeles. La única cosa que dejé fué una carta encontrada en mi poder por la policía. Sí, estoy diciendo la verdad y mi pasaporte y demás documentos habrían corroborado mi declaración en todos sus detalles.

—¿Por qué, entonces, los destruyó?

—Quería deshacerme de todo ese material y no vi ninguna utilidad en guardarlo.

—¿Cuándo, aproximadamente, vió usted al miembro de la IV Internacional que le pidió que viniera a México para ver a Trotski?

—A fines de julio o principios de agosto de 1939.

—¿Quién se lo presentó?

—Creo que fueron dos miembros griegos de la IV Internacional.

—¿El miembro de la IV Internacional le fué presentado por su nombre?

—No.

—¿Entonces cómo se lo presentaron?

—Simplemente como un miembro de la IV Internacional.

—¿Era usted miembro de la sección francesa de la IV Internacional?

—No. Solamente simpatizante.

—¿Puede darnos una idea de la nacionalidad de ese miembro?

—Creo que era rumano o de alguno de los países balcánicos.

—¿Cuántas veces vió usted a ese hombre?

—Como quince o veinte veces.

—¿Cuándo fué la última vez?

—No recuerdo.

A casi todas las demás preguntas sobre sus entrevistas con el miembro del Comité de la IV Internacional, respondió invariablemente: "No recuerdo".

—¿Cuánto dinero recibió usted de ese miembro del Comité?

—Doscientos dólares.

—¿En moneda francesa o americana?

—No recuerdo.

—¿Le preguntó usted si doscientos dólares eran suficientes para cubrir todos los gastos del viaje a México?

—No, no le pregunté.

—¿Sabía usted cuánto costaría el viaje a México?

—No.

—Usted ha declarado que ese miembro le dió instrucciones de esperar en México y no ver a Trotski inmediatamente.

—Sí.

—También le dió instrucciones de aparentar estar ocupado en negocios en México por algún tiempo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y lo hizo así desde septiembre de 1939 hasta fines de mayo de 1940?

—Sí.

—¿Y no se le ocurrió que los doscientos dólares no serían suficientes?

—El dinero es cosa secundaria para mí.

—¿Recibió usted carta de presentación para Trotski del pretendido miembro de la IV Internacional?

—No.

—¿Cómo esperaba conocer a Trotski sin carta de presentación y convencerlo de que usted era de confianza?

—Eso no era cuestión mía; dependía de quien me enviaba.

—¿Qué esperaba usted hacer con Trotski?

—Actuar como traductor o como secretario.

—¿Pensó usted en lo raro que era ser mandado sin ninguna carta de presentación?

—No.

—¿Qué hizo usted durante todos los meses desde que llegó de los Estados Unidos hasta lograr ver a Trotski?

—Nada.

—¿Se dedicaba a algún negocio?

—No.

—¿No refirió usted a varias personas que se dedicaba a los negocios?



—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

—Esas eran mis instrucciones.

—¿Conoció usted a algunos de los secretarios de Trotsky?

—Sí.

—¿Le preguntó alguna vez a alguno de ellos si habían recibido las mismas instrucciones de esperar antes de ver a Trotsky?

—No.

Siguió todo un interrogatorio sobre el pasaporte que el asesino decía haber recibido en París y que había hecho desaparecer. Aseguró que lo único que recordaba de dicho documento era el nombre de Frank Jacson.

—Usted sabía que era un pasaporte falso, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y pretende usted que nunca se fijó en el contenido para familiarizarse con él?

—Nunca tuve el menor interés en verlo.

—¿No temía usted que pudieran interrogarlo acerca de él en la frontera?

—Nunca tuve ese temor.

—¿Quiere usted hacernos creer que recibió un pasaporte falso en Europa y nunca se fijó en los datos?

—No me importa lo que ustedes crean.

Cuando el abogado empezó a interrogarlo sobre sus entrevistas con Trotsky, se hizo excesivamente cauto. Para él era ésta, claro está, la parte más difícil. Vale la pena reproducir las principales preguntas y respuestas.

—¿Cuándo vió usted por primera vez a Trotsky?

—No recuerdo.

—¿Fué el día que llegó usted a casa de Trotsky para conducir a los Rosmer a Veracruz?

—No recuerdo.

—Fué usted quien se ofreció a llevar a los Rosmer a Veracruz o fueron ellos quienes se lo pidieron?

—No recuerdo.

—¿Conoció usted a Trotski antes de venir por los Rosmer?

—No recuerdo.

—¿Recuerda usted en qué mes vió por vez primera a Trotski?

—No.

—¿Fué antes o después del asalto del 24 de mayo?

—Fué después, a fines de mayo.

—¿Quién le presentó por primera vez a Trotski?

—Alfredo Rosmer.

—¿Tuvo alguna conversación con Trotski en presencia de Rosmer?

—No recuerdo.

—¿Cuál fué el tema de su primera conversación con Trotski?

—No recuerdo.

—¿Recuerda usted cuándo sostuvo su segunda conversación con Trotski?

—No.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre la primera conversación y la segunda?

—No recuerdo,

—¿Cuál fué el tema de la segunda conversación?

—No recuerdo.

A todas las demás preguntas sobre las conversaciones con Trotski, sobre las fechas, sobre las circunstancias y sobre las personas presentes, contestó invariablemente: "No recuerdo".

—¿Durante cuál de las conversaciones se sintió usted desilusionado?

—No recuerdo.

—¿Contó usted a alguien que se había desilusionado?

—No recuerdo.

—¿No le habló usted a Silvia, su más íntima amiga, acerca de su desilusión?

—No lo sé.

—¿Puede usted darnos uno de los resultados de las conversaciones?

—Recuerdo que el resultado de ellas fué: desilusión de Trotski.

Ante otras Preguntas repitió lo que decía en su carta: que Trotski había pretendido mandarlo a Rusia a realizar actos sabotaje.

—¿Fue durante esta conversación con Trotski cuando le propuso que asesinara a Stalin?

—Trotski no me propuso exactamente que yo asesinara a Stalin

—¿Entonces qué es precisamente lo que le propuso Trotski?

—No recuerdo.

—¿Y su desilusión fué el resultado de la proposición de que usted cometiera actos de sabotaje?

—Sí.

—¿Le dijo Trotski qué actos de sabotaje debía cometer en Rusia?

—Ya he contestado a esa pregunta en mi declaración anterior.

—¿No puede usted repetir la contestación?

—No.

—¿Quiere usted contestar sí o no, si Trotski le propuso asesinar a Stalin?

—Ya he contestado a todas las preguntas en las declaraciones anteriores.

—¿Cuántas conversaciones sostuvo usted con Trotski después que le propuso la comisión de actos de sabotaje en Rusia?

—No recuerdo.

—¿Cuándo debía usted ir a Rusia para llevar a cabo estos actos de sabotaje?

—No lo sé.

—¿Qué era lo primero que tenía que hacer al llegar a Rusia?

—No lo sé. Ya di una descripción de los detalles de las proposiciones que me hizo Trotsky y es inútil repetirlos.

—¿Contestará usted a las preguntas que le hago si le demuestro que no las ha contestado antes?

—No las contestaré porque usted quiere hacerme caer en contradicciones.

Aquí intervino el Juez:

—Si ha contestado usted verídicamente no temerá caer en contradicciones.

—Si no doy detalles no es porque tema contradecirme, sino porque Trotsky no me dió ningún detalle. Todo lo que sé es el resultado de las conversaciones. Trotsky me pidió que fuera a Rusia y cometiera actos de sabotaje. No conozco detalles de ninguna clase puesto que Trotsky nunca daba detalles de sus planes.

Todos estos interrogatorios nos llevaban a una evidencia moral: Jackson-Mornard había mentido. Nadie podía dudar de ello. Pero cuál era la verdad que él ocultaba tan cuidadosamente?

## XII

### ¿JACSON, MORNARD, TORKOFF O ... ?

**A**ruegos míos, el 31 de agosto por la mañana visitaron por sorpresa a Jacson-Mornard el señor W. Loridan, Encargado de Negocios de Bélgica en México, y su colaborador inmediato señor Vasthaliti. El valioso resultado de esta gestión está contenido en el escrito que con fecha 2 de septiembre tuvo a bien remitirme el primero de dichos señores. Lo reproduzco a continuación:

“En el curso de la entrevista que tuve el sábado 31 de agosto con el inculpado, Jacson-Mornard, llegué a la conclusión de que éste no es de nacionalidad belga ni conoce Bélgica y que todas sus declaraciones a este respecto son mentirosas.

“1.—El detenido pretende ser hijo de un Ministro de Bélgica y haber nacido en la Legación de ese país en Teherán. Ahora bien, no ha habido diplomático belga alguno apellidado Mornard y el que representó a mi país en Persia, de 1904 a 1908, fué el señor Marc t'Serstevens, sustituido en 1908 por el señor Havenith.

“Cuando le pregunté a Jacson qué otros cargos diplomáticos había desempeñado su padre, contestó que lo ignoraba absolutamente, lo que es una ignorancia muy curiosa por parte de un hijo.

“2.—El detenido dijo también ignorar qué puestos ocupó su hermano, que él afirma es secretario de consulado (título que no existe en Bélgica), pero Jacson cree que su hermano se encontraba en Bruselas en disponibilidad y no en el Ministerio de Asuntos Extranjeros.

“3.—El asesino me afirmó haber estudiado en la Universidad de Bruselas, en la Facultad de Ciencias. Le dije que yo había estudiado en la misma Universidad y le pregunté si recordaba los apellidos de algunos profesores. No recordó apellido alguno.

“4.—El inculpado pretende haber estudiado y terminado los cursos de la Escuela Militar en ... Dixmude (pequeña ciudad de Flandes donde no existe ninguna escuela militar). En Bélgica, como en todos los países del mundo, la disciplina es sumamente estricta en la Escuela Militar, y a pesar de ello, Jacson pretende haber obtenido permiso para seguir como oyente los cursos de la Universidad de Bruselas. Cabe notar que Bruselas está a 130 kilómetros de Dixmude.

"5—Jacson pretende haber estudiado en el Colegio de Jesuítas "San Ignacio de Loyola" de Bruselas (este Colegio no existe), según él situado cerca del bosque, en la Calzada de Waterloo. Ahora bien, los colegios de los jesuitas en Bruselas se encuentran ubicados en un rumbo distinto.

"6.—El detenido afirma que su madre vivió por mucho tiempo en el número 1 de la "Chaussée du Havre". En Bruselas no existe ninguna "Chaussée du Havre", pero bien una "Chaussée de Wavre". El número 1 de dicha Calzada está ocupado por un gran almacén muy conocido de los bruselenses. El inculpado empezó por decir que su madre no vivía en un almacén, pero viendo sin duda el escepticismo en mi rostro, agregó: "Hay un almacén abajo, pero mi madre vivía arriba".

"7.—Un hombre que terminó los cursos de la Escuela Militar en Bélgica y que pretende haber estudiado en Dixmude (en la parte flamenca del país), debe cuando menos tener conocimientos elementales de lengua flamenca. Ahora bien, el detenido no entendió las frases simples que yo pronuncié en este idioma y queriendo de todas maneras contestar "no" ("neen" en flamenco), contestó "nein" en alemán. Los extranjeros que han vivido aunque sea un corto tiempo en Bélgica saben que "no" se dice "neen" en flamenco.

"Lo que antecede, así como algunas otras contestaciones que el asesino hizo, tanto a mí como a mi colaborador, señor Vasthaliti, en las entrevistas que, se tuvieron con él, bastan para demostrar que no es belga y que no tiene conocimiento alguno de Bélgica.

W. LORIDAN".

Este valioso documento venía a corroborar las conclusiones de la investigación: Jacson-Mórnard había mentado, su tesis era falsa desde el comienzo hasta el fin.

Debo hacer constar aquí que, desde los primeros días de la investigación, empecé a recibir misteriosas cartas de los Estados Unidos tratando de desviarme del camino emprendido. Según dichas cartas, Jacson-Mórnard había dicho la verdad: era un adepto engañado por Trotski. ¿Quién inspiraba su envío? Sin duda alguna, la propia G. P. U. En Estados Unidos —y más concretamente, en Nueva York— residían los elementos guepeuistas que habían organizado el asalto del 24 de mayo y según todas las deducciones, que habían armado y dirigido el brazo del asesino material de Trotski. Claro está que la coacción moral que representaban dichas cartas no podía ejercer efecto alguno sobre mí.

Con el Juez de Instrucción, licenciado Raúl Carrancá Trujillo, ilustre jurisconsulto y hombre íntegro, las cosas llegaron más lejos. Con fecha 2 de septiembre recibió una carta anónima que decía textualmente:

“Cualesquiera gestión que haga usted en el proceso que se instruye a Jacques Mornard por el homicidio de Trotski, que tienda a hacerlo declarar que es agente de la G. P. U. y por ende a aclarar una cuestión internacional de honda y gravísima trascendencia, lo pagará usted muy caro. Recuerde usted que la acción poderosa de una organización perfecta se infiltró hasta una mansión que se creía inexpugnable. Concrétese usted a buscar una causa ordinaria sin pretender en lo más mínimo hurgar más allá de las fronteras de un asunto trillado. No olvide, camarada Juez, que puede usted ser premiado o castigado según sea su actuación. No lo olvide y tenga siempre presente, durante la secuela del juicio, que hay mil ojos sobre usted, de todas las razas, que vigilan sus actos. Salud, camarada”.

Naturalmente, semejantes amenazas no podían desviar a las autoridades mexicanas del camino de su deber. Más bien venían a confirmarnos lo que ya sabíamos: que detrás de Jacson-Mornard se encontraba la siniestra organización policiaca rusa: la G. P. U.

Fué en la siguiente fase de la investigación donde logramos calar más hondo en la verdad. Se hizo, en efecto, no poca luz en torno a la personalidad del asesino y al asesinato, gracias en mucha parte a la celosa y eficiente colaboración del agente número 63, René T. Urquidi. Logramos averiguar que el once de abril había ido Frank Jacson a vivir a un campo para turistas, propiedad del señor Shirley.

Una mañana me trasladé, en compañía de Urquidi, a aquel lugar, situado cerca del Hospital de Colonia, de la ya desaparecida estación de ferrocarriles de ese nombre. Se trataba de un lugar discreto, de ambiente norteamericano, con amplios y confortables departamentos circundados por verdes pastos y floridas plantas. El ostentoso lujo de la pensión denotaba a las claras el alto costo de su renta. Nos atendió el mismo señor Shirley, aquella y cuantas veces acudimos a él. Sus informes personales y el libro de registro del pasaje me revelaron que Frank Jacson había declarado ser de nacionalidad canadiense; que permaneció cinco días ausente y regresó el dieciséis del mismo abril; que tenía un coche Buick, con placa mexicana, si bien no poseía licencia para manejar. Permaneció en el campo turístico hasta el trece de junio, en que dijo emprender viaje a “su país, el Canadá”. (Existe aquí un error de fechas, pues Jacson salió para los Estados Unidos —y no para el Canadá— el doce de junio). Durante todo este tiempo hizo el señor Shirley no pocas e interesantes observaciones.

Frank Jacson recibía algunas visitas y muchos telefonemas, particularmente de señoras. Una de las damas que le telefoneaba tenía acento ruso. Cierta día se presentaron a visitarlo dos individuos, al parecer mexicanos. En lugar de recibirlos inmediatamente, Jacson salió de su habitación y se dirigió al garaje donde tenía guardado su automóvil. Regresó algunos minutos más tarde y los dos individuos en cuestión seguían aguardándolo. Jacson los observó desde una ventana. Después salió al jardín con los visitantes. Estos le mostraron

dos credenciales, sin duda para identificarse. Jacson volvió entonces a su habitación y bajó con un papel, que mostró a los desconocidos. Cerca de hora y media estuvieron conversando con aire misterioso. El señor Shirley venía observando que cada vez que Jacson hablaba por teléfono o con alguna persona en el despacho, recargaba la espalda contra la pared y mantenía fija la vista hacia la puerta de entrada, con visibles muestras de desconfianza. Idéntica actitud guardó en esta ocasión: se situó en el jardín, de manera que podía dominar las entradas y no apartaba los ojos de ellas, como el que teme ser vigilado o bien atacado por sorpresa. Todo esto parecía evidenciar que Jacson se sentía, en efecto, constantemente vigilado y coaccionado por personas que ejercían un extraño poder sobre él. ¿Quiénes eran esas personas? No era difícil adivinarlo: los agentes de la G. P. U., que formaban toda una red en torno suyo.

El día que Jacson salió para Nueva York, donde dió como domicilio el de Silvia Ageloff —50 Livingston Avenue, Brooklyn, N. Y.—, no dejó su automóvil en el garaje, sino que se lo confió a un individuo que le acompañaba y que respondía a las señas siguientes: de treinta y cinco a cuarenta años de edad, robusto, de gran estatura, moreno con la tez amarillenta, usando bigote pequeño y recortado, elegantemente vestido, con tipo indígena. Fué este individuo el que le ayudó a trasladar un baúl y algunos velices <sup>24</sup> al coche.

Jacson guardaba en la oficina este baúl y dos grandes velices, cuidadosamente cerrados. Eran muy pesados, sobre todo el baúl. No podían contener ropa ni objetos de uso corriente. Jacson había asegurado que guardaba en él sus instrumentos de ingeniería. Iba con frecuencia a la oficina a comprobar que nadie los había tocado. Se llegaba ahora a la conclusión de que contenían parte de las armas que sirvieron para el asalto del 24 de mayo.

Por otra parte, Jacson estaba en connivencia con el vigilante nocturno del garaje, el cual pertenecía a una organización sindical de marcada influencia comunista. En la noche del 23 al 24 de mayo dispusieron del automóvil de Jacson y en él se llevaron, después de la media noche, el baúl y las maletas, que fueron devueltas a la madrugada. Se daba otra coincidencia extraña: Jacson, que tenía depositada la suma de novecientos dólares en la caja del hotel, en la tarde del 23 sacó cien dólares, que representaban al cambio de entonces alrededor de seiscientos pesos. Podía llegarse fácilmente a esta conclusión: Jacson-Mornard no debió participar personal y directamente en el asalto del 24 de mayo <sup>25</sup>, pero había intervenido activamente en su organización y hasta había guardado parte de las armas y uno de los automóviles que se utilizaron. Había mantenido sus relaciones, a través de la oficina del Edificio Ermita, con los principales jefes del asalto: el "judío francés", David Alfaro Siqueiros y Antonio Pujol.

---

24. Luis Budenz, en su libro antes citado, habla también de Jack Stachel, que le presentó primero a un tal "Richards" y más tarde a "Roberts" como encargados de organizar el asesinato de Trotsky. Queda establecido que Jacson-Mornard fué su instrumento ejecutor. (J. G.)

25. Criollismo: maleta o valija (N.del E)



Respecto del automóvil de Jacson-Mornard se daba otra circunstancia por demás extraña. Su dueño lo utilizaba casi todos los fines de semana para abandonar, según decía, la capital. Lo utilizó también, según demostraban los registros, los días 27 y 30 de mayo y los 4, 6 y 12 de junio, día éste último de su salida para Nueva York. De estas salidas volvía el automóvil generalmente cubierto de polvo y de barro, prueba evidente de que habían viajado con él por carretera. A pesar de lo cual, el marcador señalaba siempre el mismo kilometraje: 32.437 kilómetros recorridos. No se registró nunca la menor variación. Un empleado del garaje le hizo observar a Jacson que estaba desconectado el indicador y éste explicó que pensaba vender el coche y no quería que aumentara el kilometraje. Evidentemente se trataba de una sabia precaución para que no se pudiera averiguar nunca, por las distancias recorridas, los lugares donde había podido estar Jacson durante sus salidas fuera de la capital. Semejante precaución no era propia de un criminal —o unos criminales— cualesquiera. Denotaba toda una técnica de organización.

Otra averiguación de fundamental importancia fué la referente al zapapico del crimen. El señor Shirley tenía un hijo ya mayorcito aficionado al alpinismo. De estas aficiones había conversado más de una vez con Jacson. Cuatro años antes el joven Shirley había adquirido un zapapico para sus excursiones. Al día siguiente del atentado contra Trotski, al enterarse por la prensa de que este atentado se había llevado a cabo con uno de esos instrumentos, el padre le preguntó al hijo por el zapapico. Este había desaparecido misteriosamente del lugar donde lo guardaba. Jacson se había apoderado de él para consumir el crimen.

Pero el descubrimiento más importante fué el referente al pasaporte falso que había utilizado Frank Jacson para venir a México. Dicho pasaporte había sido expedido, el 22 de marzo de 1937 y con el número 31377, por el Departamento de Asuntos Exteriores de Ottawa, Canadá. Su primitivo poseedor había nacido el 13 de junio de 1905 en Lovinac, Reino de Yugoslavia, habiendo adquirido la naturalización canadiense en 1929. Según los datos que obraban en dicho Departamento de Ottawa, el famoso pasaporte le había sido expedido al yugoeslavo-canadiense Tony Babich, el cual habíalo solicitado en la fecha antes indicada con intención de dirigirse a su país de origen a ver su familia. Se trataba, en realidad, de un pretexto: el tal Tony Babich habíase dirigido a España y había ingresado en las Brigadas Internacionales qué, al lado del Ejército Republicano y bajo la dirección dictatorial de los comunistas, habían combatido contra Franco. Como era usual en dichas brigadas, los comisarios comunistas —en realidad la G. P. U.— habíanle confiscado a Babich su pasaporte y toda su documentación<sup>26</sup>. El Gobierno de la República Española anunció poco después la muerte en campaña del voluntario Tony Babich.

---

26. *Natalia Sedova y los trotskistas creen que Jacson fué quien consiguió que Sheldon abriera la puerta de la casa de Trotski. No es imposible, pero sí poco probable, pues lógicamente se le guardó en reserva, sin comprometerle directamente. En todo caso, ni Néstor Sánchez ni los policías que guardaban la casa le reconocieron como uno de los asaltantes directos.*

El mismo pasaporte aparecía tres años después en México, pero con el nombre cambiado y con la fotografía de otro sujeto. Es evidente que sólo la G. P. U. había podido volver a utilizar, de la manera ya dicha, el famoso pasaporte. Por eso habían tenido Jacson-Mornard y la G. P. U. tal interés en destruirlo antes del atentado contra Trotski. Pero en el Servicio Migratorio de la Secretaría de Gobernación constaban, sin embargo, los datos gracias a los cuales había podido restablecerse la verdad: el número del documento, la ciudad y la fecha en que había sido extendido. Así, no nos fué difícil averiguar el nombre original de su verdadero poseedor y todos los demás datos.

Un mes más tarde pude adquirir otro valiosísimo dato sobre la verdadera personalidad del asesino material de León Trotski. El agente Urquidi, protegido por la casualidad, que suele ponerse con frecuencia al servicio de la policía diligente, conoció en una peluquería a un viejo aviador de nacionalidad rusa. Se apellidaba Plufea y prestaba sus servicios en la Compañía Mexicana de Aviación. Le dijo éste que la fotografía de Jacson-Mornard que había visto en los periódicos, correspondía a la persona de un antiguo chofer suyo, en un tiempo en que se dedicaba él al comercio. Este chofer se llamaba entonces Salvador Torkoff y era de origen ruso como él mismo. Si lo despidió fué porque, con ocasión de un viaje que hicieron a los Estados Unidos, había intentado pasar artículos de contrabando en su automóvil sin conocimiento suyo, motivo por el cual había sido détenido.

Hícele venir a mi despacho. Era un hombre ya de cierta edad, de aspecto simpático y serio. No se había presentado espontáneamente por temor, sin duda, a que pudiera ocurrirle algo. Le prometí la protección de las autoridades en el caso de verse amenazado. Me dió entonces varios informes precisos. El detenido, a juzgar por las fotografías que de él había visto, se llamaba —por lo menos en aquel tiempo— Salvador Torkoff y era o aparecía como de nacionalidad rumana. En 1923-1924, siendo muy joven, había estado de chofer en Ciudad Juárez con una señorita llamada Julia Anita Treviño. También estuvo con ella en El Paso, Texas. En 1927-1928 había sido chofer de un señor Wolf. Dos años antes había logrado escapar de las Oficinas de Migración de El Paso. Aprehendido en el mismo año por las autoridades migratorias de Nuevo México, había logrado escapar de nuevo y pasar a la República Mexicana.

Lo conduje a la Sexta Delegación, donde todavía se hallaba Jacson-Mornard, y lo dejé con dos agentes. Pasé yo a ver al homicida de Trotski, lo saludé cordialmente y le prometí llevarle algunos libros. Luego le dije que un viejo amigo suyo, de nacionalidad rusa, deseaba saludarlo el día que le pareciera bien. Me miró con manifiesta desconfianza y me dijo:

—Yo no tengo aquí amigos rusos. Me sorprende mucho eso que usted me dice.

—Parece que lo conoció usted hace ya años, aquí en México —le dije.

—Yo nunca había estado antes en México, Coronel —aseguró con aplomo.

Pretextando ir en busca de los libros, lo dejé. Sin que él advirtiera nada conduje al viejo aviador ruso a un seguro cercano al de Jacson-Mornard, instruyéndole sobre lo que debía hacer. Me llegué de nuevo al homicida y lo invité a salir de su celda para que tomara el sol, colocándolo de manera que pudiera verlo y observarlo a su antojo el aviador. Pasados unos cuantos minutos, salió éste bruscamente del lugar donde estaba oculto y, adelantándose hacia el asesino en actitud de abrazarle, le dijo en ruso:

—¡Hola, amigo Torkoff!

Jacson-Mornard se quedó grandemente sorprendido. Abrió los brazos en forma espontánea y adiviné a flor de labios una respuesta ... Luego dio un paso atrás al comprender que podía descubrirse, reaccionó vivamente y replicó en correcto español:

—Yo no lo conozco a usted ni hablo ruso.

—¿Quién es usted? El viejo aviador le dijo en ruso:

—Recuerda cuando estuviste a mi servicio y el percance que tuviste en la frontera de los Estados Unidos. No has cambiado; tienes la misma fisonomía.

Jaeson-Mornard recurrió a su vieja táctica: enmudeció obstinadamente.

Antes de retirarnos, le dije:

—No cabe duda que eres Salvador Torkoff.

Mientras nos alejábamos, el viejo aviador ruso me iba diciendo:

—Puedo asegurarle que no me he equivocado: se trata de Salvador Torkoff.

Me explicaba ahora que .el asesino de León Trótski conociera tan bien el español. Resultaba difícil, por no decir imposible, que hubiera aprendido a hablarlo tan correctamente durante los breves meses que decía haber estado en México. Sin duda había permanecido los últimos años en Europa. Seguramente había estado en España durante la guerra civil. Quizá había entrado allí al servicio de la G. P. U., si es que no pertenecía ya antes a esta siniestra organización.

**XIII****AGENTE DE LA G. P. U. <sup>27</sup>**

A través de una peligrosa y accidentada lucha, que dura ya desde hace dieciocho años —rompí decididamente con el comunismo en 1929, después de haber militado activamente en él durante diez años—, he llegado a conocer bastante a fondo la mentalidad y los métodos de la G. P. U., así como las características de los sujetos que la componen o que la sirven. Es la G. P. U., sin duda alguna, la organización policíaca, terrorista y de espionaje más siniestra y diabólica jamás conocida: por su falta absoluta o totalitaria de moral y de escrúpulos, por su crueldad y su sadismo, por los medios que emplea y por los fines que persigue. No vacila en dirigir a los hijos contra los padres y a los esposos entre sí, a convertir a cada compañero en espía de los demás compañeros, en cultivar la amistad para traicionarla fríamente, en concertar y destruir matrimonios y mancebías o en prostituir el amor en el hombre como en la mujer con fines políticos y policíacos. Todo lo que se considera como más sagrado en el ser humano es puesto a contribución para aterrorizar y reducir —o suprimir— al ser humano. Un régimen y una institución que tienen que guardar en rehenes a los seres más queridos de sus funcionarios para asegurarse su fidelidad de cadáveres, se juzgan y se condenan a sí mismos para siempre.

He tenido ocasión de ver actuar a la G. P. U. en Rusia y en varios países de Europa. Pero, sobre todo, la he visto actuar en mi país: en España. Durante la guerra civil, sus secuaces de los diversos países mandados allí para hacer méritos y completar su aprendizaje a costa nuestra, llegaron a extremos inconcebibles en su sádica crueldad. Eran enfermos de fanatismo y de terror rayanos en la locura. Convencidos a unos entes políticos y policíacos de que todo está permitido con tal de triunfar —de que todos los medios son buenos con tal de llegar al fin— y cubrid sus maldades con una doctrina y un sentimiento del deber, y tendréis los peores monstruos jamás conocidos. Tales monstruos fueron arrojados sobre la zona republicana con órdenes de conquista a toda costa. Cometían sus crueldades y sus crímenes en la sombra, sin ruido ni publicidad o propagándolos —cuando no tenían otro remedio— como una fiera adhesión a la causa republicana. Convirtiéronse en los monopolizadores de esta causa. Y todo aquel que se les resistía, convertíase automáticamente en un cómplice o agente del fascismo sobre el cual se irrogaban derechos

---

27. La G. P. U. ha utilizado múltiples pasaportes —y otros documentos en general— de los extranjeros muertos en la guerra española. En el libro sobre el espionaje ruso en Canadá, la Comisión Real da cuenta de un caso semejante con un canadiense llamado Ignacio Samuel Witczak, al que se le extendió un pasaporte en Toronto, el 12 de marzo de 1937, el cual le fué retirado en Albacete, donde operaba el Estado Mayor comunista de las Brigadas Internacionales. No se sabe el uso que la G. P. U. hizo de este documento. (J. ,G.)

de vida o muerte. Y hubo un mujer de exterior dulce, una ex obrera sensible y honesta —la famosa Pasionaria-- qué, fanatizada y engreída, llegó a justificar estas demasías con la siguiente monstruosidad: "Vale más condenar a cien inocentes que exponerse a absolver a un solo culpable". Todas las humanas conquistas de los modernos códigos de justicia quedaban anuladas por este tajante retroceso a la peor barbarie. Dominadas las mentes por las peripecias de la guerra civil y por la obsesión del enemigo franquista, muchos españoles no se daban cuenta de estos crímenes. Y otros se negaban a creer que semejantes monstruosidades fueran posibles en seres que tenían las apariencias de hombres y de mujeres. Durante dieciocho meses por "checas" y calabozos, con la conciencia de un condenado a muerte en medio de centenares de condenados a muerte, tuve ocasión de vivir esa trágica realidad rusa trasplantada a España, a mi España doblemente martirizada por sus enemigos y por los que se decían sus defensores. Caníbales políticos hube de llamarles: porque lo mismo devoran a hombres que a pueblos y devorarían al universo entero si se les dejara <sup>28</sup>. En España hicieron su cruel aprendizaje todos o casi todos los que prepararon el asesinato de León Trotski. Y muchos de los que hoy imponen su insuperada inquisición en media Europa.

Pero la G. P. U. es, al mismo tiempo que la organización policíaca y terrorista más siniestra y diabólica, la más zafia, más grosera y más torpe jamás conocida. Asombra su absoluta falta de inteligencia, de originalidad y de espíritu de adaptación a cada medio o ambiente. Que aplique sus métodos en Rusia, en España, en China o en México, siempre llevan éstos su marca de origen, su sello inconfundible. Y teniendo el engaño por sistema, la verdad es que no logran engañar a nadie. Son, en suma, la marca y el sello del zafio y brutal jefe político que preside el régimen ruso, que ha creado la escuela e inspira la mecánica policíaca. Cree este jefe, con su mentalidad estrechamente totalitaria, que todo lo que hasta ahora ha sido posible en Rusia debe ser posible también fuera de ella. ¿Qué importan la mentalidad, las características y las peculiaridades de cada pueblo? ¿Qué sus condiciones económicas, políticas y culturales? Todo eso puede y debe ser sometido a la mentalidad y necesidades de la dictadura totalitaria rusa. Lo que acepta y tolera el pobre pueblo ruso, ignorante de la vida universal en los límites geográficos y políticos del país de la gran mentira, tienen que aceptarlo y tolerarlo todos los demás pueblos de la Tierra. El peligro principal no está en que Stalin y su burocracia rusa lo crean así, sino en que haya hombres y formaciones políticas en los diferentes países que, alimenten tan monstruosa creencia y constituyan en su nombre la peor y más peligrosa de las quintas columnas. Constituye una obligación elemental de todos los espíritus sanos y libres del mundo, sea cuál fuere su condición social y su credo filosófico, hacerles frente y pararles los pies. En medio de los grandes males de nuestro tiempo, el que representan esos hombres y esas formaciones políticas, es el peor.

---

28. Este capítulo cae bajo la exclusiva responsabilidad de autor comentador de Julián Gorkin.

Estudiado de cerca, el sujeto Jacson-Mornard-Torkoff presenta todas las características de un agente típico de la G. P. U. stalinista. No tiene país propio —definitivamente ha renegado de él— y está dispuesto a adoptar en cada momento la patria que fuere y según las necesidades o los caprichos de la organización a que pertenece. ¿Belga, canadiense, rumano, español? Lo mismo le da. Ruso o no de nacimiento, su única patria es la Rusia stalinista. Está dispuesto a vender y a traicionar a todas las otras, sea cual fuere su régimen político-social, por esa. Lo mismo ocurre con sus apellidos de familia. No tiene ninguno, puesto que está dispuesto a adoptar los que fuere según las circunstancias. En cada país y en cada momento tendrá unos diferentes. En México aparece una vez como Torkoff y otra como Jacson, resultando que al final dice llamarse Mornard sin que aparezca una sola pieza de identidad que lo atestigüe. En España parece que se llamó Mercader. (Varios ex combatientes de la guerra civil española aseguran, en efecto, que se trata de “un comunista español llamado Mercader, que residió con su familia y cursó algunos estudios en Bélgica y que su madre se encuentra actualmente en la U.R.S.S.” Aducen incluso, como prueba de identificación, que lleva una cicatriz en uno de los antebrazos. Si su madre está en Rusia, es indudable que su vida responde del silencio del asesino. En todo caso como tantos otros, éste hizo su aprendizaje guepeuista en España). La cuestión es que no pueda descubrirse nunca su verdadera identidad ni su verdadero origen.

Durante largos años de su vida, vive en todas partes y en ninguna. En todos los países llena el encargo que le eácomiendan los intereses inmediatos de uno solo: el país ruso. Dirigen su cerebro y su voluntad desde una oficina de Moscú. El no puede tener cerebro ni voluntad propios. No se pertenece. Le está estrictamente prohibido pensar por su cuenta y tener conciencia individual. Es un soldado totalitario. El agente ciego de un poder absoluto. No le corresponde a él discernir si lo que le mandan hacer es moral o inmoral, bueno o malo. (Por más que previamente han sido creadas nuevas nociones de moralidad e inmoralidad, de bondad y de maldad: es moral y bueno todo lo que sirve y favorece a la U. R. S. S. e inmoral y malo todo lo que va en su contra o la perjudica). Se lo mandan y basta. Así vive en el amoralismo más absoluto. Y en la maldad al servicio de una causa que, por obligación estricta, debe creer que es la única buena. Sencillamente: la única. Su oficio es mentir y engañar. Todo es mentira y engaño, en efecto, en él: cuando le jura amor a una Silvia, cuando dice compartir los sentimientos de unos idealistas, cuando le promete adhesión y amistad a un Trotski, cuando justifica sus viajes o sus medios de vida ... Y luego, cuando tiene que explicar su crimen. La verdad le está prohibida absolutamente y para siempre: está eternamente condenado a la mentira y al engaño. Quizá es ese su infierno en la Tierra. ¿Ha llegado a eso por fanatismo político, por espíritu de aventura, por corrupción económica? ¿Quizá por todo eso a la vez y al final por el terror? Es posible que haya sentido alguna vez en su vida la necesidad de recobrase a sí mismo, de rebelarse contra la monstruosa maquinaria que le domina y dirige, de evadirse del destino miserable que le han trazado. No se lo han permitido: automáticamente le han hecho sentir que era ya

demasiado tarde. No ha habido escapatoria para él. Ha tenido que mantener una inflexible fidelidad hasta el fin. Eso o la muerte. La suya y la de algún ser querido. Lo ha arrojado todo, sin opción posible, en la balanza. ¿Han querido que matara? Pues ha matado. ¿Que traicionara? Pues ha traicionado. ¿Qué fuera a presidio? Pues ha ido. Y en presidio, por encima del que le imponen las leyes, sigue sintiéndose prisionero de un poder superior: la monstruosa maquinaria cuyos engranajes parten de Moscú. Sigue perteneciendo a esa maquinaria en cuerpo y alma como Fausto a Mefistófeles. Si un día necesita que se evada, tendrá que evadirse. Y si la evasión significa la muerte, tendrá que morir. Los hombres como Jacson-Mornard-Torkoff-Mercader son explosivos con forma humana, explosivos peores aún si cabe que los descubiertos y lanzados en el transcurso de la última gran guerra, pues pasan por seres humanos perfectamente desconocidos a los demás seres. Constituyen, en todo caso, el arma política y social más peligrosa que maneja Moscú en nuestro trágico período histórico. Son viajeros de la muerte, tan misteriosos y amenazadores como la misma muerte. Les señalan la víctima y caen sobre ella. Mientras existan hombres así, agentes ciegos de una potencia y de una organización que pueden disponer a su guisa de todo lo que de más sagrado tienen la vida y la muerte, la humanidad entera está amenazada. El porvenir del hombre está amenazado. Y la moral, la dignidad, la verdad, el derecho, la justicia, la libertad —simples prejuicios burgueses según el stalinismo—, todo está amenazado. No se trata de simples especulaciones intelectuales ni de imágenes literarias. Por el contrario, se trata de una de las más trágicas y peligrosas realidades de nuestro tiempo: de una pira insaciable que nos ofrece a diario el sacrificio de hombres y de pueblos.

Sí, todo es mentira y engaño en torno a ese guiñapo humano. tinte todo, la carta que se le halló encima. No cabe duda alguna que esa carta fué redactada en Nueva York, examinada, discutida, vuelta a redactar. Para ocultar ese hecho, el asesino hubo de inventar una máquina de escribir fantástica. Lo prueban la firma y la fecha puestas a lápiz a última hora. Y el hecho de que en sus declaraciones ulteriores no recordara bien todo su contenido. La redactaron cuidadosamente los agentes de la G. P. U. en Nueva York. Como si se tratara de un documento de alta política y del que dependiera el porvenir de la U. R. S. S. Un documento histórico para ellos más importante que todas las tesis y resoluciones del Komintern a través de todos sus virajes tácticos. En la mente de sus redactores, una preocupación principal: ¿dará satisfacción a los jefes y sobre todo, al jefe supremo? Mientras Jacson-Mornard la traía bien oculta, como una bomba pronta a estallar, una copia debía salir para Moscú. Por la valija diplomática, claro está. De acuerdo con las costumbres de la G. P. U., esa carta se proponía por lo menos matar dos pájaros de un tiro: uno, Trotsky, presentándolo como el enemigo terrorista del pueblo ruso y el organizador del asesinato de Stalin; otro, el trotskismo. Moral y políticamente este último debía sufrir un duro golpe. Se quedaba sin jefe. Uno de los suyos se había desilusionado de él y lo había asesinado. En casi todos los actos de la G. P. U. se observa, en efecto, la misma doblez y la misma perfidia: no le basta asesinar, sino que necesita además deshonar a la víctima y achacarle

el crimen a otro. Pero con ello, con ese burdo maquiavelismo, denuncia su marca y su sello. Esa carta constituyó una monumental torpeza: simplemente por haberla escrito y aún más por su contenido. Era la tarjeta de la G. P. U. en el bolsillo del asesino. No cabe duda de que fué preparada con la secreta esperanza de que éste fuera, a su vez, asesinado: la siniestra G. P. U. se proponía matar en esta ocasión tres pájaros de un tiro: su agente podía morir también y ese sería "su" testamento. Fué un indudable acierto que el propio Trotski, herido de muerte, impidiera que mataran a su asesino: supo ser político hasta el fin. Iban a poderse establecer así todas las contradicciones, todas las mentiras, todas las trapacerías o las más de ellas.

El contenido de la carta guarda una grosera y mimética semejanza con las "confesiones" registradas durante los famosos procesos de Moscú. Hasta para asesinar sigue la G. P. U. una línea política rígida, con las simples variantes que exigen las circunstancias. Todos los procesados decían tener por jefe político a Trotski, aun cuando los más de ellos lo hubieran atacado duramente hasta entonces en defensa obligada de la jefatura de Stalin. Todos, tras una resistencia mayor o menor, habían capitulado una y otra vez, se habían sometido hasta la humillación. Todos habían ido al sacrificio confesando a gritos sus errores, renegando de Trotski, acusándolo como el enemigo número uno de la patria socialista y proclamando las virtudes y los aciertos casi infalibles del Gran Verdugo, al que odiaban y despreciaban en su amargado corazón. El miserable Jacson-Mornard se sometía a la misma línea de conducta, a la misma mecánica. Los acusados de Moscú decían haber recibido órdenes de Trotski de preparar el sabotaje de las industrias rusas, de provocar la desmoralización del Ejército, de asesinar a Stalin. (Con la cantidad de gente que ha pretendido asesinarlo, es incomprensible que viviera tanto). Todos hubieron de reconocer, en el infame banquillo de los acusados —infame para el que les obligó a sentarse en él—, que Trotski obraba de acuerdo con una potencia extranjera. Esa potencia era unas veces la Inglaterra de Chamberlain y otras la Alemania de Hitler. (Entre paréntesis: en Nuremberg no ha aparecido ninguna huella de esos fantásticos tratos; han aparecido, en cambio, el protocolo secreto firmado por Molotov y Ribbentrop y otros documentos no menos infames para Stalin y su diplomacia. El chacal del Kremlin ha asesinado a toda la generación de Octubre con la falsa acusación de haber hecho lo que él se disponía a hacer —y lo que hizo— años después). Nada faltaba ahora en la "confesión" del asesino guepeuista de Trotski, ni tan solo "el apoyo de una gran nación" y el de "cierto comité parlamentario extranjero". Pero como el asesinato tenía que cometerse en pleno idilio Stalin-Hitler, la "gran nación" no podía ser ya Alemania, sino los Estados Unidos plutocráticos e imperialistas, y el "comité parlamentario extranjero", el Comité Dies. ¡Qué falta de inventiva y de imaginación! Toda la campaña de la prensa comunista y comunistoide mexicana contra Trotski, durante los meses que precedieron al primer atentado y luego al asesinato, se hizo sobre la misma base. Los artículos de "La Voz de México" y de "El Popular", los discursos del alquilón Lombardo Toledano y la carta firmada a lápiz por Jacson se parecían como tres gotas de agua. Tres gotas de agua —o treinta,



o trescientas— de la misma fuente: la G. P. U. Además de las acusaciones anteriores, estas otras, más estúpidas aún si cabe: Trotski era un enemigo declarado de los generales Cárdenas y Avila Camacho —los hombres gracias a los cuales podía residir en México, el único país de asilo en el mundo para él—, decía pestes de la policía mexicana —la misma que protegía su vida y de la que había hecho públicos elogios por su diligencia—, preparaba un siniestro complot... Y para que no faltara nada, para que la torpeza fuera todavía más garrafal, en el asalto del 24 de mayo Alfaro Siqueiros había lanzado un “¡Viva Almazán!” y en la carta de Jacson aparecía una pérfida y estúpida referencia al mismo Almazán. ¿Quién podía dudar de que los mismos que le soplaron ese grito al cínico pintor, asesino fallido, introdujeron luego la referencia en la carta?

Pero la torpeza máxima de la carta está en esta frase:

“... y llegué a la conclusión de que quizá los stalinistas no andaban tan alejados de la verdad cuando acusaban a Trotski de preocuparse tanto de la clase trabajadora como de un calcetín sucio”. Es decir, la declaración sin tapujos de que el stalinismo tenía razón en su campaña contra Trotski y en la preparación de su asesinato. Si la G. P. U. hubiera puesto su membrete, su firma y su sello debajo de esa frase, la revelación no por eso hubiera podido ser más completa. Así no hay manera de engañar ni a los niños.

Sí, todo en el asesinato son mentiras, contradicciones, trapacerías. En su carta dice que abrazó las ideas trotskistas en contacto con los jóvenes estudiantes de la Sorbona; después, en sus declaraciones, que gracias a Silvia Ageloff. ¡Como que se hizo su amigo y luego su amante sabiendo la G. P. U. qué, gracias a ella, podría introducirse cerca de Trotski y asesinarle! Fué la G. P. U. quien hizo que Ruby Weil, secretaria de Luis Budenz, estrechara sus lazos de amistad con Silvia y le sugiriera incluso un viaje juntas a París. Allí estaba Jacson dispuesto a llenar su cometido. Ruby hizo las presentaciones. Inmediatamente se hicieron amigos. Silvia, trotskista ingenua y sincera, le habló de sus ideas. Jacson pareció interesarse mucho por ellas. ¡Ya lo creo! Silvia sentíase feliz de haber conquistado un “neófito” para la causa. Y doblemente feliz de que el tal “neófito” le declarara su amor y le hiciera una promesa de matrimonio. ¡Maravilloso viaje a París! Desde ese momento tenían que sucederse los acontecimientos, hábilmente conducidos por la G. P. U., hasta el asesinato de Trotski. ¿Cómo iba a sospechar Silvia qué, conducida por una fuerza oculta, llevaría ella misma al asesino, bajo las apariencias de un amante sincero, hasta la propia víctima?

En la carta afirma Jacson que “convencido de su ideología y con entera buena fe se adhirió a su organización” (a la sección francesa de la IV Internacional). También le aseguró a Cooper, mientras le acompañaba al aeropuerto, que era “un miembro activo” de dicho partido. Resultó después según su declaración a Goldman, que nunca había pasado de ser un simpatizante. Una pregunta salta en seguida a la mente: ¿cómo podía ocurrírsele a un miembro responsable del

Comité de la IV Internacional, proponerle a un simple simpatizante que fuera a México a trabajar con Trotski, cuando había no pocos militantes probados y preparados que no lograban semejante privilegio? No hubo tal miembro. El asesino asegura que celebró quince o veinte reuniones con él en París; sin embargo, nunca supo su nombre. Ni su nombre ni nada preciso sobre él. Si ese miembro hubiera tenido una confianza tan ilimitada en él, hasta el punto de mandárselo a Trotski, no podía dejar de tenerla para confiarle por lo menos su nombre. Dice que le proporcionó un pasaporte falso, un pasaporte con el cual tenía que salir de Francia, embarcar, entrar en los Estados Unidos, solicitar el visado mexicano y llegar a México. Y no se le ocurrió echarle un solo vistazo. No le interesó lo más mínimo conocer "su" identidad. Lo que pasa es que tenía que mantener oculta esa identidad y el origen guepeuista del pasaporte falso. La policía mexicana descubrió el origen del documento a pesar del asesino y a pesar de la G. P. U. En su carta afirma que el fantástico miembro de la IV Internacional le dió también dinero para todos sus gastos. Precisó luego que le había entregado doscientos dólares, cuando los gastos de viaje y la estancia en México forzosamente tenían que representar cuatro o cinco veces más. No se preocupó lo más mínimo averiguar si esa cantidad sería suficiente. Afortunadamente su madre —una madre que tuvo buen cuidado de no presentarle a su novia Silvia durante el mes que permanecieron juntos en Bruselas y cuyo paradero ignoraba al prestar declaración después del asesinato— le hizo un espléndido regalo de cinco mil dólares. Su madre: la G. P. U. Esta no suele escatimar el dinero con sus agentes. ¡La vida de Trotski bien valía cinco mil dólares!

El miembro de la IV Internacional pensó en el pasaporte, en el dinero, en la actitud que debía observar en México, en todo; pero no pensó en algo elemental: en darle a Jacson-Mornard una carta de presentación para Trotski. ¿Cómo podía reconocerle éste? ¿Cómo iba a introducirle en su casa-fortaleza y a depositar su confianza en él? Conozco perfectamente las costumbres en los medios revolucionarios internacionales —las he practicado durante cerca de treinta años— y sé que no se manda nunca a nadie encargado de cumplir una misión cualesquiera sin una credencial. Incluso cuando la misión debe llenarse en un país totalitario y cuando el emisario corre peligro de muerte, lleva bien oculta su credencial. Se hace precisamente para evitar que puedan introducirse espías, confidentes y agentes provocadores del enemigo. Pero claro está que en el caso de Jacson-Mornard no podía haber credencial ni carta de presentación. Para ello tendría que ser real el miembro de la IV Internacional. En lugar de este miembro fantástico, hay que poner otro miembro u otros miembros reales: los de la G. P. U.

Una vez en México, Jacson-Mornard espera nueve meses sin presentarse a Trotski. ¿Por qué? Si Trotski estaba prevenido de su llegada, ¿qué necesidad tenía de permanecer durante nueve meses en la más completa inacción? El asesino declaró: "eran las instrucciones que traía de París". En este punto no miente: eran las instrucciones que traía de la G. P. U. No debía mostrar impaciencias ni precipitaciones, exponiéndose a ser descubierto; debía esperar

que Silvia lo introdujera sin despertar sospechas, como una cosa fortuita y natural. Y así fué: Silvia lo presentó a Alfredo y Margarita Rosmer de los que se hizo amigo. Le hacía a Rosmer continuas visitas al hospital. Cuando salió de él, siguió visitándole en casa de Trotski. Rosmer le recibía a la puerta. Encontrando esto molesto, surgió de la propia Natalia Sedova el invitarle a pasar. La presentación a Trotski era obligada. Mientras tanto debía fingir que estaba ocupado en unos negocios fantásticos: éstos le habían traído a México y le daban para vivir, incluso para tener automóvil. A Silvia le aseguró en Nueva York que le esperaba en México su patrón, un tal Peter Lubeck —inexistente como todo lo demás—, el cual debía darle cincuenta dólares semanales por su trabajo. Puesto que Silvia era una militante trotskista, por cuyo intermedio decía haber conocido a los trotskistas franceses —incluso al miembro del Comité de la IV Internacional, presentado por ellos (por ellos y no por la propia Silvia, que podía desmentirle)—, ¿qué necesidad tenía de inventar ese embuste y de ocultarle a ella que lo mandaban para que trabajara con Trotski? Se lo ocultó porque era mentira y esa mentira se hubiera descubierto inmediatamente.

Desgraciadamente, la muerte le impidió a Trotski desmentir lo dicho por su victimario respecto a sus conversaciones. No importa: el propio asesino tenía que desmentirse a sí mismo. De las once visitas que hizo a la casa de Trotski —sin contar la del crimen—, está comprobado que, sólo logró hablar con él tres veces. En una de ellas, el día de su presentación, se limitó a tomar el té con Trotski y con Rosmer. Cuando Goldman le preguntó si había tenido alguna conversación con Trotski en presencia de Rosmer, respondió: “No recuerdo”. Si en esa breve entrevista Trotski le hubiera hablado de sus proyectos, el asesino lo recordaría perfectamente y lo hubiera dicho invocando el testimonio de Rosmer. Prefería, claro está, evitar ese testimonio. La segunda vez que lo vió —la anterior al asesinato—, le llevó el borrador de su artículo y se limitaron a hablar sobre él. Para Jacson-Mornard fue el ensayo general. La tercera vez le llevó nuevamente el artículo y le dió el golpe mortal. mientras lo leía. ¿Cuándo pudo hablarle Trotski de sus planes?

Hay en la carta firmada por Jacson un párrafo que conviene reproducir. Dice así: “Recién llegado aquí me dijeron que debía estar algo alejado de la casa de Coyoacán para no llamar la atención sobre mí y sólo unos meses después empezaba a frecuentar dicha casa más a menudo, por indicación de León Trotski, quien empezó a darme poco a poco algunas precisiones sobre lo que esperaban de mí”. “Recién llegado aquí (a México) me dijeron ...” En su declaración afirmó que era el miembro de la IV Internacional quien le había dado esas instrucciones en París. Según su carta le dijeron eso en México, a su llegada. ¿Quién pudo decírselo si tardó nueve meses en ponerse en contacto con la casa de Trotski? ¿Quién si, según sus propias declaraciones, no se puso en contacto con ningún trotskista en México? La respuesta es por demás sencilla: le dijeron eso los agentes de la G. P. U. Trotski empezó a darle “poco a poco algunas precisiones... ¿Cómo logró Trotski darle “poco a poco algunas precisiones” si sólo logró verle las tres veces antes apuntadas?

Aquí afirma que le dió "algunas precisiones". En su segunda declaración ante el Jefe del Servicio Secreto dijo: "Me habló en líneas generales. Jamás me dió detalles exactos". ¿Hubo precisiones o no las hubo? El viaje por el China Clipper hasta Shangai, el paso a Rusia por el Manchukuo, el asesinato de Stalin, el sabotaje de las industrias de guerra, la desmoralización del Ejército: todo eso parécenos que son precisiones exactas. ¡Y qué precisiones! Exigirían, en efecto, que se trataran poco a poco, muy poco a poco.

La misión que debía llenar el asesino es en sí absurda, fantástica, contraria a la mentalidad política de Trotski y, desde luego, a sus posibilidades. ¡Como si fuera cosa fácil introducirse en la U. R. S. S., a través del Manchukuo o por cualquier otra parte! ¡Como si fuera fácil, sobre todo, para un agente trotskista nacido en Bélgica y que confiesa, por añadidura, que no sabe el ruso! Y nada menos que con el encarguito de sabotear las industrias, desmoralizar el Ejército y asesinar a los jefes soviéticos y en primer lugar, a Stalin. Aquí aparece otra contradicción de bulto: en su carta afirma que Trotski le encargó especialmente el asesinato de Stalin; en el interrogatorio de Goldman lo negó: sólo (!!!) lo mandaba a sabotear las industrias y a desmoralizar el Ejército. O Stalin y su G. P. U, nos toman a todos los habitantes de la Tierra por idiotas perdidos o no tienen la menor noción del ridículo. En todo caso debemos observar un hecho: cada dato material, referente al extranjero, dado por los procesados de Moscú —Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Piatakov— resultó comprobadamente falso. Lo mismo ocurrió en el proceso que la G. P. U. nos montó a algunos de mis compañeros y a mí en España. Y lo mismo ocurre ahora con el asesinato de Trotski. La gran desdicha para Stalin y la G. P. U. consiste en que las policías y los tribunales extranjeros no son todavía totalitariamente stalinistas, salvo en los países bálticos y balcánicos —así como en Polonia— donde las oposiciones empiezan a conocer las bondades de la justicia guepeuista...

En fin, resulta absolutamente absurda también la tesis de Jacson-Mornard sobre su, "desilusión" de Trotski. ¿Cuándo pudo sentir esa desilusión? ¿Mientras tomaba el té con él y con Rosmer? Fué esa, como hemos visto, la única entrevista que tuvo con Trotski antes de la del ensayo general y de la del asesinato. En el apretado interrogatorio que le hizo Goldman no supo precisar cuándo ni cómo la sintió. Precisó, en cambio, en qué momento concibió la idea de asesinar a Trotski. Este, que ignoraba poco antes su existencia, resulta que le había hecho venir a México y había destruido su vida. ¿Y cómo no le manifestó su desilusión a nadie? ¿Cómo se la ocultó incluso a Silvia, su amante? ¿Por qué siguió presentándose ante ella, hasta el último instante, como un ferviente admirador del revolucionario ruso? Y si de veras hubiera sentido esa desilusión, ¿se concibe que ella por sí sola le impulsara a matar fría y premeditadamente y a perderse para siempre?

De toda la siniestra novela que rodea a ese miserable, sólo quedan unas notas reales: inmediatamente después del atentado, en momentos de máxima tensión nerviosa y de pérdida del control sobre sí mismo al sentir amenazada

su vida, grita angustiada: "¡Me obligaron a hacerlo!" y "¡Han encarcelado a mi madre!" Después, cuando logra reponerse un poco, cuando recobra el control sobre sí mismo y vuelve a vivir su papel, niega obstinadamente la participación de la G. P. U. ¿Quién pudo obligarle a matar a Trotsky? Sólo podían estar interesados en ello Stalin y su G. P. U. Sólo ellos. La propia obstinación del asesino en negarlo después, lo prueba. Sin duda alguna, esa negativa constituía una condición estricta. ¿Es cierto lo referente al encarcelamiento de su madre? Yo lo creo muy posible. Entra en las costumbres corrientes de la G. P. U. En cuanto se le confía a un funcionario o a un agente una misión de regular importancia, se guardan sus familiares en calidad de rehenes. Y antes de confiarle a un agente extranjero una de esas misiones, se le invita a trasladar a su esposa, a sus hijos, a su madre a la U. R. S. S.: allí estarán bien atendidos y a salvo de posibles represalias... Una vez los familiares allí, el agente está perdido. Añádase que la misión de asesinar a Trotsky no era de regular importancia: era, para Stalin y para la G. P. U., una misión importantísima, quizá la misión número uno en aquellos momentos.

Hay otro hecho innegable: durante los meses que precedieron al asesinato, Jacson-Mornard vivió bajo el terror. Sentíase vigilado, coaccionado, amenazado. Estaba como preso en una terrible red. Fracasado el asalto del 24 de mayo, en cuyos preparativos tomó una parte indudable, debía presentir que se acercaba su momento: el momento de entrar directamente en funciones. ¿No lo habían preparado todo para eso? Cuando lo llamaron a York, sabía de lo que se trataba. Volvió con una orden categórica: "Ahora tú, Te hemos reservado para eso. Cuidado con fallar el golpe, pues Moscú no te lo perdonará ni nos lo perdonará a nosotros. Y si logras salir con vida, cuidado con hablar. Esta carta hablará por ti. Si no cumples el mandato, ya sabes lo que te espera y lo que le espera..." Los últimos días sentíase nervioso, pálido, enfermo. No se atrevía a mirar a Silvia. Tenía ésta la impresión de estar hablando con un muro. Con un hombre obsesionado por una idea fija. Por mucho que fuera su fanatismo y su cinismo, todo esto resulta lógico y natural. Quizá si el asesinato hubiera dependido de su sola voluntad personal, hubiera retrocedido. Pero no dependía de él y no podía retroceder. Tenía orden de matar y mató. Ahora tiene orden de callar y calla. ¡Un agente típico de la G. P. U.!

La escoria humana Jacson-Mornard-Torkoff-Mercader nos importa relativamente. Importa por lo que se oculta detrás de él. Todo el mundo lo sabe: Stalin y la G. P. U., hoy N. K. V. D. Trotsky lo señaló claramente a la opinión pública después del primer atentado. Cuando Cooper acompañaba a Jacson-Mornard al aeropuerto, en viaje para Nueva York le oyó decir: "... la clase obrera del mundo entero le hará pagar a Stalin todos sus crímenes". Trataba de inspirar así mayor confianza, pero era su subconsciente quien hablaba, quien acusaba y quien condenaba. Todos sus crímenes... Incluso los que se dispone a cometer, pues sólo puede vivir y seguir en el poder a base de terrorismo y de crímenes. Es posible que muera antes de pagarlos ... Pero aun así los pagará ante la conciencia universal y ante la historia.

## TERCERA PARTE

### LOS GÁNSTERS DE STALIN Y SUS CÓMPLICES

#### XIV

#### LA DETENCIÓN DE ÁLFARO SIQUEIROS

No fué empresa fácil descubrir la pista del pintor David Alfaro Siqueiros y luego proceder a su detención. Como queda dicho en capítulos anteriores, a los pocos días del primer asalto y cuando empezó a sonar su nombre en la prensa, dirigió una carta al General Núñez ofreciendo presentarse espontáneamente a declarar si así se le requería. Trataba de desvirtuar, por medio de este golpe de audacia, las sospechas que empezaban a, cundir sobre él. Públicamente se le hizo el propuesto requerimiento y hasta se le ofrecieron toda clase de garantías. Mas al verse señalado como el jefe material del asalto del veinticuatro de mayo, lejos de cumplir su ofrecimiento, pareció que se lo había tragado la tierra.

Ninguna otra detención, durante el tiempo que actué como Jefe del Servicio Secreto de la Policía de México, iba a causarme las preocupaciones y a obligar mi atención como ésta del inquieto y audaz pintor stalinista. Todas las investigaciones realizadas en diversos puntos de la República resultaron infructuosas. Con fecha quince de julio recibí una carta de León Trotski. Me decía entre otras cosas:

“Los periódicos afirman, citando su nombre, que los hermanos Arenal y Siqueiros están en Manzanillo. Si esto es cierto, tiene en mi opinión una importancia trascendental. De fuente digna de la mayor confianza tengo la información de que un navío soviético debe llegar en los próximos días, si es que no llegó ya, a Manzanilla con objeto de cargar metales para el Japón. Es muy probable, casi seguro, que este navío viene en realidad para recoger a Siqueiros, a los Arenal y a otros agentes de la G. P. U. y estima que esta hipótesis merece toda la atención de las autoridades competentes.

“Usted sabe que Luis Arenal visitó en Nueva York a la escritora Anita Brenner después del asalto, pero antes de que la prensa revelara su participación en el mismo. Considero este hecho absolutamente seguro. La información de que Siqueiros fue también visto en Nueva York, no merece la misma confianza. Posiblemente el rumor proviene de la misma G. P. U. para desviar la investigación”.



*David Alfaro Siqueiros*

Esto motivó que el agente Pedro C. Balderas, acompañado de dos más, realizaran una minuciosa investigación en el puerto de Manzanillo. Inspeccionaron escrupulosamente varios barcos de pasajeros y de carga que se encontraban anclados allí, con matrículas del Japón y de Noruega, aparte de otro de procedencia alemana que debió estar allí por tiempo indefinido. En ninguna de las embarcaciones se encontró la menor huella de los prófugos de la justicia, ni tampoco la hallaron en la ciudad y los poblados circunvecinos.

Antes estuvieron mis agentes recorriendo varios puntos del estado de Guerrero, fijando principalmente su atención en un pueblecillo de la región de Balsas, donde bien podría asegurarse que llegaron a estar ocultos en la casa de una agraciada maestra rural, Alfaro Siqueiros y Antonio Pujol, amante éste de dicha maestra. Quizá también llegaron a estar con ellos los hermanos Arenal y hasta Angélica, la esposa de Siqueiros. Pero la llegada de mis agentes había sido tardía.

Anteriormente, casi inmediatamente después del primer asalto, hicimos varias excursiones a Cuernavaca, a donde evidentemente se había dirigido el pintor comunista después de su criminal aventura. Practicamos visitas domiciliarias en diversas residencias de la ciudad, habitadas por extranjeros de la misma filiación, pero tampoco pudimos alcanzar nuestro objeto.

Luego llegué a abrigar la creencia de que el prófugo se encontraba oculto en Guadalajara. Señalábase la mansión de un ex funcionario tapado como su refugio. Mediaba entre ellos vieja amistad, nacida en el período revolucionario, cuando Siqueiros, con el grado de oficial, militaba en las filas del General Manuel M. Diéguez. Recibí diversas denuncias en tal sentido. Por otra parte, habíase visto a Angélica Arenal en viaje hacia la capital de Jalisco en condiciones muy sospechosas. Me la describían como una mujer de veintiocho años de edad, de rostro ovalado, frente despejada, nariz recta, bastante grande y un tanto ancha, boca grande, labios finos y complexión regular. Su cabello era lacio, partido en medio, recogido en los extremos en forma ensortijada y mostrando una especie de rizo o mechón caído verticalmente en medio de la frente. Esta descripción concordaba con la fotografía que poseíamos de ella. Durante su citado viaje —por ferrocarril— vestía humildemente, sin duda con rebuscada sencillez. La acompañaba una niña —¿para no inspirar sospechas?— y llevaba dos velices como equipaje. Los agentes Balderas y Moreno fueron destacados a Guadalajara y sólo lograron averiguar que el jueves tres de junio —diez días después del asalto— habían salido Siqueiros y algunos de sus cómplices de aquella ciudad, con rumbo a la región minera de Hostotipaquillo, Jalisco, punto donde yo sabía de antemano que el pintor contaba con algunos amigos barreteros, a los que en otro tiempo agitara con problemas de trabajo y en franca campaña comunista. Lograron averiguar asimismo mis investigadores, que días antes del atentado David y dos comunistas españoles habían estado en aquella región, sin duda con el fin de prepararse un refugio seguro. Pero se ignoraba su paradero actual.



Terminada la investigación en torno al asesinato de León Trotski, según el relato hecho en capítulos anteriores, y liquidada la campaña presidencial con la instalación del nuevo Congreso, sucesos que absorbieron nuestra atención en lo referente al orden público, pudimos dedicarnos de nuevo intensamente a la captura del prófugo de la justicia. Desde su ignorado escondite venía dedicándose éste a mandar violentos artículos contra el régimen a algunas revistas metropolitanas, fechando los mismos en la ciudad de México para dar la impresión de que se encontraba allí y con el evidente fin de desorientar nuestras pesquisas, pues hacía coincidir la fecha de sus escritos con la del depósito en las oficinas postales de la capital, según los sellos de cancelación de timbres. Una de estas publicaciones dió incluso una entrevista con el pintor, ilustrada con fotografías, queriendo denotar así que llevaba una vida poco menos que normal.

Tal era el cuadro que presentaba la situación en la noche del veinticinco de septiembre, cuando decidí trasladarme a Guadalajara en automóvil, con seis de mis hombres escogidos, siempre tras la difusa pista del huido. En cuanto llegué a la encantadora Perla Taparía me puse en contacto con el Gobernador, señor Barba González, con el Comandante de la Zona Militar, General Macías Valenzuela, y con algunas otras autoridades de Jalisco, de todas las cuales obtuve todo género de facilidades en mi empeñada lucha. Allí, en Guadalajara, establecí mi base de operaciones inquisitivas, pero guardándome de ser visto en público por razones hartamente comprensibles. Estaba resuelto a no volver a la capital sin que me acompañara el éxito.

A Hostotipaquillo, nuestro principal objetivo, no debía mandar ningún agente sin ocultar cuidadosamente su identidad, pues, como he dicho anteriormente, el pintor comunista contaba allí con amigos seguros que no dejarían de advertirle de nuestra presencia. Teníamos, pues, que obrar con toda cautela. En los autobuses que cubren el servicio en aquella ruta y vistiendo ropas regionales, destacué primero a los agentes Figueroa y Ramírez, quienes debían hacerse pasar por humildes vendedores de baratijas. Poco lograron en este viaje, pues sus informes no arrojaron mucha luz sobre el paradero de Siqueiros. Volvieron a Guadalajara e inmediatamente hice que regresaran a Hostotipaquillo con nuevas instrucciones: debían recorrer ahora las rancherías y Figueroa debía hacerse pasar por un comprador de pochote y fibras y Ramírez por uno de pedernal para adorno de jardines y macetas. De esta suerte, y sin inspirar sospechas, podrían insistir en sus propósitos.

Era Sidonio Ramírez uno de los más ladinos y estupendos especialistas en vigilancias. Una vez en Hosto —así llaman por abreviación los residentes a Hostotipaquillo—, fuese por su cuenta derecho a la Iglesia y solicitó que le confesara el señor cura párroco. Fingióse para ello ferviente católico y habituado a las prácticas que su fe le imponía. Dióle a conocer al sacerdote su supuesta manera de ganarse el sustento y díjole, además, que para ello tenía pensado internarse en la sierra, pero que habiendo oído decir que por aquellos lugares deambulaban algunos comunistas conducidos por un tal Si-

queiros, y considerando a éstos enemigos jurados de la religión, temía toparse con ellos y pasarlo bastante mal —y hasta quizá exponer la vida—, por lo que imploraba del padre los informes que pudiera conocer, ya que por lo general los sacerdotes están interiorizados con todo lo que de notable ocurre en los pueblos. El místico fingimiento de Ramírez dió los mejores resultados, pues un tanto conmovido, el señor cura le dijo qué, en efecto, desde hacía algunos días se encontraba por aquellos rumbos “ese mal hombre”, protegido por las autoridades municipales y por otros elementos del pueblo. Díjole también que cuando bajaba al pueblo se ocultaba indistintamente en las casas del alcalde y del secretario, así como que en Cinco Minas trabajaban otros comunistas vinculados con Siqueiros. Acabó aconsejándole que desistiera de sus intenciones de internarse en la sierra o que tomara si lo hacía las debidas precauciones.

Enterado de todo esto por el parte que se apresuró a mandarme el agente Ramírez, resolví marchar a Hostotipaquillo, si bien encubriendo, como es de suponer, mi condición policíaca. Pero ¿de qué medios iba a valerme para ello?

El Estado de Jalisco se encontraba en plena campaña electoral para la renovación de los Diputados locales. Observábase por todas partes cierta agitación política. Pensé que bien podía aprovechar aquella circunstancia para introducirnos en el ambiente simulando ser propagandistas electorales, allanando así el camino hasta llegar a Siqueiros burlando la vigilancia montada por éste y por sus cómplices. Plantados en Hostotipaquillo, podríamos seguir más fructíferamente nuestra labor.

El General Núñez me había destinado a un comandante de la Policía uniformada, gran conocedor del terreno y de los distintos sectores sociales. De él me valí para dar con una persona de su confianza que pudiera ayudarnos consintiendo en pasar por nuestro candidato a diputado. Me presentó a uno de esos tipos que gustan de la notoriedad, con recursos económicos y más o menos conocido por aquellos contornos. Era un pintoresco charro, vecino del municipio de Tequila; una vez instruido del papel que iba a representar, mostróse entusiasmado y hasta tomó bastante en serio la cosa. Se hizo rápida impresión de volantes de propaganda y con ellos tapizamos materialmente la camioneta adquirida para nuestra gira política.

Por otra parte, obtuve de la Zona Militar que se giraran instrucciones a las fuerzas federales destacadas en los puntos limítrofes a Hostotipaquillo, a fin de que cubrieran los pasos por donde pudiera escurrirse el prófugo, en el supuesto de que se encontrara en aquel territorio y de qué, al sentir nuestra presencia, intentara escapar. A dichos elementos militares les envié previamente la filiación de Siqueiros y de su esposa Angélica Arenal para facilitarles la identificación.

Y como pudiera darse el caso de que en un momento dado se necesitara de algún servicio auxiliar, solicité de la misma Zona una sección de tropa; se me proporcionaron treinta hombres del Cuarto Batallón de Línea, al mando de un

teniente joven y por demás activo.

Mientras tanto continuaban en Hostotipaquillo los agentes Ramírez y Figueroa, y en la estación de La Quemada permanecía otro, Felipe Sotomayor, con órdenes de inspeccionar a su paso todos los convoyes del Ferrocarril Sud-Pacífico, pues podía muy bien suceder que en uno de ellos tratara de escapar el pintor.

Nos ponemos en marcha hacia nuestro inmediato cuartel general: Hostotipaquillo, pueblo polvoriento y tristón, pero otrora próspero y alegre. Viajan conmigo en la camioneta los agentes restantes, el "candidato" y tres de sus "correligionarios". A discreta distancia marchaba también el camión de la fuerza federal. Hice que en La Quemada se incorporara el agente Sotomayor a nuestro grupo. Seguimos adelante hasta unos veinte kilómetros antes de nuestro puerto final. Al lado de la carretera, los ladridos de los perros nos denuncian la existencia de un ranchito. Descendemos con el fin de contratar buenos guías que, con el teniente y diez soldados y el agente Sotomayor, deben encaminarse a campo traviesa hacia Cinco Minas. Los militares deben guarecer el poblado en aparente desconexión con el agente, que debe dedicarse a labores inquisitivas. Hago que adelante el camión que conduce a la tropa sobrante, con órdenes de llegar hasta el pueblo donde permanecerá de guarnición, si bien en reservado contacto con nosotros. Y al clarear la mañana, los ocupantes de la camioneta, supuestos propagandistas políticos, tomamos hospedaje en un mesón con pretensiones de hotel, situado en una calleja cercana al parque principal.

A primera hora hábil nos acercamos al Palacio Municipal para saludar al señor Alcalde y enterarle de nuestros propósitos electorales. Nos recibió no sin recelo, con bastante desconfianza; luego mudó de ánimo y nos dimos a la charla sobre cuestiones intrascendentes. Al parecer, no se había dado cuenta de nuestra verdadera misión.

Investigando aquí y allá, pudimos confirmar sin lugar a dudas los informes obtenidos por Sidonio Ramírez del cura párroco durante su confesión. Supimos así que el Presidente Municipal, su Secretario qué, a la vez, era segundo Comandante del Primer Escuadrón del 58 Cuerpo de Reservas, el Comandante de la Policía y algunos otros elementos del Ayuntamiento, constituían la falange de encubridores de Siqueiros.

Hacia las tres de la tarde del mismo día, me devolvió la visita el señor Alcalde. Pero grande fué mi sorpresa cuando, al acercarse a mí en el mesón en que nos hospedábamos, me saludó de esta manera:

—Buenas tardes, mi Coronel Salazar.  
Lo dijo con cierta sorna y socarronería.

—Pero usted me confunde —repliqué—. No soy militar ni lo he sido nunca. ¿O

se está usted guaseando?

—Pero ¿cómo no, mi Coronel? ¡Si es usted el Jefe de la Secreta de México!

—Le advierto a usted que me está confundiendo —le repliqué un tanto irritado.

Debo apuntar que me había dejado crecer la barba y que vestía la misma ropa regional de mis agentes, disfraz con el que esperaba pasar completamente desapercibido aún ante los habituados a ver mi fotografía en los periódicos.

—No desconfíe de mí, Jefe —siguió diciendo el Alcalde—.

Como autoridad, tengo la obligación de ponerme a su servicio. No puede usted negar que es el Coronel Salazar.

Mientras decía esto, desdoblaba una hoja de fotograbado en que aparecía. yo de cuerpo entero, con motivo de un trabajo policíaco muy sonado.

—Mire: dése usted una rasurada, quítese esos espejuelos negros, póngase su ropa de "catrín" y volverá a ser el Coronel Salazar —agregó el ladino Alcalde.

Y como viera que su descubrimiento me exasperaba, prosiguió en tono conciliador:

—No se moleste, Jefe. Le repito que me tenga confianza y que me diga en qué puedo servirle.

—Pues bien, soy el Coronel Sánchez Salazar, Jefe del Servicio Secreto de México, y agentes míos son los hombres que me acompañan —me decidí a decirle al fin en tono resuelto—. Vengo ocultando mi carácter oficial porque sé el terreno que piso. Pero confío en su autoridad y acepto su ayuda. Vengo persiguiendo al prófugo de la justicia David Alfaro Siqueiros. Su primera respuesta me demostrará si es usted sincero o no. A ver, dígame: ¿conoce usted a ese hombre?

Vaciló un momento, pensando sin duda que yo podía muy bien conocer su condición de encubridor. Reaccionó al fin, calculando que de todos modos tenía que decirme algo, y confesó:

—Sí; conocemos a David, señor. Ha estado por aquí en distintas ocasiones. Es amigo y compañero nuestro en asuntos sindicales, pero nada más. Le aseguro que nada sabíamos de que fuera un delincuente y de que le persiga la justicia.

—¿Y ha estado por aquí las últimas fechas?

—Sí señor. Y su esposa también. Pero no se ha dado a ver porque dice estar

algo enfermo. Como no sabíamos que lo persiguieran, lo estuvimos alojando en distintas casas y en la mía propia. Tengo entendido que su señora regresó a México.

—Bien. ¿Y en qué fecha estuvo aquí la última vez? —Hace dos días exactamente:

—¿Dos días nada más? —exclamé sorprendido.

—Sí, señor. Salió a la sierra porque asegura que le hacen mucho bien el sol y el aire puro. Debe encontrarse por allí, pero no podría señalarle el punto preciso, pues aun cuando le preguntamos que a dónde se encamina, invariablemente contesta: "Sin rumbo, sin rumbo; pero nos seguiremos viendo".

Comprendí que nada más podría decirme aquel hombre sin denunciar su papel de encubridor, con las correspondientes y perjudiciales consecuencias para él. Por el momento, me convenía disimular: en lugar de un grupo hostil, podía obtener de ellos alguna colaboración. Por otra parte, no podía mandarlos a la cárcel por ser autoridades municipales y gozar de fuero. Lo mejor era limitarme a vigilarlos.

—Está bien —le dije—. Tomo como cierto todo lo que usted me ha dicho y acepto la cooperación que me ofrece.

Sin perder un momento, procedí a organizar una columna compuesta por los agentes y los soldados. El Alcalde, el Secretario y el Comandante de Policía, seguidos de algunos rurales, nos agenciaron algunas cabalgaduras y a instancias mías, formaron parte de la columna en calidad de guías. Lo que quería yo en realidad era no perderlos de vista un solo instante, convencido como estaba de que se apresurarían a avisarle de nuestra presencia al perseguido. Emprendimos la marcha hacia la sierra más próxima. Sin perder el enlace, nos dispersamos sobre el terreno, batiendo materialmente la maleza. Nos fuimos deteniendo en las rancherías, interrogando a sus moradores y registrando sus chozas. Ya en el filo de la sierra, nos sorprendió la noche y me vi obligado a disponer el regreso. Pero a mitad del camino, desandado, nos ocurrió algo por demás desagradable: el Secretario Luna, que venía bajo discreta custodia, aprovechó el paso de un arroyo para arrojarle del caballo y echar a correr protegido por la oscuridad y por la espesura. Perdimos bastante tiempo en su busca, pero todo fué inútil. ¿Iría a reunirse con Siqueiros y a advertirle del peligro que le acechaba? Era lo más probable. Fué este un trago bastante amargo.

Al día siguiente, muy de mañana, efectuamos otro recorrido con los mismos elementos e igual táctica, pero por rumbos distintos y con idéntico resultado. Confieso que empezaba a desalentarme: itrece días de pesquisas y de afanosos trabajos desde nuestra salida de México y no habíamos adelantado, casi nada! En tales condiciones y pese a mi inicial propósito de no volver a la capital con las manos vacías, resolví dirigirme con dos de mis agentes a Ixtlán

del Río, Nayárit, con el fin de ponerme en comunicación con el General Núñez y obtener su anuencia para regresar a México en el caso de que fracasara mi última esperanza. Consistía ésta en el regreso del agente Sotomayor de Cinco Minas. El General Núñez me autorizó a volver a la capital. Pero la prensa y el público esperaban con cierta ansiedad el resultado de mi prolongada expedición. ¿Qué cuentas iba a rendir?

Emprendí el retorno a Hostotipaquillo. Un poco me reanimó el encontrarme allí con Sotomayor, conduciendo a un detenido que iba a ser la clave de un éxito final en nuestra empresa. Tratábase de Cristóbal Rodríguez Castillo, vecino de Cinco Minas y viejo amigo del asaltante de la casa de Trotski. Era un viejo minero, destruido por la silicosis y cargado de familia. Aunque nacido en Hostotipaquillo, radicaba en Cinco Minas desde hacía veintidós años. Conocía a Alfaro Siqueiros desde mil novecientos veintiséis, en que ambos organizaron diversos sindicatos en la comarca y hasta dirigieron una huelga que se prolongó durante sesenta días y que constituyó todo un éxito para sus camaradas. Por esta razón y por haber vivido allí tres años, el pintor gozaba de popularidad entre los trabajadores, si bien eran pocos los que comulgaban con sus ideas.

—Comprenda que es usted un hombre enfermo —le dije después de escuchar su primer relato—; sus achaques reclaman reposo, tranquilidad y muchos cuidados. Ocultarme la verdad, es acercarse al presidio. Su numerosa familia estaría condenada a perecer, pues entiendo que no es usted hombre de recursos para su sostén. No concibo que usted pueda estimar en más la amistad de Siqueiros que su libertad, su propia vida y sobre todo, el bienestar de su familia. Tengo en mi poder testimonios y pruebas innegables de que usted ha venido prestándole protección al pintor, que como sabe es un delincuente. Usted es un encubridor y por lo tanto, otro delincuente. Si se niega a decirme lo que sabe sobre el paradero de Siqueiros, sintiéndolo mucho me verá obligado a conducirlo a México. De usted mismo depende su suerte futura.

A medida que le hablaba, comprendí que me lo iba ganando. Por fin, ahogado de emoción, llorando casi, me dijo:

—Está usted en lo justo, Coronel. Si abriendo mi corazón traiciono la amistad, sé en cambio que salvaré a mi familia, a mi mujer, a mis hijos. Estoy perdido, Coronel; pero confío en que me salvará usted, pues también debe ser padre.

Y empezó así su relato:

—A fines de abril hizo David un viaje rápido a este pueblo. Estuvo un día a lo sumo. No pudimos vernos, pero me dejó un recado escrito en el que decía que fuera urgentemente a México. También me dejó cincuenta pesos para los gastos de viaje. Me trasladé luego a la capital. Y el día mismo de mi llegada visité a Siqueiros.

—¿En qué lugar se vieron?

—Donde me ordenaba en su recado: en el Hotel Majestic.

—Prosiga, don Cristóbal.

—Durante nuestra entrevista me dió instrucciones de que volviera luego aquí y procediera a buscar a dos hombres valientes y dispuestos a todo para trasladarse a México y desempeñar un trabajo muy importante con él. Le aseguro que no me dijo de qué se trataba ni yo se lo pregunté, pero supuse que sería asunto político, pues yo sólo conozco a David como pintor y como político. También me hizo saber que a aquellos individuos les pagaría, cinco pesos diarios y me dió cien para sus gastos de viaje. A los tres días ya estaba aquí de regreso y de acuerdo con el Presidente Municipal y con el Secretario del Ayuntamiento, amigos nuestros, nos fijamos en Genaro Casillas y en Narciso Padilla, dos muchachos bragados como los pedía David, y luego les dimos instrucciones de que se marcharan a México y se pusieran a sus órdenes.

—¿No preguntaron de qué se trataba?

—No, señor. Tenían confianza en nosotros y también en Siqueiros. Se mostraron entusiasmados de poder hacer el viaje a la capital. Con ellos marchó también Luna, Secretario del Ayuntamiento y Segundo Comandante del Escuadrón del 58 Cuerpo de Reservas.

—¿Y por qué fecha fué eso?

—A mediados del mes de mayo.

—¿Y no sabe usted que esos dos individuos tomaron parte en el asalto a la casa de Trotski?

—Lo supe después. Casillas y Padilla, cuando volvieron aquí, no parecían muy contentos de haber tomado parte en el asalto. Decidimos todos guardar silencio.

—¿Cuándo volvió usted a ver a Siqueiros?

—Supe que había venido a ocultarse aquí. En la tarde del once de septiembre, Luna vino a decirme que el pintor quería hablar conmigo. La entrevista se celebró en la casa del mismo enviado, donde vivían entonces Alfaro Siqueiros y Angélica Arenal, que me presentó como su mujer. Me estuvo hablando un rato largo de la guerra civil española y de la situación europea. Después me habló también del asalto a la casa de Trotski, al que Siqueiros acusaba de ser el jefe de la contrarrevolución internacional. Nos tomamos unas cervezas juntos y nos separamos. Debo decirle también que encontrándome en Cinco Minas, donde radico, tuve informes verídicos de que David y Angélica estuvieron

ocultos desde fines de junio hasta la primera semana de julio, en el mismo domicilio de Luna, pasándose después a la casa de Ruiz Ramos, comandante de un pelotón de las Reservas. En dos ocasiones estuvo a visitar al pintor su hermano Jesús, que, con Angélica, servíanle de enlace con México. En uno de sus viajes, Jesús vino con un periodista y dos fotógrafos, pero David se enojó con su hermano por semejante imprudencia y parece que se negó a recibir a sus acompañantes.

—Muy bien, don Cristóbal. Ahora, dígame: ¿no sabe cuándo se alejó la última vez de este pueblo el pintor y quién le acompañaba?

—Exactamente, no, pues ya le he dicho que no vivo aquí; pero sí que puedo asegurarle que no hace muchos días. En cuanto a acompañantes, sé que le sigue un pistolero llamado Marcos Orozco.

—¿Y no podría decirme, con más o menos exactitud, dónde puede encontrarse ahora?

Se me quedó mirando fijamente. Sin duda se resistía a hacer la última revelación con la total entrega del prófugo. Pero quizá recordó a su mujer y a sus hijos y por fin, contestó con franca resolución:

—Búsquenlo en el rancho de San Blasito, situado en las inmediaciones de la sierra, como a unas cuatro leguas de aquí y a la izquierda de donde me han dicho que anduvieron ustedes ayer, cerca del arroyo por donde se escapó Luna. Allí en San Blasito le proporcionan alimentos y a veces duerme en los potreros, no muy lejos.

Este interrogatorio se había prolongado hasta cerca de las doce de la noche. Era evidente el cansancio de aquel infeliz hombre. Por mi parte abrigaba la convicción de que me había dicho toda la verdad.

Habíase desarrollado la anterior escena en la pieza que nos servía de alojamiento. Nos rodeaban los agentes. Hice que llamaran al Presidente Municipal y al Comandante de Policía, que permanecían en alojamientos contiguos, y después de repetirles el relato de don Cristóbal y demostrarles sus ligas con Siqueiros, les prometí pasar por alto su responsabilidad a condición de que me prestaran franca y leal ayuda en la captura del prófugo.

Temerosos tal vez de las consecuencias de su comprometida situación, se ofrecieron unánimemente a servirnos de guías hasta el escondite del pintor. El tiempo volaba y era preciso dar el golpe cuanto antes. Debíamos movernos aprovechando las sombras de la noche para caer a la madrugada sobre el rancho. Al efecto, organicé inmediatamente tres grupos de doce hombres, entre agentes y soldados, con sus respectivos guías. El plan consistía en emprender la marcha siguiendo itinerarios distintos para coincidir en el mismo objetivo: San Blasito, rancho que debía quedar sitiado al amanecer, dentro



del área de un kilómetro aproximadamente. La atención y la vigilancia debían ser redobladas en aquellos puntos de posible escape, según las indicaciones de los guías. El cerco debía ir estrechándose lenta y cuidadosamente, con el fin de registrar toda la maleza. Los elementos que llegaran los primeros al rancho debían evitar la salida de sus moradores y si daban con Siqueiros, debían prenderle sin la menor violencia, salvo en caso de agresión.

Hacia la una salió el primer grupo, dirigido por Sotomayor, siguiendo la ruta del costado derecho de la sierra, para desplegarse oportunamente hacia el noroeste. Media hora después se ponía en marcha el segundo grupo, por el centro, llevando como jefe a Figueroa, con órdenes de hacer el mismo despliegue, pero hacia el oriente, en cuanto tomara contacto con el grupo de Sotomayor. Y por último, dos horas después desfilaba el Chino Arias al frente del tercer grupo, siguiendo hacia la izquierda de la serranía, para flanquear a su tiempo el rancho, por el sur, y enlazar con las dos primeras fracciones. Yo vigilaría la ejecución de los movimientos y sobre el terreno resolvería las situaciones que se nos presentaran.

Al amanecer, el rancho de San Blasito estaba en jaque y cumplidas en su primera parte las disposiciones digitadas. Se inició el avance, estrechando el cerco poco a poco y sin ninguna novedad. Caímos al fin sobre el rancho y procedimos al registro de las contadas casuchas. Pensaba que en una de ellas podía encontrarse oculto el fugitivo. Sólo una de ellas estaba habitada por un matrimonio campesino con sus retoños. Se sorprendieron y asustaron de tal modo, que les flaqueaban las piernas y no podían articular palabra. Repuesto el hombre, tuvo que confesar que allí llegaba un hombre llamado Macario, al que le preparaban los alimentos. Por las señas que de él nos dió, no nos cupo duda de que se trataba de Siqueiros. Dijo que había estado en el rancho la noche anterior y al apremiarlo, reveló que podía encontrarse en el cercano arroyo de Los Otates.

Rápidamente se diseminaron los agentes y los soldados por el sitio indicado, un tanto fuera del cerco establecido horas antes, y a poco se encontraron, de manera casual, con un individuo al parecer desorientado. Resultó ser nada más que Marcos Orozco, señalado por don Cristóbal Rodríguez como pistolero de David. Era portador de una pistola semiautomática para tiro al blanco y un rifle de salón, ambos de calibre 22 y con sesenta y siete cartuchos útiles. No sin reticencias declaró que estaba al servicio del pintor y que hacía viajes a Hostotipaquillo, para donde había salido la víspera en busca de provisiones. Resultaba que no podía dar ahora con su jefe. ¿Tratábase de una coartada? En todo caso la detención de aquel sujeto fué un buen incentivo.

Prosiguió la búsqueda con mayor ahínco, soportando los ardientes rayos solares y las picadas de los mosquitos que zumbaban entre la maleza. Habíase adelantado un poco el agente Figueroa, con algunos de su grupo, y al llegar a un recodo dió con un individuo tendido sobre una colchoneta y dormido boca arriba. Era David Alfaro Siqueiros. Tal encuentro marcaba el punto final de

una investigación que tuvo gran resonancia y en la que habíamos empeñado cuatro largos meses. De pronto hasta dudamos de que se tratara del pintor asaltante, pues lo desfiguraban su crecida barba y su indumentaria. Vestía camisola y pantalón de kaki, bastante sucios y estropeados; calzaba botas mineras y se tocaba con un sombrero de palma, de anchas alas. Se sorprendió al despertar y verse en poder de la policía. Pero no opuso resistencia alguna ni portaba armas con qué hacerlo.

No tardamos en encontrarnos frente a frente. Nos saludamos, por mi parte con fingida cordialidad.

—Buenos días —nos dijimos a un tiempo.

—¿Qué pasa con usted? —añadí luego en tono grave.

Notoriamente nervioso, inquieto, desconfiado, trató de explicarme que no andaba huyendo, que no se consideraba un delincuente y que no tenía nada que ver con el asunto Trotski ... Pero como no era mi propósito someterlo a interrogatorio, interrumpí su mentiroso relato y, tratando de calmar sus nervios, le dije:

—Antes que nada soy soldado y como tal, garantizo que lo entregaré sano y salvo en la ciudad de México. Ya las autoridades correspondientes se encargarán de juzgar sus actos.

—Gracias, Coronel —me respondió afable.

Platicamos sobre cuestiones ajenas al momento y hasta le relaté un episodio de mi vida militar, cuando caí prisionero del enemigo durante nuestra sangrienta revolución, allá por el año de mil novecientos quince.

—Era yo un mozalbete —agregué— y desde entonces, siento un profundo respeto por la vida humana, a menos de que se trate del cobro de una deuda de honor.

Mientras tanto levantaban los agentes un inventario de los objetos del pintor: una bota o bolsa de cuero con bandolera, en cuyo interior guardaba mil setecientos pesos en billetes de diversas cantidades y cien dólares en papel moneda; un cuchillo de monte, una pluma fuente, pasta dentífrica, un frasquito con brillantina y por último, cuidadosamente envueltas en sucia servilleta, algunas tortillas de maíz endurecidas por el tiempo.

Emprendimos el regreso a Hostotipaquillo. Comimos en el mesón-hotel y a las cinco de la tarde iniciábamos el largo viaje a la capital, conduciendo además del pintor y de su pistolero Marcos Orozco, a los encubridores de mayor responsabilidad, entre los que se encontraban dos mujeres que estuvieron al servicio del asaltante y de su esposa. Tomamos acomodo en

la misma camioneta "electoral"; llevábamos a Siqueiros entre Figueroa y yo. Nos seguía el transporte de la fuerza federal con agentes y detenidos. Como a las veinte horas hicimos alto en Tequila con el fin de comunicarle al General Núñez la gran noticia. Ni qué decir le causó una gratísima sorpresa. Llegamos a Guadalajara a la media noche, cambiando la camioneta por mi automóvil de uso personal, que había dejado allí por ser demasiado conocido. Llegábamos a la madrugada a Morelia, donde sufrió el coche un serio desperfecto. En otro de repuesto cruzamos a toda marcha la famosa serranía de Mil Cumbres hasta asomar en Zitácuaro. Nos esperaba ya ahí el General Núñez con no menos de un centenar de reporteros, fotógrafos y corresponsales nacionales y extranjeros, ávidos de conocer hasta el último detalle en torno a la detención del trágico asaltante de la casa de Trotski. El grave Jefe de la Policía premió nuestra labor con palabras de encomio, que rubricó con un abrazo. Púsose en marcha el largo convoy y hacia las nueve de la noche, ya en mi despacho del Servicio Secreto, complacía gustoso a la legión de periodistas, en tanto que David Alfaro Siqueiros, Marcos Orozco y los otros detenidos, eran trasladados a los separos de la Sexta Delegación. Así se cerró el último capítulo de la investigación del famoso caso Trotski. Tocaba ahora a la justicia establecer responsabilidades y aplicar sanciones.

Ardua había sido la labor, pero llegamos al éxito tanto en lo referente al esclarecimiento de los hechos como a la detención de los amores materiales del sangriento drama, merced principalmente a los medios, al consejo y al apoyo que sin tasa logré en todo momento del Jefe de la Policía. Y gracias también a la brillante actuación de mis colaboradores, cuyos nombres deben honrar estas páginas: Simón Estrada, Subjefe del Servicio Secreto; Jesús Galindo, Comandante de Agentes; Francisco F. Quezada, Jefe de mis Ayudantes; Emilio Sánchez Mondragón —ya extinto—, José López Mejía, Pedro C. Balderas, Francisco Figueroa Arceo, René T. Urquidi, Pedro Castañeda, Liborio R. Santos, Felipe Sotomayor, Melchor Cárdenas, Funes Arellano, Chino Arias —finado ya—, José Clavé, Andrés Medina, Jesús Esparza, Martín Cruz Carreño, Porfirio Nila, Manuel Mendoza, Florencio Moreno, Manuel F. Porras, Sidonio Ramírez, Antonio Villanueva, hermanos Carrillo de Albornoz, Armando A. Lara, Andrés González —extinto también— y otros que por lamentable olvido no cito. A ellos y al Teniente Rodolfo Aceves García, que me acompañó al frente de las tropas a Hostotipaquillo, mi gratitud eterna. Ciertamente actué como su jefe y que nunca flaqueó mi voluntad, ni me agobió el cansancio, ni me arredró la crítica injusta de los impacientes; pero sin esos hombres no se hubiera llegado nunca a la meta o sólo habiéramos logrado descender a medias el misterioso velo. Luego a mis colaboradores, a su esfuerzo, su capacidad y su celo, debe la Policía de México uno de sus más grandes triunfos.

## XV

**UN CRIMINAL DOCTRINARIO. —LOS CÓMPLICES**

Con el anterior capítulo damos término al relato propiamente dicho del General Leandro A. Sánchez Salazar, ex Jefe del Servicio Secreto de la Policía de México, apoyados —hasta en su más ligera afirmación— por los muchos documentos existentes. Enfocaremos ahora nuestra atención sobre la personalidad política y social de David Alfaro Siqueiros, no por el interés que pueda tener en sí misma, sino por la dramática realidad —dramática para él y para los demás— de que es reflejo. Instrumento dócil de la siniestra G. P. U., ésta le ha convertido en un criminal —frustrado, pero no por eso menos criminal— de una especie muy particular, si bien nada rara en estos desquiciados y turbios tiempos. Un criminal, como veremos, armado de una doctrina política que trata de hacer servir de justificación, y contra el qué, lo mismo que en el caso de su compañero Jacson-Mornard, todos los seres civilizados y libres deben levantarse firmemente. Los Siqueiros y los Jacson abundan hoy en el mundo entero, dispuestos lo mismo a suprimir individuos que colectividades humanas por el solo delito de oponerle resistencia a la dominación totalitaria rusa.

David Alfaro Siqueiros cuenta con un pasado revolucionario. Diré más: con un pasado sincero tanto desde el punto de vista político como artístico, si bien juzgo su arte muy elemental. No quiero ni tan solo pensar qué, personalmente, sea un mal sujeto, un criminal nato. Pero precisamente eso es lo que le da gravedad a su caso, pues ha sido convertido en malo y criminal por una doctrina y una mecánica política que están por encima de él y a la cual se cree obligado a obedecer ciegamente. Trataremos de explicarnos el caso.

Muy joven, casi un niño, se lanza Siqueiros a la revolución mexicana. Mexicana, sin influencias extrañas, nacida de su propio suelo y de sus problemas y sus necesidades idiosincráticos. Cuando abandona el ejército de su país, tiene todavía poco éxito como artista y ayudado por algunos amigos, se traslada a Europa con intenciones de formarse una cultura y sobre todo, de aprender pintura. Ocupa un cargo diplomático secundario en la Embajada de México en Madrid. En París siente después acariciados sus oídos de revolucionario sincero por los grandes nombres de Lenin y Trotski. Ya entonces, sus simpatías van hacia la revolución rusa.

De regreso a México en 1923, forma una agrupación artístico-política con otros pintores: José Clemente Orozco, Diego Rivera, Fermín Revueltas ... Fundan "El Machete" periódico revolucionario independiente, que no tarda en convertirse en un órgano comunista más. El propio Siqueiros ingresa en el Partido Comunista Mexicano. Será, desde entonces, un militante disciplinado

—disciplinado hasta el crimen—, aun cuando no pocas veces haya disentido de la mayoría. Y dato curioso: el revolucionario ruso más popular en los medios comunistas mexicanos, el más atrayente y sugestivo es, por aquel entonces, León Trotski. Más que el propio Lenin, cuya traza física y escritos llegan menos a la imaginación de los pueblos un tanto primarios. A Stalin, ni se le conoce. Su nombre suena apenas en los medios burocráticos rusos. Será, andando el tiempo, una creación de la burocracia y de la propaganda dirigida, totalitarizada. No ejerce entonces la menor irradiación internacional. Siqueiros, temperamento fuerte y dinámico, imaginativo, ha exaltado más de una vez a Trotski por sobre toda otra figura revolucionaria. ¿Cómo llegó a convertirse, años más tarde, en el asesino frustrado de Trotski en nombre y por orden de Stalin?

Mucho se ha escrito sobre la formación y el poderoso influjo de los mitos a través de la historia. Jorge Sorel, el ya casi olvidado teórico sindicalista de la violencia, pedía un nuevo mito para el proletariado. Ahí tiene el mito quizá más poderoso de nuestro tiempo, surgido de la revolución rusa y ejerciendo una fuerte irradiación internacional. Sorel no alcanzó a conocer la irradiación de ese mito; ferozmente racionalista, como buen sociólogo francés que era, hubiérase levantado violentamente contra él y hubiera concluido con nosotros que el deber de todos los hombres libres del mundo consiste hoy en destruir ese mito, basado en una inmensa y criminal mentira, y no en cultivarlo. A semejanza de los mitos antiguos, nada le falta a ese: surge de un pueblo de civilización atrasada, que cree haber alcanzado su emancipación social y humana y representar incluso la nueva creación del mundo, que practica la exaltación y el culto primitivamente religioso de los héroes y de los dioses de carne y hueso y aspira a imponerle ese culto, por los medios que sea —el fin justifica los medios—, a la humanidad entera, una humanidad dramáticamente enferma. Tan enferma está, que son muchos los obreros e incluso los intelectuales que, en los países más avanzados —Francia, los Estados Unidos...—, parecen dispuestos a dar al traste con cerca de dos siglos de racionalismo y de lucha por la libertad espiritual y material del hombre para servir a ese mito bárbaramente totalitario. En los períodos de transición —y la humanidad está viviendo uno de los más dramáticos— fácilmente se entremezclan y confunden las nociones y los conceptos más progresivos con los más regresivos y hasta primitivos, simplemente porque estos últimos saben adoptar disfraces chillones la revolución socialista, la emancipación de los pueblos, el sacrificio del presente al futuro, el sometimiento de lo individual a lo colectivo, la aspiración a la fraternal unidad del universo ... Ideal y socialmente, todo eso es muy bello y muy noble; pero, en este caso, el mito se encarga de ocultar la realidad, contraria a todas esas nociones y conceptos. El obrero escritor Ciliga, después de haber trabajado unos años en la U. R. S. S., lo ha llamado con sobrada razón “el país de la gran mentira”. La mayoría de los rusos no lo creen así porque, por razones de Estado y de divinización totalitaria, no deben creerlo y deben ignorar al resto del mundo —o conocerlo de una manera engañosa—; muchos extranjeros, la casi totalidad de los comunistas y comunizantes de los diversos países, con excepción de

los burócratas corrompidos, tampoco lo creen, porque de la U. R. S. S. sólo conocen el mito y no la realidad. Y todos los que tratan de descubrirla, se convierten automáticamente en "reaccionarios" y "fascistas" o vendidos a tal o a cual. No es ésta la ocasión de profundizar en el tema. Sólo añadiremos que el mito staliniano, a semejanza de los mitos primitivos, exige también continuos y sangrientos sacrificios humanos.

Pero lo anterior es sólo una parte de la respuesta a nuestra pregunta: ¿cómo un Siqueiros —y aquí Siqueiros es tan sólo un ejemplo típico— pudo convertirse en el asesino frustrado de Trotski en nombre y al servicio de Stalin? Eso ha exigido todo un proceso de evolución de la U. R. S. S. y de adaptación de la mentalidad comunista internacional. Muerto Lenin, y vencido Trotski en la lucha que siguió a esta muerte, la aplastante mayoría de los comunistas del mundo entero veía la continuidad del mito revolucionario ruso en la figura de Stalin, el triunfador burocrático y termidoriano. Es decir, el mito seguía encarnado en el poder y el poder lo ejercía Stalin, con todos sus medios burocráticos, propagandísticos, de corrupción económica y política. Alejado del poder, desterrado incluso por él, Trotski pasaba a ser un rebelde, un opositor, un hereje. Mediante diversas crisis anteriores, se habían ido alejando del comunismo oficial los espíritus más inquietos e independientes, los idealistas de la época heroica, los militantes habituados a pensar por su cuenta y a tener ideas propias. En una palabra, los herejes o heterodoxos. Los que quedaban, tenían que señalar su oposición o su rebeldía al curso degenerativo y burocrático de la U. R. S. S. y del Komintern detrás de Trotski o paralelamente con él. La dictadura stalinista, cada vez más estrecha, cada vez más encerrada en sí misma, cada vez más monolítica —hasta el punto de convertirse en el más monstruoso totalitarismo de los tiempos modernos—, no podía tolerar la existencia de una oposición rebelde, en esencia o en potencia, pues mientras existiera, la consolidación del poder totalitario velase comprometida. Había que suprimirla de cuajo y por el único medio de que disponía: por medio del terror burocrático y físico. Fueron las famosas "purgas" en el interior de la U. R. S. S., seguidas de diversos asesinatos aislados en el exterior, cuya culminación tenía que ser la supresión de Trotski. En nombre del mito revolucionario se suprimía a los verdaderos revolucionarios independientes, pues para los mitos toda independencia es sinónimo de traición y la traición se paga con la muerte. Para un Siqueiros, comunista disciplinado hasta el crimen, la supresión de Trotski, su antiguo ídolo convertido en rebelde, constituía un deber impuesto por el mito.

Su aprendizaje de terrorista, Siqueiros lo hizo en España. Para él como para otros muchos militantes —Jacson, Pujol, Serrano Andonegui, Néstor Sánchez...—, la guerra civil española fué la más estupenda escuela de terrorismo político. La G. P. U. pudo seleccionar allí sus hombres, sus instrumentos. Yo no quiero dudar que Siqueiros fué a España impulsado por un anhelo sincero. Pero allí el idealista, el combatiente más o menos desinteresado, se convirtió fácilmente en el instrumento de una mecánica política, de un aparato totalitario, cuyos hilos partían de Moscú. Lo que menos le importaba a ese aparato

era la libertad del pueblo español; lo único que contaba para él —y que sigue contando— era la irradiación de la potencia rusa a través de Europa y del mundo. Sabido es que para los comunistas del mundo entero la única patria legítima es la U. R. S. S. Es la patria del mito revolucionario a la cual deben ser sacrificadas todas las otras. En España Siqueiros sirvió, realmente, a la U. R. S. S. Por ignorancia —como todos los hombres de ideas fijas, es muy poco inteligente—, por aventurerismo y por corrupción —sin ningún mérito para ello, lo hicieron Coronel, el “Coronelazo”—, se convirtió allí en un agente activo de la G. P. U. Hizo allí su aprendizaje —lo repetimos— de criminal político, de criminal doctrinario, al servicio del mito rusostalinista y de su organización de espionaje y terrorismo. Terminada la guerra civil española, la G. P. U. lo destinaba a cumplir una importante misión en México, su propio país. Y Siqueiros aceptó con orgullo: el orgullo de los que matan en nombre del mito.<sup>29</sup>

Pero esto el propio Siqueiros se encargará de demostrárnoslo. Mientras permanecía oculto en el Estado de Jalisco, sintióse periodista y hasta un poco “teórico”: pretensión de exhibicionista vanidoso. Y detalle curioso: sus “teorías” desarrollábanse en torno a la revolución y a la contrarrevolución y guardaban una estrecha relación con el delito por el cual le buscaba la justicia. Por medio de los artículos mandados a una revista mexicana independiente, Siqueiros trataba de justificar políticamente su tentativa de asesinato en la persona de Trotski. Sería difícil decir si la justificación era de cara a los demás o ante sí mismo. Empezaba condenando en uno de sus artículos “la represión física de las clases populares” y “la violencia vengativa policial desenfrenada que se ha desatado contra los presuntos responsables”. (Yo no puedo hacerme responsable, claro está, del pintoresco estilo del autor). Señalaba seguidamente su divorcio ideológico con el Gobierno del General Cárdenas “porque ha autorizado la condenación represiva contra los transgresores de la Ley, sin detenerse a considerar los propósitos políticos y las razones humanas de su proceder y sin considerar tampoco la posición política de éstos”. Y añadía: “Porque el Gobierno de Cárdenas no tuvo en cuenta el hecho de que los autores del asalto procedieron en un acto de desesperación revolucionaria, condenable, pero política y humanamente justificable, contra uno de los más grandes renegados de las filas de la Revolución internacional y a quien el Presidente, en contradicción con su pensamiento y su obra política, había dado asilo en México”. Condenaba seguidamente la violencia en general, pero la justificaba para sí por tratarse de la conquista de adeptos para el comunismo. Terminaba su artículo acusando al Presidente Cárdenas por la ofensa inferida al Gobierno de la Unión Soviética por haber acogido a Trotski en el país.

En sus declaraciones ante el Juez instructor, inmediatamente después de su detención, remachaba todavía más sus “teorías”. El era un acusado excepcional, al que las leyes mexicanas, hechas por la burguesía y el capitalismo, no le eran aplicables. Su delito era exclusivamente político. Tenía derecho a acabar, “por los medios a que hubiera lugar”, con el cuartel de Trotski, “ilegalmente

---

29. *Caníbales Políticos. Hitler y Stalin en Espata*, Ediciones Quetzal, S. A., México, D. F.

aceptado en México”.

La mentalidad de Siqueiros no es sino un reflejo de la mentalidad creada por el comunismo stalinista en la U. R. S. S. y fuera de ella. Nadie tiene derecho a representar a las clases populares más que ellos, los comunistas. Los pueblos han pasado a ser una especie de monopolio exclusivo del comunismo ruso e internacional. Nadie puede usar legítimamente de la violencia más que ellos, los comunistas. Las leyes hechas por un Estado que no sea el ruso, no son legítimamente aplicables a los comunistas. Cuando los comunistas cometen un crimen, éste no puede considerarse tal, sino un simple delito político. Los comunistas monopolizan en el mundo las ideas y las tácticas revolucionarias —lo mismo que la causa y la dirección de los pueblos—; todos los que no se pliegan a su voluntad, son contrarrevolucionarios y en nombre del monopolio de la revolución tienen derecho a suprimirlos, aniquilarlos, asesinarlos. El derecho de asilo aplicado a un perseguido de Stalin, a un antistalinista, constituye una ofensa inferida al Gobierno de la U. R. S. S. y Stalin, la G. P. U., los stalinistas tienen derecho a vengar la ofensa asesinándolo. ¿Puede darse algo más monstruoso? En todo caso, jamás en la historia humana se había dado. Todo eso no lo ha escrito un loco, sino el fiel servidor de una gran potencia y el intérprete de una doctrina que tiene libre curso. Y si se trata de un loco, su locura es simplemente refleja.

Raskolnikoff, el estupendo personaje de Dostoiewski, teoriza también en torno a su crimen. Asesina y trata de justificarse por medio de una doctrina filosófica a su medida. Raskolnikoff puede tener atenuantes: era un estudiante ambicioso, equiparábase en sus sueños con Napoleón, vivía en medio de la mayor pobreza, las inútiles riquezas acumuladas por la vieja usurera constituían una irresistible tentación, su acto era puramente individual y al final, él mismo se entregaba a la justicia. Siqueiros no tiene ninguna atenuante. Reúne, por el contrario, todas las agravantes: es un criminal doctrinario, un criminal al servicio de una doctrina totalitaria; es criminal la doctrina en sí y doblemente criminal el que se crea con derecho a asesinar en su nombre. Es una doctrina de lesa humanidad: según ella, sólo los comunistas tienen derecho a existir. Siqueiros atenta contra la vida de un hombre, de un gran adversario —y se cree honrado y orgulloso por ello—; pero Stalin suprime a millares y millares de otros y mantiene en inmensos campos de dolor y de muerte a varios millones más. Toda Rusia —“la sexta parte del globo”— es una inmensa prisión totalitaria, terrorífica. Y otra la Yugoslavia de “Tito”, otra Bulgaria, otra Polonia, otra Hungría ... Si la humanidad quiere seguir existiendo, tiene que acabar con esa doctrina monstruosamente totalitaria. Y tiene que reducir a la impotencia a los criminales doctrinarios —a los locos doctrinarios— como Siqueiros y Jacson-Mornard. Es, para todos los hombres libres, una cuestión de ser o no ser.

¡Cuán lamentable resulta, en tales condiciones, ver el número de cómplices que un Siqueiros —es decir, la G. P. U.— encuentra en su criminal camino! Mientras él se mantiene oculto, prófugo de la justicia, su hermano Jesús



visita las redacciones de los periódicos en el automóvil de un senador de la República. Atestigua este hecho una carta del Juez instructor; licenciado Raúl Carrancá Trujillo, al Jefe del Servicio Secreto. Los periódicos independientes acogen con benevolencia los escritos del criminal frustrado Siqueiros, sus monstruosas teorías tratando de legitimar el derecho al crimen en nombre de una doctrina y de un poder totalitario extranjero, enemigos del género humano. Se sirven esas doctrinas, sin comentario alguno, sin una palabra de condenación, a las grandes masas lectoras. Pero eso no es todo. El criminal y prófugo de la justicia encuentra para ocultarse la complicidad protectora de las autoridades de toda una zona o región: el Presidente Municipal, el Secretario del Ayuntamiento, el Comandante de la Policía, el Comandante de los Pelotones de Reserva ... Estas mismas autoridades se han encargado previamente de proporcionarle dos asesinos a sueldo. ¿Es eso todo? No. Puesto en libertad provisional, sometido a la acción de la justicia, encuentra complicidades mucho más altas que preparan y protegen su huida al extranjero. Poseemos sobre ello un relato que proviene de una fuente oficial y exacta.

Antes de reproducir este relato, diremos que el Juez instructor, el Juez Primero del Fuero Común y el Agente del Ministerio Público adscrito a la Primera Corte Penal, formularon contra David Alfaro Siqueiros —y contra sus cómplices— no menos de nueve delitos, a saber: posible homicidio en la persona de Robert Sheldon Harte, tentativa de homicidio en la persona de León Trotski, asociación con objetivos delictuosos, disparos de armas de fuego, usurpación de funciones al presentarse como policía o militar, uso indebido de uniforme, robo de dos automóviles de la casa de Trotski, allanamiento de morada y daños en propiedad ajena. Cualquiera de esos delitos entraña una pena relativamente grave; acumulados, convierten la pena en grave. Siqueiros logró burlarlas. He aquí cómo:

Poco después de haber alcanzado la libertad bajo fianza, llegó a México el señor Octavio Reyes Spíndola, que desempeñaba el cargo de Embajador de México en Chile. Gozaba este señor de una licencia del Secretario de Relaciones Exteriores de México, licenciado Ezequiel Padilla, para permanecer una temporada en su país.

Cierta noche le ofreció un banquete la colonia chilena residente en México; patrocinaban éste el poeta Pablo Neruda, Cónsul de Chile en México y miembro prominente del Partido Comunista Chileno, y Enrique Délano, Vicecónsul. Sentóse el señor Reyes Spíndola a la derecha de don Manuel Hidalgo y Plaza, Embajador de Chile en México. En el curso de la conversación entre los dos embajadores, el primero le comunicó al segundo que el Cónsul Neruda había hecho entrega de un pasaporte para David Alfaro Siqueiros, con el fin de que pudiera dirigirse a Chile a decorar una escuela. El Embajador de Chile observó:

—Me extraña profundamente que sin mi consentimiento, el Cónsul Neruda haya extendido un pasaporte a un individuo que se encuentra bajo la acción

de los Tribunales de Justicia de México.

—El señor Reyes Spíndola replicó:

—Esto se hace en reciprocidad al caso del General Herrera.

El General chileno Ariosto Herrera había sido separado de las filas del Ejército por una intentona revolucionaria y condenado a tres años de expatriación. El señor Hidalgo y Plaza dijo entonces:

—Estimo, señor Embajador, que está usted en un error lamentable. El señor Herrera se encuentra en México cumpliendo una condena impuesta por los tribunales chilenos, mientras que en el caso del señor Alfaro Siqueiros lo que se pretende es burlar a los tribunales mexicanos.

Y agregó seguidamente:

—No acepto esto bajo ningún punto de vista. Inmediatamente daré orden al Cónsul de Chile de que deje sin efecto ese pasaporte.

El señor Reyes Spíndola reveló entonces que se trataba de una petición del Gobierno de México. A lo que replicó el señor Hidalgo y Plaza:

—El Gobierno de México debe formular sus peticiones por medio del representante del Gobierno Chileno y ese representante es el Embajador y no el Cónsul General. Nuevamente le comunico, señor Embajador, que me niego terminantemente a permitir la entrada en mi país de Alfaro Siqueiros.

Terminada la comida, el Embajador de Chile le notificó al Cónsul Neruda que dejara sin efecto el pasaporte, añadiendo que comunicaría lo ocurrido a su Gobierno.

El Ministro de Relaciones Exteriores de Chile aprobó. El proceder de su digno Embajador en México y suspendió por un mes, sin goce de sueldo, al Cónsul Neruda.

Al día siguiente, el señor Hidalgo y Plaza se entrevistó con el Secretario de Relaciones Exteriores de México, licenciado Ezequiel Padilla, al que comunicó su extrañeza por lo sucedido. Manifestó dicho personaje que no tenía conocimiento alguno de lo sucedido y le dió toda clase de explicaciones al Embajador. ¿Era sincero el señor Padilla? Si lo era, ¿por qué no lo demostró tomando providencias contra su Embajador en Chile? Si había dado aquel paso por su cuenta, hurtándole a la justicia de su país a un criminal, este acto era merecedor de una destitución fulminante y constituía, por otra parte, un delito de complicidad directa.

El mismo señor Reyes Spíndola solicitó y obtuvo permiso de libre tránsito por

los países centroamericanos para Siqueiros. Por su parte, Cuba le acordó el derecho de asilo. Un alto funcionario del Gobierno de México solicitó de la Panagra dos asientos en un avión que debía pasar por Cuba; no dió el nombre de los pasajeros, limitándose a decir que eran para dos personajes oficiales. El mismo funcionario acompañó al aeropuerto a los dos personajes, cuyos nombres dió en el último momento: se trataba de David Alfaro Siqueiros y Angélica Arenal.

Presentáronse los viajeros en la Embajada de México en Cuba. El Embajador, señor Rubén Romero, los recibió no sin repugnancia y, sabiendo que eran prófugos de la justicia de su país pidió instrucciones al Secretario de Relaciones Exteriores. El licenciado Padilla le ordenó que los atendiera debidamente y que procurara su pronto alejamiento, pues no convenía que Siqueiros estuviera en México o cerca de México. Luego es evidente que el Canciller mexicano le había mentado al Embajador de Chile y que todas las gestiones se hacían por orden suya.

Días después salió de México en dirección a Chile el señor Reyes Svíndola, el cual solicitó oficialmente del Gobierno Chileno la entrada de Alfaro Siqueiros y de su esposa. Formuló tal solicitud, claro está, en nombre del Gobierno de México. Y en Chile permanecieron bastante tiempo. Desapareció después de aquel país el asaltante de la casa de Trotski, acusado de nueve delitos graves, para regresar tranquilamente a México. Y en México vuelve a ocupar las tribunas comunistas, recibido con ovaciones como un héroe. Y tiene el cinismo de declarar en la prensa que no elude sus responsabilidades por el asalto a la casa de Trotski, que fué el acto de un francotirador y que dicho acto constituye el honor de su vida. El proceso de David Alfaro Siqueiros sigue abierto. Las acusaciones de los magistrados —por nueve delitos probados— siguen en pie. Ese proceso no se vió nunca. El delincuente no ha sido, por consiguiente, absuelto. Está en libertad caucional. ¿Puede seguir así, con escarnio evidente para la opinión pública mexicana y universal?

El autor ama profundamente a México, país hospitalario. En su tierra reposan muy fraternales amigos suyos, refugiados españoles y de otros países europeos. Varias veces ha estado a punto la G. P. U. de mandarles a hacerles compañía. Por todo ello, ha recogido este relato no sin pena. ¿Pero es que México constituye un ejemplo único? Desgraciadamente, no. La G. P. U. cometió horribles crímenes y encontró altas complicidades en España. Ha podido cometerlos, en mucha menor escala pero contando también con cómplices, en Cuba, en Chile, en otros países americanos. El ex agente guepeuista Krivitski murió asesinado en Washington. El gran humanista y libertario Carlos Tresca —mi fraternal amigo— cayó acribillado a balazos en Nueva York. Los dos crímenes permanecen impunes. Las monstruosidades que se cometen a diario en los países europeos dominados por los comunistas no son para ser descritas. En varios países del occidente de Europa, la G. P. U. detenta una parte del poder. ¿Cómo es posible la convivencia con el crimen elevado a sistema político? ¿Acaso una parte de la humanidad, morbosa o masoquista —o gravemente

enferma de cobardía—, siente la atracción del suicidio? Afortunadamente son muchos también los hombres dispuestos a vivir y a morir sin abdicar. Muchos los que coinciden en el odio al crimen. Pueden permanecer separados si quieren, pero deben golpear juntos. Era ésta una vieja consigna de Lenin.

**XVI****LA CONDENA DE JACSON. —UNA EVASIÓN****FRUSTRADA**

La G. P. U. —hoy N. K. V. D.— cuida a sus agentes en el extranjero. Lo exige todo de ellos, pero los protege y los recompensa. A los incondicionales, a los inflexibles, pues a los que vacilan o flaquean —a los que empiezan a sentirse una conciencia atormentada o manifiestan la menor veleidad crítica, a los que saben demasiado o son susceptibles de poner en peligro a la organización, aun cuando sea a pesar suyo—, los suprime inexorablemente. ¡La institución y sus móviles supremos ante todo! La muerte es la garantía totalitaria. Y una víctima o cien víctimas más o menos, ¿qué importa? Se realizan purgas periódicas no sólo como castigo o como escarmiento, sino por razones preventivas. O por simple uso y desgaste físico y moral. Después de todo, hay siempre millares y millares de candidatos dispuestos a llenar los puestos vacíos. Pero los que no desaparecen y se mantienen absolutamente firmes —los dispuestos a todo en todos los momentos y en todas las circunstancias—, pueden escalar los más altos puestos. Ahí están los ejemplos de "Tito", de Dimitrov, de Morawski, de Rakosi, de Togliatti... Hechuras de la G. P. U. Dóciles criaturas suyas. De la nada, han sido elevados a dictadores y a ministros: son peones en el futuro dominio del mundo. De dictadores y de ministros, los puede reducir a polvo si no siguen marcando el paso. ¡Disciplina de cadáveres! ¡Moscú ante todo y por encima de todo! En Francia, en Italia, en la Alemania ocupada por los rusos, en Checoeslovaquia, en Rumania —en muchos países más—, además de ministros la G. P. U. —N. K. V. D.— cuenta con gran número de diputados y de consejeros. Otros —como el ex marino francés rebelde y el "carnicero de Albacete" André Marty, carente de talento, pero fanático hasta la muerte (lo he conocido íntimamente)— forman parte de las Comisiones de Negocios Extranjeros o de la Defensa Nacional. Moscú posee así, legalmente, los secretos diplomáticos y militares de diversos países que se creen libres e independientes. Se acabaron los tiempos en que el comunismo combatía al régimen capitalista y a sus instituciones de frente, francamente, con sinceridad revolucionaria y en nombre de la lucha de clases; ahora se trata de conquistar la fortaleza por dentro, de socavar sus bases en interés exclusivo de la potencia imperialista y totalitaria rusa. Ahora los comunistas forman una inmensa y universal "quinta columna" que se cubre con la legalidad democrática para traicionarla, que se proclama patriótica en cada país para poder vender en todo momento a la patria. Ellos gobiernan en diversos países y Moscú los gobierna a ellos. Ninguna organización a través de la historia ha

**P**oseído jamás semejante poder ni ha sido tan peligrosa.<sup>30</sup>

¿Y a los agentes procesados y condenados? Tampoco los abandona la G. P. U. Tras largos años de prisión, el húngaro Rakosi ocupa hoy uno de los más altos cargos en su país, mientras que su ex compañero Bela Kun, refugiado en la U. R. S. S., fué detenido, atormentado atrocemente y finalmente asesinado. ¿Y el asesino Jacson-Mornard? Ciertamente no vive como un desdichado. Decía tener en Bélgica una madre y un hermano millonarios (su padre dejó al morir, según él, de tres a cuatro millones de francos belgas); hasta ahora, no han dado señales de vida. ¿Cómo es que, durante todos estos años, no ha tratado de ponerse en relación con ellos o ellos con él? Tampoco parecía tener amigos en el mundo. Ni un solo amigo que avalara su persona y le prestara ayuda. Sin embargo, a Jacson-Mornard no le falta nada. Es como el preso rico de la Penitenciaría de México. Hasta mediados de mayo (de 1947, ocupó una celda tranquila, amplia, higiénica, aireada, rodeada de sol. (Yo, que he sido preso político muchas veces y durante algunos años, no me opongo a que ningún preso del mundo, sea el que fuere, deje de disponer de una buena celda. Pero en la U. R. S. S., "patria" de Jacson-Mornard, los calabozos de la G. P. U. y los lugares de detención en general, son sencilla y mortalmente espantosos, únicos por su inhumanidad). Viste elegantemente. Come muy bien, toma café y licores, fuma cigarrillos de lujo. Dispone de buenos libros, de un aparato de radio. Gasta dinero en abundancia, en superabundancia incluso. ¿De dónde le viene? La doctora comunista Esther Chapa, Jefe de la Delegación de Prevención Social en la Penitenciaría hasta mayo de 1947, lo nombró su secretario, es decir, una especie de delegado o representante suyo en la prisión. Como tal, se movía a su guisa y gozaba de la máxima influencia sobre los funcionarios y sobre la población penal. Con la complicidad del propio Secretario de la Penitenciaría, instrumento del stalinismo, la prisión, habíase convertido en un peligroso foco comunista, Entre la Dra. Chapa, Jacson-Mornard y el Secretario de la Penitenciaría, ejercían allí una verdadera dictadura. Tan lejos llegó el escándalo, que una gran parte de la población penal hubo de sublevarse y tras una enérgica intervención de las autoridades mexicanas, púsosele remedio a esta situación. La doctora Chapa fué destituida y Jacson-Mornard perdió los abusivos privilegios de que gozaba. De todas formas, en las fotografías tomadas al asesino de Trotsky en la prisión, aparecía sonriente, satisfecho de la vida, feliz. Diríase que desafiaba al género humano. No hay un solo obrero o campesino ruso, condenado a la esclavitud y a la miseria, que no envidie seguramente su suerte. Y hasta deben envidiarle casi todos los funcionarios del régimen stalinista ruso, que ignoran, a pesar de sus privilegios burocráticos, cuál será su suerte mañana, dentro de un año o de cinco años. Con relación a todos ellos, Jacson-Mornard es un privilegiado. Es

---

*30. Con fecha 24 de abril de 1947, todavía declaraba en un periódico de la capital mexicana: "En mi expediente, siete tomos ni más ni menos, está demostrada mi exacta responsabilidad en el asunto. Una responsabilidad que no he eludido ni eludiré nunca, aunque afirmando, como lo he hecho siempre, que fué obra de un franco-tirador. Sin embargo, debo confesarle que tal participación la guardo como uno de los más grandes honores de mi vida". ¡Un honor el ser un asesino frustrado! ¿Quiérese mayor aberración y un orgullo más criminal?*

un héroe y una gloria para Stalin y su burocracia. Es el "heroico" y "glorioso" asesino de León Trotski.

La propia G. P. U. se cuidó de preparar la defensa de Jacson-Mornard. Inmediatamente de iniciado el juicio, un periodista mexicano <sup>31</sup> enviado por ella le tomó una interviú en la propia Penitenciaría. Apareció en una gran revista independiente, que no tenía que tardar en caer bajo el hábil control de los comunistas. La interviú llevaba el siguiente título, a doble página y en gruesos caracteres: "Por qué maté a Trotski". El asesino explicaba que durante las conversaciones que sostuvo con el ex jefe bolchevique ruso, comprendió de repente lo que de enigmático tenían los procesos de Moscú: había tenido la evidencia de que los procesados —Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Rykov, Smilga...— eran todos agentes de Alemania y del Japón. "Y comprendí que Trotski estaba ligado directamente a los actos terroristas y de sabotaje realizados en la U. R. S. S. Comprendí que él traicionaba al único país en donde la revolución había triunfado. Y esto acabó de romper mi simpatía hacia él".

El periodista enviado por la G. P. U. le formuló entonces, inocentemente, la siguiente pregunta:

—¿Usted llegó a creer que Trotski fuera un agente de Hitler; como dicen los comunistas?

Y el asesino, tajante, respondió:

—¡Absolutamente!

La interviú se publicó en la primera quincena de febrero de 1943, al mismo tiempo que se celebraba el juicio del asesino. Hitler había roto su pacto con Stalin y estaba en guerra con la U. R. S. S. Habíase convertido ésta, muy a pesar de sus gobernantes, en la aliada de los Estados Unidos y de Inglaterra. En agosto de 1940, en la carta que se le encontró encima, así como en las declaraciones subsiguientes, Jacson-Mornard hacía aparecer a Trotski como un agente de los Estados Unidos, del Comité Dies, del Cónsul norteamericano, que, según él, le hacía frecuentes visitas y le suministraba fuertes sumas de dinero. En febrero de 1943, la tesis cambia radicalmente: Trotski se convierte

---

*31. Sinceramente yo no creo que los millones de dólares que parecen dispuestos a gastar los Estados Unidos, en aplicación de la llamada Doctrina Truman, sean capaces de librar a las masas trabajadoras y a los pueblos del veneno stalinista, pues siempre resultará harto fácil hacerles ver que los imperialistas norteamericanos no persiguen otro fin que el de suprimir a un adversario en la conquista y el dominio de las posiciones estratégicas y de los mercados mundiales, sobre todo si, como ocurre ahora, Washington se empeña en sostener a todas las reacciones europeas so pretexto de combatir al comunismo y de contener la expansión rusa. El comunismo totalitario sólo puede ser destruido en el ánimo de las grandes masas populares por un vigoroso y enérgico movimiento socialista democrático y libertario, capaz de desenmascarar y sin vacilaciones al totalitarismo ruso-stalinista, de entablar con él un cuerpo a cuerpo —una lucha a la vez ideológica, política y física— y de dar solución propia a los grandes problemas que cada pueblo y el universo entero tienen planteados a la hora presente.*

—otra vez, como en los tiempos inmediatos a la declaración de guerra, de “la democracia contra el fascismo”— en un ex-agente de Hitler. Vivo o muerto, le obligan a cambiar de frente, según el que ocupa Stalin. Y en una o en otra circunstancia, el pensamiento de Jacson-Mornard es el que le dicta la G. P. U.

En esa misma interviú, el asesino guepeuista presentó así mismo una tesis totalmente inédita sobre la forma como cometió el crimen. He aquí su declaración textual:

“Sin embargo, seguí viéndole (a Trotski), resultando de cada entrevista un nuevo conflicto entre ambos, puesto que tanto él como yo éramos profundamente violentos. Un día le Revé un artículo para que lo publicara. Lo leyó con aire despectivo y arrojándolo sobre la mesa, como un papel inútil, me dijo: ‘Usted no es más que un militar imbécil’. Indignado, le contesté con un insulto. Pretendió llevar la mano a su pistola y yo le contesté con lo que tenía a mano: el piolet”.

Ni más ni menos. Jacson-Mornard mató a Trotski ... en legítima defensa. Fué Trotski quien pretendió agredirle haciendo uso de su pistola; él cogió lo primero que encontró a mano y lo mató. Y lo primero que encontró a mano fué el zapapico. El no llevaba éste cosido en su impermeable; lo había puesto Trotski al alcance de su mano para que le asestara el golpe mortal. ¿Y su carta-confesión? Una invención de la policía. ¿Y sus declaraciones ulteriores? Falsificadas por la policía. Todas las hojas conteniendo estas declaraciones —no menos de treinta— obran en mi poder. Cada hoja lleva al margen una firma: Jacques Mornard. ¿Falsificada también por la policía? ¿Y su tesis de la “desilusión”? ¿Y su ensayo general llevándole su artículo a Trotski dos días antes del asesinato? ¿Y la reconstrucción del crimen en presencia del Juez instructor, de la policía y de los periodistas? ¿Y ... ? Pero ¿para qué proseguir, si todo resultaba falso? Lo único cierto era la ... legítima defensa.

Que la G. P. U. haya cometido la torpeza de fabricar esa nueva tesis, no nos sorprende. Sus jefes actúan en Rusia y allí todo es posible. Y lo que es posible en Rusia —según la mentalidad más burdamente totalitaria— debe serlo en el universo entero. Lo sorprendente es que la G. P. U. haya logrado encontrar un abogado mexicano de cierto renombre capaz de presentarse ante un tribunal y ante la opinión pública esgrimiendo semejantes argumentos. Bien es verdad que con dinero se encuentra todo en todas partes. El tal abogado — por respeto al foro mexicano me abstengo de recoger su nombre— pidió que fueran consideradas nulas todas las declaraciones anteriores de su defendido. Le habían sido arrancadas al acusado mediante ... inyecciones. (¿La carta también?) Tampoco tenían valor alguno las declaraciones de los secretarios de Trotski, pues éstos odiaban a Mornard porque les había arrebatado sus medios de vida. El testimonio de Natalia Sedova tampoco valía gran cosa: era esposa de la víctima y por otra parte, se trataba de una anciana medio enloquecida, poco menos que perturbada ... ¿Qué es lo que valía, pues? Sólo la nueva “confesión” de su defendido. No es cierta la tesis de que mientras



Trotsky estaba leyendo, Mornard lo atacó y todavía el ex comisario tuvo tiempo de volverse y morderle la mano. Fué aquella frase: "Esto no sirve; usted no es más que un militar presuntuoso" la que encendió la ira de Mornard, ocasionando su repentino arranque de cólera. Y esta otra perla abogadil: "Jacson-Mornard es responsable del delito de homicidio en riña y afirmo qué, francamente, no estoy convencido de si el hoy occiso no fué realmente el provocador. Me siento además perplejo sobre si el homicida fué el provocador o el provocado".

El Agente del Ministerio Público estableció claramente todas las agravantes del homicidio: "la traición, perfectamente comprobada a través de las constancias procesales y hasta por la misma confesión del reo; la ventaja, porque iba armado, cuando la víctima permanecía inerme; la alevosía, porque dió a Trotsky, para distraerlo, a leer un artículo que el hoy homicida había escrito y lo atacó por detrás, cuando el exilado ruso menos lo esperaba". Recordó que en 1907, los matadores de un refugiado político, ex Presidente de Guatemala, pagaron su culpa en el patíbulo. Pero las leyes mexicanas han evolucionado mucho desde entonces. Y solicitó para el asesino de Trotsky la pena máxima prevista por la ley en vigor: veinte años de presidio. Y a esta pena fué condenado. La G. P. U. encontró un abogado, pero no encontró unos jueces a su servicio.

Catorce meses antes de la vista del juicio de Jacson-Mornard —a fines de diciembre de 1941 exactamente—, casi por azar tuve yo conocimiento de la coartada que preparaba la G. P. U. A la ciudad de la Habana había llegado, procedente de Moscú, un importante agente especial. Traía directivas precisas relacionadas con la suerte inmediata del asesino material de Trotsky y disponía de la suma de veinte mil dólares para su realización. Dicho agente tenía orden de permanecer en Cuba. Mandó a México, con instrucciones concretas y con el dinero, a una conocida militante comunista cubana. (Me abstengo de dar su nombre porque, ulteriormente, tuvo la dignidad de abandonar la filas del Partido Comunista Cubano). No era la primera vez que esta mujer, vieja luchadora contra la dictadura machadista, visitaba la antigua capital azteca. Mujer firme, de temple y de audacia, pero no del todo discreta.

Siguiendo las instrucciones del agente especial que permanecía en Cuba, se constituyó en México una comisión no menos especial. Tres eran las personas que la componían. Tenía a su servicio a otras siete. Lo primero que hizo fué poner al corriente de todo al propio asesino. Aseguraba el enlace entre éste y la comisión especial la doctora Esther Chapa, la misma que lo convirtió más tarde en su secretario. Dado el cargo oficial que ocupaba, tenía libre acceso a la Penitenciaría. Tenía también —no carece de intención el consignarlo— una estrecha amistad con el entonces director de la misma. Fué dicha comisión la que, de acuerdo con el abogado defensor, preparó la tesis de la "legítima defensa". Fué ella la que redactó la nueva "confesión" de Jacson-Mornard, que constaba de seis hojas escritas por ambos lados. El asesino no tuvo más que firmarla. Fué también ella la que decidió que el abogado, haciendo uso de sus providencias legales, sometiera a un hábil y apretado interrogatorio al

ex Jefe del Servicio Secreto sobre los extremos siguientes:

- 1) si recibió órdenes especiales para practicar las primeras averiguaciones excluyendo al Ministerio Público;
- 2) si al interrogar a Mornard consultó a los médicos;
- 3) si mandó inyectar al detenido y qué substancias contenían las ampollitas;
- 4) si el acusado se hallaba visiblemente excitado, abatido o decaído;
- 5) cuántas veces lo careó con su amante Silvia Ageloff;
- 6) si permitió que el Encargado de Negocios de Bélgica entrevistara a Mornard;
- 7) si llevó ante el detenido a un agente de la policía norteamericana y ayudado por éste, lo sometió a un interrogatorio especial ...

Se trataba, claro está, de destruir el efecto de todas las declaraciones, de todos los testimonios, de todas las pruebas. El entonces Coronel Leandro A. Sánchez Salazar no tuvo gran dificultad para destruir la turbia maniobra. Y fué la comisión de la G. P. U., en fin, la que hizo que el asesinato fuera conducido, convenientemente asesorado por su defensor, a la casa de la víctima so pretexto de reconstruís nuevamente los hechos ...

A pesar de sus esfuerzos, no tardó en comprender la comisión especial que la maniobra de la "legítima defensa" estaba condenada al fracaso. Entonces se dió a la tarea de preparar, activa y cautelosamente, una segunda directiva: la evasión de Jacson-Mornard. El importante agente que permanecía en La Habana fijó incluso un plazo perentorio. El asesino seguía recibiendo instrucciones por medio de la doctora Esther Chapa. Pero no parecía muy entusiasmado. Encontrábase en una situación personal hartamente delicada. No podía negarse a la evasión, pues sabía que un agente de la G. P. U., sobre todo en su situación, debía evitar una negativa si no quería exponerse a correr graves peligros. En libertad o en prisión tenía que obedecer bajo pena de muerte. La G. P. U. cuenta con medios para asesinarle en cualquier momento en la propia prisión. No podía oponer —lo repito— una negativa a la evasión que se le ordenaba. Pero ¿qué suerte iba a ser la suya si lograba evadirse, a merced ya completamente de la G. P. U.? Le prometieron llevarle a Rusia. Pero ¿lograría llegar hasta allí? ¿No lo suprimirían antes? Y una vez en Rusia, si es que lograba llegar, ¿qué harían con él? Jacson-Mornard conoce perfectamente los procedimientos de la G. P. U. Sabe cómo suprime a sus propios instrumentos una vez que han cumplido la misión que les ha asignado y se convierten en elementos comprometedores. Sólo la muerte es capaz de guardar ciertos secretos. Y muchas veces, ni la muerte misma. En el mejor de los casos —es decir, en el caso de que no lo suprimieran físicamente—, le estaría estrictamente prohibido dar señales de vida y quedaría sometido

a la más estrecha vigilancia. Su evasión no tenía por fin principal salvarle de una condena, sino hacer imposible la vista del juicio y, sobre todo, vigilarle y asegurarse de que no tendría ocasión de hablar nunca. La muerte es quizá menos terrible que una vida así. Me explico la falta de entusiasmo de Jacson-Mornard. Podía —y puede— considerarse mucho más seguro en una prisión mexicana que disponiendo de la "libertad" que le ofrecía la G.P.U.

¿Por qué fracasó el plan de evasión? En primer lugar porque las altas autoridades mexicanas fueron prevenidas a tiempo y ordenaron las consiguientes medidas. Cuando intervienen diez personas en un asunto semejante, puede darse el caso de que una de ellas no sea tan segura como parece. O de que sienta la comezón de confiarse a otra o a otras personas. Los agentes de la G. P. U. son, a veces, espías espíados. El caso es que el plan fué descubierto a tiempo. Y además de las medidas ordenadas por las altas autoridades, el Juez y el Procurador que entendían en el asunto dieron pruebas de integridad y de vigilancia. Hubiera sido verdaderamente escandaloso que ocurriera con Jacson-Mornard algo semejante a lo ocurrido con Alfaro Siqueiros, cuyo juicio no se ha visto todavía a estas fechas. El buen nombre de México no podía sufrir este nuevo escarnio.

Por el buen nombre de México, país hacia el que siento gratitud y devoción sinceras, me creí en el deber de denunciar públicamente lo que se preparaba por medio de un artículo aparecido en una revista independiente <sup>32</sup>. El mismo artículo se publicó en Cuba, en Chile, en Argentina ... Quiero terminar este libro con las mismas palabras con que terminaba dicho escrito:

"Alguien puede creer —ya lo insinúan algunos periódicos— que los que nos interesamos por este asunto lo hacemos animados por un espíritu de venganza. No se trata de eso. Yo no soy ni he sido nunca trotskista. Llegado a México, no quise ni tan sólo visitar a Trotski, con el que venía manteniendo, desde hacía años, una viva actitud polémica. El individuo Jacson-Mornard me interesa muy relativamente. Se trata de un vulgar instrumento. Lo único que me interesa son las actividades de la G. P. U. en su conjunto. Me interesa desenmascarar y atajar en lo posible, aun a riesgo de mi vida, los métodos de inmoralidad, de corrupción y de terror que ha introducido y sigue introduciendo por doquier. Mi espíritu de libertad y mi amor por la verdad se oponen a esos métodos, simplemente inhumanos. Quienes como yo los conocen a fondo, por contar entre sus víctimas a varios compañeros y amigos y por haber estado a dos dedos de ser también una víctima, tenemos el deber ineludible de denunciarlos a la opinión pública. Cumplimos este deber al mismo tiempo que colocamos nuestra esperanza y nuestra voluntad de ayuda al lado del heroico pueblo ruso, en lucha contra la invasión nazi <sup>33</sup>. Una cosa no quita a

---

32. Sabido es que la G. P. U. dispone en todos los países, y en los periódicos llamados independientes, de periodistas suyos. En un momento tenía no menos de diez en México que estampaban su firma en artículos redactados por el Servicio de Prensa de la Embajada Rusa.

33. La publicación de este artículo iba a tener consecuencias insospechadas para la revista que lo acogió. Ocupaba yo en ella el cargo de redactor de política internacional. En cuanto

la otra. Por el contrario: el pueblo ruso perdería todo derecho a salvarse, a subsistir, si por un solo momento hubiera que confundirle con los métodos criminales de la G. P. U.”.

**FIN**

---

*se hubo instalado en México el embajador ruso Oumansky —cuya trágica muerte no ha sido aclarada todavía—, logró introducir a un instrumento suyo como administrador de dicha publicación. Su finalidad principal: ahogar mi voz de periodista independiente. Como yo encontrara el firme apoyo del director y del redactor en jefe, la G. P. U. hizo intervenir entonces a sus diplomáticos. Bajo la presión de Moscú, el Gobierno Churchill —como si no tuviera nada mejor que hacer y yo pusiera en peligro el porvenir del Imperio Británico!— hizo presión sobre el Gobierno de México para que fuera cesado en mi puesto de colaborador. Correspondió al Lic. Miguel Alemán, entonces Secretario de Gobernación y más tarde Presidente de la República, significarle tan inusitado deseo al director de la revista independiente. Ya en otras oportunidades el Lic. Padilla, Secretario de Relaciones Exteriores, había intervenido cerca de los directores de dos importantes diarios para que no se publicaran determinados artículos míos, dando así “satisfacción a una embajada amiga”. Yo hube de abandonar mi puesto en la revista en cuestión. Pero poco después hubo de abandonar el suyo el propio director y la publicación pasó a depender totalmente de los comunistas. Cito este caso como un ejemplo de la manera como la G. P. U. puede llegar a establecer el control sobre las publicaciones independientes, muchas veces con la complicidad de los gobernantes adversarios suyos.*

## ANEXO

### VERDADERA IDENTIDAD DEL ASESINO DE LEÓN TROTSKI

Este libro, producto de una investigación escrupulosa y basado en la única documentación oficial y completa que existe, quedaría sin embargo inconcluso si permaneciera en entredicho la verdadera identidad del asesino de León Trotski. Me refiero, claro está, al asesino material, al simple instrumento ejecutor, que sobre el otro nadie puede abrigar una sombra de duda. Esta identidad ha quedado clara y definitivamente establecida.

Como se apunta en otra parte del libro, varios refugiados catalanes que ocuparon durante la guerra civil española cargos de confianza en la organización comunista y que se han colocado después al margen de ella —e incluso contra ella—, reconocieron al asesino sin lugar a dudas. Como comprobación de sus afirmaciones llegaron a asegurarme que éste tenía una cicatriz en el antebrazo derecho, causada por una herida que recibió en el frente, cosa que hice verificar sin que el propio asesino se diera cuenta de ello. Escrupuloso hasta el extremo quise esperar, sin embargo, otras comprobaciones complementarias.

Por fin me han llegado. Algunas, las principales, de Moscú mismo. La cortina de hierro, creada por el totalitarismo stalinista para aislar al martirizado pueblo ruso del resto del universo, tiene sus fallas y sus filtraciones. En todo caso me encuentro ya en situación de hacer una serie de afirmaciones y de responder plenamente de ellas. Diré incluso qué, de ser ello necesario, puedo citar en cualquier momento mis testimonios en comprobación de cuanto seguidamente digo.

La madre del asesino existe efectivamente y se llama Caridad Mercader. Es una catalana decidida, enérgica, fanática. Una mujer que se lo ha jugado todo irremediablemente a la carta del stalinismo. Vivió en Bélgica y en Francia durante bastantes años. Educó en estos países a sus cinco hijos: cuatro varones y una hembra. De ahí el correcto francés que hablan todos ellos. Y de ahí que el asesino de Trotski, el tercero de los hijos, pudiera hacerse pasar por belga.

Creíase que Caridad Mercader había entrado al servicio de la G. P. U. en España comenzada ya la guerra civil. No es así. Sus relaciones con esta siniestra organización policíaca y de espionaje datan de mucho antes. En 1928 estaba ya a su servicio en París. Formaba parte de una "célula especial" controlada por el servicio secreto, que actuaba —y actúa— a cubierto de la inmunidad diplomática. Pero lo mismo ella que otros agentes guepeuistas disimulábanse

en las organizaciones políticas independientes de la comunista. Es ésta una vieja táctica de la G. P. U., de la que usó y hasta abusó en mi pobre España antes de hacerlo en los países sometidos hoy al yugo stalinista. Con su hija Monserrat, Caridad Mercader perteneció durante varios años en París, a la sección 15 del Partido Socialista (SFIO). Los viejos militantes de esta sección las conocieron y las recuerdan perfectamente.

Durante la guerra civil española Caridad Mercader militó activamente en el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC), adherido a la Internacional Comunista. Dió pruebas de un ciego fanatismo y de una absoluta falta de escrúpulos en el ejercicio del terror. Hizo así méritos ante los agentes importantes de la G. P. U. y principalmente, ante el más importante de todos: "Pedro", ex agente en París, en Bruselas y en Barcelona y uno de los que organizaron el atraco político y policíaco que ha colocado a Hungría bajo el totalitarismo stalinista. La Mercader se convirtió en Cataluña en uno de los agentes guepeuistas de confianza y arrastró a sus hijos hacia la terrible organización.

Los apellidos de éstos son del Río Mercader. Uno de ellos murió en España. El mayor, Jorge, reside en París y sufre de una tara crónica. La segunda en edad es la hija, inseparable de Caridad. El tercero, Ramón, es el tristemente célebre Jacson-Mornard, el asesino material de León Trotski. El menor de los hijos, Luis, reside en Moscú y está terminado la carrera de ingeniero.

El llamado Mornard perteneció a las Milicias Comunistas de Cataluña. Así recibió en el frente la herida en el antebrazo a que me refiero más arriba. No se le conocía oficio ni beneficio. Habíase habituado a vivir sin trabajar, a frecuentar los prostíbulos, a satisfacer todos sus vicios. Era un aventurerillo sin porvenir. Siguiendo el ejemplo de su madre, se convirtió en uno de los instrumentos dóciles de la G. P. U. Una vez en sus manos, ésta lo destinó al asesinato de Trotski para el caso en que fallara el atentado del pintor Alfaro Siqueiros y según la trama que se relata en este libro. Existe aquí un punto oscuro en la investigación policíaca: es el que se refiere a su eventual estancia anterior en México y al nombre de Salvador Torkoff. ¿Fué una confusión por parte del piloto ruso que dijo reconocerle como su antiguo chofer? ¿O fué el propio piloto un instrumento de la G. P. U. para aumentar la confusión de la policía y evitar que pudiera descubrirse la verdadera identidad del asesino? Todo es posible. El tal piloto ha desaparecido. En todo caso este punto tiene ahora una importancia muy relativa.

Caridad Mercader residió en Moscú de 1940 a agosto de 1944. Tratábanla allí como un personaje importante. Mantenía relaciones directas con Beria, "purgado" ex jefe todopoderoso de la N. K. V. D. Le estaba estrictamente prohibido hablar con nadie sobre su tercer hijo. No obstante lo cual habló más de la cuenta, sobre todo con algunos de los militantes comunistas de mayor confianza refugiados en Moscú. Hay una cosa que la N. K. V. D. no ha logrado ni logrará suprimir del todo: la conciencia individual, la confianza entre camara-

das y amigos íntimos, los lazos familiares, el sentimiento materno... Y desde luego, el juicio crítico de unos militantes extranjeros para los que el contacto directo con la realidad rusa tenía que constituir en choque tremendo. Tan tremendo y dramático tenía que ser en un José Díaz, ex secretario general del Partido Comunista Español, que le llevó a arrojarse del tercer piso del Hotel Inturist de Moscú. Caridad se sentía presa del remordimiento. Y empezó a odiar, en el fondo de su corazón, a la tiranía rusa y a los jefes de la organización a la cual ella y los suyos están esclavizados quizá para siempre.

Tras largas y perseverantes insistencias, Caridad Mercader logró salir de la U. R. S. S. en la fecha que indico más arriba. Allí quedó su hijo menor, que responde como rehén del silencio de su madre y de sus hermanos. La N. K. V.D. no se atreve a suprimir a Caridad por temor a que su hijo, el asesino de Trotski, hable un día. Y no se atreve a suprimir a éste por temor a la madre. Tal es el círculo infernal.

Caridad Mercader permaneció en México, con una identidad falsa, de octubre de 1944 a noviembre de 1945. Mantuvo una relación permanente con su hijo. Cuidó de que no le faltara nada y movió los hilos, a través de un hábil abogado y de un juez, para hacer admitir la tesis de la "legítima defensa" y obtener una importante rebaja en la pena de veinte años y un día.

Se encuentra en París, con su hijo mayor y su hija Montserrat, desde hace cerca de tres años. Pero en contacto con ella funciona en la capital mexicana una comisión de agentes directos de la N. K. V. D. Cobran dichos agentes altos emolumentos y se pasean en automóvil. Su única misión consiste en atender —y en vigilar— al asesino de Trotski. Añadiré que la organización del asesinato del ex Jefe del Ejército Rojo, la asistencia a su asesino y el mantenimiento del aparato de la N. K. V. D. en México, le han costado ya a Moscú, hasta estos momentos, la bonita suma de 600,000 dólares. Stalin debió darlos por bien empleados. Para él, para su tiranía totalitaria, la muerte de León Trotski valió eso y mucho más.

#### **JULIÁN GORKIN**

Este libro terminó de imprimirse en los Talleres de la Colonial Press Inc., en Clinton, Mass., en Julio de 1955, constando el tiro de 100.000 ejemplares encuadernados en papel.

